

DE HA TAKARA

Mikiso Hane

Breve historia de Japón

Esta BREVE HISTORIA DE JAPÓN ofrece una visión general de los acontecimientos acaecidos en este país mediante el análisis, no sólo de los aspectos políticos y económicos, sino también de los temas sociales, culturales e intelectuales más relevantes. Completado por un útil índice analítico, MIKISO HANE nos proporciona un recorrido tan riguroso como ameno que parte de las épocas más remotas, prehistóricas, del territorio y sus pobladores, prosigue con el análisis de la época de la hegemonía samurai, continúa con el gobierno Tokugawa, al régimen Meiji y los años Taisho, aborda los cruciales años que desembocaron en la participación japonesa en la Segunda Guerra Mundial con sus catastróficas consecuencias y, finalmente, analiza toda la época posterior, marcada por el reformismo social y la reconstrucción del país, hasta llegar a los últimos años del siglo xx.

Mikiso Hane



ISBN 84-206-5566-X



El libro de bolsillo

Humanidades
Historia



Historia
Alianza Editorial

Humanidades

Mikiso Hane

Breve historia de Japón



El libro de bolsillo
Historia
Alianza Editorial

TÍTULO ORIGINAL: *Japan: A Short History*
TRADUCTORA: Esther Gómez Parro

Diseño de cubierta: Alianza Editorial
Ilustración: Ángel Uriarte

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Mikiso Hane, 2000
© de la traducción: Esther Gómez Parro, 2003
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2003
Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid
Teléfono 91 393 88 88
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 84-206-5566-X
Depósito legal: M. 20.047-2003
Fotocomposición e impresión: Fernández Ciudad, S. L.
Catalina Suárez, 19. 28007 Madrid
Printed in Spain

Prólogo

Este estudio de la historia de Japón intenta presentar una visión general de los acontecimientos acaecidos en este país desde sus orígenes hasta nuestros días, mediante el análisis, no sólo de los aspectos políticos y económicos, sino más concretamente de aquellos temas sociales, culturales e intelectuales. Los nombres japoneses aparecen transcritos al estilo tradicional, es decir, el apellido seguido del nombre. Para transcribir los nombres y términos japoneses se ha utilizado el sistema Hepburn. En la era premoderna, lo habitual era dirigirse a las personas por el nombre. Así, a los artistas y poetas se les cita como Hiroshige, Utamaro, Bashō, etc.

Deseo dar las gracias a mis amigos y colegas de la Universidad norteamericana de Knox por su apoyo y manifestar mi gratitud a los miembros de Oneworld Publications por su valioso asesoramiento y sus consejos durante el proceso de edición. También quiero agradecer de forma especial a Juliet Mabey por haberme animado a emprender este proyecto, y a Rebecca Clare y Elaine Low por su minucioso análisis del manuscrito para garantizar la claridad y precisión del texto. Huelga decir que cualquier error o incoherencia es exclusivamente responsabilidad del autor.

Introducción

En 1998, Japón ocupaba el octavo lugar del mundo en número de habitantes. Más de 126,4 millones de japoneses se agrupan en un área de extensión similar a la del estado norteamericano de Montana. Las islas que forman esta nación son montañosas, con apenas un catorce por ciento de tierra cultivable. Aunque pobre en recursos naturales, este país es la segunda potencia industrial del mundo. Hasta el siglo XIX, Japón era una nación prácticamente aislada, si bien mantenía estrechos lazos culturales con Corea y China. Su vida social, política y económica ha sido moldeada esencialmente por factores y acontecimientos internos.

A efectos de periodización, las etapas prehistórica y protohistórica se han clasificado en Jōmon (de ca. 8000 a.C., o incluso antes, hasta el año 250 a.C.) y Yayoi (de ca. 250 a.C. hasta el año 250 de nuestra era), respectivamente. La primera debe su nombre a la cerámica cordada característica de ese período, mientras que la segunda lo recibe del lugar en el que se encontraron los objetos de cerámica pertenecientes a esta era. Le sigue el período Yamato (de ca. 300 al 710 de nuestra era), cuyo centro político estaba situado aproximadamente en la zona de la actual Kioto, conocida entonces como Yamato. A éste le sigue el período Nara (710-784), que recibe su nombre de la en-

tonces capital. Ésta se trasladó a otra ciudad, para establecerse diez años más tarde en Heian, la actual Kioto, por lo que a este período se le conoce como heiano (794-1185). Más adelante, el clan Minamoto emplazó su sede oficial, el shogunato, en Kamakura (1185-1333), período al que siguió la era del shogunato de Ashikaga (1338-1573). Tras un cuarto de siglo de dominio de dos caudillos, Oda Nobunaga y Toyotomi Hideyoshi, el clan Tokugawa estableció la hegemonía y unidad nacional durante su régimen, que duró de 1600 a 1867. Desde entonces, las distintas épocas han ido recibiendo el nombre de sus emperadores: Meiji (1868-1912), Taishō (1912-1926), Shōwa (1926-1989) y la actual era Heisei (1989-).

Desde un punto de vista político, tras la emigración de pueblos procedentes del continente y, posiblemente, del Sureste Asiático, la historia de Japón ha sido una continua lucha entre varios jefes de tribus y clanes por imponer su hegemonía en las islas. Finalmente, el clan que logró imponerse estableció la dinastía imperial alrededor de finales del siglo v y principios del vi. No obstante, fue la aristocracia cortesana la que, hasta el siglo xii, realmente ostentaba el poder durante la época imperial. El Emperador era una mera figura representativa puesta en un pedestal, aunque nadie en toda la historia de Japón se atrevió a eliminar el sistema imperial, que aparentemente contaba con todos los respetos. En el siglo xii, la aristocracia cortesana sufrió el desafío de la cada vez más importante clase guerrera, que estableció el gobierno samurái. Desde finales del siglo xii hasta el siglo xix, diferentes clanes guerreros ostentaron el control político y ejercieron su poder a través de la figura de una especie de comandante general, el shogún: Estos líderes mantenían enfrentamientos periódicos con otros cabezas militares, si bien desde principios del siglo xvii hasta mediados del xix el shogunato de Tokugawa detentó el control político. Aún así, se permitió que la corte imperial permaneciera en Kioto como gobierno simbólico del país. Por tanto, hasta mediados del siglo xix —comienzo del aperturismo de Japón a Occidente—, existieron básicamente dos fuerzas polí-

ticas: la clase militar y la aristocracia cortesana. En 1868 se restauró, en teoría, la autoridad imperial, pero el poder político siguió estando en manos de diferentes camarillas, incluidas las militares, hasta la derrota de Japón en la Segunda Guerra Mundial.

Antes del siglo xix, la economía japonesa era fundamentalmente agraria. El cultivo del arroz se introdujo en las islas alrededor del año 100 a.C., y los campesinos a duras penas se ganaban la vida trabajando las escasas tierras cultivables, sembrando arroz en los reducidos arrozales de las zonas llanas y construyendo terrazas en las laderas para plantar otros cereales y verduras. El cultivo de té y la cría de gusanos de seda se convirtieron también en una importante fuente de ingresos para los habitantes de los pueblos. Con el tiempo, llegaría a florecer la actividad artesanal gracias a la introducción, a partir del siglo v, de la artesanía procedente de China y Corea. La tierra cultivada por los campesinos satisfacía las necesidades materiales de la clase dominante, por lo que la lucha por el poder entre los caudillos tribales y los jefes de clanes constituía más bien una lucha por obtener el control de la tierra cultivable y de los campesinos que la trabajaban. El comercio era de tipo local, aunque el impulso de las relaciones comerciales con China en los siglos xiii y xiv favoreció la actividad mercantil y los contactos con el exterior, incluida la llegada de comerciantes y misioneros procedentes de Occidente. Las barreras aperturistas impuestas por el shogunato de Tokugawa en el siglo xvii perjudicaron al comercio exterior, pero el comercio interno se vio favorecido y surgieron numerosos puntos comerciales.

Desde sus orígenes, Japón conoció una jerarquía establecida entre poderosos y súbditos que los servían en distintos niveles. Con la introducción de las ideas de Confucio durante los siglos v y vi, se vio reforzada la idea de mantener un orden social estratificado; de ahí que el énfasis confuciano por conservar la división entre clases «superiores» e «inferiores» y mantener unas relaciones adecuadas para asegurar la armonía

social (que obligaba a las personas de rango «inferior» a comportarse de acuerdo con su posición dentro de los ámbitos familiar y social) haya quedado tan arraigado en las costumbres japonesas. Este imperativo social se vio reforzado, a finales del siglo XII, con la aparición de una nueva fuerza dominante: los samuráis, que impusieron el sistema jerárquico a golpe de espada. El shogunato Tokugawa estableció una jerarquía social de samuráis, campesinos, artesanos y mercaderes que se basaba, a su vez, en la jerarquía confuciana de eruditos, campesinos, artesanos y mercaderes. Fuera de esta clasificación quedaban los llamados «impuros», los *descastados*. Este orden situaba a la casta samurái en la cúpula, por encima de todas las demás. Las distinciones de clase se conservaron incluso después de acabada la hegemonía Tokugawa y ya comenzada la era Meiji, en la que se empadronaba a los individuos como *shizoku* (antigua clase samurái) y plebeyos. También se mantuvo el especial *status* del que gozaba la antigua aristocracia, identificándola como *kazoku* (nobleza). La discriminación del grupo de los *descastados* se mantuvo igualmente, sólo que ahora bajo el apelativo de «nuevos plebeyos». La Segunda Guerra Mundial puso fin a las diferencias legales de clase, aunque continuó la discriminación social.

Esta evolución en cuanto a las diferencias de clase repercutió también en el lugar ocupado por las mujeres. Existen pruebas de que la sociedad japonesa fue, en sus orígenes, matriarcal, o al menos una sociedad regida por la línea materna. La aceptación de la filosofía social de Confucio y el ascenso de la clase samurái trajo como resultado un declive gradual de la posición social de la mujer. En la era Tokugawa la discriminación del género femenino llegó a ser muy acusada entre la clase samurái, pero las relaciones entre hombres y mujeres del pueblo llano siguieron siendo menos rígidas.

La situación geográfica de la isla ha influido en el pensamiento japonés, provocando un profundo egocentrismo y, en última instancia, un acusado nacionalismo. El clan imperial y sus defensores fomentaron a lo largo de los años un concepto

de singularidad y, sobre todo, de superioridad racial. El convencimiento de dicha superioridad y del carácter único del pueblo japonés se vio reforzado también por la reacción ante la poderosa influencia cultural de China. Como veremos después, esta reacción se puso de manifiesto en el nacionalismo cultural durante el período heiano (794-1185), en el nacionalismo budista de Nichiren durante el período Kamakura y en el resurgimiento del llamado «Aprendizaje Nacional» (*koku-gaku*) durante el período Tokugawa. Este nacionalismo creció con la apertura del país a Occidente, ya que promovió un movimiento de afirmación de la autonomía japonesa frente a la invasión del mundo occidental. Más tarde, dicho nacionalismo se convirtió en militarismo e imperialismo frente a los países vecinos.

Otra característica de la mentalidad japonesa es el sentido de identidad de grupo, desde la familia hasta la nación en su conjunto, pasando por el clan, la comunidad y la provincia. En términos inmediatos se trata de una identificación con el círculo social más cercano; de ahí que el individualismo en el Japón tradicional nunca llegara a ser un modelo de conducta aceptable. Esta tendencia a renunciar a los intereses individuales en beneficio del grupo se intensificó con la llegada del confucianismo y su código moral, forjado en torno a la familia. El énfasis concedido al interés del grupo desembocó en la idealización de valores tales como la sumisión, la obediencia, el sacrificio, la responsabilidad, el deber, etc. Al mismo tiempo, la importancia depositada en los intereses del grupo dio como resultado una estrecha mentalidad provinciana que distinguía claramente entre los que pertenecen al grupo y los que no. Esta mentalidad «grupala», en oposición al «otro», no sólo se aplicó al ámbito familiar sino también, en última instancia, a «nosotros, los japoneses» frente a los extranjeros.

En el campo cultural, religioso e intelectual, el factor más significativo que modeló la vida tradicional japonesa fue la cultura china, que inicialmente llegó a través de Corea en el siglo IV y cuyo impacto crecería con el tiempo. El sistema de es-

critura y aprendizaje, la literatura, la filosofía, la religión, las artes, la artesanía y la arquitectura, entre otros, se importaron directamente o bien se adaptaron e incorporaron a la vida y la sociedad japonesas. El impacto cultural chino trajo consigo el florecimiento de la cultura y la literatura nativas durante el período heiano y en adelante.

La religión autóctona era el sintoísmo, una creencia esencialmente animista caracterizada por una estrecha identificación con la naturaleza. De hecho, se creía que muchos elementos de la naturaleza albergaban espíritus sagrados. La familia imperial abrazó el sintoísmo por intereses políticos, justificando así su derecho a gobernar como descendiente de la diosa Sol. De este modo, el sintoísmo politizado se transformó en la base del nacionalismo, en tanto que para el pueblo siguió siendo el centro vital del rito animista. Con la llegada de la civilización china se introdujo el budismo, que fue muy bien recibido por la corte heiana. En el período Kamakura las sectas más significativas difundieron ampliamente esta religión, que se convirtió en el credo principal del pueblo. En el terreno artístico, la secta Zen influyó en la vida estética japonesa desde el período Kamakura hasta nuestros días. La base del aprendizaje la constituyó el confucianismo, que fue adoptado por el shogunato como religión oficial durante el período Tokugawa y que, junto con el nacionalismo sintoísta, se convirtió, ya en la era moderna, en el pilar moral del sistema educativo.

El auge de la casta samurái en el período heiano tardío favoreció la expansión del otro credo con fuerte calado en la mentalidad japonesa: el código de los guerreros (*bushidō*). El lado «militarista» de Japón nació precisamente como reacción al sector civil, alimentado y fomentado en la corte heiana por los aristócratas que, a su vez, habían adoptado de China el código de propiedad, decoro, moderación, compostura, etc. Los samuráis defendían la actuación directa y la decisión, por lo que el código de los guerreros, con sus valores espartanos, funcionaba como contrapunto al refinamiento de los aristócratas cortesanos, así como al cada vez más libre y hedonista modo

de vida de los habitantes de las ciudades, que nacieron en la era Tokugawa. En consecuencia, el sistema de valores japonés, como el de otras sociedades, evolucionó de una manera polifacética.

A partir de mediados del siglo XIX Japón comenzó a sentir la enorme influencia de la civilización occidental, aunque el pensamiento liberal y democrático no contó con la aceptación popular hasta después de la Segunda Guerra Mundial. No obstante, desde el siglo XIX la cultura y el modo de pensamiento tradicional han ido evolucionando junto con el occidentalismo, dando lugar al peculiar carácter japonés.

1. De los orígenes a la era heiana

Ni arqueólogos ni historiadores han conseguido hasta el momento determinar con exactitud el origen del pueblo japonés. Se supone que varios grupos tribales llegaron a las islas en distintos períodos, y que algunos de los primeros inmigrantes fueron gentes tungúsicas procedentes del noreste del continente asiático. También se cree que algunos procedían del sur, en concreto del sureste de Asia o de China meridional. Lo que nadie duda es que contingentes de mongoles entraron en las islas por Corea. Entre los primeros habitantes de Japón se encontraban los antepasados del actual pueblo ainu, ubicado inicialmente en la isla de Hokkaido. De hecho, la lengua japonesa tiene vínculos con las lenguas polinesias y altaicas.

La primera etapa del Neolítico en Japón es conocida como período Jōmon. Hasta hace poco tiempo se suponía que este período se remontaba al año 4.500 a.C. aproximadamente, y que habría durado más o menos hasta el 250 a.C., pero recientes hallazgos arqueológicos han extendido su origen hasta el 8.000 a.C. Los descubrimientos arqueológicos de 1997 han llevado a algunos a creer que la cultura Jōmon ya existía en el 10.000 a.C. En un principio se pensaba

que los pueblos Jōmon se dedicaban a la caza, a la pesca y a almacenar alimentos, pero los últimos yacimientos han puesto de manifiesto que ya practicaban la agricultura hace aproximadamente 6.000 años. Se han encontrado muestras de construcciones de viviendas sencillas, lo que revela que no eran simples cavernícolas. Su cerámica tenía un estilo distintivo a modo de impresiones cordadas en alto relieve o *jōmon*, término con el que se designa tanto al estilo como al período histórico.

La última etapa del Neolítico en Japón es conocida como período Yayoi, nombre de la región de Tokio en donde, en 1884, se descubrió la cerámica característica de esta época, que se diferencia de la cerámica Jōmon en que la primera incorpora el uso del torno y presenta un color rojizo y una decoración elaborada. Se supone que el período Yayoi comenzó en torno al año 250 a.C. al norte de Kyushu, y que se extendió hasta aproximadamente el año 250 d.C. Este período fue testigo de la introducción del cultivo del arroz desde el sureste de Asia o China, dando lugar a un peculiar estilo de vida económico y sociopolítico que gobernó la cultura japonesa hasta la moderna era industrial.

En el período Yayoi existieron dos grandes centros de población: Kyushu, al norte, y Yamato, en el centro de Japón, en el área que rodea la ciudad de Kioto. Se cree que los coreanos, conducidos por jefes de clanes, realizaron incursiones cada vez más frecuentes en los últimos años del período Yayoi. Al contar con mejor armamento militar y, quizás, con guerreros jinetes, pudieron expandir su influencia política hasta el norteño Kyushu y, finalmente, hasta el centro de Japón.

La historia tradicional japonesa consideraba a los primeros inmigrantes coreanos como extranjeros que habían sido «niponizados». Los últimos datos aportados por Corea indican que los coreanos no eran considerados extranjeros, sino un pueblo similar a otros que habían llegado antes mezclán-

dose con su población, y que ejercía un papel cada vez más importante en los ámbitos político, cultural y económico del primitivo Japón. De hecho, muchos de los emperadores incluidos en la línea de linaje imperial eran, en realidad, coreanos. La entrada de población coreana y china continuó hasta los siglos VI y VII.

No existen testimonios escritos de la primitiva historia de Japón, ya que no contaban con un sistema de escritura. Los primeros escritos históricos se remontan a los siglos V y VI, años en los que China introdujo de forma importante su cultura y su conocimiento. De hecho, son los anales chinos los primeros que ofrecen datos sobre el primitivo Japón. Se pueden encontrar referencias a Japón en la *Historia del reinado de Wei*, escrita en el año 297 de nuestra era. Más adelante, se menciona Japón en la *Historia de la última dinastía Han*, recopilada en torno al año 448. Estos testimonios indican que Japón atravesó un período de luchas civiles durante el siglo II, al mismo tiempo que mencionan a una reina llamada Pimiku (Himeko en japonés), una hechicera que practicaba magia y brujería. Supuestamente esta mujer fue uno de los primeros líderes políticos, pero ningún historiador ha confirmado su posición como cabeza de la dinastía imperial. Tampoco existen pruebas concluyentes sobre el lugar donde vivía. Algunos afirman que en el norte de Kyushu; otros la sitúan en el Japón central, alrededor de la actual Kioto.

La historia nacional oficial antes de la derrota de Japón en la Segunda Guerra Mundial aseguraba que la dinastía imperial descendía de Amaterasu, la diosa Sol. Ésta envió a su nieto Ninigi a Japón para que gobernara la tierra. Ninigi se estableció en el norteño Kyushu, y su bisnieto Jimmu, el mítico primer emperador de Japón, abandonó Kyushu para reinar sobre el resto del país. Tras someter a los enemigos que se interponían a su paso se estableció en la zona de Yamato y ascendió al trono en el año 660 a.C. Sin embargo,

desde el punto de vista histórico se cree en la existencia de numerosos clanes que luchaban por el poder. Existen pruebas históricas fidedignas que narran la llegada de muchos jefes de clanes desde el continente asiático a través de Corea y que, finalmente, el clan vencedor se asentó en la zona de Yamato. Por esta razón, el período comprendido entre aproximadamente el siglo III de nuestra era y principios del siglo VIII es conocido con el nombre de período Yamato.

Las eras Yamato y heiana: desarrollo político

Tal y como concluyen algunos historiadores, el verdadero fundador de la dinastía imperial fue el emperador Sujin, que gobernó en los últimos años del siglo III de nuestra era. No obstante, otros opinan que Sujin también fue una figura mítica y que el primer soberano de la historia fue el emperador Ōjin, del que se cree que reinó en torno al año 400. En realidad Ōjin era oriundo de Corea, del reino de Paekche, conocido como Homuda en su época. Muchos historiadores sostienen que sólo los reyes y emperadores posteriores al reinado de Ōjin fueron verdaderos personajes históricos. En la época de Ōjin hubo otros jefes de clanes que trataron de imponer su gobierno. Todo parece indicar que quien obtuvo el control de la región de Yamato, y consiguió establecer la dinastía imperial que ha sobrevivido hasta hoy día, fue el emperador Keitai a principios del siglo VI. Así pues, es posible que existieran tres dinastías principales en el período Yamato: los clanes Sujin, Ōjin y Keitai. Lo más probable es que fuera el sucesor de Keitai¹ el que impusiese su dominio sobre la mayor parte del Japón en aquel entonces.

Tras Keitai el clan imperial intentó centralizar el poder y reforzar su base política. A partir de los siglos IV y V la influencia coreana y china se extendió a todo el país, y comenzaron a llegar a Japón sus conceptos culturales, intelectuales,

religiosos y políticos. Desde una perspectiva política, el clan gobernante intentó fortalecer su posición adoptando las instituciones y prácticas políticas chinas. El personaje que supuestamente facilitó este proceso fue el príncipe Shōtoku (574-622), regente de la Emperatriz desde el año 593 hasta su muerte. Algunos creen, no obstante, que los verdaderos reformistas eran miembros del clan Soga, que tenían ascendencia coreana.

Las reformas de Shōtoku desembocaron en la promulgación de la Constitución de los Diecisiete Artículos en el año 604. Esta «constitución» no contempla provisiones políticas o administrativas, sino que engloba preceptos morales dirigidos a reforzar la autoridad de la familia imperial, entre los que destacan los ideales confucianos de propiedad, buena fe y armonía. A partir de este período el Emperador empezó a ser llamado «kami ('dios') con apariencia de hombre», es decir, dios viviente. El término *tennō* ('príncipe celestial'), de origen chino, fue incorporado en algún momento a lo largo del siglo VII. Durante el mismo período se adoptó el término *Nihon* para referirse a Japón. Con el fin de fomentar los contactos con China era frecuente la presencia de delegaciones en este país, al mismo tiempo que se animaba a estudiantes y monjes a que fueran a estudiar allí.

El reformismo Shōtoku tuvo como resultado el atrinchamiento del clan Soga en el poder. Encabezado por el fundador de la familia Fujiwara, que dominó la corte imperial durante al menos los siguientes cinco siglos, el clan Soga permaneció en el poder hasta el año 644. Los nuevos gobernantes introdujeron una serie de reformas conocidas como las reformas Tai-ka (mediados del siglo VII) que, junto con las reformas Taihō de principios del siglo VIII, basadas en las instituciones Tang chinas y dotadas de un carácter legal y administrativo, condujeron a la creación de un sistema administrativo centralizado. En virtud de las reformas administrativas regionales, el país fue dividido en 66 provincias con el fin de contrarrestar

el poder ejercido por los jefes de los clanes regionales. Con todo, estas medidas no provocaron su destitución; al contrario, muchos de ellos fueron nombrados gobernadores provinciales.

En el terreno económico se adoptó el sistema Tang de posesión de tierras, por el que la tierra pasaba a ser propiedad del Estado y el reparto se hacía igualitario. En teoría, la propiedad media era de dos *tan* (un *tan* equivale a 0,08 hectáreas), pero aquí también se hicieron excepciones con la familia imperial y la nobleza. Además, no toda la tierra pasó a manos del Estado, puesto que a los miembros destacados de los clanes se les permitía poseer propiedades de forma extraordinaria. Los terrenos de los miembros de la corte y de los aristócratas, conocidos con el nombre de *shōen*, estaban libres de impuestos, y su número creció a lo largo de los años. Esta política de nacionalizar la tierra e instituir un sistema equitativo de reparto no se llegó a aplicar en su totalidad y, finalmente, terminó por abandonarse, lo que permitió a los caciques locales aumentar sus posesiones.

Otras reformas que se llevaron a cabo fueron la sistematización de la recaudación de impuestos, la adopción del sistema de reclutamiento militar (abolido en el año 792 por su ineficacia) y la creación de puestos de control en lugares estratégicos para limitar el movimiento de personas, como por ejemplo los campesinos que trataban de evadir el pago de impuestos. Otra práctica china adoptada en Japón fue el establecimiento de una capital permanente en Nara en el año 710. Hasta entonces, el centro político se había emplazado allá donde el Emperador hubiera fijado su residencia. Ahora, por vez primera, se construía una intrincada capital a imagen de Tang, la capital de Zhang-an. En el año 784 el emperador Kammu (737-806) trasladó la capital a Heian-kyō (Kioto), fecha que marca el comienzo de la llamada era heiana.

La política de adoptar las prácticas legales y administrativas de Tang para reforzar la corte imperial trajo consigo la

descentralización del poder a manos del gobierno imperial. Sin embargo, los emperadores rara vez ejercieron su autoridad directamente, sino que delegaban en los funcionarios de la corte la supervisión de los asuntos administrativos. Asimismo, los regentes imperiales se convirtieron en líderes poderosos. Aunque originariamente prestaban sus servicios cuando el Emperador era menor de edad o durante el reinado de una emperatriz, a finales del siglo IX la regencia pasó a manos de miembros de la familia Fujiwara, descendientes de un funcionario de la corte impulsor de las reformas Taika. Los Fujiwara hicieron las veces de regentes independientemente de la edad del Emperador, llegando a tener el monopolio total de este cargo; es más, conservaron su rango en la corte incluso después de que ésta perdiera el poder real tras el alzamiento de la clase guerrera a finales de la era heiana. Sus descendientes resultaron ser figuras clave en la Edad Moderna.

La familia Fujiwara amplió su poder a través de alianzas matrimoniales con miembros de la familia real y aumentando el número de posesiones libres de impuestos. El suntuoso estilo de vida de los Fujiwara y la aparición de la corte heiana como centro neurálgico de Japón favoreció el florecimiento de la vida intelectual y cultural.

Mientras el clan Fujiwara ejercía su poder en el centro del país, las regiones periféricas eran testigo de la mayor supremacía de los jefes militares, que gradualmente iban extendiendo su control mediante la adquisición de *shōen*. En la corte, los emperadores comenzaban a cuestionar el poder político de los Fujiwara. El primero de ellos que intentó ejercer directamente su autoridad fue el emperador Shirakawa (1053-1129), ya que durante su reinado ningún miembro de la familia Fujiwara desempeñó un papel predominante. Tras su retirada intentó excluir a esta familia del gobierno actuando él mismo de tutor de su propio heredero, que era todavía un niño. Ésta fue la práctica habitual seguida por los

sucesivos emperadores cuando se retiraban de su cargo. Pasaban entonces a recluirse en un monasterio, por lo que esta costumbre política pasó a ser conocida como «gobierno de claustro».

En esta época el sistema imperial parecía estar ya firmemente establecido. La familia Fujiwara empezó a ejercer su poder en la región central del país a finales del siglo IX, pero en ningún momento intentó desplazar a la familia imperial, sino que se dedicó más bien a reafirmar su posición casándose con sus miembros. Esta costumbre de rendir aparente homenaje al Emperador persistió incluso después de que el poder pasara a manos de los shogunes a finales del siglo XII. Es posible que esto se deba a la creencia en el origen mitológico de la dinastía imperial, que llegó a estar muy extendida a partir de los siglos V y VI. El *Kojiki* (Relación de hechos antiguos), cuya compilación fue iniciada por el emperador Temmu (673-686) para mejorar la imagen del gobierno imperial, reforzó la creencia en un mito basado en relatos orales y narraciones históricas chinas y coreanas.

El soporte sintoísta del poder imperial ponía de relieve el papel religioso ejercido por el Emperador. La unión de las funciones política y religiosa se plasma en el uso de la palabra *matsuri*, que quiere decir 'ejercicio de los deberes gubernamentales y culto a los dioses'. Las oraciones sintoístas se llaman *norito*, y *nori* significa 'ley'. El hecho de que el Emperador fuera el sumo sacerdote del sintoísmo permitió su supervivencia durante los siglos de dominio shogunato; es más, con la llegada del confucianismo aquel credo se utilizó para respaldar al sistema imperial. Esto se refleja en la Constitución de los Diecisiete Artículos del príncipe Shōtoku, que destaca los conceptos confucianos sobre la conducta apropiada y el ideal de la relación señor-vasallo, según el cual «el señor es el Cielo y el vasallo es la Tierra». En vez de utilizar el término japonés *ō* ('rey') para referirse al gobernante, se adoptó el término chino *tennō* ('príncipe celestial'),

y como tal se ha venido aplicando al Emperador hasta nuestros días. Los conceptos de veneración y respeto inculcados calaron en las masas y pervivieron durante mucho tiempo.

Con el fin de recortar los poderes de los Fujiwara, el emperador Shirakawa procedió a trasladar su ejército a la capital como fuerza de apoyo. Esta iniciativa no era un buen presagio para el gobierno central, pues mostraba un aumento del poder por parte de las fuerzas regionales. El plan de la reforma Taika para asegurar un reparto equitativo de la tierra nunca se ejecutó en su totalidad, por lo que ésta quedó en manos de potentados locales; monasterios budistas, aristócratas de la corte y altos funcionarios. Además, tales propiedades estaban libres de impuestos y fuera de la jurisdicción de los dirigentes del gobierno. Como resultado, los propietarios de estos terrenos empezaron a formar sus propias milicias para proteger sus territorios. Muchos potentados locales ampliaron sus posesiones invadiendo zonas que se hallaban bajo la jurisdicción de los gobernadores locales, además de adueñarse de las propiedades de sus vecinos más débiles. Se calcula que hacia el siglo XII tan sólo una décima parte de la tierra seguía bajo el control de los gobernadores locales, responsables, a su vez, de rendir cuentas ante la corte heiana. Como consecuencia, los impuestos recaudados se vieron menguados paulatinamente y tanto las fuerzas del orden como el poder militar comenzaron a debilitarse.

El sistema de reclutamiento militar introducido a principios del siglo VIII desapareció en el año 792, circunstancia que no hizo sino otorgar más poder a los potentados locales y provocar la aparición entre los líderes provinciales de acuerdos parecidos a la relación feudal europea señor-vasallo. Los vínculos personales estaban basados en lazos de parentesco, por un lado, y en relaciones entre los líderes *shōen* y los trabajadores y vecinos de la zona, por otro. A cambio de sus leales servicios el señor debía proporcionar al vasallo tierras o el derecho a recibir algún tipo de beneficio derivado

de las mismas. Sin embargo, los campesinos que trabajaban la tierra no eran siervos ni estaban obligados a hacerlo.

Los jefes provinciales y sus vasallos llegaron a constituir un grupo guerrillero, una clase samurái que portaba espada. A medida que los jefes más poderosos empezaron a extender su dominio sobre las zonas locales, empezaron a surgir importantes facciones de poder regional. En el siglo XII, las regiones periféricas llegaron a estar dominadas por dos clanes principales: las familias Taira y Minamoto. Ambas se jactaban de ser descendientes de los emperadores heianos (un indicativo más de la importancia de la familia imperial en la mentalidad del pueblo) y trataron de establecer vínculos cercanos con los círculos políticos imperiales, especialmente con la familia Fujiwara. El clan Minamoto empezó a dominar la región de Kantō (el área que rodea a la actual Tokio), mientras que la familia Taira estableció su núcleo de poder al oeste de la capital heiana. El traspaso de poder desde la corte heiana a los clanes locales se hizo evidente en la intervención de los Taira en las luchas por el poder en la corte. En 1156 tuvo lugar una de ellas entre el emperador vigente y su antecesor en el trono. El líder Taira Kiyomori (1118-1181) apoyó al emperador reinante y derrotó a la facción contraria, favoreciendo así su propia ascensión política, pues fue nombrado canciller y acabó gobernando de forma dictatorial. Al igual que los Fujiwara, intentó fortalecer su centro de poder casando a su hija con el Emperador. Así, su nieto llegó a convertirse en heredero al trono. Todos estos acontecimientos anunciaban la llegada de un nuevo paradigma político: el traspaso de poder de la corte al clan militar.

Evolución social y económica

Tras la introducción del cultivo del arroz, su producción se convirtió en la base fundamental de la agricultura japonesa, y cualquier lugar al que llegara el agua era idóneo para plan-

tar un arrozal. Los utensilios de madera dieron paso a otros de metal, se adoptó la práctica de utilizar búfalos de agua como animales de tiro y en las laderas de las colinas se improvisaron terrazas para plantar cereales y verduras. En las regiones costeras la pesca siguió siendo una importante fuente de alimentación. Pero a medida que los caciques locales adquirían más poder y crecía el número de propiedades exentas de impuestos, se restringía la libertad de movimiento de los campesinos.

En el campo de la artesanía, los diferentes clanes se hicieron con el control de los grupos de trabajo conocidos como *be* que, como en el caso de los gremios del Imperio Romano, a los que se parecían, tenían carácter hereditario. Los artesanos especializados, como por ejemplo los tejedores, que provenían de Corea y China, se organizaron en torno a gremios. Cuando la familia imperial extendió su autoridad a los clanes, limitó el control de éstos sobre los *be*, al mismo tiempo que implantaba el suyo propio. Con todo, a medida que los caciques adquirían mayor poder, pasaron a controlar también a los trabajadores.

Las costumbres y las creencias pervivieron a la antigua usanza. Las primitivas creencias japonesas sobre la vida y la muerte y la relación de las personas con las fuerzas externas se apoyaban en conceptos animistas. El primitivo sintoísmo, la religión indígena, era de este carácter. Los muertos se dirigían a la tierra de la oscuridad y de lo impuro, por lo que la muerte era considerada como un proceso de profanación. Antes de la llegada del budismo (en torno al siglo VI) se daba sepultura a los muertos, pero el budismo extendió la práctica de la cremación. Cuando los emperadores y grandes caciques morían, eran enterrados en enormes túmulos sepulcrales junto con varias de sus pertenencias personales, como espadas, espejos de bronce y armaduras. También se colocaban alrededor de la tumba un buen número de imágenes de arcilla, conocidas con el nombre de *haniwa*:

La poligamia era la relación matrimonial más extendida, y no resultaba extraño el matrimonio entre familiares cercanos como primos, hermanastros y tíos. Incluso actualmente se siguen aceptando los enlaces entre primos. Como hemos mencionado anteriormente, parece que Japón fue originalmente una sociedad matriarcal o, al menos, matrilineal. La deidad mítica fundadora del clan imperial, gobernado por una mujer, Pimiku, fue la diosa Sol. Hasta finales del siglo VIII eran las mujeres de la familia imperial las que generalmente ocupaban el trono. Esta práctica continuó incluso después de que la clase samurái llegara al poder e impusiera un nuevo orden social exclusivamente masculino. Es más, durante el período Tokugawa dos mujeres llegaron a sentarse en el trono.

En la era heiana, marido y mujer vivían separados y los hijos se quedaban al cuidado de la familia de la mujer. El esposo no formaba parte de la familia; su papel era el de un mero visitante. Así pues, la esposa era el cabeza de familia. Esta situación empezó a cambiar cuando la clase samurái se convirtió en la fuerza dominante en los ámbitos político y social. En el siglo XII marido y mujer empezaron a vivir juntos, lo que favoreció el fortalecimiento del sistema patriarcal. La filosofía de Confucio reafirmó el carácter patriarcal y masculino de la sociedad japonesa, tal y como refleja el *Romance de Genji*. Su autora, Murasaki Shikibu, pone las siguientes palabras en boca del protagonista, el príncipe Genji: «Las mujeres eran hijas del pecado. Quería acabar con ellas»². Se creía que las mujeres eran incapaces de aprender el complicado sistema chino de escritura, por lo que sólo se esperaba de ellas que aprendieran a manejar el sistema fonético (*kana*), formulado en la era heiana y mucho más sencillo. Sin embargo, la huella del sistema matriarcal no desapareció completamente. Cuando una familia tenía sólo hijas, el marido de la hija mayor pasaba a formar parte de la familia de su esposa, al mismo tiempo que adoptaba el apellido de

ésta. Las mujeres desempeñaron un papel muy significativo en el terreno cultural, tal y como lo refleja el elevado número de escritoras surgidas durante el período heiano.

Evolución cultural y religiosa

En los primeros tiempos, antes de la llegada de la escritura y cultura chinas, Japón sólo disponía de una tradición oral. Se supone que algunas de las historias y poemas de estos primeros años se incorporaron a los relatos históricos y poemarios recopilados en los siglos VII y VIII.

La visión general de la cultura y de la religión que dominaba en estos primeros años se deja sentir en el primitivo sintoísmo. Un estudioso occidental llegó a la conclusión de que el sintoísmo «no era más que un vulgar politeísmo; sus personificaciones son vagas e inconsistentes; apenas hay noción de espíritu, y prácticamente nada que evoque un código moral»³. Se creía que el mundo natural estaba en manos de dioses y espíritus. Los árboles, arroyos, montañas y animales tales como serpientes y zorros estaban ligados a los dioses o espíritus; ésta es la razón por la que muchos de los santuarios sintoístas están dedicados al zorro. El sol era considerado sagrado porque es la encarnación misma de la diosa Sol. Se cuenta que el sol divino dejó ciego a un lugareño por maldecir a la diosa y culparla de la sequía. El sintoísmo acentuaba la pureza y la limpieza, por lo que los santuarios sintoístas se conservan impecablemente limpios; es más, antes de entrar en ellos es necesario purificarse enjuagándose la boca y lavándose las manos. Esta insistencia en la pureza estaba ligada a la visión moral: lo que es bueno y agradable siempre es limpio; lo sucio es malo y desagradable. De ahí la admiración por una mente y un espíritu limpios. Sin embargo, el sintoísmo no consiguió desarrollar un código moral bien formulado.

Cada tribu o clan (*uji*) tenía su propio dios (*kami*), un fundador del clan o un importante antepasado; así pues, en el sintoísmo los seres humanos pueden convertirse en *kami*. Muchos personajes históricos, no sólo emperadores sino también generales y almirantes de los últimos tiempos, descansan en santuarios sintoístas. Los muertos de guerra están enterrados en el Santuario Yasukuni de Tokio.

Los frutos de la civilización china llegaron a Japón fundamentalmente a través de Corea antes del siglo v, pues durante los siglos iv y v muchos artesanos y trabajadores manuales coreanos habían emigrado a Japón. Además, los chinos que habían huido a Corea durante el tumulto que siguió a la caída de la dinastía Han (206 a.C.-221 d.C.) entraron en Japón a principios del siglo v. Aparte de los conocimientos prácticos traídos de China y Corea, introdujeron también la forma de vida y la cultura chinas. Según las crónicas, a finales del siglo iv Wani, un coreano de Paekche, trajo a Japón las *Analectas de Confucio* y los *Mil caracteres clásicos*, incorporando al mismo tiempo el sistema de escritura chino, aunque en realidad ya era conocido en el país. Su introducción provocó una auténtica revolución cultural, pues a partir de ese momento se inició la creación de archivos y recopilación de crónicas, se escribían obras literarias y se estudiaba la cultura china, ahora más accesible.

Se adoptaron conceptos morales y virtudes confucianas como la benevolencia, la justicia, la propiedad, el conocimiento y la buena fe, mientras que la clase gobernante insistía en la importancia de mantener una estricta jerarquía que le permitiera dominar a los que estaban bajo su mando. El acceso a los relatos históricos y a otras narraciones procedentes de China y Corea impulsó a los japoneses a desarrollar su propia tradición cultural y literaria.

Entre los relatos escritos manipulados por la clase regente para justificar y reforzar su posición política se encuentran

los *Kojiki* (Relación de hechos antiguos) y los *Nihongi* (Crónicas de Japón), completados en los años 712 y 720, respectivamente. Estos últimos se concebían como recopilaciones de cuentos y leyendas transmitidas oralmente desde el origen de Japón, mientras que los relatos legendarios de los *Kojiki* son narraciones históricas sobre la creación del archipiélago japonés a cargo de las deidades creadoras, a las que se añade la vida de la diosa Sol. Los *Nihongi* se centran más, pues, en aspectos históricos; de hecho, los historiadores nacionales ortodoxos han presentado estos relatos como hechos reales. Sin embargo, la obra fue recopilada bajo la dirección del emperador Temmu (que reinó entre 673 y 686) con el fin de justificar y glorificar su linaje dinástico. Ambas narraciones incorporaban materiales de fuentes chinas y coreanas. Algunos historiadores coreanos han señalado que muchos de los relatos legendarios son parecidos a los encontrados en los primitivos cuentos coreanos. Estas historias se convirtieron en relatos sagrados utilizados para reafirmar el carácter divino y sagrado de la dinastía imperial, sobre todo tras la recuperación de su poder político en 1868.

La otra aportación cultural importante por parte de Corea y China fue la introducción del budismo a mediados del siglo vi. Es posible que esta religión se conociera en Japón incluso antes de la llegada de los emigrantes chinos y coreanos, pero la versión oficial sostiene que el budismo fue introducido en el año 538, fecha en la que el rey de Paekche presentó imágenes y escrituras budistas. Se cree que los bellos objetos de artesanía que acompañaron a esta religión facilitaron su entrada en el país.

En el período heiano se llevó a cabo un estudio más serio de la religión budista. La rama del budismo que floreció en China, Corea y Japón fue la *Mahayana*, que sostenía que la salvación se logra mediante la fe en las piadosas deidades budistas, las *bodhisattvas*. La otra rama, o budismo *Theravada*, sostenía que el nirvana, o estado de felicidad, se alcan-

za mediante el autodomínio y el conocimiento de uno mismo. Esta última rama se extendió principalmente por el sureste de Asia, mientras que la anterior prosperó en China, Corea y, luego, Japón. Las dos principales sectas que nacieron en el período heiano fueron la Tendai ('Plataforma Celestial') y Shingon ('Palabra Verdadera'). La primera basaba sus enseñanzas en el Lotus Sutra, que defiende la unidad o unicidad de todas las cosas. El fundador de la secta Shingon en Japón fue Kukai (774-835), que había estudiado en China. Esta secta daba mucha importancia a los ritos esotéricos, a los cantos y a las oraciones. Aunque no se ha podido comprobar con certeza, a Kukai se le atribuye la invención del sistema fonético para transcribir el japonés.

Durante el período heiano el budismo no contó con una gran difusión entre el pueblo, sino que siguió siendo una doctrina y una práctica adoptada mayoritariamente por las clases altas. Hubo un intento de sincretizar el budismo y el sintoísmo mediante la creencia de que todas las deidades, incluidas las sintoístas, eran manifestaciones del Buda original. Esta escuela, conocida como Sintoísmo Dual, está en cierto modo en sintonía con la actitud no exclusivista que ha caracterizado las costumbres japonesas, según la cual es posible profesar el sintoísmo, el budismo o cualquier otra religión al mismo tiempo.

La literatura y la poesía

En literatura y poesía, la primera obra importante es la antología de poemas *Man'yōshū* (Colección de diez mil poemas), recopilada en el siglo VIII. Consta de alrededor de cuatro mil poemas breves y largos pertenecientes tanto al tiempo en el que aún no se había introducido la escritura como al período que va desde el siglo V hasta el año 760 aproximadamente. Entre los autores se encuentran campesinos anónimos, aris-

tócratas de la corte y emperadores. Los poemas no sólo destacan por su valía literaria, sino que además reflejan los valores morales e intelectuales del antiguo Japón. Los críticos ven en los poemas la expresión de los sentimientos naturales humanos que prevalecían en el país antes de la incorporación de los ideales confucianos de corrección y moderación. Las declaraciones de amor a la esposa y a la familia, posteriormente catalogadas de «poco masculinas», se profesaban con toda libertad, como por ejemplo: «Mi esposa y yo somos un solo corazón / Por mucho que estemos uno al lado del otro / Ella me parece cada vez más encantadora / Aunque nos miremos durante un largo tiempo / Ella, mi amada, me sigue pareciendo más fresca que una nueva flor»⁴.

Una obra literaria ya considerada un clásico de la literatura universal es el *Romance de Genji*, escrito por Murasaki Shikibu (978-1016), una dama de compañía de la Emperatriz. El escenario es la corte heiana. La trama gira en torno al príncipe Genji y su vida amorosa, pero lo que hace de esta obra un clásico de la literatura es el efecto general estético creado por el elegante estilo poético de la autora, que acerca esta pieza a la poesía. El ánimo que impregna toda la novela es la sensación de aflicción, *mono-no-aware*. Genji dice: «Nada en este mundo es permanente. No sabemos lo que la vida nos depara»⁵.

Murasaki Shikibu escribió en una época y en un lugar en que se daba máxima importancia a las formas, al aspecto y al decoro; el efecto que se causaba en los demás pasó a ser una preocupación obsesiva. Esta excesiva sensibilidad por el aspecto y las apariencias se convirtió en parte del carácter nacional japonés. El círculo de la corte heiana también era una sociedad esnobista, preocupada en exceso por la posición social hasta el punto de mirar con desprecio al pueblo, que vivía ajeno a las delicadas reglas del decoro. Esta obsesión por la elegancia y el refinamiento influyó también en el lenguaje, cargado de términos respetuosos y educados. Sei

Shōnagon, otra importante estilista literaria de la época, escribió en *El libro de la almohada*: «Resulta desagradable en extremo escuchar cómo algún estúpido se olvida de las adecuadas fórmulas de respeto cuando se dirige a alguna persona de rango superior»⁶.

Con la introducción de la cultura china la poesía y la literatura de este país recibieron una especial atención; incluso se componía poesía al estilo chino. Con todo, hacia el siglo IX la literatura japonesa comenzó un proceso de liberación progresiva de la excesiva influencia de la literatura china que desembocó en el *waka* (literalmente 'canciones japonesas'), un poema en japonés de 31 sílabas. En el siglo X se recopiló el *Kokinshū* (Colección de poemas antiguos y modernos), una antología compuesta por mil cien *waka*. Uno de los editores escribió: «La poesía de Japón tiene sus raíces en el corazón humano y florece en las incontables hojas de las palabras»⁷. En otro ejemplo, un poeta del siglo XII reflexionaba así: «Sobre un árbol, junto a un campo desierto, una paloma llamaba a sus compañeras; tarde terrible y solitaria»⁸.

Arte y arquitectura

Durante los primeros años de la era Yamato evolucionó el peculiar estilo arquitectónico de los santuarios sintoístas. Se trataba de estructuras en forma de caja construidas en un estilo sobrio, sin adornos, para que encajaran con el entorno natural. Los santuarios sintoístas más típicos son los de Ise, en el centro de Japón. El Santuario Interior está dedicado a la diosa Sol y el Exterior a la diosa de la agricultura y de la sericultura.

Con la llegada de la civilización china empezaron a construirse templos y monasterios budistas en todo el país. Uno de los monasterios más famosos es el de Hōryūji, en Nara. Construido originalmente en 607, fue arrasado por el fuego

y reconstruido a finales del mismo siglo. En su composición destacan la pagoda de cinco pisos y el Salón Dorado. La estructura proporciona una sensación de equilibrio, orden y cohesión. El Tōdaiji de Nara, construido en el mismo siglo, aloja en su interior a un gran Buda de bronce de más de quince metros de altura. La tendencia a construir monasterios budistas en todas las provincias se inició en el período Yamato y continuó hasta la era heiana. Las plantas del edificio tendían a hacerse cada vez más asimétricas, ya que las edificaciones estaban destinadas a adaptarse a la disposición del terreno, al mismo tiempo que los templos y monasterios se adornaban con frescos y estatuas. Así pues, la adopción del budismo, junto con el arte y arquitectura que lo acompañaban, sirvió para desarrollar la creatividad artística de la sociedad japonesa. También las casas comenzaban a incorporar formas peculiares, como las tarimas de madera, las columnas a la vista, los paneles desmontables, las puertas corredizas y las mamparas para separar espacios.

En el período heiano floreció un estilo pictórico exclusivo de Japón conocido con el nombre de *Yamato-e*. Aunque en sus inicios predominaron los temas budistas, pronto empezaron a pintarse escenas y cuentos de la vida japonesa. Los motivos se dibujaban con finos trazos y se pintaban con colores muy vivos. El estilo *Yamato-e* está presente en las puertas corredizas, en las mamparas y en los *e-makimono*, o rollos manuales de pergamino con narraciones en horizontal.

También se hizo famoso por su búsqueda de un estilo grácil un tipo de arte aprendido de los maestros chinos: la caligrafía a pinceladas.

2. La época de la hegemonía samurái: 1185-1600

Evolución política

Después que Taira Kiyomori obtuviera el control político en la capital, intentó conservarlo erradicando todo tipo de oposición. La severidad del control de Taira llevó a la gente a decir: «Si uno no es un Taira, tampoco es un ser humano». Sin embargo, un frente de oposición se estaba formando en la región oriental de Kantō, gobernada por Yoritomo (1147-1199), jefe del clan Minamoto. Yoritomo inició la sublevación en 1180, aproximadamente en la época en que varias hambrunas (1181-1182) llevaron a la muerte a miles de personas. Un relato de este tiempo revela que «los pobres se arrastraban a la vera de los caminos invadiendo nuestros oídos de lamentos... Todos se estaban muriendo de hambre»¹. Esta situación coincidió con la muerte de Kiyomori, lo que debilitó la posición política de los Taira. Yoritomo supo aprovechar el momento y derrotar a las fuerzas de los Taira ejecutando a todos los miembros de la familia, incluidos los niños más pequeños. Irónicamente, el propio Yoritomo se había librado en su infancia de morir ejecutado por Kiyomori gracias a la intercesión de la madrastra de éste. Así

pues, en 1185 Yoritomo se hizo con la supremacía política y, para no dejarse influir por el laso estilo de vida de la corte heiana, decidió instalar su base en Kamakura, su cuartel inicial, para pasar a consolidar su poder sobre el territorio. Cuando los guerreros samurái entraban en combate, su jefe generalmente dirigía la batalla desde una tienda de campaña. Los campamentos militares eran conocidos con el nombre de *bakufu*; de ahí que tanto el centro político y militar creado por Yoritomo como el gobierno militar que siguió hasta 1867 fuesen conocidos también como *bakufu*. En 1192 Yoritomo fue nombrado *seitaishōgun*, o generalísimo. A partir de entonces, tanto él como sus sucesores gobernaron el territorio en calidad de *shōgun*.

El control guerrero establecido por Yoritomo y apoyado por la familia de su esposa, o clan Hōjō, duró hasta 1333. El período comprendido entre 1185 y 1333 es conocido como período Kamakura. A partir de ese momento el poder pasó al clan Ashikaga, cuyos miembros ocuparon el puesto de shogún desde 1338 hasta 1573. En realidad, desde mediados del siglo xv los jefes guerreros regionales mantuvieron constantes luchas por el poder, que situaron al país en un continuo estado de contiendas civiles, esto es, un período de «estados de guerra». Aunque dos jefes guerreros, Oda Nobunaga y Toyotomi Hideyoshi, reestablecieron el orden político en el último cuarto de siglo, no fue hasta que Tokugawa Ieyasu se hizo con el poder a principios del siglo xvii cuando el país entró en un período de paz y estabilidad que duró hasta 1867.

La estructura social y cultural del país, basada en el modo de vida cultural y aparentemente refinado de la sociedad heiana, se vio profundamente transformada. No se trataba solamente de un cambio en el orden político, sino que también las raíces culturales, morales e intelectuales de la vida japonesa se empaparon profundamente de las costumbres samurái. Así, los dos polos opuestos de Japón, la gentileza

elitista heiana y la rudeza samurái, se convirtieron en el símbolo del estilo de vida del país.

A pesar de ostentar el poder *de facto* Yoritomo conservó el sistema imperial, aunque aparentemente era el shogún o jefe militar que actuaba en nombre del Emperador. Obtuvo varios reconocimientos por su política y fue nombrado condestable mayor y administrador supremo de las 66 provincias. En su primer cargo conservó todo el poder militar y político del territorio, mientras que en el segundo tenía derecho a recaudar impuestos de los dominios estatales. También podía nombrar condestables y administradores de terrenos de ámbito provincial. En la región de Kantō, donde ejercía directamente su control, elegía también a los gobernadores provinciales. Era dueño, además, de varios *shōen* en diversas zonas del país después de haber confiscado el antiguo *shōen* Taira, aunque el grueso de los *shōen* estaba aún en manos de la corte imperial, de la nobleza cortesana, de los monasterios y de algunos terratenientes locales. El poder principal, pues, se dividía en distintos frentes.

De hecho, existía una especie de gobierno dual cuyo esquema de control difería de unas regiones a otras. El sistema Kamakura no puede ser definido como feudalismo, ya que no se asemeja al sistema feudal europeo. Sin embargo, la relación entre los jefes samurái y sus súbditos se caracterizaba por un vínculo amo-vasallo o señor-siervo, aunque el señor no estaba obligado a conceder feudos a sus vasallos. Esta práctica se puso en funcionamiento mucho después aunque, al igual que en Europa, nunca de manera uniforme. Inicialmente, cuando la relación señor-vasallo empezó a forjarse, ésta se basaba en lazos de parentesco. Pero a medida que el señor iba ganando poder, empezaron a unirse al círculo otros miembros que no pertenecían a la familia. La relación se formalizaba mediante un ritual en el que el vasallo ofrecía al señor una placa con su nombre. A cambio de los servicios del vasallo, el señor le concedía el derecho a recaudar im-

puestos o rentas de las tierras o de una parte de ellas (pero nunca de un feudo con derechos políticos sobre la tierra). Utilizaremos, pues, el término «feudal» por razones prácticas, pero siempre teniendo en cuenta que no equivale al sistema feudal europeo.

El gobierno Minamoto no duró mucho tiempo porque tras la muerte de Yoritomo la familia de su esposa Masako, el clan Hōjō, ejerció el poder como regente de shogunes, que sólo eran figuras decorativas. Cuando el clan Hōjō se hizo con el poder, el ex emperador Gotoba intentó reafirmar la supremacía imperial y buscó el apoyo de los jefes militares y de los condestables del área de Kioto, consiguiendo reunir un contingente de diez mil guerreros en 1221. Masako condujo un gran ejército samurái y aplastó rápidamente a las fuerzas imperiales. Esto permitió a los líderes Hōjō reforzar la posición del bakufu Kamakura frente a la corte imperial y, al mismo tiempo, controlar a los *shōen* rebeldes.

Esta maniobra de Gotoba no supuso una gran amenaza para el gobierno Hōjō. El peligro más importante vino del extranjero, concretamente del intento mongol de invadir Japón. Durante la era heiana continuaron las relaciones que se habían iniciado con China bajo la dinastía Sung (960-1279). Taira Kiyomori fomentó el comercio con aquel país y los contactos continuaron en el período Kamakura. La influencia Sung se manifestó en la pintura, la literatura y en el budismo Zen (Chan). Esta relación amistosa fue interrumpida por la conquista mongola de China en 1260. En 1247 Kublai Khan intentó invadir Japón, pero la flota mongola fue destruida por un tifón, el llamado kamikaze. El segundo ataque, en 1281, acabó con el desembarque de las tropas mongolas en la ciudad norteña de Kyūshū, pero las fuerzas japonesas les obligaron a retirarse.

Aunque la invasión mongola fracasó, los esfuerzos defensivos arruinaron los recursos financieros del gobierno Kamakura. Además, los guerreros que tomaron parte en la de-

lensa del país esperaban algún tipo de prebenda, pero el Bakufu no tenía medios para recompensarlos, ya que no había ningún botín para repartir. Esto produjo un creciente descontento con el gobierno Hōjō. El auge de la economía monetaria, estimulada en parte por la importación de monedas Sung, agudizó también la crisis financiera de los samuráis, que empezaron a contraer deudas. El Bakufu intentó suavizar la difícil situación promulgando un edicto por el que cancelaba todas estas deudas, pero la medida no resolvió los problemas económicos de base. A medida que el Bakufu se fue debilitando por la crisis financiera y el creciente descontento samurái, algunos líderes locales, como los condestables mayores provinciales, los administradores de la tierra, los propietarios de *shōen* y los vasallos del Bakufu empezaron a disputarse la tierra y el poder, lo que provocó un aumento de bandoleros y ladrones que asaltaban las zonas rurales.

Percibiendo el creciente descontento hacia el Bakufu, la corte imperial se propuso recuperar el control político. En 1331, el emperador Godaigo (1288-1339) organizó un levantamiento contra el Bakufu con el apoyo de los jefes militares de la región de Kioto y de la región occidental de Japón. La sublevación fue inicialmente un fracaso hasta que hizo su aparición una figura clave, Ashikaga Takauji (1305-1358), que decidió pasarse al bando imperial y ayudar a derrocar el gobierno Hōjō. De este modo se restauró el poder imperial en 1333 aunque muy brevemente, pues duraría solamente hasta 1336.

Godaigo no consiguió imponer su autoridad sobre el territorio. El descontento de los samuráis se volvió en contra del gobierno imperial porque no habían sido debidamente recompensados. Las disputas por la tierra y el poder continuaron en las provincias. Ante la inestable situación de la corte imperial, Ashikaga Takauji, que había ayudado a derribar el gobierno Hōjō, decidió asumir él mismo el poder.

En la siguiente batalla Takauji consiguió ganarse el apoyo de los más descontentos y se hizo con el control de Kioto. Luego puso en el trono a un miembro de la línea colateral de la familia imperial. Cuando vio que las fuerzas proimperiales se rebelaban contra Takauji, Godaigo decidió unirse a ellas y huyó a la sureña península de Kii. En 1336 estableció un gobierno rival en Yoshino, dando lugar a la existencia de dos cortes imperiales: una en el norte y otra en el sur. Este sistema de doble dinastía imperial se prolongó hasta el año 1392.

El shogunato Ashikaga (1338-1573)

En 1338 la corte del norte nombró shogún a Takauji, quien, junto con sus seguidores, intentó someter a las fuerzas de la oposición y consolidar el gobierno Ashikaga. El tercer shogún Ashikaga, Yoshimitsu (1358-1408), consiguió en 1392 convencer a la corte sureña para que regresara a Kioto y se fundiera con la corte del norte, asegurando que los descendientes de ambas cortes irían ocupando el trono alternativamente. Pero este acuerdo nunca llegó a cumplirse, y son los descendientes de la corte norteña los que han ocupado el trono hasta nuestros días.

Aunque Yoshimitsu había aunado las dos cortes y había establecido un control firme sobre las provincias periféricas, los cabecillas locales, los condestables y los administradores de tierras permanecieron atrincherados en las provincias. Los *shōen* Ashikaga no eran tan extensos como los Hōjō, así que el gobierno Ashikaga tuvo que subir los impuestos para paliar sus necesidades económicas.

Tras la muerte de Yoshimitsu en 1408, el shogunato empezó a tener cada vez más dificultades para controlar los principales puestos de condestable. Éstos se habían hecho con el poder en las provincias más alejadas durante los años en que el país contaba con dos cortes, la del norte y la del sur. A me-

diados del siglo xv un gran número de condestables había ya heredado su cargo y empezaba a ejercer su dominio sobre otras provincias, además de apoderarse también de los *shōen* de sus propias provincias, que anteriormente habían pertenecido a la corte imperial, a los nobles cortesanos, a los monasterios y a pequeños propietarios de la zona. También habían adquirido el derecho a cobrar impuestos y *corvée* sobre la población de los *shōen*. Para reforzar su posición, empezaron por convertir a los funcionarios locales y terratenientes independientes en sus vasallos. Hacia mediados del siglo xv los propietarios de *shōen* habían perdido prácticamente el control de sus antiguos terrenos, mientras que los condestables empezaban a despuntar como poderosos terratenientes provinciales o *daimyō*, que significa 'los grandes nombres'.

A mediados del siglo xv surgieron fundamentalmente cuatro poderes de condestables. Su rivalidad desembocó en un importante conflicto civil instigado por las dos familias principales, la Yamana y la Hosokawa. Esta lucha de poderes, conocida como la Guerra Ōnin, dividió al país en dos facciones enfrentadas. El conflicto duró una década, de 1467 a 1477, pero lo más importante es que abrió una turbulenta etapa conocida como el Período de los Estados Guerreros (a imitación del conflicto chino que tuvo lugar entre el año 403 y el 221 a.C.). Esta etapa de luchas internas provocadas por los jefes regionales o daimios se prolongó durante un siglo, hasta que uno de los principales jefes guerreros, Oda Nobunaga (1534-1582), consiguió en cierto modo centralizar el poder.

Durante este siglo de luchas civiles el rango o posición apenas contaba; sólo la experiencia militar y un empeño despiadado por someter al bando opuesto. Muchos jefes guerreros locales se hicieron con el control de las regiones expulsando a las principales familias de condestables. Numerosos delegados y vasallos de los condestables, así como samuráis de bajo rango, organizaron contingentes de gue-

rreros y campesinos, establecieron una base de operaciones y empezaron a dominar áreas cada vez más extensas. Hacia 1563, el país estaba repartido entre 142 daimios principales que comenzaron a erigir castillos en sus centros de operaciones, muchos de los cuales llegaron a convertirse en ciudades importantes.

Durante este período ya era habitual la práctica de conceder feudos a los vasallos, a cambio de que éstos proporcionaran al señor un número determinado de guerreros. Para evitar que los feudos se dividieran en unidades cada vez más reducidas mediante la subdivisión de la tierra entre los hijos, empezó a imponerse la política del mayorazgo, lo que debilitó el *status* de las mujeres, que hasta entonces habían podido heredar. En una época en la que sólo contaba el poder militar, las mujeres perdieron sus derechos y fueron utilizadas como instrumentos políticos por sus padres o hermanos, quienes las obligaban a casarse con miembros de ciertas familias para reforzar su posición.

Las clases sociales: el campesinado

Las condiciones del campesinado durante el período Kama-kura-Ashikaga variaban de un lugar a otro. Los campesinos no eran siervos, pero los más pobres se veían a menudo obligados a vender a sus esposas e hijos como esclavos para servir de criados o ayudar en las labores del campo. También había trabajadores contratados que servían a sus arrendatarios. Los más acomodados ostentaban el título de propietarios de la tierra, siempre bajo la jurisdicción de los propietarios de los *shōen*. Durante los años de la guerra civil, al principio del período Ashikaga, se debilitó el control que ejercían los condestables y propietarios de *shōen* sobre los campesinos, y muchos de ellos consiguieron mayor libertad, llegando incluso a comprar sus propios terrenos. Los granjeros in-

dependientes se convirtieron en los líderes del campesinado, algunos incluso en granjeros-guerreros al servicio de los jefes militares que empezaban a despuntar. A diferencia de los campesinos comunes, que sólo eran conocidos por su nombre de pila o identificados por sus vecinos, los granjeros-guerreros podían utilizar sus apellidos. Cuando el orden establecido comenzó a debilitarse los campesinos sufrieron la amenaza de bandoleros y salteadores de caminos, por lo que decidieron agruparse para defenderse.

La carga sobre el campesinado se hizo más pesada a medida que el bakufu Ashikaga aumentaba los impuestos con el fin de solucionar sus problemas económicos. En consecuencia, los campesinos se vieron obligados a entregar más del setenta por ciento de su producción en concepto de impuestos y contribución. En tiempos de hambruna, los campesinos sufrieron el azote de la escasez. Muchos vendían a sus hijas a los burdeles y entregaban a sus hijos a los monasterios. Entre 1459 y 1461 se sucedieron sequías, inundaciones y tifones que, junto con una plaga de langosta, provocaron un gran número de muertes. Se calcula que, sólo en Kioto, murieron de hambre ochenta y dos mil personas.

Enfrentados a calamidades naturales, impuestos desorbitados y deudas cada vez mayores, los campesinos empezaron a dirigir sus protestas contra el Bakufu, los propietarios de *shōen* y los prestamistas de las ciudades, ahora con una mayor actividad gracias a la expansión del comercio y de la economía. Las insurrecciones campesinas se iniciaron en el siglo xv, con un total de dieciocho levantamientos en un lapso de treinta años a mediados de siglo. Los samuráis de clase baja o los granjeros independientes solían encabezar estas revueltas. A medida que los jefes militares locales ganaban poder en las provincias, muchos de estos hombres se convirtieron en lacayos de la ascendiente clase de los daimios. Abandonaron, pues, la causa de los campesinos y pasaron a ejercer de samuráis armados con espada, y así ayu-

dar a sus nuevos amos a someter al campesinado. La situación era tan inestable que algunos campesinos ejercieron de guerreros para sus jefes militares, ascendiendo así en la escala social, que por aquel entonces no estaba tan jerarquizada. Un claro ejemplo es el de Toyotomi Hideyoshi (1536?-1598), que pasó de ser un simple campesino a convertirse en el dictador de todo el país en el siglo xvi.

A finales del siglo xv una secta budista, la Verdadera Tierra Pura -de la que hablaremos después-, organizó a los campesinos y dirigió sublevaciones en algunas regiones para desafiar a los terratenientes locales. Sin embargo estas propuestas, más que estar destinadas a mejorar la situación del campesinado, tenían básicamente un carácter político y religioso.

La situación de la mujer

Tal y como hemos mencionado anteriormente, el primitivo Japón fue, casi con toda seguridad, una sociedad matriarcal, pero con la influencia de la civilización china y del confucianismo se llegó a aceptar la idea de una relación familiar jerárquica encabezada por el marido. El budismo también relegó a las mujeres a una posición inferior a la de los hombres, además de afirmar que la salvación no era posible para ellas. Esta concepción cambió durante el período Kamakura tras el auge de las sectas populares budistas. Con el aumento de poder de la clase samurái se dio más preponderancia a la fuerza física y el valor militar, por lo que las mujeres iban perdiendo posiciones progresivamente con respecto a los hombres. Al mismo tiempo, se hacían cada vez más pronunciadas las diferencias entre el lenguaje masculino y el femenino; se esperaba que las mujeres hablaran de un modo que las diferenciara, más refinado y educado. Asimismo, la imposición del mayorazgo suprimió el derecho de la mujer a la

herencia, aunque en el período Kamakura las hijas aún podían heredar y las madres viudas controlaban las propiedades familiares. Las hijas de samuráis recibían entrenamiento en artes marciales, y de sus viudas se esperaba que cumplieran con las obligaciones de un vasallo, e incluso que entraran en combate si fuera necesario. Un claro ejemplo fue la viuda de Yoritomo, Masako, que condujo al ejército de Minamoto contra las fuerzas imperiales.

Evolución económica

Los siglos XIV y XV fueron testigos de una prosperidad económica significativa que se manifestó en mejoras dentro de la producción agrícola y en el crecimiento del comercio y de la industria. Mejores herramientas y métodos agrícolas, mejor uso de los animales de tiro, utilización de residuos animales y humanos como fertilizantes, mejores métodos de irrigación mediante la utilización de norias, el sistema de doble cosecha, un mejor mecanismo de drenado del arroz y la apertura de nuevos terrenos para su cultivo contribuyeron al aumento de la producción agrícola.

El crecimiento agrario estimuló el comercio y la industria. Las ciudades comerciales empezaron a aumentar en número y tamaño. Se organizaron grupos mercantiles que se encargaban de las mercancías y los artesanos y trabajadores se agruparon en gremios. La prosperidad comercial vino acompañada del crecimiento de la economía monetaria. El comercio con China fomentó el uso de monedas, lo que favoreció la actividad de prestamistas y mayoristas. Las ciudades que contaban con puerto, mercado o castillo se convirtieron en importantes centros de actividad comercial. Algunos llegaron a ser ciudades autónomas, como Sakai, cerca de Osaka, pero esta independencia se debilitó en el siglo XVI, cuando los poderosos daimios pasaron a ejercer el control.

El shogún Ashikaga Yoshimitsu, interesado en impulsar el comercio con China, firmó un tratado comercial con los Ming (1404) e intentó acabar con los piratas japoneses que atacaban las ciudades costeras de China y Corea, país con el que mantenía mejores relaciones comerciales. Los daimios del Japón occidental también contribuyeron a fomentar el comercio con China y Corea, así como con las islas Ryukyu (Okinawa), cuyos comerciantes fueron los primeros en ejercer de intermediarios en la apertura de relaciones comerciales con el sureste de Asia. El comercio permitió a los daimios de las provincias occidentales constituir una sólida base económica y convertirse en los protagonistas de las revueltas civiles de los siglos XV y XVI.

Evolución cultural e intelectual: la cultura samurái

Como ya hemos visto, la ascensión de los caudillos guerreros en las provincias durante la época heiana provocó la aparición de las relaciones amo-súbdito, o señor-vasallo. Con el afianzamiento del shogunato Kamakura comenzó la era de la hegemonía samurái. Para los señores, el código ideal de conducta samurái radicaba en la lealtad, el cumplimiento inmediato del deber, la valentía y el honor, es decir, el sistema samurái amo-vasallo se basaba en relaciones recíprocas de servicio y recompensa. Básicamente los samuráis se guiaban por el interés personal, por lo que en época de conflictos y luchas por el poder muchos de ellos no dudaban en cambiar de señor y pasarse al bando del ganador. La «gran era del chaqueteo» tuvo lugar durante el siglo XIV, cuando la corte imperial estaba dividida en dos facciones. Una situación similar se produjo a finales del siglo XV y en el siglo XVI, coincidiendo con un período de luchas entre jefes militares. Sin embargo, cuando fuertes lazos personales y de lealtad unían al señor y al samurái, este último estaba dispuesto a

luchar por el señor hasta la muerte y, en caso de derrota, a morir incluso con él. Cuando el clan Hōjō fue derrotado por las fuerzas imperiales en 1333, miles de leales samuráis se inmolaron mediante el *harakiri* (abrirse el vientre con una espada) para compartir el destino de sus señores. * *

Dado que el samurái se preparaba para combatir, se le suponía un carácter curtido, consecuencia de un estricto régimen espartano que endurecía su carácter. Su formación incluía el manejo del arco y la flecha y la lucha con espada, circunstancia que potenció la producción de espadas y la aparición de especialistas en el arte de su fabricación.

En teoría, el código de los guerreros exigía al samurái ser caballeroso y proteger a los débiles, los indefensos y los vencidos, pero en realidad el samurái estaba entrenado para matar, por lo que normalmente se comportaba como un asesino sanguinario. El código guerrero basado en la caballerosidad y en una conducta honorable sólo fue posible durante la era Tokugawa, cuando este shogunato ejerció un firme control y desaparecieron los actos de violencia.

El budismo en la época Kamakura-Muromachi

Aunque el budismo contó con la aceptación de la clase alta durante la era heiana, fue durante el período Kamakura y en los años posteriores cuando se difundió más rápidamente, especialmente entre el pueblo, y quizás como reacción al caos, los conflictos y las luchas por el poder que se desarrollaron en la última parte del siglo XII y que se prolongaron hasta el siglo XVI. Además, las constantes catástrofes naturales que azotaban a la población no hacían sino anunciar la llegada del «fin del mundo», tal y como lo concebía el budismo. Este sentimiento de desesperación y pesimismo pudo haber llevado a muchos a buscar consuelo espiritual en las incipientes sectas budistas que empezaron a surgir entre el

pueblo llano. La rama Mahayana del budismo, que prosperó en China, Corea y Japón, anunciaba otra vida en la Tierra de la Felicidad. En el período heiano, se prestó más atención a los rituales y a la declamación de conjuros y fórmulas mágicas. Cuantas más veces se repitieran los mantras, mayor sería la posibilidad de salvación. Se dice que alguien apartó una alubia por cada mantra recitado hasta llegar a acumular un total de tres mil seiscientos millones.

El budismo Mahayana promulgaba que la salvación se lograba mediante la fe en los piadosos Budas y Bodhisattvas (aquellos que han alcanzado la iluminación pero que permanecen en la tierra para ayudar a otros a salvarse). Amida Buda, el Cuerpo de la Felicidad, se convirtió en el Buda más importante de Japón. Durante el período Kamakura, la devoción a éste y a otros budas piadosos contó con el impulso de los líderes budistas —que fundaron sus propias sectas—, en detrimento de una mejor comprensión de las doctrinas budistas o de la recitación de mantras.

Entre los líderes budistas del período Kamakura cabe mencionar a Hōnen (1133-1212), fundador de la secta de la Tierra Pura (*Jōdo*), que predicaba encomendarse al poder redentor de Amida Buda como garantía de salvación. Un discípulo suyo, Shinran (1173-1262), facilitaba aún más las cosas, insistiendo en que la salvación podía alcanzarse simplemente con una sola invocación sincera al nombre de Amida (todo lo contrario a lo promulgado por Hōnen, convencido de que cuantas más veces se invocara el nombre de Amida, mayores eran las posibilidades de salvación). Shinran enseñaba también que la conducta moral era irrelevante a efectos de salvación: todos los seres humanos, buenos o malos, podrían salvarse si verdaderamente se entregaban a Amida Buda. De hecho, una persona malvada que admitía que no era capaz de salvarse a sí misma tenía más posibilidades de salvación que el bondadoso que confiaba en lograrlo gracias a su buena conducta. La entrega total a Amida, según

Shinran, nos permite convertirnos en personas morales. Llamó a su secta la Verdadera Tierra Pura (*Jōdo Shinshū*), y encontró muchos seguidores entre los oprimidos. Dado que la conducta externa no contaba para la salvación, Shinran sostenía que la abstinencia de ciertos alimentos y bebidas, tales como la carne de ternera y el alcohol, no era requisito para salvarse. También abogaba para que el clero viviera como los laicos, rechazando el monacato y el celibato. Pretendía llegar a la gente del pueblo, por lo que decidió difundir su mensaje entre los oprimidos de las regiones más lejanas, en donde ganó muchos adeptos, especialmente entre el campesinado. Así pues, la secta de la Verdadera Tierra Pura tuvo gran acogida entre el pueblo y supo ganarse el fervor de las masas hasta el día de hoy.

La otra secta que se hizo muy popular fue la de Nichiren (Secta del Loto Blanco), que lleva el mismo nombre de su fundador, Nichiren (1222-1282). Sostenía que los tres cuerpos de Buda fundamentales en el Lotus Sutra, es decir, el Cuerpo de Emanación, el Cuerpo de Felicidad (Amida Buda) y el Buda histórico, forman una unidad y tienen la misma importancia. Consideraba que la recitación del Lotus Sutra permite alcanzar la salvación, al mismo tiempo que acusaba a las otras sectas de propagar falsas doctrinas, que se propuso sustituir por las suyas propias. Su dogmatismo e intolerancia le alejaron de otras sectas que tendían a ser más abiertas con las diversas creencias. Nichiren también tenía pretensiones nacionalistas y su pensamiento era afín al nacionalismo sintoísta. Además de ayudar a la gente a alcanzar la salvación, Nichiren pretendía convertirse en «el pilar de Japón, el gran barco de Japón». Enfatizaba el servicio a la patria y al soberano, al mismo tiempo que afirmaba que Japón era la tierra elegida por los dioses para ser el centro universal de la secta Nichiren. Su punto de vista militarista atrajo a muchos samuráis, pero también tuvo muchos seguidores entre las clases populares y, hasta el día de hoy, sigue siendo una secta importante.

El budismo Zen apareció también como movimiento relevante en este período, e influyó en el ámbito cultural de Japón más que ninguna otra secta. Como el budismo Chan, fue introducido en China desde la India en el siglo VI, o quizás antes. Entró en Japón durante la era heiana, pero no se convirtió en una secta significativa hasta el período Kamakura, cuando sus enseñanzas encandilaron a la clase samurái. A diferencia de otros movimientos, el budismo Zen no predica la salvación a través de la fe en los Budas o Bodhisattvas, sino que su meta es la «iluminación» (*satori*) mediante la meditación y la concentración. Así, y a pesar de los obstáculos impuestos por los espejismos mundanos, puede lograrse la unión con la realidad vital. Razón, conocimiento, escrituras y mantras no ayudarán, pues, a alcanzar la *satori*. Cada uno tiene que penetrar directamente en su alma para captar la realidad y la naturaleza del Buda que vive en nuestro interior. Una vez que la persona alcanza la *satori*, no puede transmitir a nadie esta realidad con palabras. Bodhidharma, que llevó el budismo Chan a China, dijo: «Es una transmisión especial más allá del papel escrito, pues no depende ni de las palabras ni de las letras, sino que apunta directamente al alma humana. Permite ver la naturaleza de uno mismo y alcanzar el estado de Buda»².

Existían dos sectas Zen, cada una con diferentes enfoques sobre la forma de alcanzar la *satori*. Una defendía el *zazen*, la meditación en posición sentada. La otra destacaba el *kōan*, o meditación sobre temas enigmáticos y paradójicos destinados a romper el mecanismo del razonamiento habitual para liberar el inconsciente, como por ejemplo: «¿Cómo suena un aplauso hecho con una sola mano?»³.

Debido a que el Zen exigía disciplina y concentración, no tuvo un seguimiento masivo entre la población, pero fue muy bien acogido entre los samuráis, que tenían que debatirse entre la vida y la muerte en el campo de batalla. Un jefe guerrero del siglo XVI aconsejó a sus hombres dedicar su

vida a esta disciplina: «El Zen no tiene más secreto que meditar profundamente sobre la vida y la muerte»⁴. Muchos samuráis y nuevos guerreros se recluyeron en monasterios Zen para imponerse disciplina y superar su temor a la muerte. El énfasis Zen en captar la esencia de las cosas tuvo un impacto significativo en el desarrollo cultural.

Arte y literatura

La pintura sobre pergaminos y los retratos, característicos de la era heiana, siguieron vigentes durante la época samurái. En el siglo XVI, cuando la emergente clase guerrera empezó a construir enormes castillos, empezaron a decorar su interior con pinturas murales, puertas correderas y estores. Tanto las puertas como los estores se pintaban con colores llamativos, que destacaban sobre fondos de pan de oro. Uno de los artistas más renombrados de este género fue Kanō Eitoku (1543-1590).

La arquitectura budista del período heiano continuó embelleciendo el paisaje japonés. Se esculpieron enormes estatuas budistas, tales como los reyes Deva que custodian el templo de Tōdaiji, en Nara, o el Gran Buda de Kamakura, de casi trece metros de altura. A finales del siglo XIV el shogún Ashikaga Yoshimitsu construyó el Pabellón Dorado, un edificio de tres pisos erigido al estilo Zen entre árboles, rocas y un lago. Durante el período de los «estados guerreros», los daimios empezaron a construir enormes castillos que servían de fortaleza. Cabe destacar el castillo de Fushimi, cerca de Osaka, que mandó construir Toyotomi Hideyoshi en el siglo XVI.

Con el auge de los samuráis, la elaboración de espadas se convirtió en una importante profesión, y fueron muchos los fabricantes profesionales que surgieron después del período Kamakura. Entre los más famosos se encuentra Masamune (1264-1344), cuyas creaciones son consideradas hoy en día

auténticos tesoros. También el arte de la cerámica comenzó a florecer en este período, especialmente tras la adopción de la ceremonia del té como búsqueda dentro de la estética Zen. El estilo depurado de la cerámica Sung y la simplicidad de las creaciones coreanas influyeron notablemente en los ceramistas japoneses.

En el campo de la literatura predominó el estilo narrativo que se desarrolló en la era heiana, conocido con el nombre de *monogatari*. Como es lógico, los asuntos de los cuentos hablaban de los clanes que luchaban por el poder, como el *Cuento de Heike*. Naturalmente, el espíritu samurái impregna estos cuentos, aunque también se respira la noción budista sobre el carácter efímero de la vida. El *Cuento de Heike*, que versa sobre el auge y la caída del clan Taira, empieza de este modo: «Al sonido de la campana del templo de Gion resuena la futilidad de todas las cosas... Los orgullosos no perduran, se desvanecen como el sueño de una noche de primavera. Y los poderosos también perecerán al final, como polvo en el viento»⁵.

Durante este período se escribieron también muchas historias y crónicas importantes. Los *Gukanshō* (Escritos de un lunático), obra de un monje a principios del siglo XIII, interpretaban la historia japonesa desde el punto de vista del gradual declive de la Ley de Buda. No en vano escribió en una época marcada por la decadencia de la casa imperial. En 1339, un defensor de la Corte del Sur, Kitabatake Chikafusa (1293-1354), compuso una interpretación sintoísta de la corte imperial titulada *Jinnō Shōtōki* (Registros de la sucesión legítima del divino soberano), cuyas páginas recitaron los defensores de la corte imperial a lo largo de los siglos.

El budismo Zen se convirtió en una fuerza cultural tan significativa durante los años de Ashikaga que ha moldeado el gusto estético de los japoneses hasta la actualidad. La valoración de lo sencillo y lo austero, la ausencia de equilibrio y la asimetría se reflejaba en muchas esferas de la cultura: el pai-

sajismo, el teatro Noh, la decoración floral, la ceremonia del té, la cerámica, la pintura, la poesía y la arquitectura. También influyó en el arte de forjar espadas y en la arquería. La estética Zen está presente en la ceremonia del té, en la que domina el sentido de sencillez, austeridad, melancolía, soledad, serenidad, prudencia y compostura. El daimio del período de los estados guerreros se aficionó tanto a la ceremonia del té que procedió a construir casas de té en entornos naturales, donde brillaba la estética Zen de la sencillez y la rusticidad.

Diseñada para reducir la naturaleza a su esencia, la jardinería también pasó a ser una de las artes más cultivadas. Entre los jardines de estilo Zen más renombrados se encuentra el Jardín de las Rocas del templo Ryōanji, en Kioto, diseñado con arena blanca y quince piedras que simbolizan el mar y las rocas.

La influencia Zen se dejó ver también en la pintura. Las creaciones de Mu-chi, un monje chino de la dinastía Sung, originaron en Japón un tipo único de dibujo en tinta llamado *sumie*. Los pintores *sumie* no buscaban el realismo de la naturaleza, sino que pretendían describir la esencia de las cosas omitiendo los detalles superficiales. El dinamismo y la fuerza de los pintores y calígrafos *sumie* se refleja en los trazos enérgicos y vigorosos y en el movimiento y ritmo de las pinceladas.

El drama Noh se había convertido en representaciones de danza folclórica que se escenificaban durante las fiestas sintoístas. En el período Ashikaga, el drama Noh se tornó más refinado y adoptó la sencillez y moderación del Zen. El escenario estaba prácticamente desprovisto de decorados y paisajes. Los actores, siempre hombres, actuaban de una manera sofisticada, formal y comedida, con gestos y movimientos de significado simbólico. Las obras Noh intentan transmitir el *yūgen*, «lo que se halla bajo la superficie... lo sutil, en oposición a lo obvio, el matiz, en oposición a la aseveración tajante»⁶. El Noh se mantiene como un estilo teatral apreciado

por la elite cultural, resultado de una significativa evolución de las danzas populares de los siglos anteriores.

Aunque el acceso a la educación era un privilegio especial de la elite cultural heiana, en la era Ashikaga los samuráis y los campesinos acomodados empezaron a mandar a sus hijos a las escuelas de los templos (*terakoya*). Esta costumbre no empezó a extenderse hasta el período Tokugawa, pero el nacimiento de la escuela como institución docente, un medio importante para que las masas adquirieran algún grado de conocimiento, tuvo lugar en esta época.

Encuentro con Occidente

A finales del siglo xv España y Portugal emprendieron sus expediciones en ultramar. Las naves portuguesas partieron hacia Oriente y Vasco da Gama llegó a la India en 1498. En 1513 los comerciantes portugueses arribaron a Cantón, China, y luego, en 1543, a Japón. Les siguieron los comerciantes españoles en 1584. Los holandeses e ingleses también llegaron finalmente a Japón: unos en 1600; los otros en 1613.

Entre las mercancías introducidas en Japón por los portugueses destacan los mosquetes, mientras que el producto más codiciado por los occidentales era la plata. El acontecimiento cultural más importante resultado del encuentro con Occidente en el siglo xvi fue la introducción del cristianismo a cargo del jesuita san Francisco Javier, que llegó a Japón en 1549. Los daimios de Kyushu recibieron abiertamente a los misioneros jesuitas porque creían que este contacto les facilitaría el comercio con los países occidentales. También Oda Nobunaga, que iniciaba su ascenso político en la década de 1560, apoyó a los misioneros porque quería acabar con aquellas facciones budistas que se le oponían. Con la conversión de algunos daimios de Kyushu y el apoyo de Nobunaga, el número de cristianos empezó a aumentar hasta el punto

de que, en 1582, Japón contaba con aproximadamente ciento cincuenta mil cristianos y doscientas capillas. El número de conversos cristianos continuó aumentando y en 1614, año en el que el fundador del bakufu Tokugawa prohibió esta religión, se calcula que había más de trescientos mil cristianos, aunque algunas fuentes aseguran que la cifra ascendía a setecientos mil. La población del país oscilaba por entonces entre dieciocho y veinte millones.

Tras una respuesta inicial favorable a los misioneros cristianos, las autoridades regentes empezaron a mostrar su preocupación por el sentido de lealtad de los vasallos cristianos, quienes, en última instancia, rendían pleitesía a una autoridad que estaba por encima de los señores daimios, es decir, a Dios. Hideyoshi, que se convirtió en la figura más poderosa tras la muerte de Nobunaga, promulgó un edicto en 1587 por el que se ordenaba a los misioneros que abandonaran el país. Aunque esta medida no entró en vigor inmediatamente, ante la sospecha de que los franciscanos (que habían llegado a Japón en 1593) pudieran ser los precursores de la incursión política hispana, Hideyoshi ordenó crucificar a veintiséis misioneros y conversos japoneses en 1596. Ieyasu también se mostró tolerante en un principio, pero luego empezó a preocuparle igualmente el hecho de no poder contar con la total lealtad de los cristianos, por lo que finalmente prohibió la religión en 1614 y ordenó a todo el mundo formar parte de una de las principales sectas budistas. decretó entonces la expulsión de los misioneros, obligando a los daimios a purgar sus dominios de elementos cristianos. Todos aquellos que se ocultaron y fueron descubiertos acabaron ejecutados. El tercer shogún Tokugawa, Iemitsu, utilizó la tortura para obligar a los cristianos a hacerse apóstatas. Entre 1614 y 1640 murieron ejecutados entre cinco mil y seis mil cristianos. Durante 1637 y 1638 los campesinos de la península de Shimabara y de la isla Amakusa, en Kyushu, se sublevaron al mando de un joven cristiano:

Amakusa Shirō (1621-1638). Aproximadamente treinta y siete mil personas ofrecieron resistencia a los cien mil soldados del Bakufu, pero fueron aniquilados. Los cristianos que se negaron a renunciar a su fe la ocultaron y se convirtieron en «cristianos secretos».

Preludio a la hegemonía Tokugawa

Entre los daimios contendientes del siglo XVI, el caudillo guerrero que se perfilaba como posible gobernante fue Oda Nobunaga, señor del territorio que rodeaba Nagoya. Nobunaga formó alianzas, empleó nuevas tácticas, realizó ataques por sorpresa y fue el primero en utilizar de modo eficaz las armas de fuego que habían introducido los portugueses. En 1568 Nobunaga ocupó Kioto y, en 1573, puso fin al shogunato Ashikaga.

Nobunaga fue un guerrero despiadado. Contó con la oposición de varios grupos budistas, incluidas las fuerzas campesinas (Ikkō) vinculadas a la secta de la Verdadera Tierra Pura. En una campaña contra los Ikkō capturó y acabó con la vida de decenas de miles de campesinos. En respuesta a la oposición de los monjes del monte Hiei, cerca de Kioto, ordenó quemar el monasterio y capturó y ejecutó a aproximadamente mil seiscientas personas, no sólo monjes, sino también vecinos del pueblo, entre los que se encontraban mujeres y niños. En otra ocasión mandó quemar a ciento cincuenta monjes por haber celebrado el funeral de uno de sus enemigos, y se cuenta que ejecutó a una joven doncella por no limpiarle impecablemente su aposento, ya que se había dejado un rabillo de fruta en el suelo.

Nobunaga también fue víctima de este mundo de luchas brutales y acabó muriendo a manos de uno de sus partidarios, que se había vuelto en su contra. Le sucedió otro anti-guero seguidor, Toyotomi Hideyoshi, un campesino que em-

pezó su carrera como portador de las sandalias de Nobunaga para acabar convirtiéndose en uno de sus mejores generales. Consiguió someter a sus rivales e imponerse en todo el territorio. Fue nombrado regente y canciller por el Emperador, pero no pudo llegar a ser shogún porque para entonces ya existía la tradición de designar para tal puesto sólo a descendientes del clan Minamoto. Una vez sometido todo Japón puso sus miras en el continente y, en 1592, lanzó una campaña contra Corea con la intención de conquistar este país y, más adelante, China. Cuando sus fuerzas avanzaban hacia el norte, en dirección a China, el gobierno Ming se interpuso y abortó la campaña, por lo que hubo que negociar una tregua. Pero una mala interpretación de las condiciones de ésta le hizo pensar que el gobierno Ming había roto el acuerdo, así que en 1597 Hideyoshi envió otro contingente a Corea. Murió al año siguiente, antes de haber alcanzado su objetivo, y sus tropas se retiraron. Su campaña dejó a Corea desolada, causando hambrunas y muertes por inanición entre la población del país.

A pesar de sus orígenes campesinos, en política interior se propuso evitar que este sector provocara más problemas en el futuro. Promulgó un decreto prohibiéndoles abandonar la tierra y les ordenó entregar todas las armas a las autoridades; asentó así las bases de una relación servil que quedaría instituida en los años siguientes, durante la era Tokugawa. En el período de luchas entre los jefes guerreros hubo menos rigidez social y a los campesinos se les permitió unirse a las fuerzas militares, algo que promovió el mismo Hideyoshi. También realizó un catastro para determinar el valor de la tierra y de las propiedades y, de este modo, acordar los impuestos que debían pagar los campesinos. El valor de la tierra pasó a determinarse por la cantidad de arroz producido. La medida utilizada fue el *koku* (284 centímetros cúbicos), que sirvió también para fijar el alcance de las posesiones de los daimios y samuráis hasta la era Meiji.

3. El gobierno Tokugawa

A la muerte de Hideyoshi se desató una lucha por el poder entre los líderes daimios. Tokugawa Ieyasu (1542-1616), que había conservado un extenso territorio en la región de Kantō y se había asentado en Edo, consiguió derrotar a sus rivales y someter a los partidarios de las fuerzas Toyotomi, imponiendo así la hegemonía Tokugawa (1600-1867). Ieyasu era tan ambicioso y despiadado como cualquier otro daimio. Obedeció a Nobunaga cuando éste le ordenó ejecutar a su propia esposa y obligar a su hijo a hacerse el *harakiri*. Se jactaba de ser descendiente del clan Minamoto y, tras ser nombrado shogún en 1603, decidió permanecer en Edo, que pasó a ser la sede del gobierno. Tal como hicieran otros shogunes anteriores, permitió que la corte imperial se quedara en Kioto, si bien el Emperador, aún siendo el jefe del culto imperial sintoísta, carecía de poder político.

Los dos siglos y medio de gobierno Tokugawa condicionaron el modo de pensamiento japonés, su escala de valores, su conducta social y las instituciones de forma más acusada que los gobiernos anteriores. Así pues, resulta necesario conocer la sociedad Tokugawa para poder comprender al Japón actual.

Para asegurar la continuidad de su régimen, Ieyasu adoptó ciertas medidas. Así, asignó a los daimios grandes extensiones de terreno a modo de feudos, si bien la familia Tokugawa conservó por herencia las posesiones más extensas. La producción de todo el país por entonces se calculaba en treinta millones de *kokus*, de los cuales siete millones correspondían a la familia Tokugawa. Los dominios del Bakufu estaban situados en la región de Kantō y en otras zonas estratégicas. Ieyasu otorgó feudos de su propia herencia a sus vasallos y colaboradores más directos. Los restantes veintidós o veintitrés millones de *kokus* quedaron en manos de los daimios, cuyo número fue variando a lo largo de la era Tokugawa, pero que por término medio ascendía a 270 aproximadamente. La posesión mínima de un daimio era de diez mil *kokus*. La inmensa mayoría contaba con menos de cien mil, aunque unos pocos llegaron a poseer hasta trescientos mil *kokus* o más. El daimio más rico llegó a acumular 1,02 millones de *kokus*. La corte imperial recibió, en un primer momento, veinte mil.

Los daimios se dividían en tres clases: los parientes de la familia Tokugawa, incluidas tres dinastías colaterales fundadas por los hijos de Ieyasu; los daimios vinculados por linaje a la familia Tokugawa; y los llamados señores «de fuera», que habían pasado a depender de la familia Tokugawa tras la victoria de ésta. Los señores herederos fueron destinados a zonas estratégicas, mientras que a los «de fuera» se les asignaron las regiones más lejanas o bien zonas situadas entre las posesiones de los señores herederos. Los daimios tenían prohibido establecer vínculos matrimoniales o reparar castillos sin la autorización previa del Bakufu, al mismo tiempo que estaban obligados a pasar uno de cada dos años en Edo, ciudad en la que, por ley, tenían que residir los miembros de su familia.

Los daimios podían gobernar sus dominios (*han*) libremente, pero el Bakufu gozaba del control absoluto de las re-

laciones exteriores, la acuñación de moneda y el transporte interfeudal. Cada daimio tenía su propio centro de poder en su ciudad-castillo, desde donde controlaba a sus vasallos y a la gente que vivía en sus dominios, en su mayoría campesinos. Esta división del país en diversos territorios daimios modeló la identidad regional japonesa, provocando cierto distanciamiento entre regiones.

Con el fin de asegurar la estabilidad social y política, el bakufu Tokugawa decidió establecer un rígido sistema de clases. Antes de la época de los señores guerreros no existía una separación estricta entre samuráis y campesinos. En tiempos de paz el samurái se dedicaba a cultivar la tierra, actividad que abandonaba cuando se incorporaba a filas, al mismo tiempo que los campesinos tenían derecho a ser incluidos en los grupos de guerreros. Durante el período de los «estados guerreros», los samuráis empezaron a dedicar más tiempo a la guerra y se asentaban allá donde su señor hubiera fijado el cuartel general. Más adelante, Hideyoshi empezó a restringir la posibilidad de que los campesinos abandonaran las labores del campo. El bakufu Tokugawa formalizó las divisiones de clase y el *status* de samuráis y campesinos pasó a definirse por nacimiento. Los gobernantes Tokugawa adoptaron la división de clases del confucianismo chino, esto es, eruditos, campesinos, artesanos y comerciantes, pero sustituyendo a los eruditos por los samuráis. Los artesanos y comerciantes formaban prácticamente una única clase: la de «los habitantes de la ciudad».

Los samuráis eran la clase dominante, los privilegiados. En vez de asignárseles una propiedad, se les pagaba en estipendios fijos de arroz. En realidad, no eran más que siervos políticos que vivían en las ciudades-castillo donde estaba asentado su señor. Había grandes diferencias entre los estipendios de arroz que recibían los samuráis de clase alta y los percibidos por los de clase baja, además de estar prohibido el matrimonio entre miembros de ambas clases. Se suponía

que el samurái debía conocer las enseñanzas de Confucio y comportarse según el código de los guerreros, que destacaba, ante todo, la dedicación exclusiva al señor. La clase samurái era superior al pueblo llano, por lo que estaba autorizada a matar con total impunidad a un campesino o habitante de la ciudad que se comportara de forma insolente con ellos. A finales de la era Tokugawa el número de samuráis ascendía aproximadamente a 1.800.000, de los cuales el treinta por ciento pertenecía a la clase más baja.

El campesinado

Se calcula que el número de habitantes de Japón a comienzos de la era Tokugawa era de aproximadamente veinte millones. A finales de este período, se habían alcanzado los treinta millones. A principios del siglo XVIII la población plebeya ascendía a veintiséis millones, de los que el ochenta por ciento eran campesinos. La tierra pertenecía a los shogunes y a los daimios, mientras que los campesinos que la trabajaban no eran sino siervos ligados a la tierra. La extensión de terreno cultivable, aunque variaba, era por término medio de un *chō* (algo menos de una hectárea). No pagaban una cantidad fija de impuestos, pero en general debían entregar entre el cuarenta y el cincuenta por ciento de la cosecha. Algunos daimios recaudaban incluso hasta el setenta por ciento de la producción. Lo habitual era exigirles el mayor número de impuestos posible, hasta el punto de que un gobernante afirmó en una ocasión: «Las semillas de sésamo y los campesinos se parecen mucho. Cuanto más los exprimes, más puedes sacar de ellos»¹. Además, estaban obligados a satisfacer otro tipo de cargas fiscales y se esperaba que realizaran trabajos no remunerados, como la limpieza de caminos y otras labores públicas. La clase regente gobernaba la vida de los campesinos de forma dictatorial. Éstos no po-

dían tener apellidos ni, por supuesto, llevar espada, un privilegio reservado exclusivamente a los samuráis. Las virtudes que se les suponían eran las de mesura, diligencia, renuncia y sumisión. Se les ordenaba qué debían cultivar, el horario de trabajo, qué comer, cómo vestirse y qué actividades de tiempo libre les estaban permitidas. Había que divorciarse de las mujeres que malgastaban su tiempo contemplando las flores o tomando el té, y muy pocos tenían acceso al aprendizaje, por lo que eran analfabetos en su mayoría. La clase gobernante consideraba que los campesinos vivirían más felices cuanto más ignorantes fueran; de ahí que un dicho común entre esta clase fuera: «Un buen campesino es el que no sabe cuánto cuesta el grano».

El campesinado era en su mayor parte muy pobre y apenas tenía para sobrevivir, aunque algunos gozaban de mejores condiciones y actuaban como jefes en los pueblos ayudando a los funcionarios a recaudar impuestos o llevándoles la contabilidad. Cada pueblo contaba con grupos de cinco hombres o asociaciones de vecinos que se encargaban del pago colectivo de impuestos y de castigar cualquier acto delictivo que cometieran sus miembros. Estas asociaciones también hacían las veces de entidades de colaboración mutua, ayudando a sus integrantes en tiempos de carestía o enfermedad.

Los habitantes de las ciudades

El número de habitantes de las ciudades en el siglo XVIII oscilaba entre tres y cuatro millones. En teoría, los artesanos y los comerciantes estaban por debajo del campesinado en la jerarquía social Tokugawa, no sólo por la influencia de la filosofía de Confucio, sino también porque los campesinos eran la espina dorsal de la economía. Los gobernantes Tokugawa también adoptaron el desprecio confuciano hacia los

blos. Aunque la clase dirigente intentaba adoctrinar a los campesinos sobre la necesidad de saber dónde estaba su lugar y a ser obedientes y sumisos, no podían evitar ocasionales disturbios y revueltas. Entre 1590 y 1867 se produjeron 2.809 disturbios entre los campesinos. En los últimos años de la regencia Tokugawa estos alzamientos eran cada vez más frecuentes, en clara respuesta a la creciente presión que ejercía sobre ellos la clase gobernante y a la llegada a los pueblos de la economía de mercado, que aumentaba el coste de vida a la vez que intensificaba las aspiraciones de la gente del campo. Las revueltas eran más frecuentes tras períodos de grandes hambrunas, como las de los años 1732-1733, 1783-1787 y 1833-1836.

Por «disturbios» del campesinado se entienden tanto la presentación de reclamaciones como el éxodo de las aldeas, las manifestaciones y las protestas violentas. La clase dirigente atajaba con crudeza cualquier acto violento torturando y decapitando a los cabecillas populares, o bien enterrándolos vivos. Muchos de estos actos consistían en asaltos a las casas y almacenes de granjeros, comerciantes y prestamistas adinerados. Los impuestos eran, por lo general, la causa de las protestas, aunque otras veces las razones respondían a la obligación de realizar obras públicas sin remuneración, a las medidas abusivas por parte de dirigentes y administradores o a las exigencias de colaboración y ayuda material en momentos de catástrofes naturales o hambruna. El número de participantes en estas protestas fue aumentando en los últimos años Tokugawa. Por ejemplo, en 1754 se sublevaron 168.000 campesinos para quejarse de la abusiva subida de los impuestos en una provincia de Kyusbu. En 1764, fueron doscientos mil los que se amotinaron en señal de protesta contra la obligación de construir explotaciones ganaderas para caballos en la región de Kantō, sin recibir por ello ningún tipo de remuneración. Con todo, en la mayoría de estos amotinamientos los campesinos no consi-

guieron ninguna concesión o retribución. Su objetivo no era político, por lo que sus protestas reflejan más bien el malestar general que empezaba a minar el gobierno Bakufu.

La población urbana era bastante inferior a la rural, por lo que los disturbios no eran tan comunes, aunque los últimos años de la era Tokugawa fueron testigos de alguna revuelta, originada sobre todo por el hambre que provocó la escasez de arroz y la subida de los precios. El mayor disturbio se produjo en Osaka en 1837, cuando incendiaron una quinta parte de la ciudad en protesta por la negativa de las autoridades a prestar ayuda a los pobres.

El fin del aislamiento

Los dirigentes del Bakufu eran conscientes de la incursión de las naciones occidentales en Asia y conocían las fuentes chinas que informaban de los acontecimientos ocurridos en otras partes del mundo. En el siglo XVIII, Rusia puso sus miras en la parte oriental de Siberia y sus barcos empezaron a acercarse a Hokkaido para entablar relaciones comerciales. En 1818 los británicos enviaron un navío a Edo con la misma petición, al mismo tiempo que los barcos balleneros se aproximaban a las costas japonesas en busca de víveres y de agua. El Bakufu rechazó estas peticiones y promulgó un edicto en 1825 ordenando la expulsión de todos los navíos extranjeros atracados en costas japonesas. Esta orden se suavizó para prestar ayuda a los barcos que llegaban perdidos accidentalmente a las costas de Japón, pero no por ello la política de aislamiento recibió alguna enmienda.

Otro país que también empezó a interesarse por el Lejano Oriente fue Estados Unidos, que durante el siglo XVIII comenzó a enviar clípers a China. Su interés radicaba en la pesca de ballenas cerca de las costas japonesas y en asegurar protección a los marineros que naufragaban, pero la res-

puesta del Bakufu fue de tratar a estos marineros como intrusos. Cuando Estados Unidos envió un mercante en 1837 para iniciar los contactos, el barco se vio obligado a retroceder. Lo mismo ocurrió en 1846, cuando dos buques de guerra, al mando del capitán Biddle, partieron con el fin de abrir los puertos japoneses al exterior. Años más tarde, el 8 de julio de 1853, el capitán Matthew C. Perry arribó a Uraga, en la Bahía de Tokio, con cuatro buques de guerra. Perry se negó a abandonar el puerto y le dio al Bakufu tres días para aceptar la carta del presidente Filmore, en la que se solicitaba el derecho de los navíos americanos a entrar en puertos japoneses para reponer carbón y víveres, así como el establecimiento de relaciones comerciales entre los dos países. Ante la perspectiva de los «barcos negros», el Bakufu asumió que no le quedaba más alternativa que permitir a Perry desembarcar en Uraga. Una vez entregada la carta, Perry zarpó anunciando que volvería a principios del año siguiente para recoger la respuesta.

Los dirigentes Bakufu sabían bien de los peligros que representaban las potencias occidentales. Conocían la humillación por la que había pasado China en la Guerra del Opio de 1839-1842. Enfrentados al ultimátum de Perry, los líderes Bakufu sintieron la necesidad de pedir consejo a los daimios y a los miembros del gobierno. También manifestaron su disposición a escuchar las opiniones de los siervos de los daimios, de los guerreros independientes y de los comerciantes, así como de aquellos mercaderes y granjeros más destacados. Al requerir el asesoramiento de todos los estamentos, se vieron también obligados a solicitar el parecer de la corte imperial, invitándola a exponer sus sugerencias. La petición fue crucial en las relaciones políticas entre el Bakufu y la corte imperial, ya que ésta nunca había tenido voz en las decisiones del largo gobierno Tokugawa. Esta medida abrió las puertas de la política a los oficiales de la corte que deseaban afirmar la autoridad de la corte imperial, así como

a aquellos que perseguían minar la autoridad del Bakufu y, si fuera posible, derrocarlo.

La democratización mostrada en el proceso de toma de decisiones para responder a la petición de Perry no minó la posición del Bakufu, que no fue capaz de llegar a un consenso. De los setecientos informes recibidos algunos aconsejaban acceder a las peticiones de Perry, pero la mayoría estaba a favor de continuar la política aislacionista pero, eso sí, evitando cualquier tipo de enfrentamiento militar. Algunos llegaron incluso a declarar la guerra a las fuerzas intrusas; entre estos últimos se encontraba el señor de Mito-han, que promulgaba la fuerza como método para levantar la moral de la nación. Otros aconsejaron responder con evasivas para ganar tiempo, algo que no fue posible porque, tal como había advertido, Perry volvió a buscar su respuesta a principios de 1854, esta vez trayendo consigo ocho «barcos negros».

Puesto que carecía de medios para enfrentarse a su flota, el Bakufu accedió a las demandas más básicas y, en 1854, firmó el Tratado de Kanagawa, por el que permitía abrir dos puertos a los navíos americanos: Hakodate, en Hokkaido, y Shimoda, situado en la península de Iza, junto a la Bahía de Tokio. También aceptó proporcionar la ayuda necesaria a los marineros náufragos y permitir que un cónsul americano residiera en Shimoda. La cláusula «nación más favorecida» estaba incluida en el tratado, aunque no había provisiones específicas sobre el comercio. Más adelante, se firmaron tratados similares con Inglaterra, Francia y Rusia. La llegada de Perry y el hecho de acceder a sus demandas constituyen un antes y un después en la historia de Japón, pues supuso el fin de la política de aislamiento y el nacimiento del país como un Estado moderno que comenzaba a cobrar importancia en la escena mundial.

En 1856, el gobierno de Estados Unidos envió a Townsend Harris a negociar un acuerdo comercial. Durante el curso de

las interminables negociaciones, los dirigentes del Bakufu le informaron de la fuerte oposición existente a firmar un tratado de ese tipo con Estados Unidos. El interlocutor principal informó a Harris de que sólo cuatro de los dieciocho daimios principales estaban a favor del tratado, y que del total de trescientos daimios sólo el treinta por ciento había manifestado su aprobación. Con el fin de obtener el consentimiento de aquellos opuestos al tratado, los negociadores japoneses solicitaron a Harris un retraso en las negociaciones de dos meses «hasta que un miembro del Consejo de Estado pudiera actuar como embajador ante el Emperador Espiritual en Kioto y obtuviera su aprobación». Esto obligaría a los daimios en contra a retirar su negativa. Cuando Harris preguntó qué harían si el Mikado se negaba a dar su consentimiento, le contestaron que el gobierno ya había decidido no atender a ninguna objeción del Mikado. Sin embargo, sostenían que el hecho de que el Bakufu hubiera consultado al Emperador calmaría a la oposición²⁸. Pero contrariamente a las expectativas del Bakufu, la corte imperial no dio su aprobación al tratado porque el círculo de la corte estaba dominado por los defensores de la política de aislamiento y de «ahuyentar a los bárbaros». En consecuencia, el gran consejero **Ii Naosuke** (1815-1860) decidió firmar el Tratado de Amistad y Comercio entre los dos países, sin el consentimiento imperial, en julio de 1858. El acuerdo contemplaba la apertura de tres puertos para el comercio y otros dos más en el plazo de unos años, aparte de acordar los aranceles correspondientes. Edo (Tokio) y Osaka abrieron sus puertas a los residentes extranjeros en 1862 y 1863, respectivamente. A los ciudadanos estadounidenses se les garantizaron derechos extraterritoriales y libertad de culto. Más adelante, Inglaterra, Francia, Rusia y los Países Bajos firmaron tratados similares. Fue así como Japón entró de lleno en el mundo de las relaciones diplomáticas y comerciales con los países occidentales, si bien los tratados no eran equitativos en lo que

respecta a los derechos extraterritoriales de los ciudadanos de las naciones firmantes.

Estos acuerdos pusieron fin a los problemas del Bakufu en el ámbito de las relaciones internacionales, pero provocaron graves conflictos internos. La firma del tratado sin el consentimiento imperial proporcionó a los sectores proimperiales y antioccidentales un buen motivo para situar a la opinión pública en contra del Bakufu.

La desaparición del régimen Tokugawa

El apoyo a la corte imperial había ido creciendo desde el nacimiento de la escuela del Aprendizaje Nacional, aunque su principal exponente, **Motoori Norinaga**, no veía ningún conflicto entre la corte imperial y el Bakufu. Sin embargo, la llegada de las potencias extranjeras y las concesiones hechas a Occidente por el Bakufu despertaron sentimientos nacionalistas en forma de *sōnno* ('reverenciar al Emperador') y *jōi* ('ahuyentar a los bárbaros'). Los cabecillas de estos movimientos solían ser jóvenes samuráis o gente de las clases menos favorecidas motivados, quizás, por la frustración generada por el jerárquico orden social de la era Tokugawa. Los activistas más destacados procedían generalmente de los dominios de los «señores de fuera», especialmente de Chōshū, en la meseta occidental, de Satsuma, en el sur de Kyushu, y de Tosa, en la isla de Shikoku. Pero los fuertes sentimientos *sōnno* también prevalecieron en Mito, la dinastía colateral de la familia Tokugawa. Sus líderes eran, por lo general, activistas fanáticos y pretenciosos dispuestos a matar y a morir por la causa. Conocidos con el apelativo de *shishi*, u 'hombres de altas expectativas', fueron los precursores, en cierto modo, de los patriotas ultranacionalistas de la década de 1930. Muchos *shishi* abrazaron las enseñanzas de pensadores influyentes como Aizawa Seishisai o Sakuma Zōzan (1811-1864).

Este último no se oponía radicalmente a Occidente, pues reconocía el valor de la ciencia y la tecnología occidentales, pero destacaba la importancia de los valores morales tradicionales y de la «organización política nacional». Defendía, pues, «la moral oriental y la ciencia occidental».

El decano de los *shishi* que luchaban en defensa del *sonnō-jōi* fue Yoshida Shōin (1830-1859), un miembro del clan Chōshū. Versado en las filosofías Chi Hsi y Wang Yang-ming, había sido discípulo de Sakuma Zōzan, por lo que reconocía la importancia de la ciencia occidental. No creía, sin embargo, que la «protección de las costas» fuera la única forma de defenderse de la amenaza de Occidente, sino que estaba convencido de la necesidad de transformar el orden feudal existente para unir a toda la nación. Sus creencias *sonnō*, contrarias al Bakufu, partían de una base idealista, pues para él «todos los japoneses deben considerar los problemas del país como si fueran propios y servir al Emperador, sacrificando nuestras vidas si fuera necesario. No deberían, por tanto, existir diferencias entre los nobles y el pueblo llano, entre las clases inferiores y las superiores». Para él, los líderes políticos del momento eran incapaces de acabar con la crisis nacional: «Debe quedar claro que el Bakufu actual y los señores feudales son incapaces de servir al Emperador y expulsar a los bárbaros»²⁹. Éstos eran, en suma, los razonamientos que argumentaba para defender la creación de un nuevo orden.

Con el fin de educar a los futuros dirigentes de este nuevo orden, Shōin abrió una escuela privada en Chōshū. De esta academia salió un grupo de estudiantes que no sólo lucharon a favor del *sonnō-jōi*, sino que se perfilaron como los futuros líderes de Japón: Itō Hirobumi, Yamagata Aritomo y Kido Kōin, los auténticos constructores del nuevo Japón en la era Meiji.

Shōin se enfureció con el Bakufu por firmar el tratado con Harris y poner fin a la política de aislamiento, desafiando así

los deseos del Emperador. Afirmaba que «los dioses y los hombres están enfurecidos, por lo que resulta adecuado destruir y matar respetando los principios básicos de la justicia»³⁰. Así pues, con la ilusión inicial de que los daimios de la oposición derrocaran al Bakufu, se rebeló contra el orden establecido, pero pronto perdió las esperanzas y decidió que «sólo los hombres de nobles propósitos procedentes del pueblo llano» podrían salvar al país y establecer un nuevo orden. No obstante, sus actividades contra el Bakufu y su participación en la conspiración para asesinar a un miembro del Consejo de Ancianos llevaron a su detención y posterior ejecución, convirtiéndose de esta forma en un mártir de la causa y héroe de los nacionalistas de los años anteriores a la Segunda Guerra Mundial.

Con todo, la muerte de Shōin no puso fin al movimiento *sonnō-jōi*; al contrario, sus partidarios pusieron aún más empeño en conseguir su objetivo. Así, asesinaron a Ii Naosuke, dirigente de las acciones destinadas a castigar y erradicar cualquier acción anti-Bakufu. El creciente sentimiento *sonnō-jōi* acabó desembocando realmente en un movimiento anti-Bakufu que se estaba fraguando tanto desde el pueblo llano como desde las más altas instancias. Kioto, sede de la corte imperial, se convirtió en el centro del movimiento *sonnō-jōi*, desde donde los daimios contrarios al Bakufu, junto con los ambiciosos consejeros de la corte, empezaban a desempeñar un papel crucial.

Con la desaparición del obstinado Ii Naosuke, la facción moderada se hizo cargo del Bakufu. Ante el cada vez más importante movimiento anti-Bakufu, intentaron ganarse la colaboración de la corte imperial y de los daimios más influyentes, para neutralizar así a los disidentes y establecer un consenso desde la cúpula del poder. Pero los opositores al Bakufu también estaban intentando conseguir el apoyo de la corte imperial para su causa. El clan más importante de este círculo era el de Chōshū, liderado por seguidores de Shōin y

partidarios del *sonnō-jōi* que, a su vez, contaron con la colaboración de algunos altos funcionarios de la corte.

El emperador Kōmei, que en un principio rechazó la petición del Bakufu de apoyar su política y firmar el tratado con Estados Unidos, decidió finalmente cooperar. Esta medida, conocida con el nombre de *kōbugattai* ('alianza de la corte con los militares'), tuvo su representación simbólica en la boda del shogún Iemochi con la hija menor del Emperador, Kazunomiya, celebrada en 1862. De este modo, el papel político de la corte imperial quedaba formalmente institucionalizado. El pacto de cooperación entre la corte y el Bakufu recibió el apoyo tanto de Satsuma, uno de los principales clanes «periféricos», como de Aizu, la dinastía colateral del Bakufu (prefectura de Fukushima). El clan Chōshū, dominado por los radicales y apoyado por funcionarios de la corte de su misma ideología, puso todo su empeño en perseguir al movimiento *sonnō-jōi*, hasta el punto de convencer al emperador Kōmei para que apoyara su sentimiento anti-occidental y obligara al Bakufu a adoptar una política de aislamiento.

Chōshū se mostró de acuerdo y disparó contra todos los navíos occidentales que navegaban por los estrechos del territorio Chōshū. Las naciones occidentales tomaron represalias y derrotaron a Chōshū, que, entonces, cambió de postura y empezó a entrenar a sus fuerzas armadas al estilo occidental. Satsuma, que había sido ajeno a posiciones fanáticas contra Occidente, también experimentó el poder de las fuerzas occidentales cuando los barcos de guerra británicos atacaron su base en represalia por haber matado a un ciudadano inglés. Esta confrontación convenció a los líderes del clan Satsuma de que Japón necesitaba, más que nunca, organizar su flota. Así, en la siguiente era (la Meiji), los líderes del clan Chōshū pusieron todos sus esfuerzos en la creación de un ejército moderno, en tanto que los líderes Satsuma se concentraron en las fuerzas de la marina.

La coalición *kōbugattai* decidió acabar con los activistas radicales Chōshū y sus secuaces cortesanos. A mediados de agosto de 1863, la coalición Satsuma-Aizu obligó a los activistas *sonnō-jōi* a abandonar Kioto. Impedían, así, la reinstauración de la política seclusionista, al mismo tiempo que relegaban de sus puestos en la corte a los funcionarios que apoyaban el movimiento y relevaban a Chōshū de sus obligaciones. En el verano de 1864, los radicales convencieron al clan Chōshū para que intentara volver a entrar en Kioto por la fuerza. La respuesta del Bakufu, apoyado por las fuerzas Satsuma y Aizu, fue una campaña militar que impuso a los líderes Chōshū la obligación de castigar a los que habían instigado el ataque contra Kioto.

La coalición *kōbugattai* empezó a desmantelarse. Los líderes Satsuma querían establecer un gobierno dominado por los clanes más importantes pero, ahora que los Chōshū habían dejado aparentemente de molestar, algunos dirigentes Bakufu intentaron establecer la supremacía de éste. Esta maniobra molestó al jefe del clan Satsuma, que empezó a contemplar la posibilidad de cooperar con Chōshū. Asimismo, se fraguó una maniobra secreta para crear una alianza entre Satsuma y Chōshū liderada por Saigō Takamori (1827-1877), de Satsuma, y Ōkubo Toshimichi (1830-1878), que consiguieron que Kido Kōin (1833-1877), de Chōshū, se pusiera de su lado, por lo que se aliaron a comienzos del año 1866.

Los miembros del Bakufu decidieron entonces deshacerse definitivamente del molesto clan Chōshū y lanzaron una segunda campaña en el verano de 1866. La campaña fue un fracaso porque, en esta ocasión, Satsuma no participó. El resultado fue la muerte del shogún Iemochi y su sucesor, Tokugawa Keiki (1837-1913), la dio por finalizada.

La coalición de Satsuma y Chōshū planteaba una seria amenaza al Bakufu, ya que Satsuma era el segundo clan más numeroso y tenía una importante población samurái (un samurái por cada tres plebeyos por término medio, a diferen-

cia de la media nacional, que era de un samurái por cada diecisiete plebeyos). Chōshū, liderado por los radicales, también contaba con un gran número de samuráis, a razón de uno por cada diez plebeyos. Había sido cuna de militantes nacionalistas y se había ocupado activamente de modernizar su contingente militar desde el conflicto con los navíos occidentales en 1863.

Los cortesanos anti-Bakufu, encabezados por Iwakura Tomomi (1825-1883), trataron de convencer al Emperador para que despidiera a los consejeros imperiales que se mostraban a favor de cooperar con el Bakufu. El emperador Kōmei se negó a hacerlo, pero su muerte en diciembre de 1866 otorgó más poder a algunos funcionarios de la corte anti-Bakufu, como fue el caso de Iwakura. Tras ocupar el trono un joven emperador Meiji (1852-1912) de tan sólo quince años, Iwakura y los detractores del *kōbugattai* ganaron poder en la corte imperial. Iwakura conspiró con los líderes Satsuma para poner fin a la política del *kōbugattai* y restaurar el régimen imperial.

Viendo que el Bakufu se estaba movilizando para modernizar su contingente militar, el triunvirato que tramaba destituirlo, Saigō, Ōkubo y Kido, presionó para que se adoptaran medidas militares. Los líderes del clan Tosa se inclinaron por el grupo Satsuma-Chōshū pero se opusieron a recurrir a la fuerza, por lo que el jefe del clan Tosa convenció al shogún Keiki para que devolviera voluntariamente la autoridad política al Emperador. Keiki accedió y así, tras manifestar que lo hacía para evitar una crisis nacional, cedió el poder político al Emperador a finales de 1867. Evidentemente, esperaba encabezar un nuevo gobierno parlamentario que, en su momento, crearían los líderes Tosa, así como conservar las enormes posesiones Tokugawa. Fue de este modo como, sin necesidad de una auténtica guerra civil, el período Tokugawa llegó a su fin. Se produjeron, sin embargo, algunas escaramuzas cuando Keiki se opuso a los planes de los líderes anti-Ba-

kufu, en especial el plan de Saigō, destinado a privarle de sus posesiones. Saigō consiguió que Keiki atacara a las fuerzas Satsuma-Chōshū. El contingente de Keiki fue derrotado y el clan se vio obligado a entregar la ciudad-fortaleza de Edo a las fuerzas imperiales, conducidas por Satsuma y Chōshū. Aunque continuaron existiendo algunos focos de resistencia, como por ejemplo en el clan colateral Aizu, rápidamente se procedió a su eliminación, poniendo así fin a 267 años de gobierno Tokugawa. A comienzos de 1868 el Emperador estableció la corte imperial en Edo, ahora llamada Tokio.

El acontecimiento más importante que condujo a esta situación fue, sin duda, la llegada de las potencias occidentales, que desembocó en una crisis nacional. Las dificultades económicas por las que atravesaban el Bakufu y los daimios a finales de la era Tokugawa debilitaron el sistema feudal y aumentaron el descontento entre los samuráis de inferior categoría y entre los plebeyos. Se sucedieron los disturbios y las insurrecciones de campesinos destinadas a «reformar la sociedad», pero éstas no bastaron para debilitar el poder del Bakufu. Al mismo tiempo las nuevas ideas intelectuales, como la aparición de la escuela de Aprendizaje Nacional, fomentaron la base del sentimiento pro-imperial y anti-Bakufu. La creciente crisis llevó a los viejos clanes feudales, los llamados «señores de fuera», a intentar mantenerse en el poder frente a su viejo enemigo, el clan Tokugawa. En cierto modo, lo que ocurrió fue una lucha entre los antiguos poderes feudales que concluyó con la victoria del grupo aliado Satsuma-Chōshū. Es posible que el desequilibrio entre los líderes de ambos bandos fuera responsable de la derrota del Bakufu, ya que la oposición estaba encabezada por jóvenes y ambiciosos guerreros de clase baja de los clanes Satsuma y Chōshū, mientras que los jefes militares del Bakufu eran casi todos líderes del viejo sistema. En realidad, fueron muy pocos los «hombres de talento» de rango inferior que llegaron a ocupar posiciones de poder.

4. La implantación del régimen Meiji

La pérdida de autoridad política por parte de los Tokugawa dio paso a la instauración del poder imperial Keiki. El joven emperador Meiji asumió formalmente el control de la tierra. Sin embargo, eran los líderes de los clanes Satsuma-Chōshū los que realmente ostentaban el poder, utilizando al Emperador de mera figura decorativa para lograr sus fines. Así pues, la Restauración Meiji fue, en realidad, un traspaso de autoridad a un nuevo grupo de ambiciosos líderes políticos con enraizados valores feudales. Sin embargo, éstos tenían que convencer al pueblo de que se estaba reimplantando el gobierno imperial y, además, transmitir un sentimiento de respeto y reverencia por el Emperador, con quien el pueblo no tenía ningún vínculo político directo desde la era Kamakura, ya que había estado sujeto a la autoridad política de los jefes de clanes feudales y del Bakufu. De ahí que, con el fin de obligar al pueblo a aceptar el orden recién establecido, los nuevos líderes promulgaran un edicto general apenas iniciada la Restauración, que estipulaba lo siguiente:

«Nuestro país es conocido como la tierra de los dioses, y de todas las naciones del mundo ninguna es superior en costumbres y moral... [Nuestras gentes] deberían estar agrade-

cidas por haber nacido en la tierra de los dioses y corresponder a sus compromisos con la nación... En la Antigüedad, los descendientes del cielo descubrieron la tierra y crearon el orden moral. Desde entonces, el linaje imperial ha permanecido intacto. Las generaciones siguientes de aquellos honorables personajes amaron profundamente al pueblo, y el pueblo sirvió honorablemente a cada uno de ellos... Todas las cosas de esta tierra pertenecen al Emperador. Cuando nace una persona, se la baña en agua del Emperador; cuando muere, se la entierra en la tierra del Emperador... Los emperadores rezan día y noche por el bienestar del pueblo... para que no haya hambrunas, ni epidemias... Sin embargo, en los últimos trescientos años no ha prevalecido la ley imperial... La corrupción era incontrolable, se castigaba a las personas virtuosas, los villanos gozaban de buena fortuna... Ahora, por fin, se ha restaurado el gobierno imperial, y la justicia y la ecuanimidad prevalecen sobre todas las cosas... Si fuéramos capaces de corresponderle al menos con una mínima parte de su honorable benevolencia, estaríamos cumpliendo con nuestro deber de súbditos de la tierra de los dioses»¹.

Los principios subyacentes de este edicto se incorporaron más tarde en el Edicto Imperial de Educación (1890), que recitaban todos los escolares hasta después de la Segunda Guerra Mundial como parte del proceso de lavado de imagen de los «dioses vivientes», iniciado por los líderes Meiji para manipular la mentalidad del pueblo a favor del nacionalismo y del Emperador.

Aparte de adoctrinar a las gentes para que fuesen obedientes y leales al Emperador —o, más bien, al sistema político—, los gobernantes tuvieron que crear un mecanismo que les permitiera conservar la autoridad recién adquirida. De ahí que, tan pronto como el gobierno Tokugawa fue sustituido por la oligarquía que, en 1868, proclamó el comienzo de la nueva era del emperador Meiji, se iniciara un repaso de los antiguos usos e instituciones y una reforma de los mismos.

La Restauración Meiji

Los nuevos líderes políticos se encontraron con una ingente labor. Tuvieron que poner fin al orden feudal Tokugawa y crear un gobierno central muy controlado. Así pues, lo que en principio era la restauración de la autoridad imperial se convirtió finalmente en una reestructuración de la sociedad y de las instituciones.

Uno de los asuntos prioritarios era evitar que la nación sufriera el destino al que habían sucumbido otros pueblos asiáticos, es decir, caer en manos de las potencias occidentales. De ahí que una de las principales preocupaciones fuera lograr el *fukoku kyōhei* ('nación rica, ejército fuerte'). En un principio, el liderazgo estuvo en manos de Saigō, Ōkubo y Kido, «los tres grandes» responsables de la Restauración Meiji, aunque también pasaron a formar parte de la nueva élite del poder algunos de los hombres mejor preparados de Chōshū y Satsuma, así como un pequeño grupo de aristócratas de la corte imperial.

El sometimiento de la oposición anti-Meiji se alcanzó con relativa celeridad. Tokugawa Keiki cedió su autoridad sin ofrecer resistencia. Se consiguió someter tanto al más importante clan de la oposición, el clan Aizu, como a algunos grupos de samuráis contrarios al sistema imperial. Los movimientos campesinos «para reformar la sociedad» que habían comenzado en 1866, a finales de la era Tokugawa, continuaron hasta 1868. Perseguían la cancelación de deudas y la supresión de impuestos, no dudando para ello en atacar a los líderes regionales y ricos comerciantes que habían prosperado en los pueblos. Para apaciguar el descontento popular los líderes Meiji ondearon la bandera de un gobierno benevolente que ayudaba a las masas pero, temiendo que se extendiera el malestar, ejecutaron al líder de uno de los grupos más radicales partidario de reducir los impuestos y aumentar las ayudas públicas. Así pues, los dirigentes Meiji se

olvidaron rápidamente de su imagen de bondad con el pueblo e hicieron poco por el bienestar social y económico de los más pobres. En el orden político, en abril de 1868 se promulgó el Juramento de las Cinco Cláusulas, que incluía disposiciones sobre las asambleas deliberativas y sobre la presencia de todas las clases en la administración, si bien el programa de la nueva oligarquía no contemplaba la participación del pueblo en los asuntos políticos.

Reformas políticas

Con el fin de lograr sus objetivos de *fukoku kyōhei*, los oligarcas se dieron cuenta de que tenían que adoptar la ciencia y tecnología occidentales. Por tanto, descartaron inmediatamente uno de los apartados de su lema anti-Bafuku, el *jōi* ('ahuyentar a los bárbaros'), y dispusieron en la Cláusula 5 del Juramento que «se debe buscar el conocimiento en cualquier lugar del mundo con el fin de reforzar los cimientos del gobierno imperial». Los líderes perseguían lo que Arnold Toynbee denomina el proceso «herodiano». Toynbee explica que cuando el hombre herodiano «ha de enfrentarse a un rival más preparado y mejor armado, responde con las mismas armas y tácticas de su enemigo»². Esto era precisamente lo que perseguían los dirigentes Meiji.

El primer punto en la lista de prioridades fue la transformación del orden político. El paso inicial fue la eliminación de los dominios feudales existentes (*han*), donde los jefes de los clanes aún conservaban el poder administrativo. Para abolir el sistema *han*, los nuevos gobernantes convencieron a los jefes de los clanes de Satsuma, Chōshū, Tosa e Hizen (en Kyushu) para que, voluntariamente, cedieran sus propiedades al Emperador. Esta entrega tuvo lugar en marzo de 1869, lo que obligó a otros jefes (daimios) a imitar a aquellos hasta el punto de que, a principios de 1870, al gobierno imperial

ya tenía en su poder los 270 dominios *han*. Los jefes *han* confiaban en poder conservar sus provincias bajo el gobierno imperial y mantener su autoridad mediante el pago de un estipendio fijo, pero el gobierno decidió abolir los *han* como entidades administrativas. En agosto de 1871 los más de 270 *han* se convirtieron en prefecturas, pero a cambio los daimios recibieron una generosa recompensa. En 1888 las prefecturas se redujeron a cuarenta y seis y el gobierno central pasó a encargarse de la designación de gobernadores, entre los que se encontraban varios daimios.

La desaparición del sistema *han* significó la pérdida de empleo para los antiguos sirvientes samuráis, que pasaron a recibir una fracción de su antigua remuneración. También perdieron sus antiguos privilegios feudales, tales como una posición social superior a la de los plebeyos, el derecho a llevar espada, su impunidad para abusar de los plebeyos o el honor de vestirse y peinarse de manera diferente. Algunos se alistaron en el nuevo ejército o se convirtieron en policías, profesores o funcionarios del gobierno, pero muchos otros tuvieron que conformarse con aceptar trabajos en el mundo de la agricultura, el comercio o la artesanía, labores que, en otro tiempo, habrían considerado muy por debajo de su dignidad. La pérdida de su posición privilegiada y de estipendios fijos les convirtió en cultivo de oposición al nuevo orden.

En el ámbito nacional se creó un Consejo de Estado tripartito que estuvo vigente hasta 1885, año en el que se introdujo el sistema de gabinetes. También se establecieron entidades administrativas de orden local en ciudades y pueblos, de manera que la autoridad política emanaba del poder central a los gobernadores y líderes regionales.

Cuando los oligarcas (principalmente dirigentes de las provincias de Satsuma y Chōshū) estaban a punto de consolidar su estructura de gobierno, tuvieron que hacer frente a determinadas presiones, principalmente por parte de los

desposeídos samuráis. Éstos encontraron el apoyo del dirigente Saigō Takamori, que se mostraba en desacuerdo con muchos de los cambios introducidos y abogaba por un gobierno militar que contara con el apoyo de los resentidos samuráis de rango inferior. Descontento con el rumbo marcado por los nuevos gobernantes, decidió regresar a Satsuma (ahora prefectura de Kagoshima) y establecer allí su centro de operaciones. En 1873, cuando los miembros del nuevo gobierno estaban en el extranjero dentro del programa de la misión Iwakura en los Estados Unidos y Europa para estrechar las relaciones, Saigō regresó a Tokio para hacer que los oficiales al mando invadieran Corea. El motivo que alegaron fue el de castigar al gobierno coreano por haber hecho algunas críticas a las actividades de los comerciantes japoneses en Corea, pero la verdadera razón era concentrar el apoyo de los samuráis descontentos. Esta iniciativa se vio frustrada por los miembros de la misión Iwakura, que regresaron para abortar los planes de Saigō. Éste volvió a Kagoshima y sus seguidores se olvidaron del plan. Tras la intentona frustrada de recuperar sus privilegios, la antigua clase samurái inició una serie de alzamientos contra el gobierno, la mayoría en 1876.

De nuevo en Kagoshima, Saigō creó una escuela privada destinada al entrenamiento militar y adoctrinamiento de los jóvenes en los conceptos del feudalismo. Durante el tiempo que ostentó el poder en Kagoshima, muchas de las reformas gubernamentales Meiji no se llevaron a cabo, pues Saigō actuaba como líder de un Estado autónomo. Así los samuráis, organizados en pequeños ejércitos regionales, seguían cobrando sus salarios y aún se les permitía llevar espada. Ōkubo Toshimichi, antiguo guerrero de Satsuma que ahora dirigía el gobierno Meiji, decidió someter Kagoshima al control del gobierno, para lo cual destinó allí a algunos de sus hombres.

A instancias de sus seguidores, Saigō decidió sublevarse contra el gobierno y en febrero de 1877 encabezó una mar-

cha a Tokio. A medida que avanzaba hacia el norte, en Kyushu se le fueron uniendo miles de antiguos samuráis insatisfechos, hasta conseguir un contingente compuesto por cuarenta y dos mil hombres. Para detener su avance, el gobierno envió miembros del nuevo ejército, que ya no estaba formado por samuráis sino por plebeyos, de los que el ejército de Saigō se burlaba con el apelativo de «sucios granjeros». Sin embargo, el ejército de campesinos obligó a las fuerzas de Saigō a retirarse, una derrota que llevó a Saigō a suicidarse haciéndose el *hara-kiri*. Este conflicto, en el que se vieron involucrados sesenta mil soldados del gobierno y cuarenta mil guerreros de Saigō, causó importantes bajas en ambos bandos. Los «sucios granjeros», que demostraron su capacidad para combatir y salir victoriosos, pusieron fin a la resistencia armada contra el nuevo gobierno. A partir de ese momento, todos aquellos que se mostraban descontentos con el control monopolístico de los líderes Meiji se volcaron en los movimientos por la defensa de los derechos del pueblo para desafiar a los oligarcas.

Estos movimientos, que ya habían empezado antes del alzamiento de Saigō, tenían su base de operaciones en la provincia de Tosa (ahora prefectura de Kōchi), en Shikoku. Tosa era una de las cuatro provincias (junto con Satsuma, Chōshū e Hizen) que, en su momento, había liderado la oposición contra el bakufu Tokugawa. Pero la alianza de Satsuma y Chōshū había prácticamente excluido del núcleo de poder a los dirigentes de Tosa, entre los que se encontraba Itagaki Taisuke (1837-1919), partidario del plan de Saigō para invadir Corea y que se vio obligado a dimitir cuando Ōkubo y Kido lo hicieron fracasar. En 1874, Itagaki y sus cohortes hicieron llegar al gobierno un escrito en el que solicitaban la constitución de una Asamblea Nacional. La petición, basada en principios liberales occidentales, citaba en varias ocasiones las nociones de John Stuart Mill. Aunque el gobierno no dio su aprobación, la propuesta suscitó mucho interés y

adquirió una amplia difusión pública, marcando el nacimiento del movimiento por los derechos del pueblo. Cuando el movimiento contaba ya con una gran difusión por parte de la prensa, ésta se vio coartada por la promulgación de una ley en 1875 que contemplaba multas y encarcelamiento a los periodistas que criticaran al gobierno. Los periodistas, sin embargo, se negaron a ceder ante este tipo de presiones y las críticas fueron en aumento.

Itagaki continuó luchando por la creación de una Asamblea Nacional y por ampliar su base de poder. A medida que crecía la agitación política a favor del movimiento por los derechos del pueblo, el gobierno decidió restringir las reuniones y asociaciones por medio de la Ley de Reuniones Públicas de 1880, pero su promulgación no frenó la lucha por los derechos políticos, e Itagaki y sus seguidores siguieron exigiendo la creación tanto de una Asamblea Nacional como de asambleas de prefecturas. De los tres grandes artífices de la Restauración Meiji, sólo Ōkubo Toshinichi poseía un poder real a mediados de la década de 1870, ya que Saigō había fallecido tras su sublevación y Kido, de mentalidad más liberal y sin una presencia constante dentro del gobierno, murió en 1877. En 1878, un seguidor de Saigō asesinó a Ōkubo, por lo que el liderazgo político pasó a manos de Itō Hirobumi (1841-1909), Ōkuma Shigenobu (1838-1922) y otros miembros del Consejo de Estado.

Ante la constante presión para constituir una Asamblea Nacional, a finales de 1879 Iwakura aconsejó al Emperador que solicitara por escrito a los miembros del Consejo su opinión sobre la viabilidad de redactar una constitución. La mayoría se mostró a favor de avanzar gradualmente hacia la formación de una monarquía constitucional con poderes limitados. A principios de 1881, Ōkuma entregó un documento en el que defendía un gobierno parlamentario a imitación del modelo británico, al mismo tiempo que solicitaba fijar una fecha concreta para su creación. Itō y el resto de los

conservadores se molestaron por la propuesta de Ōkuma, que había roto la costumbre tradicional de adherirse a la postura mayoritaria, es decir, había actuado de forma independiente. Las discrepancias entre Itō y Ōkuma se dispararon cuando éste y su grupo criticaron al gobierno por vender sus posesiones de Hokkaido a un miembro de la clase dirigente por un precio irrisorio. Itō y sus simpatizantes consiguieron que Ōkuma fuera expulsado del gobierno pero, para acallar a las masas, en octubre de 1881 el gobierno se comprometió a redactar un borrador de la constitución y crear una Asamblea Nacional antes de 1890. Así pues, podría decirse que Ōkuma obligó a Itō a iniciar la redacción de una constitución a pesar de su decisión inicial de proceder lentamente.

Esta decisión contó con la aprobación de los defensores de los derechos del pueblo. Itagaki decidió entonces organizar un partido político, el Partido Liberal, en cuyas filas se incluían partidarios de las ideas de Rousseau. La declaración de principios del partido empezaba así: «La libertad es el estado natural del hombre, y su principal deber es conservarla». Un segundo partido político, el Partido de la Reforma Constitucional, nació a manos de los seguidores de Ōkuma y de un defensor del liberalismo inglés: Fukuwaza Yukichi (1835-1901). Aunque algo más conservador que el Partido Liberal, este grupo tenía como modelo al sistema parlamentario inglés y, además, contaba con el respaldo de una empresa comercial en pleno auge: la compañía Mitsubishi. Aunque ideológicamente no había diferencias significativas entre ambos partidos, no consiguieron ponerse de acuerdo en su lucha contra la oligarquía. Los líderes del Partido de la Reforma consideraban al Partido Liberal demasiado radical, mientras que los de este último pensaban que el primero estaba dirigido a «complacer a los ancianos y a los ricos». Con el fin de encontrar el apoyo popular, ambos partidos se embarcaron en una campaña de mítines por todo el país.

El gobierno intentó recortar la actividad propagandística promulgando en 1882 una ley que prohibía las conferencias públicas y restringía la labor de las organizaciones políticas locales. Lo único que logró, sin embargo, fue animar aún más a los detractores del gobierno, provocando frecuentes disturbios locales de campesinos. En ocasiones las autoridades regionales tuvieron que recurrir a serias medidas represivas, como es el caso del episodio de 1884, que acabó con la ejecución de los líderes de un grupo que exigía la desaparición del despotismo. Estos incidentes provocaron disensión en el seno del Partido Liberal. Además, Itagaki decepcionó a algunos de sus miembros tras aceptar dinero de Mitsui para viajar al extranjero. Por otra parte, también se estaba tambaleando la unidad del Partido de la Reforma, por lo que Ōkuma tomó la decisión de dimitir pero, aun así, ambos partidos continuaron su lucha contra el gobierno desde distintas instancias. Cuando éste estaba envuelto en negociaciones para revisar el tratado con las potencias occidentales, algunos miembros del Partido Liberal se opusieron al acuerdo, que permitía que los casos en los que estaban involucrados ciudadanos europeos fueran juzgados por jueces occidentales y concedía a esos países el derecho a revisar los códigos legales que iba a adoptar Japón. La oposición ejercida por los líderes de los partidos llevó al gobierno a promulgar en 1887 la Ley de Preservación de la Paz y a expulsar de Tokio a todos los agitadores.

Redacción de la Constitución

En medio de estas turbulentas actividades Itō procedió a redactar un borrador de constitución, tal y como había anunciado en 1881. Para preparar este borrador, en 1882 partió para Europa con el fin de conocer directamente las constituciones europeas. Los partidarios de una fuerte monarquía

constitucional pusieron sus miras en la Alemania de Bismarck. Este grupo estaba influido por las enseñanzas de Hermann Roessler, una autoridad alemana en jurisprudencia y profesor en la Universidad de Tokio. Así pues, Itō viajó a Alemania para escuchar las disertaciones del científico y político alemán Rudolph von Gneist sobre temas constitucionales, para posteriormente desplazarse a Austria, donde conoció personalmente a Lorenz von Stein. Convencido de que debía adoptar el modelo alemán en detrimento de los sistemas liberales de Inglaterra, Estados Unidos o Francia, permaneció en el extranjero durante más de un año entre 1882 y 1883, no sin hacer una breve parada en Inglaterra antes de regresar a Japón.

A su llegada introdujo varios cambios administrativos para reforzar el sistema imperial y la posición de la oligarquía. En 1884 creó un sistema nobiliario constituido por la nobleza, oficiales de alto rango del gobierno y dirigentes militares. Tanto él como Yamagata Aritomo (1838-1922), su homólogo de Chōshū, se proclamaron condes. Este grupo estaba destinado a constituir la cámara alta de la legislatura en curso como Cámara de los Pares. En 1885 Itō sustituyó el Consejo de Estado por un sistema de gabinetes al estilo occidental. Al mismo tiempo, para conservar la autonomía de los asuntos internos imperiales se constituyeron el Ministerio de Asuntos Internos Imperiales y la oficina del Lord Guardián del Sello Privado. En 1888 creó el Consejo Privado para examinar la propuesta de constitución y también para que sirviera de órgano asesor especial al Emperador. Al tiempo que trabajaban en el borrador de una constitución, redactaron una Ley de la Casa Imperial que limitaba la sucesión a los varones de la familia, contraviniendo así los precedentes históricos por los que las mujeres podían ascender al trono.

En 1886 Itō y sus ayudantes empezaron a redactar la Constitución. El borrador fue presentado al Consejo Privado

para su revisión en 1888. Durante las negociaciones, Itō se vio obligado a enfrentarse a los defensores de la autoridad absoluta del Emperador, pues se oponían al Artículo IV, que estipulaba que la Constitución recogía los derechos de soberanía del Emperador, algo que, según ellos, limitaba su poder. Itō sostenía que un gobierno constitucional implica siempre restricciones a los derechos del soberano, lo que provocó las protestas de sus detractores contra el Artículo V, que en un principio estipulaba que el Emperador ejerce el poder legislativo con el «consentimiento» de la Asamblea. Los que estaban a favor de la restricción de los derechos del pueblo, entre los que se encontraba un pionero en la occidentalización del país, Mori Arinori, pusieron objeciones a este punto y, a pesar de la oposición de Itō, consiguieron que se sustituyera el término «consentimiento» por el de «ayuda». Mori, sin embargo, no tuvo tanta suerte cuando propuso cambiar el término «derechos del súbdito» por el de «*status* del súbdito». El borrador contó con la aprobación del Consejo Privado tras seis meses de deliberación y fue promulgado el 11 de febrero de 1889.

La Constitución otorgaba los derechos de soberanía al Emperador, pero éste tenía que ejercerlos según las provisiones que marcaba dicha Constitución, tal y como Itō había defendido. Se pusieron en marcha la Asamblea, una legislatura bicameral, la Cámara de los Pares y la Cámara de Representantes. El Emperador podía recibir «ayuda» en la ejecución de sus deberes legislativos, pero tenía el poder de promulgar disposiciones imperiales cuando la Asamblea no celebrara sesión. También estaba capacitado para vetar leyes ya aprobadas por la Asamblea. Era el jefe supremo de las fuerzas armadas y podía declarar la guerra, sellar la paz y firmar tratados. También nombraba a los miembros del gabinete y otros funcionarios que pasaban a depender directamente de su persona, y no de la Asamblea. El único poder que verdaderamente tenía la Asamblea era el fiscal. La intro-

ducción de nuevos impuestos o la modificación de los ya existentes exigía la aprobación legislativa. Así pues, la Asamblea tenía voz en asuntos monetarios, pero si no se alcanzaba consenso para aprobar el presupuesto se aplicaba el del año anterior. Puesto que las fuerzas armadas no dependían de la Asamblea o del gabinete, sino del Emperador, comenzó a acuñarse el concepto de «independencia del mando supremo», en virtud del cual los mandos del ejército podían dirigirse directamente al Emperador para tratar asuntos militares sin consultar previamente al gabinete. También se garantizaron los derechos y libertades del pueblo «dentro de los límites de la ley».

La Asamblea no se constituyó en la voz del pueblo en el gobierno. Los miembros de la Cámara de los Pares pertenecían a la familia imperial, eran nobles o bien los proponía la casa imperial directamente. Los miembros de la Cámara de Representantes eran elegidos por votación, pero este privilegio estaba limitado a los varones mayores de veinticinco años que pagaran una cantidad determinada en concepto de impuestos. En las primeras elecciones a la Asamblea, celebradas en 1890, sólo un 1,14 por ciento de la población tuvo derecho a voto, por lo que la Constitución no consiguió desbancar a los oligarcas de las posiciones de poder. En calidad de miembros del Consejo Privado, de la Cámara de los Pares, de funcionarios de la corte o de miembros del gabinete, los oligarcas actuaban de asesores del Emperador y sus líderes constituyeron un reducido grupo que manejaba los auténticos hilos del poder. Esta élite, que pasó a ser conocida como *genrō* ('viejos hombres de Estado'), estaba formada por un reducido grupo de poderosos entre los que se encontraban, entre otros, Itō y Yamagata.

Con anterioridad a esta fecha, concretamente en 1878, las prefecturas pasaron a contar con asambleas, pero éstas carecían de autoridad porque los gobernadores, designados por el poder central, controlaban todos los proyectos de ley.

Reformas sociales

Otro cambio introducido con respecto al antiguo orden feudal fue la abolición del rígido sistema de clases. En 1869 se procedió a una remodelación de la antigua división de clases, que finalizó en 1872. Los aristócratas de la corte y los antiguos daimios pasaron a ser pares, los antiguos samuráis de clase alta se convirtieron en *shizoku* (clan samurái) y, el resto, en plebeyos. A los grupos marginados se les llamó «nuevos plebeyos». Se legalizaron las distinciones de clase, por lo que el *status* social de cada familia quedaba recogido en los registros. Así pues, se perpetuó la conciencia de clase, si bien ahora los plebeyos podían tener apellidos, casarse con personas de mayor categoría social y cambiar de profesión, quedando desvinculados de la agricultura. Se les permitió poseer tierras y, en 1872, se les garantizó el derecho a comprar y vender propiedades. A partir de 1876, los samuráis dejaron de estar autorizados a llevar espada y a abusar impunemente de los plebeyos.

Otros cambios institucionales

El sistema judicial de la sociedad Tokugawa se basaba en el *status* social y la ejecución de la ley dependía del Bakufu, del daimio y de sus oficiales. No existían las leyes como tales, sino que las decisiones dependían de los deseos de la clase dirigente. Para las masas el sistema era arbitrario, puesto que no tenían derechos: sólo la obligación de obedecer. Para conseguir una modificación del contenido desigual de los tratados, que incluían provisiones extraterritoriales que eximían a los extranjeros de someterse al sistema legal japonés, las autoridades Meiji decidieron adoptar un sistema jurídico al estilo occidental. Optaron por seguir el modelo francés, codificado y administrado por jueces profesionales, en

detrimento del sistema de derecho común anglo-americano, dotado de un jurado que permitía a la gente del pueblo tomar decisiones en los juicios. Se creó un sistema legal de niveles superiores a inferiores, pero en ningún caso se estableció un sistema judicial independiente presidido por un tribunal supremo. El Consejo Privado, u órgano asesor del Imperio, era el encargado de decidir si las leyes o medidas administrativas eran o no constitucionales. Durante las décadas de 1880 y 1890 se incorporaron un código penal, un código de procedimiento criminal, un código mercantil y otro civil.

El gobierno Meiji también estableció un sistema de policía nacional. En la sociedad Tokugawa, el Bakufu y los oficiales daimíos eran los encargados de mantener el orden, sin que su función fuera la de proteger los derechos del pueblo, sino mantenerlo controlado. Los líderes Meiji intentaron aplicar un sistema policial al estilo de Occidente pero, en la línea tradicional, su principal función no era la de velar por los derechos de los ciudadanos, sino la de mantener la ley y el orden. Al principio el sistema policial dependía del gobierno local, pero en 1874 pasó a manos del Ministerio del Interior. Cuando en 1885 se adoptó el sistema de gabinetes, el Comisario de Policía, dependiente del Ministerio del Interior, adquirió autoridad plena para supervisar el sistema policial de toda la nación. La policía podía censurar a la prensa y controlar las actividades políticas; de hecho, se constituyó un auténtico «estado policial». En ámbitos locales, a la policía se la consideraba descendiente de los samuráis Tokugawa, por lo que los agentes se paseaban por la calle con sus sables.

Bajo el sistema Tokugawa los deberes militares eran responsabilidad de la clase samurái, pero, ahora que ésta carecía de los privilegios de antaño, el gobierno tuvo que crear un ejército moderno de mar y tierra para cumplir los objetivos de *fukoku kyōhei*. En un principio hubo desacuerdo acerca de la necesidad de adoptar un servicio militar obliga-

torio o de si, por el contrario, el nuevo ejército debiera estar formado solamente por antiguos samuráis de los principales *han*. Pero tras el asesinato en 1871 de Ōmura Masujirō –partidario del alistamiento general– a manos de antiguos samuráis desencantados, se formó el ejército con guerreros de los principales *han*: Satsuma, Chōshū y Tosa. Con todo, el reclutamiento obligatorio se hacía fundamental para crear un ejército fuerte. Yamagata Aritomo fue el encargado de diseñar el nuevo ejército, instituyendo oficialmente, en 1873, el servicio militar obligatorio. Se inclinó por un modelo de ejército similar al prusiano, que acababa de derrotar a Francia en la guerra franco-prusiana.

El anuncio imperial que promulgaba el servicio militar obligatorio acentuaba el concepto de servicio universal, en el que quedaban eliminadas las diferencias de clase entre plebeyos y samuráis. Sin embargo, al principio no se exigía la incorporación a filas a los que tenían educación superior, ni a aquellos que pagaban elevados impuestos o eran cabeza de familia, por lo que los únicos que estaban en condiciones de prestar tres años de servicio militar obligatorio fueron los hijos de los campesinos más pobres. En 1882 se promulgó la Orden Imperial de Soldados y Marineros, que destacaba la lealtad por encima de todas las cosas. Sostenía que «la protección al Estado y el mantenimiento de sus poderes depende de la fuerza de las armas... nunca os dejéis arrastrar por las opiniones más recientes ni os inmiscuéis en política; cumplid más bien con vuestro deber básico de lealtad simplemente con el corazón»³. En otras palabras, no estaban allí para pensar como personas individuales, sino simplemente para servir. Los soldados rasos fueron reclutados entre las clases más bajas, pero los altos cargos, sobre todo los generales, procedían principalmente de los *shizoku* de Satsuma y Chōshū.

El gobierno tuvo que crear una nueva división de las fuerzas armadas: la marina. Al no contar con capacidad para

construir barcos, en 1875 compró tres acorazados a Gran Bretaña. Los mandos de la armada, modelada al estilo británico, eran hombres de Satsuma.

La reconstrucción económica

En el ámbito económico, la principal tarea de los gobernantes Meiji fue la transformación de lo que era básicamente una economía agraria, propia del período Tokugawa, en una economía industrial. Desde la Revolución Industrial del siglo XVIII, Occidente venía utilizando la ciencia y la tecnología para construir plantas destinadas a la producción en cadena. Los líderes Meiji eran conscientes de que, para convertirse en una «nación rica», era necesaria una industrialización inmediata.

El primer paso fue la revisión del rígido sistema de propiedad de la tierra. El gobierno Meiji levantó las restricciones que ligaban a los campesinos a la tierra y les concedió el derecho a poseerla. Asimismo, necesitaba recursos económicos para impulsar el sector industrial de la economía. La fuente primaria de ingresos eran los impuestos que pagaban a los agricultores. Los propietarios de granjas estaban obligados a pagar el tres por ciento del valor de tasación de la tierra. Esto suponía aproximadamente un treinta y tres por ciento de la producción total de la misma, cercano al cuarenta por ciento máximo que el Bakufu había impuesto durante la era Tokugawa. Para satisfacer la petición de bajada de impuestos, el gobierno redujo la tasa al 2,5 por ciento en 1876, pero aun así seguía siendo una pesada carga para la población rural. A comienzos de la década de 1870, el noventa por ciento de los ingresos por impuestos que recibía el gobierno procedía del tributo agrario, que descendió a un 80,5 por ciento entre 1875 y 1879. La presión sobre los pequeños agricultores continuó siendo muy fuerte, ya

que los terratenientes que les arrendaban las tierras solían quedarse con más del sesenta por ciento de la cosecha. Si a esto se añadía el pago de otros tipos de cargas fiscales, el resultado era que estos arrendatarios conseguían quedarse aproximadamente con el treinta y dos por ciento de la cosecha, lo que contrasta con el treinta y nueve por ciento de producción que se les permitía conservar en la era Tokugawa. En la década de 1870, los arrendatarios trabajaban aproximadamente un tercio de la tierra cultivable.

Con los ingresos procedentes de los agricultores, el gobierno pudo poner en marcha el potencial industrial de la nación. Los economistas Kazushi Ohkawa y Henry Rosovsky observan varias etapas en el crecimiento económico de Japón desde el período Meiji hasta nuestros días. Los años de 1868 a 1885 se consideran el período en el que se sentaron las bases del moderno crecimiento económico. La primera fase comenzó en 1886 y duró hasta 1905. La segunda se sitúa en el período comprendido entre 1906 y 1952. La etapa de crecimiento económico posterior a la Segunda Guerra Mundial comenzó en 1953, cuando Japón surgió como una potencia económica mundial⁴. A principios de la era Meiji, la economía dependía prácticamente de las industrias textil y alimenticia. El gobierno asumió un papel activo en la adopción de medidas para mejorar la producción industrial, especialmente en el sector textil. Así, construyó talleres modelo y concedió subvenciones a empresarios privados. En 1870 entraron en funcionamiento las primeras fábricas modernas de tejidos de seda y algodón, dotadas de moderna maquinaria de importación. En muchas zonas se construyeron también fábricas experimentales, al mismo tiempo que técnicos extranjeros impulsaban la actividad minera.

Un aspecto de vital importancia para potenciar el desarrollo económico fue la modernización de los sistemas de transporte y comunicaciones. El gobierno inició la cons-

trucción de las líneas ferroviarias y en 1872 se inauguró la primera de ellas, que cubría el trayecto entre Tokio y Yokohama; en 1889 se completó la línea Tokio-Kobe y, finalmente, el Ministerio del Ferrocarril se encargó de diseñar una red completa. Su privatización no se produciría hasta 1987. En 1869 se inició también el trazado de las líneas telegráficas, punto de partida del sistema postal creado en 1871. En cuanto al transporte marítimo, el gobierno concedió ayudas a la compañía Mitsubishi para que ésta desarrollara su flota mercante.

La principal fuente de ingresos para financiar todos estos costosos proyectos continuó siendo el tributo agrario, instituido en 1873. También se introdujeron impuestos por consumo de sake y tabaco, pero el déficit seguía en aumento. El gobierno se vio, por tanto, obligado a pedir dinero prestado a las grandes empresas comerciales y a otros países, además de emitir billetes de banco no convertibles. El problema se agravó con el aumento de la inflación. Para intentar paliar este problema, el ministro de Hacienda Masakata Masayoshi (1835-1924) redujo el gasto gubernamental, introdujo impuestos indirectos adicionales, emitió moneda convertible y reforzó el sistema bancario mediante la creación del Banco de Japón. Gracias a estas medidas, Masakata consiguió estabilizar la economía.

Sin embargo, todas estas iniciativas no hicieron sino aumentar la pesada carga de los campesinos, que tuvieron que seguir contribuyendo con sus impuestos a pesar de la caída del precio del arroz. Dado que la cantidad que debían satisfacer se estipulaba en función del precio del arroz, en el año 1884 los campesinos tuvieron que entregar el 32,8 por ciento de su cosecha en concepto de impuestos, en contraste con el dieciséis por ciento que habían pagado en 1881, lo que provocó revueltas en el sector agrario.

Una característica de la política económica de esta época fue la estrecha relación entre el gobierno y los empresarios,

algo que caracterizó el sistema económico y político japonés antes y después de la Segunda Guerra Mundial. Desde un principio, se establecieron estrechos lazos entre los oligarcas Meiji y las poderosas firmas comerciales creadas en el período Tokugawa. En el conflicto entre las fuerzas imperiales y el Bakufu, las casas comerciales más importantes como Mitsui y Kōnoike apoyaron económicamente al sector imperial, si bien al mismo tiempo estaban también financiando al Bakufu, de tal forma que siempre contaban con el beneplácito del vencedor.

Cuando las fuerzas imperiales se hicieron con el poder, otorgaron concesiones especiales a las casas comerciales que les habían apoyado, como por ejemplo el derecho a recaudar impuestos. El arroz que los campesinos pagaban quedaba convertido en dinero, de forma que algunas empresas, como es el caso de la Mitsui, actuaron como tratantes de arroz y recaudadores de impuestos, lo que les reportó importantes beneficios económicos. También consiguieron el apoyo del gobierno para entrar en el mundo de la banca; de ahí que en los primeros años Meiji aparecieran algunas entidades bancarias, como Mitsui y Mitsubishi, de importancia aún en la actualidad. El gobierno transfirió, a bajo precio, muchas de las compañías mercantiles estatales a estas entidades, que también hicieron incursiones en el sector de la minería (Mitsui llegó a ser una de las principales compañías mineras). Mitsubishi aún no se había constituido en la era Tokugawa, sino que inició su andadura en el mundo empresarial de la mano de Iwasaki Yatarō (1834-1885), miembro del clan Tosa, cuyo apoyo levantó una firma mercante y se ganó el beneplácito del gobierno Meiji. Éste vendía sus barcos a la casa Mitsubishi a buen precio, además de concederle ayudas y subvenciones para que llegara a convertirse en una importante naviera que desplazara a las compañías extranjeras que operaban en Japón. Mitsubishi, al igual que Mitsui, empezó a involucrarse en otras muchas actividades de tipo eco-

dominio, tales como la banca, el comercio exterior y la industria manufacturera. Otras empresas que aparecieron en este período, como el Banco Sumitomo, también recibieron subvenciones del gobierno. Así pues, se puede decir que los gigantescos monopolios que caracterizaron el período anterior a la Segunda Guerra Mundial en Japón, los *zaibatsu*, se remontan a los primeros años de la era Meiji.

La primera fase del moderno crecimiento económico (1886-1905) empezó cuando las fábricas, las casas comerciales y los bancos desplegaron toda su actividad, aunque la agricultura seguía siendo el sector clave de la economía. En 1898, el ochenta y dos por ciento de la población seguía viviendo en pueblos y pequeñas ciudades. Con el incremento de las áreas cultivadas y la mejora de medios, aumentó la producción agrícola. El cultivo del arroz y de otros alimentos creció aproximadamente un cuarenta por ciento desde mediados de la década de 1880 hasta aproximadamente 1915. La seda cruda y el té fueron los principales productos exportados durante los primeros años Meiji. Entre 1868 y 1893, el comercio de la seda cruda representaba el cuarenta y dos por ciento del total de las exportaciones japonesas.

Además de la extensa construcción de las líneas de ferrocarril, el gobierno desempeñó un papel importante en el desarrollo del transporte marítimo. Poco antes de la guerra chino-japonesa de 1894-1895, el número de barcos mercantes japoneses superaba los quinientos. En 1913, la mitad del comercio en ultramar se transportaba ya en barcos japoneses.

Otra industria que evolucionó muy rápidamente al principio de la era Meiji fue la de la confección textil, que siguió siendo un componente fundamental de la economía del país. En el año 1900, el 70,7 por ciento de las fábricas se dedicaba a este sector, que aglutinaba al sesenta y siete por ciento de los obreros, en su mayoría mujeres, que trabajaban durante muchas horas para ganar un salario mínimo. La producción textil de algodón aumentó rápidamente

gracias al uso intensivo de maquinaria. Al inicio del período Meiji se importaban grandes cantidades de tela e hilo de algodón, pero el gobierno y las fábricas privadas incorporaron máquinas de hilado a vapor. A finales de siglo la demanda interna se daba por satisfecha y los fabricantes empezaron a dirigirse a los mercados extranjeros. Al principio el hilado de la seda se hacía manualmente, pero a medida que proliferaron las fábricas se incrementó la práctica del hilado mecánico. Hacia 1910, el setenta por ciento de la seda cruda se producía a máquina, aunque el método manual pervivió en los pequeños talleres de las zonas rurales. Japón se convirtió rápidamente en uno de los mayores productores de seda: de ser responsable del veinticuatro por ciento del total mundial en 1897, pasó en 1904 a ser el mayor productor del mundo, acaparando el treinta y uno por ciento de la producción global. En 1913, los tejidos de algodón y seda representaban casi las tres quintas partes del total de las exportaciones de Japón.

También se apreció un notable incremento en la fabricación de otros artículos tales como el papel, el azúcar, el cemento y el vidrio, pero los sectores que concentraron la atención del gobierno fueron la industria pesada y la minería. Aunque al principio participó en la industria minera, a mediados de 1885 el gobierno dejó el sector en manos de compañías privadas como la Mitsui. Los mineros del carbón trabajaban en condiciones pésimas y peligrosas, casi de esclavitud en algunos casos. La demanda de carbón para las fábricas y el ferrocarril disparó la producción, que se multiplicó por veintitrés desde 1874 a 1897. La producción de hierro y acero no alcanzó un desarrollo tan importante durante el siglo XIX, sino que habría que esperar a la guerra ruso-japonesa para que se produjera un aumento significativo. No tuvieron tanto desarrollo, sin embargo, la construcción de barcos y la fabricación de maquinaria, que se importaban principalmente de Inglaterra.

La educación

Los dirigentes Meiji dieron gran importancia a la educación como forma de integrar Japón en la Edad Moderna. El gobierno necesitaba que sus soldados, los obreros, los hombres de negocios y los funcionarios del gobierno estuvieran alfabetizados para poder alcanzar la meta de «nación rica, ejército fuerte». De ahí que, en 1872, se creara un sistema de educación elemental obligatorio. Al promulgar la Ley de Educación, el gobierno manifestó que no habría «ninguna comunidad con una familia analfabeta, ni ninguna familia con algún analfabeto entre sus miembros».

No obstante, hubo desacuerdos en cuanto a las materias que debían impartirse. Los intelectuales nacionalistas sintoístas abogaban por un reconocimiento de «la costumbre imperial» y el respeto por la corte, mientras que los tradicionales confucianos creían que el confucianismo debería constituir la base de la educación. Sin embargo, los defensores de la «civilización y la ilustración», como Fukuzawa, sostenían que el objeto de la educación era capacitar a Japón para que entrara en la edad moderna y adoptara el conocimiento occidental, por lo que destacaban la importancia de recibir una educación práctica. Los creadores del sistema educativo volvieron sus ojos a Occidente en busca de modelos.

El coste de la educación se pensaba sufragar tanto con los impuestos regionales como con las tasas académicas mensuales. Pero esta cuota, que oscilaba entre 12,5 y 50 sen al mes, era excesivamente alta para una familia campesina, ya que los ingresos medios de la gente del pueblo eran de sólo 1,75 yenes mensuales (un yen equivale a 100 sen). Por tanto, eran pocos los que podían afrontar el gasto, así que la asistencia era baja. La situación mejoró paulatinamente hasta alcanzar un veintiocho por ciento de asistencia infantil en 1872, que aumentaría hasta el cuarenta por ciento

en 1878. Sin embargo, el número de niñas matriculadas en la escuela siguió siendo reducido hasta principios del siglo xx. Los redactores de la Ley de Educación de 1872 opinaban que «en la humanidad no existen diferencias entre hombres y mujeres. No hay ninguna razón por la cual las niñas no deban ser educadas igual que los niños. Las niñas de hoy son las madres de mañana, las futuras educadoras de nuestros hijos. Por tanto, la educación de las niñas reviste la máxima importancia»⁵. Pero la idea tradicional de que las mujeres no necesitaban educarse aún persistía. El afamado escritor Higuchi Ichiyō (1872-1896), que estaba en edad escolar a finales de la década de 1870, recordaba que su madre solía decir: «Es pernicioso para una niña recibir demasiada educación»⁶. En 1876, el cuarenta y seis por ciento de los niños varones en edad escolar asistía regularmente a la escuela, mientras que sólo el dieciséis por ciento de las niñas estaba escolarizado. A finales del siglo xix, la asistencia femenina apenas llegaba al cincuenta por ciento, si bien en los últimos años de la primera década del siglo xx el porcentaje había alcanzado ya el noventa y seis por ciento.

Inicialmente eran obligatorios cuatro años de enseñanza elemental, que más adelante se redujeron a tres. En 1900 se volvieron a aumentar a cuatro, para crecer hasta seis en 1907, y como tal se mantendría hasta después de la Segunda Guerra Mundial, cuando se amplió a nueve años. En un principio los contenidos de la educación elemental, en los que se prestaba especial importancia al conocimiento científico, estaban extraídos en su mayoría de estudiosos occidentales, por lo general estadounidenses, en forma de textos escritos o traducidos por occidentalistas como Fukuzawa.

En 1879 el ministro de Educación, en un esfuerzo por conseguir el apoyo del público, descentralizó el sistema educativo y, siguiendo el modelo estadounidense, entregó el control de las escuelas a las autoridades locales. Esta ini-

ciativa fracasó porque algunas comunidades regionales, con el fin de reducir gastos, no prestaron suficiente apoyo a las escuelas. Se volvió entonces a imponer la centralización del sistema educativo, esta vez otorgando más autoridad a los gobernadores de las prefecturas. Además, en 1900, se bajaron las tasas académicas para que aumentara el número de alumnos.

Hacia mediados de la década de 1880, la tendencia pragmática y liberal que dominaba la educación al principio fue muy criticada por los defensores del nacionalismo cultural. Persuadieron al Emperador para que promulgara preceptos moralistas y educativos que alejaran la enseñanza de los conceptos occidentales. Insistían en incluir dentro del programa de estudios lecciones morales tradicionales y la historia nacional, haciendo énfasis en valores sintoístas y confucianos tales como la lealtad al Emperador, el patriotismo, el deber filial, la compasión, la sobriedad y la obediencia. Como resultado, el gobierno empezó a controlar cada vez más los libros de texto hasta que, en el año 1883, el Estado introdujo un sistema de certificación de libros de texto cuyas directrices habían sido delineadas por el Ministerio de Educación. En 1903, el gobierno pasó a publicar todos los libros de texto de educación primaria. Los valores tradicionales que debían inculcarse a los escolares quedaron recogidos en el Edicto Imperial de Educación (1890). Los libros de moral enseñaban a los jóvenes alumnos la importancia de la lealtad al Emperador. En la primera lección de moral de tercer curso, se puede leer lo siguiente: «Gracias a la profunda benevolencia del Emperador podemos vivir en paz cada día de nuestra vida. Debemos siempre recordar con enorme gratitud la gran deuda que tenemos con él»⁷.

La orientación anglo-americana inicial, impulsada por los pedagogos occidentalistas, fue sustituida en la década de 1880 por la filosofía educacional que en aquel momento proponía en Alemania Johann Friedrich Herbart, centrada

en la importancia de desarrollar el carácter moral de los estudiantes. El gobierno comenzó también a ejercer su influencia en los niveles superiores del sistema educativo. En la década de 1880, las escuelas de enseñanza media y superior impartían entrenamiento militar, e incluso las universidades quedaron bajo la supervisión del gobierno. La Universidad de Tokio cambió su nombre por el de Universidad Imperial de Tokio y se convirtió en parte de la maquinaria estatal. Su función principal era la de preparar a los futuros burócratas y funcionarios del Estado.

Manifestaciones intelectuales en los primeros años de la era Meiji: civilización e ilustración

Tras la apertura del país a Occidente, el Bakufu y algunos clanes feudales intentaron acceder al conocimiento occidental y mandaron al extranjero a algunos estudiantes. En 1862, el Bakufu envió a ocho estudiantes a Holanda, y en 1863 Chōshū envió otros cinco a Gran Bretaña. Entre ellos estaban los futuros líderes Meiji Itō Hirobumi y Inoue Kaoru (1835-1915). En 1864 Satsuma envió dieciséis estudiantes a Gran Bretaña, al mismo tiempo que algunos decidieron viajar a otros países occidentales por iniciativa propia. En una fecha tan temprana como 1857, el Bakufu creó un instituto de estudios occidentales y lenguas extranjeras, además de enviar al extranjero a algunas delegaciones para dar a conocer Japón. Entre estos delegados se encontraba Fukuzawa Yukichi, que regresó convencido de que Japón tenía que adoptar las prácticas e instituciones occidentales, convirtiéndose así en uno de los mayores defensores de la «occidentalización».

La llegada del gobierno Meiji dio un vigoroso impulso a la búsqueda del conocimiento y saber occidentales. En el Jura-

mento de las Cinco Cláusulas, los dirigentes afirmaban que su meta era la búsqueda del conocimiento en todo el mundo. Cada vez eran más los estudiantes que salían a prepararse al extranjero, por lo que se abrieron numerosas escuelas de idiomas y se tradujeron muchos libros occidentales. Los intelectuales y especialistas en Occidente recibían invitaciones para enseñar en las escuelas y colaborar en la modernización de Japón. Los misioneros cristianos también empezaron a llegar al país, una vez levantada la prohibición de su religión.

Entre aquellos que trabajaban por la «civilización y la ilustración» de Japón destaca Fukuzawa Yukichi, escritor de libros sobre Occidente en los que propagaba conceptos liberales occidentales. Algunas de sus obras, tales como *Condiciones en Occidente*, *El estímulo del aprendizaje* o *Esbozo de una teoría de la civilización*, tuvieron buena aceptación y su estudio sigue vigente en la actualidad. Influido profundamente por el liberalismo inglés, destacaba la importancia de la educación práctica y científica, así como de la necesidad de desarrollar el espíritu de los conceptos utilitarios y liberales. Se tradujeron las obras de algunos pensadores liberales, entre las que destacan *Sobre la libertad*, de John Stuart Mill, y *Autoayuda*, de Samuel Smiles, que gozaron de muy buena acogida entre los lectores. Fukuzawa y sus seguidores fundaron una sociedad intelectual, la Meirokusha (Sociedad Meiji Seis) y editaron un periódico en el que expresaban sus opiniones. Para el público en general, los productos de tecnología occidental eran los más apreciados. Una popular canción infantil incluía en su letra las diez cosas más deseadas en el país, a saber, lámparas de gas, máquinas de vapor, carruajes de caballos, cámaras, el telégrafo, el pararrayos, periódicos, escuelas, el correo postal y los barcos de vapor; todas ellas se harían habituales en Japón en un breve plazo de tiempo.

Panorama religioso

En 1873 se levantó la prohibición que existía contra el cristianismo y se promulgó el principio de libertad religiosa. Los misioneros cristianos ya contaban desde 1858 con permiso para trabajar en las ciudades portuarias contempladas en los tratados que el Bakufu había firmado con otras naciones, pero ahora podían realizar su trabajo donde desearan. Los cristianos que habían tenido que esconderse tras la prohibición del cristianismo en el siglo xvii pudieron salir públicamente. El número de cristianos seguía siendo escaso pero algunos intelectuales, entre los que cabe mencionar a Uchimura Kanzō (1861-1930), se convirtieron a este credo y abrazaron ideales humanistas y liberales.

El budismo había disfrutado de un *status* bastante privilegiado durante los años Tokugawa, pues el Bakufu exigía a todos sus fieles inscribirse en un templo budista y, por tanto, los templos servían de padrones semioficiales. Con la implantación del gobierno Meiji muchos sintoístas atacaron los templos budistas. Aunque el gobierno puso fin a estos actos de vandalismo, los sintoístas continuaron defendiendo la idea de convertir finalmente al sintoísmo en la religión oficial del Estado. Desde el comienzo de la era Meiji, los defensores del estado Shinto se propusieron agrupar a todos sus santuarios bajo la supervisión del gobierno central; una vez conseguido, los clasificaron por orden jerárquico, desde aquellos dedicados a la diosa Sol, emperadores y héroes nacionales, hasta los más pequeños, diseminados por las aldeas, que a su vez se dividieron en santuarios nacionales, prefecturales, locales, santuarios de pueblo y otros sin catalogar. Los santuarios populares dedicados a ríos, montañas, árboles, rocas y zorros también pasaron a depender del gobierno, de manera que si alguien cuestionaba el origen mitológico de la dinastía imperial podía encontrarse con serlos problemas. Un profesor de la Universidad de Tokio sostenía

que el culto sintoísta del cielo derivaba de una antigua práctica común en Asia oriental, y que el festival de la cosecha, que según los sintoístas se celebraba en honor de la diosa Sol, era en realidad un festival en honor del cielo. Dicho profesor fue despedido por defender estas ideas.

5. Los últimos años de la era Meiji

El auge del nacionalismo cultural

El apoyo de los líderes del gobierno al sintoísmo estaba relacionado con el resurgir del nacionalismo cultural iniciado en la década de 1880, que nació como una reacción contra el movimiento destinado a «civilizar e ilustrar» el país. Para las mentalidades más tradicionales, significaba la «occidentalización» de Japón a costa de los más preciados valores. Uno de los defensores más influyentes de los valores confucianos tradicionales fue Motoda Eifu (1818-1891), tutor del Emperador. En sus memorias afirmaba que, en el desempeño de su cargo, puso un empeño especial en inculcar el carácter sagrado de la política nacional, los aspectos negativos del cristianismo, las diferencias entre las costumbres orientales y occidentales y la incompatibilidad de la monarquía con el régimen republicano. Consiguió que el Emperador impusiera a Itō Hirobumi toda una serie de directrices sobre educación en las que defendía la necesidad de que los jóvenes, antes de su escolarización, se empaparan de los valores de lealtad y deber filial, además de establecer el confucianismo como base de la educación moral. La adquisición de conoci-

mientos tendría lugar *a posteriori*, si bien creía que los hijos de agricultores y comerciantes no deberían tener nociones sobre aspectos políticos o sociales, sino solamente de aquellas materias relacionadas con su trabajo. Motoda Eifu fue el principal responsable de eliminar del plan de estudios de la educación primaria cualquier orientación liberal y utilitaria. Sus opiniones gozaron de buena acogida, incluso entre aquellos que se habían adherido a Meirokusha. El pilar de la historia y de la educación moral sería la doctrina de la historia y del origen sagrado de la dinastía imperial. Este empeño por proclamar la doctrina moral oficial culminó en la redacción y promulgación del Edicto Imperial de Educación de 1890.

El Edicto fue redactado por Motoda e Inoue Kowashi (1844-1895), este último un creyente en el liderazgo moral de la casa imperial. Aseguraba que los antepasados imperiales habían fundado un Imperio cuyos súbditos habían permanecido unidos gracias a la lealtad y a la devoción filial: «En caso de necesidad, ofreced vuestra vida al Estado y preservad así la prosperidad de nuestro trono imperial, contemporáneo del cielo y de la tierra». El Edicto pasó a aplicarse en todas las escuelas: a partir de entonces alumnos y profesores, antes de iniciar la jornada matutina, tenían que recitarlo usando el lenguaje arcaico y solemne que habían memorizado. El Edicto y el retrato del Emperador fueron colocados en un pedestal sagrado y se manipuló la mentalidad de los niños para asegurarse de que, llegado el momento, todos ellos fueran a la guerra gritando: «¡Banzai, Majestad Imperial!».

La imagen de la dinastía imperial tal y como aparecía reflejada en el Edicto fue la culminación de un proceso de cambio de imagen del Emperador, iniciado con la llegada al poder del gobierno Meiji, con el fin de racionalizar y reforzar el nuevo orden político. Se destacaba la figura del Emperador como líder político y religioso, portador de las dos es-

padas. En las escuelas se enseñaba el origen mítico de la dinastía imperial, fundada por el emperador Jimmu en el año 660 a.C., como parte de la historia real del país. El 11 de febrero se declaró festivo para celebrar el día en que ascendió al trono el emperador Jimmu, al igual que el 3 de noviembre, fecha en la que se conmemoraba el cumpleaños del emperador Meiji.

Negarse a hacer una reverencia ante el Edicto o el retrato imperial podía acarrear serios problemas, como en el caso del educador cristiano Uchimura Kanzō, que fue despedido por no inclinarse ante el Edicto en el centro en el que trabajaba. Estas actitudes confirmaron la creencia expresada por los nacionalistas cristianos de que Japón y cristianismo eran incompatibles, ya que se intensificaron las críticas contra esta religión.

Además de las medidas oficiales para difundir el nacionalismo estatal, surgieron movimientos no gubernamentales que querían resucitar el orgullo cultural como reacción ante el entusiasmo suscitado por todo lo occidental. Uno de los primeros en alentar a los japoneses para que no olvidaran, sino que conservaran, su cultura tradicional fue Ernest F. Fenollosa, un estadounidense que llegó a Japón en 1878 para enseñar filosofía en la Universidad de Tokio y un gran admirador de la pintura japonesa y de los grabados en madera. Le preocupaba que los japoneses estuvieran descuidando su patrimonio artístico, al mismo tiempo que le aterraba el olvido en el que habían caído las artes tradicionales. Los grabados en láminas de madera se estaban usando como papeles de envolver, y los anteriores disturbios antibudistas habían dañado o destruido muchos objetos budistas. Con la intención de difundir los valores de la cultura autóctona entre los japoneses, les animó a que educaran al pueblo en este aspecto. Entre los estudiantes que más influencia recibieron de Fenollosa hay que mencionar a Okakura Kakuzō (1862-1913), que llegó a ser un destacado profesor de arte japonés. Tanto

el como Fenollosa trabajaron juntos en la creación de la Escuela de Arte de Tokio.

Fenollosa influyó también en otros defensores del nacionalismo cultural, aunque sin adoptar posturas tan radicales contra Occidente. Abogaban por adoptar lo mejor de la cultura occidental, pero conservando la esencia de la vida y la cultura japonesas. En 1888 empezaron a publicar el periódico *Nihonjin* (japonés), en el que explicaban que su deseo de conservar la esencia nacional no acarrecaba únicamente la conservación de «las cosas antiguas heredadas de nuestros antepasados». Sin rechazar lo occidental y abriendo las puertas a la innovación y al progreso, pretendían adoptar lo mejor de Occidente en lo relativo a «la verdad, la virtud y la belleza». Tampoco defendían el nacionalismo xenóforo, pues creían que trabajar por el bienestar del país contribuiría al bien mundial. Los primeros promotores del proceso de occidentalización, como Fukuzawa, también dejaron clara su postura contra una veneración indiscriminada de todo lo occidental. Tal y como se refleja en sus primeros escritos, la civilización occidental debe examinarse desde una posición de escepticismo.

Algunos de los primeros occidentalistas liberales se convirtieron en fanáticos nacionalistas. Entre este grupo destacó Tokutomi Sohō (1863-1957), que comenzó su andadura como estudiante del humanismo cristiano y del liberalismo inglés en contra del naciente nacionalismo político y partidario –tal y como reflejan sus obras– insistiendo en que el «Nuevo Japón» persiguiera la paz y la democracia. Pero el acontecimiento que le transformó en militante nacionalista fue el estallido de la guerra chino-japonesa de 1894-1895 y la Triple Intervención, que obligó a Japón a renunciar a algunas de las concesiones que había adquirido en China; a partir de entonces, se dedicó a escribir extensos ensayos e historias de índole nacionalista donde defendía apasionadamente sus ideas imperiales y militares.

La influencia occidental en la literatura

La influencia de la cultura occidental también se aprecia en el ámbito literario. En los primeros años de la era Meiji empezaron a publicarse traducciones de cuentos y novelas occidentales, entre las que destacan *Robinson Crusoe*, de Daniel Defoe, *Ernest Maltravers*, de Bulwer-Lytton, y *El improvisador*, de Hans Christian Andersen. Dos décadas más tarde algunos escritores japoneses, estimulados por la traducción del *Coningsby*, de Benjamin Disraeli, comenzaron a escribir novelas de tono político. Si el Primer Ministro de una gran nación como Inglaterra se dedicaba a la literatura, evidentemente no se trataba de una actividad trivial¹. Entre las primeras novelas políticas cabe citar *Keikoku Bidan* (Ejemplos del arte de gobernar), de Yano Fumio (1850-1931), basada en el *Epaninondas* de Plutarco. Yano admiraba a Fukuzawa y tenía miras liberales.

Pero la obra definitiva que marcó el modelo literario de la literatura japonesa moderna es *Shōsetsu Shinzui* (La esencia de la novela), de Tsubouchi Shōyō (1859-1935), publicada en 1885. Tsubouchi no comulgaba con las novelas didácticas tradicionales y creía que la tarea primordial de un novelista era la descripción realista de la vida y de las emociones humanas. El primer escritor en plasmar el ideal literario de Tsubouchi fue su amigo y discípulo Futabatei Shimei (1864-1909). Gran conocedor de la literatura rusa, Futabatei tradujo muchas novelas de este idioma. Su primera obra importante, *Ukigumo* (Nubes flotantes), refleja la influencia de Turguenev y de Goncharov. Los personajes de esta novela aparecen retratados como seres humanos auténticos y creíbles: el protagonista, carente de decisión y fuerza de voluntad, es demasiado tímido para afirmarse en su relación con la chica a la que ama. Otra característica significativa de *Nubes flotantes* es su tono coloquial, en claro contraste con el estilo literario más formal de la época. Así

pues, Futabatei fue pionero en familiarizar al lector medio con las novelas modernas, que retratan a los protagonistas de manera que el lector pueda identificarse con ellos.

Estos primeros impulsores del estilo occidental influyeron en varios escritores importantes, aunque no todos abrazaron la moda occidental y recurrieron a temas más tradicionales. Tal es el caso de Mori Ōgai (1862-1922), lector de muchos escritores alemanes, como Goethe y Schiller, y traductor de sus obras, pero no por ello promotor del naturalismo europeo. Al contrario, se fue acercando paulatinamente a los temas tradicionales, pues sostenía que las formas y las convenciones autóctonas eran muy importantes. Aseguraba que «si la ceremonia del té fuera un ritual vacío, las augustas ceremonias estatales y los rituales de culto a los antepasados serían también meros convencionalismos»². Al destacar la importancia de la historia, afirmaba que «la civilización descansa en la historia... Nunca deberíamos olvidar que la ética y las costumbres que han pervivido a través de los siglos cuentan con una buena esencia»³. Otros, sin embargo, iniciaron un rumbo naturalista, entre ellos Shimazaki Tōson (1872-1943), cuya obra *El precepto roto* (*Hakai*) describe las grandes penalidades sufridas por un marginado social. En el resto de sus obras, se concentró en criticar las actitudes y formas tanto tradicionales como modernas.

Tal vez el escritor más famoso de este período de la literatura moderna sea Natsume Sōseki (1867-1916), sin duda el escritor más conocido entre el japonés medio gracias a que uno de sus relatos, «Soy un gato», era lectura obligatoria en las escuelas. El gato lanza una mirada satírica a las flaquezas y debilidades de la gente que le rodea. Natsume, que se había educado en Inglaterra y ejercía de profesor de literatura inglesa, escribía de forma mesurada y con una visión humorística y satírica sobre las relaciones humanas más mundanas, especialmente en el seno familiar. Su vi-

sión se fue haciendo cada vez más sombría a medida que empezó a percatarse de la incapacidad de los japoneses para poner freno a los efectos de la civilización occidental. Sostenía que si una persona sufría la influencia de Occidente más allá de lo meramente superficial, con seguridad padecería un ataque de nervios. En una de sus novelas alguien pregunta: «¿Pero conseguirá Japón avanzar cada vez más a partir de ahora?». A lo que otro personaje le responde: «Perecerá»⁴.

Higuchi Ichiyō, la primera escritora en la época moderna digna de mención, se convirtió en el símbolo de la reaparición en el panorama literario de la mujer, que había permanecido relegada desde la edad de oro de las escritoras en el período heiano. Su novela *Creciendo* (*Takekurabe*) recibió los elogios de Mori Ōgai, que la definió como prosa poética, a la vez que calificaba la descripción de los personajes de la novela como «seres humanos con los que uno puede reír y llorar al mismo tiempo»⁵.

El siglo xx fue testigo de un resurgir literario gracias a la aparición de muchos escritores de renombre. En poesía, algunas figuras creativas se decidieron por el poema largo, en sustitución de los más breves *haiku* y *waka*. Los temas ya no se limitaban al amor o a la belleza natural, sino que trataban de la vida y de la condición humana. Uno de los poetas de esta nueva generación, Ishikawa Takuboku (1885-1912), era partidario de «rechazar enérgicamente toda fantasía y ocuparse solamente de la única verdad que permanece: ¡la necesidad!»⁶. Masaoka Shiki (1867-1902), por el contrario, continuó componiendo al estilo *haiku*. Convencido de la necesidad de conservar lo mejor de la cultura tradicional, este poeta comentaba a sus discípulos que no intentaran aplicar la lógica o el razonamiento en sus poemas, sino que se concentraran en los elementos naturales. He aquí uno de sus poemas *haiku*: «Luna fría / sombra de una tumba / sombra de un pino»⁷.

Evolución social

El campesinado

La política económica del gobierno supuso una pesada carga para el campesinado. A finales de la era Tokugawa empezaron a estallar revueltas entre los campesinos, que exigían una reducción de impuestos. Estas protestas continuaron incluso después de la llegada del gobierno Meiji. Los campesinos exigían la eliminación de las obligaciones feudales que aún existían. En algunas de estas insurrecciones llegó a participar un elevado número de personas: la revuelta de 1870, en la actual prefectura de Nagano, reunió a setenta mil campesinos; en la manifestación de Fukuoka, en Kyushu, participaron trescientos mil, que causaron daños en 4.590 edificios. Para poner fin al descontento general del campesinado, el gobierno redujo el impuesto de la tierra en 1876, pero la política antiinflacionista adoptada por el ministro de Hacienda Matsukata desembocó en una caída de los ingresos por productos agrícolas y en un incremento de las deudas de los campesinos, hasta el punto de que, en 1885, más de cien mil familias encontraron la ruina.

Los problemas económicos fueron responsables de que hasta bien entrada la década de 1880 no cesaran las revueltas, que culminaron con el alzamiento de 1884 en Chichibu (región de Kantō), donde se fundó un partido por la solidaridad que exigía la reducción de impuestos y una moratoria del pago de deudas. Estas demandas no encontraron respuesta, por lo que cinco mil manifestantes emprendieron la marcha hacia la ciudad de Chichibu. Las tropas del gobierno pusieron fin a la insurrección ejecutando o encarcelando a los cabecillas. Uno de estos dirigentes consiguió huir a Hokkaido y permaneció allí escondido durante treinta y cinco años.

Acuciados por el hambre y la inanición, algunos campesinos se vieron obligados a recurrir al infanticidio. Un rela-

to narra la experiencia de un padre a finales de la década de 1880 que, incapaz de soportar la agonía de sus hijos por inanición, decidió decapitarlos para evitarles el sufrimiento. La tasa de infanticidio creció porque las familias decidieron quedarse sólo con un hijo y matar al resto en el momento de su nacimiento. La mayoría de los campesinos llevaba una vida de penurias y pobreza, dedicando muchas horas a un trabajo tortuoso que les reportaba escasos ingresos. No había nada romántico ni idílico en la agricultura. Para las mujeres, las labores del campo eran aún más duras que el trabajo en las fábricas textiles, tal y como relata un campesino: «Talan árboles en las montañas y arrancan piedras enormes para dejar los campos limpios y poder plantar mijo y hierba para el corral... Suben por colinas escarpadas cargadas de leña a la espalda, hacen hogueras en la nieve, arrancan raíces, se pasan toda la noche moliendo raíz de helecho... Y trabajan desde antes del amanecer hasta las diez u once de la noche»⁸. Hasta prácticamente el día de hoy, los campesinos de las aldeas a duras penas han conseguido sobrevivir.

Las zonas rurales vivían ajenas a las comodidades modernas y entretenimientos que empezaban a ser habituales en las ciudades y grandes poblaciones. La vida de los campesinos siguió siendo igual de rudimentaria y dura que lo había sido en los años Tokugawa. Así lo observaba un joven que vivía en la ciudad: «No hay nadie más pobre que un campesino... Los campesinos (del norte de Japón) se visten con harapos, comen cereales crudos y tienen muchos hijos. Están más negros que sus sucias paredes y llevan una vida gris y sin alegría, parecida a la de los insectos que se arrastran por la tierra y sobreviven lamiendo el polvo»⁹.

Ante esta situación de pobreza y necesidad, muchos campesinos se vieron obligados a mandar a sus jóvenes hijas a trabajar a las nuevas plantas textiles de las ciudades o a los prostíbulos públicos a cambio de salarios míseros.

Como consecuencia de la maltrecha economía, también subió el precio del arrendamiento de las tierras. En los primeros años Meiji la tasa de arrendamiento ascendía al veinte por ciento de la tierra cultivada, alcanzando el cuarenta por ciento a finales de la década de 1880 y el cuarenta y cinco por ciento en 1910. Las rentas oscilaban entre el cuarenta y cinco por ciento y el sesenta por ciento de la cosecha de los campos de arroz, llegando en algunos casos incluso al ochenta por ciento. Un signo de la creciente pobreza de la población fue la caída del número de votantes, pues este derecho estaba reservado a los varones que pagaban un impuesto igual o superior a cinco yenes. Partiendo de un cien por cien de votantes en 1881, se observa un descenso de hasta el ochenta y cuatro por ciento en 1886, para caer hasta un sesenta y cuatro por ciento en 1891 y a un cincuenta y nueve por ciento en 1894. Ni el gobierno ni los nuevos partidos de la oposición se molestaron en ayudar a los cada vez más pobres campesinos.

El reclutamiento militar era una carga añadida para el campesinado, que abarcaba un amplio porcentaje de la población. En la última etapa de su régimen, el Bakufu ya había comenzado a alistar a los campesinos para preparar su defensa frente a la oposición. En 1864, se reclutó a un total de quince mil campesinos para aplacar la insurgencia contra el Bakufu en Mito-han. El alistamiento y la dotación de rifles continuaron en los años posteriores, pero de nada sirvió para derrotar a la oposición. Los clanes anti-Bakufu, como el de Chōshū, también incorporaban campesinos en su unidad de «tropas de choque». Cuando el gobierno Meiji introdujo el servicio militar obligatorio para todos los varones, los campesinos no recibieron ninguna compensación por realizar tareas que anteriormente habían estado reservadas a los samuráis. Se sentían recelosos y tenían miedo del sistema, al que con frecuencia se referían con el nombre de *ketsu-zei* ('impuesto de la sangre'). Muchos campesinos creían que

les iban a sacar incluso la sangre. Corrían rumores de que «capturaban a los hombres jóvenes, los colgaban boca abajo y les sacaban la sangre para que los occidentales pudieran beberla»¹⁰. En diferentes zonas se sucedieron protestas contra el reclutamiento militar. Los ricos podían permitirse el lujo de pagar para evitar que sus hijos se incorporaran a filas, pero la cantidad que había que abonar era demasiado elevada para el campesino medio. Asimismo, los cabezas de familia e hijos mayores estaban exentos de ingresar en el ejército, por lo que la medida sólo afectaba a los hijos más jóvenes. El gobierno hizo todo lo posible por convencer a los campesinos de la importancia de servir a la patria, y la guerra chino-japonesa de 1894-1895 no hizo sino infundir un entusiasmo militar por todo el país. Los jóvenes campesinos siguieron siendo carne de cañón hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial.

Los obreros de las fábricas

A medida que Japón se iba industrializando, el número de obreros en las fábricas crecía a ritmo constante. Las condiciones de trabajo y las relaciones laborales con los patronos eran distintas a las existentes en los talleres pequeños, donde se mantenía una estrecha relación personal entre el maestro y el aprendiz. En teoría, se suponía que el maestro debía cuidar del bienestar de los trabajadores como si de su mismo padre se tratase. La relación obrero-patrono de las nuevas plantas industriales, sin embargo, era mucho más impersonal. El objetivo del patrono era aumentar la productividad y las ganancias, lo que llevó a una explotación sin límites de los obreros, a los que se les exigía tanto lealtad y obediencia al patrono como esfuerzo en el trabajo, al modo tradicional. Así pues, lo habitual eran largas jornadas laborales, bajos salarios y falta de seguridad en las instalaciones.

La mayoría del personal de las plantas textiles se componía de trabajadores jóvenes. Las chicas de las zonas rurales trabajaban en los talleres de hilado, en las fábricas de tejidos de algodón y en las de seda. La pobreza de las familias campesinas hacía que los ingresos percibidos por el trabajo de sus hijas en las fábricas de seda y algodón fueran esenciales para su supervivencia. Las familias recibían una cantidad fija de dinero por mantener a sus hijas como auténticas sirvientas en las fábricas durante un número de años. A finales del siglo XIX, entre el ochenta y el noventa por ciento de la plantilla de estas fábricas estaba constituida por mujeres, de las cuales el cuarenta y nueve por ciento era menor de veinte años y el trece por ciento no llegaba a los catorce años. Por lo general, se alojaban en los dormitorios de las fábricas y se les sometía a una estrecha vigilancia. Su jornada laboral era de doce horas diarias con un breve descanso para el almuerzo. En las épocas de más actividad podían llegar a trabajar hasta diecinueve horas al día. En los pequeños talleres textiles y de hilado de seda se exigía a las trabajadoras una producción fija; las que no lo conseguían eran consideradas perezosas y se les reducía su ración de comida como castigo, llegando en ocasiones al maltrato físico. La dureza del trabajo y las pésimas condiciones higiénicas de las fábricas fueron la causa de que muchas de ellas padecieran de tuberculosis, una enfermedad responsable del elevado índice de mortalidad existente entre los obreros de las plantas textiles. Los que contraían tuberculosis morían en el lugar de trabajo o eran enviados a sus casas. Una encuesta realizada por el gobierno en 1913 indicaba que la tuberculosis era la causa de muerte del cuarenta por ciento de los trabajadores de las fábricas textiles, si bien el setenta por ciento fallecía por la misma razón tras regresar a sus casas. La enfermedad se propagó por las zonas rurales debido, supuestamente, a los obreros contagiados que volvían a sus aldeas, convirtiéndose en uno de los principales factores de mortandad en el Japón de la preguerra. Además, las largas

jornadas y la fuerte presión con la que tenían que trabajar provocaban también un buen número de accidentes. Los patronos los atribuían a la negligencia de los obreros, mientras que la Ley de Fábricas de 1911 no incluía ninguna disposición que garantizara la seguridad de los empleados.

Los salarios en la industria textil eran inferiores a los que recibían los obreros del mismo sector en la India, un país donde, en principio, el nivel de vida era más bajo. En el Japón de 1891 el coste de la mano de obra para producir aproximadamente cincuenta kilos de hilo de algodón era de 135,5 sen, mientras que en la India era de 151,9 sen. En 1893, los obreros de la industria textil japonesa percibían una décima parte de lo que cobraban sus colegas británicos. Los hombres cobraban más que las mujeres: en 1898, en diez plantas de algodón los varones cobraban 24,5 sen al día, mientras que las mujeres recibían 13,9. Los obreros de la industria pesada estaban mejor remunerados, pero aun así apenas podían mantener a sus familias. Los patronos alegaban que se necesitaba mano de obra barata para que los fabricantes japoneses pudieran competir en el mercado internacional. Sin embargo, los empresarios acumularon enormes beneficios que provocaron la aparición, a principios del siglo XX, de un número de magnates multimillonarios.

Pero era en las minas de carbón donde se explotaba con más dureza a los trabajadores. Aunque a comienzos de la era Meiji se recurría en ocasiones a los presos para realizar ciertas obras estatales, fue en el sector de la minería donde los reclusos trabajaron en mayor número y durante un período de tiempo más largo. Esta práctica fue muy común entre 1873 y 1931, aunque el porcentaje de prisioneros empleados en el sector de la minería fue disminuyendo poco a poco. Aparte de la población reclusa, la mayoría de los mineros procedía del campesinado más necesitado, de los grupos marginales y, tras la colonización de Corea, de ciudadanos de este país. Una de las empresas mineras más

grandes en el sector del carbón fue la Miike, situada en el norte de Kyushu y dirigida por la compañía Mitsui. En 1896 el setenta y cinco por ciento de los mineros que allí trabajaban eran reclusos, aunque el número fue disminuyendo con el cambio de siglo; por el contrario, las minas de Hokkaido comenzaron a recibir cada vez más prisioneros. Se les hacía trabajar durante muchas horas y, en algunos casos, se les alojaba en las llamadas «habitaciones pulpo», que no eran sino verdaderas celdas. Por lo general, los mineros recibían un tratamiento inhumano. Cuando los trabajadores se sublevaron en la década de 1880 en protesta por las pésimas condiciones de trabajo y el trato que se les dispensaba en las minas de Takashima, controladas por la compañía Mitsubishi, un periodista decidió indagar sobre su situación laboral. De este modo, descubrió que los mineros trabajaban a gran profundidad, sometidos a altas temperaturas, y que se les golpeaba si el capataz creía que disminuían el ritmo de trabajo. Si intentaban escapar, los ataban y aporreaban. Tras el brote de la primera epidemia de cólera en 1884, la mitad de los tres mil mineros contrajeron la enfermedad y fallecieron. Si se descubría que una persona estaba contagiada, al día siguiente se la sacaba afuera y se la quemaba, sin importar si estaba muerta o aún vivía.

Tras la anexión de Corea, muchos coreanos pasaron a ser mano de obra y fueron enviados a las minas de Kyushu y Hokkaido. Su número en el sector aumentó de forma considerable durante la Segunda Guerra Mundial hasta el punto de que, en 1944, trabajaban en las minas más de 128.000 coreanos, lo que representaba el 31,9 por ciento de todos los mineros. A los trabajadores coreanos se les trataba mucho peor que a los japoneses. Una mujer minera manifestó que a los coreanos «los guardias les golpean continuamente. También pegan a los japoneses, pero con los coreanos se ensañan más»¹¹. Un minero coreano al que obligaron a trabajar en las minas en 1942 intentó escapar. Cuenta que le capturaron y

después, «me ataron con una cuerda y me golpearon. Me mareé, pero me reanimaron con un cubo de agua. Después metieron dos barras de hierro en el horno, las calentaron y me las pusieron en la espalda. Sentí el olor de mi carne ardiendo... y me desmayé». Intentó escapar una segunda vez, de nuevo sin fortuna, lo atraparon, lo torturaron y lo enviaron a otra mina en la que los malos tratos eran la tónica general, por lo que muchos de ellos perdían allí la vida. Uno de sus compañeros fue torturado y se volvió loco»¹².

Las mujeres y niños también trabajaban en las minas. La prohibición de emplear a mujeres no entró en vigor hasta 1928, pero en 1938 fue revocada debido a la importante disminución de la mano de obra que se produjo durante la guerra con China. En 1946, bajo la ocupación estadounidense, se prohibió absolutamente que las mujeres trabajaran en las minas.

El gobierno hizo poco por garantizar la seguridad y el bienestar de los trabajadores y, de hecho, sólo apoyaba a los empresarios. El Código Civil de 1890 incluía el concepto de «libertad de contratación» y aconsejaba a los trabajadores no participar en huelgas. La Regulación de la Policía de 1900 prohibía a las organizaciones de trabajadores convocar huelgas. Se legislaron las condiciones de trabajo en las fábricas y las minas: así, en 1905 se aprobó una ley de minas y en 1911 una de fábricas, pero no entraron en vigor hasta 1916 debido a la oposición de los empresarios. A pesar de todo, las provisiones eran modestas. Las leyes limitaban la jornada laboral de las mujeres y de los niños menores de quince años a doce horas al día, mientras que la edad mínima para trabajar se fijó en doce años, o en diez años si se trataba de labores de menor entidad. Además, no existían restricciones en el trabajo nocturno. A pesar de la precariedad de estas medidas en algunos casos ni siquiera se cumplían, y es sabido que durante la Primera Guerra Mundial trabajaban en las fábricas de fósforos niños menores de ocho años.

Aunque con un alcance muy limitado, nació un movimiento de trabajadores que pretendía obtener mejores salarios y condiciones de trabajo. En 1884 las trabajadoras de las fábricas de algodón organizaron la primera huelga, pero no consiguieron ninguna concesión. Tampoco surtieron ningún efecto las huelgas convocadas tras la guerra chino-japonesa, que tenían también como objetivo la mejora de los sueldos y de la situación laboral. Con todo, a raíz de estas primeras movilizaciones empezaron a surgir iniciativas para fundar sindicatos. El primer intento se produjo en 1897 con la creación de la Sociedad de Defensa de los Sindicatos de la mano de Takano Fusataro (1868-1904), admirador de Samuel Gompers, y Katayama Sen (1859-1933), partidario del socialismo cristiano y del comunismo internacional. Este grupo abrió el camino a otras organizaciones en el sector del metal, del ferrocarril o de la imprenta, aunque sus objetivos no eran tanto la organización de huelgas para ganar concesiones como la solicitud de reformas. En 1912 Suzuki Bunji (1885-1946), un asistente social cristiano, puso en marcha el Yūaikai (Organización Fraternal) con el fin de encontrar la armonía entre el capital y los obreros. Pero en 1915 Suzuki ya había empezado a defender los derechos de los trabajadores para organizarse en sindicatos e ir a la huelga. Así pues, el Yūaikai comenzó a perfilarse como una organización sindical, con el consecuente acoso por parte del gobierno. Durante estos años eran más frecuentes las huelgas, aunque seguían siendo ilegales. En 1914 se convocaron cincuenta huelgas, con un modesto índice de participación (7.900 trabajadores). En 1919, creció el número de huelgas (497) y el de participantes, con un total de 63.000 obreros involucrados. La cifra de afiliados a los sindicatos aumentó en la década de 1920: en 1921 se computaban 103.400 miembros, que aumentaron a 385.000 en 1926. Aun así, estas cantidades representaban solamente el seis o siete por ciento del número total de obreros.

En 1919, el Yūaikai dio los primeros pasos para transformarse en un sindicato y cambió su nombre por el de Dai-Nihon Rōdō Sōdōmei Yūaikai (Federación de Trabajadores de Japón). Su objetivo era gozar de libertad para organizar sindicatos, eliminar la mano de obra infantil y establecer un salario mínimo. También exigía el sufragio universal, una revisión de la Ley de Regulación de la Policía y reformas democráticas en el sistema educativo. El movimiento consiguió inicialmente algunos logros: por ejemplo, en 1919 los obreros del astillero Kawasaki, en Kobe, acordaron la reducción de la jornada laboral a ocho horas, y a éste le siguieron acuerdos similares en otros sectores de la industria pesada. Estas reivindicaciones, sin embargo, no afectaron a las mujeres que trabajaban en las fábricas textiles, que siguieron con sus jornadas de entre once y doce horas al día.

Los líderes Yūaikai no eran partidarios de que los trabajadores tomaran una actitud militante, pero los mineros se involucraban cada vez más en sus protestas por las condiciones de trabajo. Tanto los reformistas cristianos como los socialistas alentaron a los mineros a organizarse en sindicatos. La primera organización se fundó en 1902 en Hokkaido con el fin de impulsar la autofinanciación, pero los líderes también pedían «igualdad de derechos y libertad en la relación con los empresarios capitalistas». La huelga organizada en Hokkaido en 1907 terminó con el envío de tropas gubernamentales para disolver a los huelguistas, que actuaron de modo violento y causaron daños a los edificios. En 1918, año de las protestas por el aumento del precio del arroz, los mineros aprovecharon para quejarse de esta subida y solicitar mejores sueldos, provocando numerosos destrozos. De nuevo, tuvo que intervenir el ejército para dispersar a los manifestantes. En posteriores huelgas, los líderes se ocuparon de poner freno a los actos violentos por parte de los huelguistas, y así evitar que los empresarios solicitaran al gobierno que enviara refuerzos. En consecuencia, en las huelgas

de 1924 y 1927 no se produjeron actos violentos, pero los logros de los huelguistas fueron más bien escasos.

En el seno de la directiva del Rōdō Sōdōmei Yūaikai se produjo una escisión cuando el ala más radical empezó a defender la caída del capitalismo y el control de los medios de producción por parte de los sindicatos. Era evidente, pues, el impacto que la revolución bolchevique había tenido en los dirigentes más radicales. Los sindicalistas dirigidos por Arahata Kanson (1887-1981) se mostraron a favor de adoptar posturas más militantes, en tanto que los grupos moderados insistían en ir logrando concesiones de forma pacífica. Los primeros radicalizaron sus posiciones cuando, debido a un cierre patronal, los obreros organizaron una huelga en los astilleros Mitsubishi y Kawasaki, en Kobe, y el gobernador envió al ejército contra los huelguistas. Pero los moderados siguieron siendo influyentes en el Sōdōmei, así que los sindicatos comunistas rompieron con él y formaron el Consejo del Trabajo (Rōdō Hyōgikai) en 1925.

El gobierno empezó a hacer algunas concesiones durante la década de 1920, unos años de crecientes exigencias democráticas. En 1925 se revisó la Ley de Regulación de la Policía y se eliminaron las restricciones sindicales, pero se seguía limitando el derecho a la huelga en empresas públicas y en las industrias dedicadas a la defensa. Había que controlar la violencia en los conflictos laborales. La Gran Depresión de 1929 y las subsiguientes acciones militares japonesas en el continente frenaron las actividades de los trabajadores, que no querían ser tachados de poco patrióticos en un momento en que Japón estaba iniciando una guerra «justa». En 1933 se creó el Club de Trabajo Industrial, que exaltaba, precisamente, el «patriotismo industrial», y en 1938 se fundó la Asociación Industrial Patriótica. En 1940 se disolvieron todas las asociaciones independientes de trabajadores, que pasaron a agruparse en la Asociación Industrial Patriótica.

Las mujeres en la nueva era

Los nuevos tiempos no se tradujeron en mejoras para la mujer; al contrario, su posición legal, política y social era similar a la existente en la sociedad feudal Tokugawa. La filosofía de Kaibara Ekken seguía dominando aún la sociedad japonesa, en la que los hombres desempeñaban un papel preponderante. Al principio, durante el período de mayor auge del movimiento por la «civilización y la ilustración», algunas voces defendieron la causa de las mujeres. Entre ellos estaba Fukuzawa Yukichi, que preconizaba la igualdad entre el hombre y la mujer afirmando que «los hombres son seres humanos, al igual que las mujeres». En su opinión, la familia debería construirse sobre la base de una relación entre marido y mujer, y no entre padre e hijo, como enseñaba el confucionismo: «El pilar básico de las relaciones humanas es el constituido por el marido y la mujer. La relación entre esposo y esposa fue anterior a la de padres e hijos o hermanos y hermanas», y añadía: «Puesto que el matrimonio es una sociedad entre iguales, las mujeres debieran tener los mismos derechos que los hombres a la hora de dirigir su casa, tener propiedades, divorciarse, volver a casarse, etc.». También defendía que las mujeres eran tan inteligentes como los hombres, por lo que las niñas deberían recibir la misma educación y ser criadas como los niños¹³. Otros miembros de su círculo compartían las ideas de Fukuzawa; éste es el caso de Mori Arinori, que condenaba la desigualdad existente en la relación marido-mujer que prevalecía en Japón y abogaba por la creación de un contrato matrimonial en el que se especificaran claramente los derechos y obligaciones de ambas partes.

Algunas mujeres participaron en el movimiento por la defensa de los derechos del pueblo de la década de 1870, pero garantizar los derechos de las mujeres estaba muy lejos de las mentes de los líderes Meiji. En 1882, el gobierno

prohibió a las mujeres dar mítines y, en 1890, se vetó su presencia en cualquier actividad de tipo político, incluso asistir a mítines políticos. La Ley de Regulación de la Policía de 1900 no permitía a las mujeres fundar organizaciones políticas. El Código Civil Meiji de 1898 otorgaba al cabeza de familia prácticamente autoridad absoluta sobre todos sus miembros y eliminaba algunas de las prácticas más liberales que se habían mantenido en la sociedad urbana Tokugawa. Se impuso el mayorazgo obligatorio para todas las clases sociales, de manera que el cabeza de familia era quien tenía derecho a controlar las propiedades familiares, decidir el lugar de residencia de todos sus miembros y aprobar o no divorcios y matrimonios. La esposa carecía de derechos legales y quedaba sometida a la autoridad absoluta del cabeza de familia o del esposo. Uno de los apartados del Código Civil estipulaba que «los inválidos, los discapacitados y las esposas no pueden emprender ningún tipo de acción legal».

Los líderes cristianos intentaron eliminar la poligamia y los burdeles públicos. Aunque el Código Legal de 1870 reconocía legalmente a las concubinas, en 1882 se puso fin a la práctica de incluirlas en el registro de familia. Las mujeres que cometían adulterio recibían castigos muy severos, pero los hombres podían actuar con total impunidad. En la mayoría de las ciudades seguían existiendo los barrios de burdeles, en los que trabajaban como prostitutas chicas jóvenes y mujeres que habían sido vendidas por sus empobrecidas familias, casi siempre de origen campesino. A medida que aumentaba la población urbana crecía también el número de dueños de burdeles, por lo que también se incrementó el de chicas que trabajaban en ellos. En 1904, prestaban sus servicios en los prostíbulos públicos 43.134 chicas. Hacia 1924 llegaron a ser 52.325 las mujeres parte de este sistema inhumano, que perduró hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial.

Entre los partidarios de clausurar los burdeles se encontraba una educadora cristiana, Yajima Kajiko (1833-1925)

que, junto con los reformistas, logró que se prohibieran los prostíbulos, aunque este veto estaba limitado a un solo lugar: la prefectura de Gumma, cerca de Tokio. La decisión fue tomada en la asamblea de la prefectura celebrada en 1882. El líder del Ejército de Salvación, Yamamuro Gumpei (1872-1940), también combatió de forma activa, aunque sin resultados, contra los burdeles, si bien consiguió liberar a algunas chicas y mujeres obligadas a ejercer por contrato. Los esfuerzos por erradicar el sistema se paralizaban cada vez que la hambruna obligaba a los indigentes campesinos a vender a sus hijas a los burdeles no sólo de Japón, sino también de otros países del continente y del sudeste asiático. Se calcula que en 1910 había entre 3.500 y 5.000 mujeres japonesas en los prostíbulos de Singapur.

Aunque, como hemos visto, la Ley de Educación garantizaba el derecho de niños y niñas a la enseñanza, hasta principios de siglo la asistencia de estas últimas a la escuela era bastante baja. Su educación se limitaba prácticamente a la enseñanza primaria. En 1879, el gobierno decretó que, al finalizar la escuela elemental, niños y niñas asistieran a escuelas distintas en función de su sexo. En 1895 existían únicamente treinta y siete escuelas de enseñanza media para chicas, en su mayoría dirigidas por misioneras. El primer colegio de educación superior para mujeres no se creó hasta 1911. En 1899, el Ministerio de Educación declaró que el objetivo de la educación superior para las chicas era enseñarlas a ser «buenas esposas y sabias madres», y que «las cualidades que debían inculcarse eran las de modales finos y elegantes, docilidad y modestia». De ahí que se diera tanta importancia a las actividades domésticas en detrimento de las clases de matemáticas, ciencias y lenguas extranjeras. Esta mentalidad estaba también presente entre los miembros de la familia. Ishimoto Shidzue (1897-) recordaba en los años 30 que «consciente o inconscientemente mi madre enseñó a mi hermana a inhibir sus anhelos y ambiciones, educándola

para renunciar a su individualidad a favor de la de su marido y para mantener la armonía en la familia de éste»¹⁴. Como ya dijimos, un alto porcentaje de chicas trabajaba en las tierras arrendadas por sus padres o en las plantas textiles. Aparte de estas labores, la única salida a la que podían optar las mujeres era la enseñanza en escuelas elementales. Aunque generalmente se las relegaba como profesoras de los cursos más bajos, al menos tenían acceso a la docencia. El número de mujeres universitarias siguió siendo reducido hasta finales de la Segunda Guerra Mundial, pero la universidad tampoco estaba al alcance de la mayoría de los varones procedentes de familias obreras o de zonas rurales. El único campo al que pudo acceder la mujer japonesa antes que la estadounidense fue el de la medicina. La primera mujer que luchó por convertirse en doctora en Medicina fue Takahashi Mizuko (1852-1927) que, junto con otras estudiantes, solicitó que el gobierno no restringiera la concesión de licencias médicas a los hombres, petición que fue aceptada en 1884. Takahashi solicitó su ingreso en una escuela de Medicina pero no fue admitida, por lo que decidió hacer una sentada durante tres días y tres noches a las puertas de otra escuela como medida de presión para que la dejaran matricularse. Conseguido su propósito, en 1887 se convirtió en la primera mujer médico de Japón. Otra mujer pionera en la batalla de las mujeres para llegar a ser médicos fue Yoshioka Yayoi (1871-1959), que en 1900 fundó una escuela de Medicina para mujeres. Sin embargo, las licenciadas por esta escuela no pudieron ejercer su profesión hasta 1912, pues el gobierno se negó a reconocer el título y no permitía a sus estudiantes presentarse a los exámenes nacionales. Después de 1912 el número de matriculas en la escuela de Yoshioka aumentó considerablemente, hasta el punto de que, en 1928, más de ochocientas estudiantes habían pasado por sus aulas.

La lucha por alcanzar la igualdad política y social de la mujer no conseguiría el impulso necesario hasta la llega-

da de los movimientos socialistas y comunistas de principios de siglo.

Situación política a finales de siglo

La adopción de la Constitución y la creación de la Asamblea deberían haber proporcionado a aquellos que estaban excluidos del círculo de gobierno interno la oportunidad de romper el control monopolista de los oligarcas, pero éstos siguieron conservando el poder dentro y fuera del marco constitucional. Aún tenían vínculos personales con el Emperador, que ostentaba el poder soberano al amparo de la Constitución y seguía siendo «sagrado e inviolable». Se encargaba de designar a los miembros del Gabinete, que no tenían que rendir cuentas a la Asamblea, sino al Emperador directamente. Los oligarcas eran miembros del Consejo Privado y de la Cámara de los Pares, por lo que podían monopolizar los nombramientos de primer ministro. Itô fue la persona que más tiempo ostentó este cargo. Las fuerzas armadas tampoco dependían de la Asamblea, excepto en asuntos monetarios. Los militares eran, en realidad, los allegados personales de Yamagata Aritomo, que, en diversas ocasiones, ocupó los cargos de jefe del Gabinete, ministro de la Guerra y primer ministro. La práctica por la que un reducido círculo de poderosos tomaba decisiones de mutuo acuerdo hacía que todo el sistema funcionara fuera de los límites legales, aunque los que verdaderamente mandaban no solían ocupar cargos públicos o posiciones importantes, sino que actuaban en la sombra.

Las primeras elecciones a la Asamblea se celebraron en julio de 1890, pero el derecho al voto estaba muy restringido. Los dos partidos de la oposición que se presentaron fueron el nuevo Partido Liberal, encabezado por Itagaki, y el Partido Progresista (antiguo Partido de la Reforma), ahora sin la

dirección de Ōkuma, que había abandonado el partido en 1884. El primero obtuvo 130 escaños, mientras que el Partido Progresista consiguió 41. El partido a favor del gobierno alcanzó 79 escaños.

Los partidos políticos se organizaban principalmente por vínculos personales y regionales más que a partir de unos principios y objetivos definidos. No consiguieron ponerse de acuerdo para desafiar conjuntamente a los líderes del gobierno, dedicando casi todo su tiempo y energía a resolver disputas internas y entre partidos. Los líderes del gobierno adoptaron una postura de estar «por encima de los partidos», por lo que no incluyeron a ningún líder de partido en el gabinete.

Yamagata, que era primer ministro cuando se constituyó la primera Asamblea, adoptó una actitud especialmente dura hacia los partidos políticos. Itō, por su parte, era partidario de posiciones más moderadas. Así pues, empezó a abrirse una brecha entre los dos líderes: Yamagata se convirtió en el dirigente de la facción «militarista», e Itō en el líder de la facción «civil».

La única provisión constitucional que autorizaba a la Asamblea a increpar al gobierno era en asuntos de impuestos y presupuesto. Debido a la inexorable oposición de la Asamblea sobre los presupuestos, los dirigentes del gobierno la disolvían con bastante frecuencia, celebraban nuevas elecciones y trataban de manipular el voto con sobornos, intimidación e, incluso, violencia. En 1892, cuando la Asamblea intentó reducir el presupuesto naval, el gobierno, encabezado por Itō, se acogió al artículo 67 de la Constitución, por el cual el gasto fijo otorgado por el poder supremo del Emperador no podía ser rechazado o reducido por la Asamblea. Consiguió, así, que el Emperador promulgara un edicto en el que solicitaba a la Asamblea la aprobación del presupuesto por ser esencial para la defensa de la nación. En otras palabras, el Emperador era una herramienta de la cúpula del

poder, la llamada *genrō*, que mermaba las únicas armas legales de las que la Asamblea disponía para enfrentarse al gobierno.

Con todo, en medio de contiendas políticas entre el gobierno y los partidos, se desarrolló una crisis de política exterior que obligó a los dos bandos a poner a un lado sus diferencias y aunar esfuerzos frente a un nuevo conflicto nacional: la confrontación con China.

El enfrentamiento con China por Corea

Desde el principio de la era Meiji, algunos líderes japoneses habían albergado sueños imperialistas con respecto a Corea. Estos ideales se pusieron de manifiesto en los planes de Saigō para lanzar una campaña contra ese país. En 1876, Japón convenció a Corea de que entablara relaciones diplomáticas y aceptara un tratado desigual que otorgaba derechos especiales a los japoneses en Corea. Pero la postura coreana estaba dividida entre aquellos que se oponían a la apertura del país al mundo exterior y los que estaban a favor de la modernización de la nación, al estilo japonés. La facción conservadora anti-Japón organizó un alzamiento en 1882 que obligó a la Reina a solicitar la intervención del gobierno chino. En Japón, la facción a favor de la guerra, encabezada por Yamagata, utilizó el ataque a la delegación japonesa como pretexto para enviar tropas a Corea. Los rebeldes fueron derrotados por las fuerzas chinas, pero la facción guerrera japonesa aprovechó este disturbio y la presencia de las tropas chinas en aquel país como excusa para expandir su fuerza naval y militar. Por su parte, Itō sentía que Japón no estaba preparado para un enfrentamiento militar con China, por lo que en 1885 alcanzó un acuerdo con el líder chino Li Hungzhang. La Convención Li-Itō anunció la retirada de tropas chinas y japonesas de Corea. Ambas nacio-

nes acordaron informarse mutuamente antes de proceder al envío de soldados a Corea.

El malestar seguía en aumento entre el pueblo coreano, azotado por una importante crisis económica. Fue entonces cuando nació un nuevo culto, la Sociedad Tong Hak, que predicaba la salvación de Corea de la intrusión extranjera y prometía ayudar y enriquecer a los pobres. En 1894, la Sociedad organizó un levantamiento ante el cual el gobierno coreano tuvo que solicitar ayuda al chino para someter a los rebeldes. Al mismo tiempo, los líderes japoneses se pusieron en pie de guerra y enviaron tropas a Corea antes incluso de haber notificado a China esta decisión. La intervención japonesa provocó enfrentamientos con las fuerzas chinas y, en agosto de ese año, Japón declaró la guerra a China. Fue así como empezó la guerra chino-japonesa.

El ejército y la armada japoneses eran más modernos y estaban mejor preparados para la guerra que los chinos. China había quedado maltrecha tanto por la intervención de las potencias occidentales desde la Guerra del Opio con Gran Bretaña (1839-1842) como por las revueltas internas. Las fuerzas japonesas avanzaron hacia el norte y cruzaron el río Yalu para adentrarse en territorio chino. La Armada, por su parte, derrotó a la flota china en el Mar Amarillo y obtuvo así la supremacía naval. A continuación, se enviaron tropas a la península de Liaodung y se tomó Port Arthur. China aceptó la superioridad militar japonesa y decidió negociar el fin del conflicto. Itō no se mostró a favor de infligir un duro golpe a China porque creía que así rompería el orden político en aquel país y podría favorecer la incursión occidental en Corea. En marzo de 1895, Li Hungzhang llegó a Shimonoseki y firmó un tratado de paz cuyos términos incluían el reconocimiento por parte de China de la independencia de Corea, la cesión de la península de Liaodung, de Formosa y de la isla de Pescadores a Japón, el pago de una indemnización, la firma de un tratado comercial con Japón y la am-

pliación para los japoneses de algunos derechos sobre navegación e industria.

La guerra despertó el fervor nacionalista japonés, incluso entre los intelectuales liberales como Fukuzawa Yukichi, que, desde posiciones chovinistas, defendían a ultranza una derrota aplastante a China, o entre algunos cristianos como Uchimura Kanzō, que observaban la guerra sencillamente como lo que era: una guerra. En cierto modo, este conflicto se puede considerar el acontecimiento de la época que despertó y fomentó el militarismo y el imperialismo nipón. Desde ese momento, la política exterior japonesa tomó un rumbo mucho más agresivo y patriótico.

Sin embargo, la victoria de Japón provocó nuevos problemas en el ámbito político internacional. Rusia también estaba interesada en ampliar su radio de acción sobre Manchuria y Corea y se opuso al tratado de Shimonoseki, por el que Japón adquiría el control de la península de Liaodung. Convenció a Francia y a Alemania para presentar una queja conjunta contra la adquisición japonesa de la Península. Frente a la triple intervención, el gobierno japonés se vio obligado a renunciar al control de la Península a cambio de concesiones adicionales. Este enfrentamiento despertó suspicacias en el pueblo japonés y alentó sus sentimientos anti-Rusia, al mismo tiempo que el gobierno empezaba a ampliar el ejército y la armada.

La anexión japonesa de Formosa contó con la oposición de los habitantes de la isla, si bien Japón consiguió reprimir la resistencia y aplicó una política colonial relativamente liberal. El Gobernador General decidió dar prioridad a las condiciones de vida de la población indígena e introdujo medidas para mejorar la sanidad y las infraestructuras, así como para incrementar la producción agrícola. La política colonial japonesa en Formosa demostró, pues, ser bastante civilizada.

Los esfuerzos japoneses por extender su influencia a Corea se encontraron con más obstáculos. En este país, la lucha entre la facción a favor de Japón y el grupo que se oponía a

las incursiones extranjeras provocó que la facción encabezada por la reina Min solicitara el apoyo de Rusia. Esto fue motivo para que algunos oficiales japoneses tomaran parte en el asesinato de la Reina, lo que fomentó la reaparición de fuertes sentimientos anti-japoneses en Corea y una nueva petición de ayuda a Rusia. La rivalidad entre Rusia y Japón por Corea contribuyó a acelerar el estallido de la guerra entre ambos países.

Tras el conflicto chino-japonés, Japón aumentó su actividad económica en Corea, exportando artículos de algodón e importando arroz. También participó en la construcción del ferrocarril y puso sus miras hacia el río Yalu para explotar la industria maderera de esa región, pero esta pretensión chocó con los intereses rusos. En el acuerdo Nish-Rosen de 1898, Rusia había aceptado no interferir en las relaciones comerciales de Japón con Corea, pero el avance japonés en dirección a Yalu puso fin a las expectativas rusas de desarrollar una industria maderera en aquella zona.

Sin embargo, el interés primordial de Rusia era ampliar sus intereses en Manchuria y contar con un puerto libre de hielo en Asia oriental. En 1896, Rusia consiguió que China accediera a construir una línea de ferrocarril que cruzara el norte de Manchuria para conectarla con el Transiberiano en dirección a Vladivostok, lo que supuso el inicio de la construcción de la Red Ferroviaria de China Oriental. Tras la Triple Intervención, Rusia consiguió que China le cediera la península de Liaodung y Port Arthur por un período de veinte años. De esta forma, Rusia se hacía con aquello a lo que había obligado a Japón a renunciar, además del permiso para construir una línea de ferrocarril en el sur de Manchuria que uniera el Ferrocarril Oriental de China con Port Arthur. Para poder crear una línea directa entre Vladivostok y Port Arthur, Rusia necesitaba un acceso por Corea, pero esta posibilidad era contraria a los intereses japoneses por ampliar sus dominios en ese país.

A Japón le preocupaban las intenciones que Rusia albergaba con respecto de Corea y la presencia de las tropas rusas en Manchuria, destacadas en esta región desde la Rebelión Bóxer de China en 1900. En principio las tropas deberían haberse retirado al final del conflicto, pero Rusia seguía demorando el traslado. En previsión de un posible conflicto con Rusia, Japón firmó la Alianza Anglo-Japonesa en 1902. Gran Bretaña y Japón acordaron mantener el *statu quo* y la paz en Asia oriental de modo que, si una de las partes se viera envuelta en una guerra, la otra permanecería neutral a menos que Japón o Gran Bretaña fueran atacados por más de una potencia. Los dirigentes japoneses entablaron conversaciones con Rusia para que este país reconociera los particulares intereses de Japón en Corea. A cambio, Japón reconocería los intereses de Rusia en Manchuria. Pero ninguna de las partes quería garantizar a la otra libertad de movimientos en Corea o Manchuria, por lo que las negociaciones se rompieron y los gobernantes japoneses decidieron ir a la guerra en febrero de 1904.

Después de varias escaramuzas navales en la costa de Inchon, el 9 de febrero la flota japonesa, a las órdenes del almirante Tōgō, atacó a la flota rusa del Pacífico emplazada en Port Arthur. El día 10 de ese mismo mes Japón declaró la guerra a Rusia. Japón jugaba con ventaja porque contaba con un ejército bien entrenado cerca de la zona de combate, mientras que Rusia tenía que desplazar a sus hombres a más de ocho mil kilómetros, desde Moscú hasta Port Arthur. Las tropas japonesas cruzaron el río Yalu, se adentraron en Manchuria y derrotaron a las fuerzas rusas en la península de Liaodung. Aunque la flota rusa de Port Arthur fue seriamente dañada, la fortaleza de Port Arthur representaba un obstáculo mucho mayor para el ejército japonés. El general Nogi dirigió la campaña de mayo a diciembre de 1904. Repitió los ataques contra el fuerte sin prestar atención a las bajas que iba sufriendo. Tras 240 días de lucha y 156 de asedio, el

comandante ruso, general Stessel, decidió rendirse. Al final de esta campaña el número de muertos y heridos en el ejército japonés ascendía a 57.780; mientras que las bajas rusas no alcanzaban la mitad de esa cifra. Con todo, el general Nogi se hizo famoso como gran jefe militar, recibiendo las alabanzas tanto de los miembros del gobierno como del pueblo.

La mayor batalla en tierra se libró en Mukden en marzo de 1905. Participaron en ella 300.000 soldados japoneses y 310.000 rusos. Después de diez días de combate las tropas rusas se vieron obligadas a retirarse al norte, mientras que los estrategas de la campaña aguardaban la llegada de la flota del Báltico, que había sido enviada a la zona de conflicto en octubre de 1904. Después de un azaroso viaje de más de treinta mil kilómetros repleto de problemas, la flota llegó al Mar de China Oriental, pero cuando intentaba cruzar el Estrecho de Tsushima, entre Corea y Japón, se encontró con la flota japonesa comandada por el almirante Tōgō, y la batalla concluyó en veinticuatro horas.

Esta derrota convenció al gobierno ruso para aceptar la oferta del presidente Theodore Roosevelt de actuar de mediador en el conflicto. Los delegados de las dos naciones se reunieron en Portsmouth, Maine, a principios de agosto de 1905, y firmaron el Tratado de Portsmouth, por el cual Rusia no hacía grandes renunciaciones en el Lejano Oriente: Japón consiguió la mitad sur de la isla de Sajalín, la cesión rusa de Liaodung y el ferrocarril del sur de Manchuria. Además, Rusia reconoció los importantes intereses nipones en Corea.

Para Japón, los beneficios reportados por el tratado fueron más pobres de lo esperado y suscitaron las protestas de los ultranacionalistas, que provocaron violentos enfrentamientos con las autoridades. La guerra había avivado el nacionalismo japonés, pero no todo el mundo era partidario de una guerra. Los nuevos líderes socialistas como Kōtoku

Shūsui (1871-1911), entre otros, habían expresado su preocupación por la creciente hostilidad entre Rusia y Japón incluso antes de que estallara la guerra. Pero por su persistente oposición a un conflicto bélico acabaron en la cárcel. Algunos escritores también dejaron constancia de su disconformidad. Así, el poeta Yosano Akiko (1878-1942) escribió un poema en el que rogaba a su hermano que no participara en la guerra: «Caiga la fortaleza de Port Arthur / o no caiga / no es de tu incumbencia»¹⁵.

La derrota rusa convirtió a Japón en uno de los principales protagonistas del Lejano Oriente, pues facilitó la entrada de intereses japoneses en Manchuria y promovió una actitud más agresiva hacia Corea. Rusia no sólo reconoció los importantes intereses de Japón en Corea, sino que Estados Unidos hizo lo propio en el Tratado de Taft-Katsura de julio de 1905. A cambio, Japón renunció a sus intereses en Filipinas. Al renovar el Tratado Anglo-Japonés en 1905, Gran Bretaña también reconoció los supremos intereses de Japón en Corea.

Esta situación permitió a Japón proseguir su intento de convertir a Corea en un protectorado y, finalmente, en una colonia. A principios de 1906, Itō fue nombrado Residente General de Corea y empezó a participar en los asuntos internos y en la política exterior de ese país. Su intervención disipó la oposición coreana y provocó violentos conflictos. Durante 1906 y 1907, entre cincuenta mil y sesenta mil coreanos lucharon para evitar que Japón se inmiscuyera en los asuntos del país. Itō se llevó consigo a veinte mil soldados japoneses para sofocar la resistencia, lo que provocó la muerte de entre siete mil y ocho mil combatientes coreanos en los años 1907 y 1908. En el otoño de 1909 un patriota coreano mató a Itō en Harbin, Manchuria, en donde tenía una reunión con el ministro de Hacienda ruso. Este asesinato proporcionó a los más radicales, como Yamagata, la excusa perfecta para conseguir por la fuerza la anexión de Corea, que

Finalmente tuvo lugar en agosto de 1910. Los coreanos se vieron forzados a someterse al poder japonés hasta finales de la Segunda Guerra Mundial.

La situación interna al final de la era Meiji

Los partidos políticos cooperaron con el gobierno y lo apoyaron durante la guerra chino-japonesa, aprobando su propuesta de incrementar los fondos destinados a defensa militar, aunque seguían sin poder acceder a formar parte del mismo. La rivalidad entre partidos hizo posible que el círculo de oligarcas se aprovechara de esta situación y enfrentara a un partido con otro. Los líderes de los partidos, al percatarse de este juego, decidieron formar un partido unido, por lo que en junio de 1898 disolvieron los dos partidos y formaron uno nuevo unificado: el Partido Constitucional.

En vista de los acontecimientos, Itō se planteó crear su propio partido para contrarrestar los ataques de la oposición a su política. Sin embargo, no consiguió que los oligarcas apoyaran su plan, especialmente el dirigente principal de la oligarquía, el autoritario Yamagata, que expresó su rotundo rechazo.

Itō y Yamagata habían cooperado en la dirección del gobierno desde la salida de los tres líderes de la Restauración Meiji: Saigō, Kido y Ōkubo. Itō era más moderado, liberal y flexible que Yamagata, defensor a ultranza de la poderosa oligarquía. Itō era el líder de la facción civil y Yamagata de la militar. Yamagata tenía muchos apoyos en el ejército y entre los burócratas. Se opuso a los planes de Itō de organizar un partido político porque temía un tipo de gobierno multipartidista democrático, que no estaba en consonancia con el carácter político nacional. Enfrentado a una fuerte oposición por parte de la élite del poder, Itō, que entonces era primer ministro, presentó su dimisión y solicitó al Emperador que

pidiera a Itagaki y Ōkuma que formaran un nuevo gabinete. Fue así como, en junio de 1898, se formó el primer gobierno de partido. Yamagata lamentó este hecho por considerarlo el final del gobierno Meiji.

Ōkuma fue nombrado Primer Ministro e Itagaki ministro del Interior. Aunque los dos partidos se habían fusionado en uno, siguieron existiendo facciones y luchas por ocupar puestos en el gabinete, provocando divisiones en el seno del partido. El resultado fue que las dos facciones se separaron e Itagaki y su grupo abandonaron el gabinete. El intento de Ōkuma de seguir adelante con el apoyo del antiguo Partido Liberal fracasó y se vio obligado a dimitir. El gobierno de partido había durado sólo cuatro meses y el Partido Constitucional se escindió entonces en dos partidos distintos.

Yamagata fue el siguiente primer ministro. Gracias a la cooperación del reconstruido Partido Constitucional y a los sobornos que pagó a los miembros de la Asamblea, consiguió subir los impuestos. Entre las medidas que introdujo se incluyen la reducción de los bienes necesarios para gozar de derecho al voto, un aumento del número de miembros de la Asamblea (de 300 a 369) y la introducción del voto secreto. Para acabar con el tráfico de influencias, eliminó el sistema de libre designación para la mayoría de los cargos burocráticos e introdujo un sistema de acceso a través de un examen. Convirtió a la burocracia en un cuerpo semiautónomo, sentando las bases de un sistema que ha funcionado como baluarte del más arraigado conservadurismo hasta nuestros días. También pasó revisión a las leyes relativas al ejército y a la armada y dispuso que sólo los mandos superiores en activo, tanto de la armada como del ejército, podrían ser designados ministros de la Guerra y de la Armada. También puso en marcha la Ley de Regulación de la Policía de 1900, destinada a frenar a las organizaciones sindicalistas.

Itō continuó con su plan de organizar un partido político. Los miembros del Partido Constitucional se unieron a él

en 1900 para formar el Rikken Seiyūkai (Amigos de la Asociación Constitucional del Gobierno). Itō formó un gabinete con el apoyo del Seiyūkai, pero se encontró con la oposición de la Cámara de los Pares, formada por muchos miembros designados por Yamagata. Enfrentado a la Cámara de los Pares y a los burócratas de alto rango, sin olvidar las fricciones internas con el gabinete, Itō decidió dimitir, poniendo así fin a sus esfuerzos de constituir un gobierno de partido.

Itō fue el último primer ministro de la elite *genrō*. El liderazgo del gobierno pasó luego a Katsura Tarō (1847-1913), discípulo de Yamagata, y a Saionji Kimmochi (1849-1940), descendiente de la aristocracia heiana. Saionji era de tendencia liberal y en su juventud se había sentido atraído por los conceptos políticos de Rousseau. En un segundo plano, por supuesto, se encontraban la *genrō*, Itō y Yamagata. Este último era el que realmente detentaba el poder, aunque desde la sombra. Katsura, que había sido nombrado primer ministro, pensaba que el doble papel de Itō como miembro de la *genrō* y jefe de partido era frustrante, y consiguió que Yamagata pidiera al Emperador que obligara a Itō a cortar su vinculación con el partido político. Itō tuvo que cumplir la orden y, efectivamente, se retiró de la política activa en 1903. Su lugar como dirigente del Seiyūkai fue ocupado por Saionji.

Katsura ocupó el cargo de primer ministro durante la guerra ruso-japonesa. Le sucedió Saionji en 1906. Ambos hombres presidieron alternativamente el gabinete durante los doce años siguientes. Yamagata adoptó una postura muy crítica hacia Saionji, pues le preocupaba que su vinculación con el Seiyūkai acabara con su poder. Le recriminaba, además, su falta de dureza con los socialistas, propulsores de reformas sociales y políticas.

Entre los primeros socialistas cabe mencionar a Sakai Tōshihiko (1870-1933). Dentro de este grupo había quienes se inclinaban por el anarco-sindicalismo, entre los que des-

taca Kōtoku Shūsui. Se incluían también reformistas cristianos, como Uchimura Kanzō, así como algunas militantes feministas, entre las que cabe citar a la pionera Kanno Sugako (1881-1911). Los socialistas fundaron en 1903 la Sociedad de los Comunes (Heiminsha) y lanzaron un periódico, el *Heimin Shimbun*. Cuando estalló la guerra ruso-japonesa, mostraron su oposición al conflicto. Sakai y Kōtoku fueron encarcelados y se cerró el *Heimin Shimbun*. Después de la guerra, en 1906, la sección más moderada decidió organizar el Partido Socialista, para lo cual recibieron la aprobación de Saionji. Entre los líderes de esta facción moderada estaba Katayama Sen, que anteriormente había participado en la organización de un sindicato. Para seguir adelante con la lucha, tanto él como sus seguidores organizaron el Partido Demócrata Social en 1901, pero el gobierno disolvió el partido inmediatamente.

Entre los miembros más radicales de este grupo se encontraba Kōtoku Shūsui, que residía en los Estados Unidos desde su salida de la cárcel en 1905. Permaneció allí hasta 1906 y estableció contactos con los anarquistas. A su regreso a Japón, se convirtió en el líder no oficial de los que compartían su filosofía. Entre ellos estaba Kanno Sugako, la mujer que se convirtió en la figura clave de la conspiración para asesinar al Emperador. El plan fue descubierto, y, aunque Kōtoku no estuvo implicado directamente, fue acusado de alta traición junto con otras doce personas.

Kanno había formado parte del movimiento reformista radical para luchar por la situación de las mujeres. Tomó parte activa en el movimiento destinado a poner fin a la legalización de los burdeles, a la cabeza del cual estaba Yajima Kajiko. Luego se unió al círculo Heiminsha y se opuso a la guerra ruso-japonesa. En sus escritos, dejaba patente su protesta por el tratamiento que la mujer recibía en Japón: «Según las costumbres más arraigadas, las mujeres hemos sido consideradas una forma de propiedad material. Las

mujeres japonesas viven como esclavas. Japón se ha convertido en una nación desarrollada, civilizada, pero una verja de hierro invisible sigue poniendo barreras a nuestra libertad... Nuestro ideal es el socialismo, que busca la igualdad de clases»¹⁶. Kanno fue el cerebro de la conspiración para asesinar al Emperador, aunque el gobierno acusó a Kōtoku de haber dirigido la operación. La conspiración, conocida con el nombre de «Caso de la Alta Traición», fue descubierta en 1910 y provocó la detención de veintiséis personas, doce de las cuales fueron ejecutadas, incluidas Kanno y Kōtoku. Durante el interrogatorio, Kanno se mantuvo firme en su decisión de no renunciar a sus convicciones. Aseguró que no mostraba ningún arrepentimiento y que, aunque lo sentía por la figura del Emperador, «como tal es el principal responsable de la explotación económica del pueblo. Desde un punto de vista político, el Emperador es la raíz de todos los crímenes que se están cometiendo, e intelectualmente es culpable de muchas creencias supersticiosas». Ante su innminente ejecución Kanno trató desesperadamente de aprender inglés, tal y como deja de manifiesto en las siguientes palabras: «Ha llegado para mí el momento de aprender a leer al menos algunas pequeñas obras selectas en inglés. Tendría que haberlo hecho antes de morir... Probablemente no me queda mucho tiempo, así que supongo que no llegaré a dominar ese idioma, algo que lamento profundamente»¹⁷.

El escritor Tokutomi Roka (1868-1927) mostró su pesadumbre por la ejecución de los doce acusados: «Los funcionarios que han puesto fin a la vida de los doce conspiradores en nombre de la lealtad al Trono son, en verdad, los súbditos más desleales e injustos... No debemos temer a las rebeliones. No debemos tener miedo a convertirnos en rebeldes. Lo nuevo siempre es revolucionario»¹⁸. Este incidente refrenó temporalmente al movimiento socialista, además de que el gobierno, bajo la presidencia de Katsura, se propuso reprimir a este grupo y erradicar completamente cualquier mani-

festación de pensamiento socialista. Llegó incluso a prohibir el libro *Sociedad de insectos* porque, en su título, incluía la palabra «sociedad».

Poco después de este incidente, en agosto de 1911, fallecía el emperador Meiji, poniendo así fin a un importante período histórico que fue testigo de la transformación de Japón de una sociedad feudal cerrada en sí misma a un Estado «moderno», resultado de cambios intelectuales, culturales, sociales y económicos. A pesar de sus defectos, también se había constituido un gobierno constitucional. Se abolió el rígido orden social feudal y, aunque todavía se conservaba el sistema de clases, había mucha más flexibilidad social, lo que permitió que algunos miembros de las clases inferiores alcanzaran cierta movilidad dentro de la sociedad. Se introdujo un sistema de educación moderno que garantizaba la enseñanza a ambos sexos. Los sectores industrial y comercial experimentaron un crecimiento significativo. Según los economistas Ohkawa y Rosovsky, la base para el crecimiento económico se forjó durante los años 1868-1885, mientras que el periodo 1886-1905 representó la fase inicial del moderno crecimiento económico. A finales de la era Meiji Japón había iniciado ya la segunda fase, que duró hasta 1952. Se habían creado un ejército y una armada modernos que habían convertido a Japón en una de las principales potencias militares y políticas de Asia oriental, con sendas victorias en las guerras chino-japonesa y ruso-japonesa.

No obstante, las costumbres y maneras del viejo Japón seguían estando muy arraigadas. Okakura Kakuzō, una autoridad en arte japonés y discípulo de Fenollosa, observó: «Si uno mira bajo la superficie de las cosas puede ver que, a pesar de la moderna envoltura, el corazón del viejo Japón sigue latiendo con fuerza»¹⁹. Un especialista occidental se hacía eco de la permanencia «del ideal de lealtad feudal, del sistema patriarcal, de la actitud hacia la mujer, de la exaltación de las virtudes marciales»²⁰. Lafcadio Hearn, que se sumergió

en la vida y la cultura japonesas, observó que «en teoría, el individuo es libre; en la práctica, apenas es más libre de lo que fueron sus antepasados... Allá donde nire, veo que el individuo ha de enfrentarse al despotismo de la opinión colectiva»²¹. El emperador Meiji simbolizaba la persistencia del viejo orden como gobernador sacrosanto. El concepto de lealtad al Emperador se inculcaba a los niños desde el mismo instante en que ingresaban en las escuelas públicas. De esta forma se moldeaba su mente para que, algún día, estos estudiantes murieran en batalla gritando: «¡Emperador, Banzai, salve al Emperador!». Los oligarcas Meiji mantenían recluido al Emperador y ejercían el poder en su nombre. Cualquiera que se atreviera a desafiar el orden existente era condenado por traición y deslealtad. Tal y como afirmaba Kanno, el Emperador era el soporte que mantenía el orden establecido.

6. Los años Taishō: el camino hacia la democracia

Relaciones exteriores

El emperador Taishō, sucesor del emperador Meiji, no gozaba de buena salud. Ocupó el trono desde 1912 a 1926, pero en 1921 se vio obligado a delegar en su hijo Hirohito, que asumió las obligaciones imperiales e hizo las funciones de regente. En el ámbito gubernamental, Katsura y Saionji ejercieron alternativamente de primer ministro durante el periodo comprendido entre 1901 y 1913. Los principales problemas a los que se enfrentaron fueron de tipo monetario, resultado del elevado gasto que suponía financiar al ejército y a la armada. En 1914 Ōkuma, que por entonces ya estaba retirado de la política, se convirtió en primer ministro. Sin embargo, se vio sorprendido por la Primera Guerra Mundial antes de que pudiera ocuparse de los asuntos internos del país. Japón entró inmediatamente en guerra al lado de las potencias aliadas. La Alianza Anglo-Japonesa era la excusa perfecta para participar en el conflicto, aunque el verdadero motivo era obtener las concesiones que Alemania tenía en China. Japón no tardó en hacerse con las posesiones alemanas en la península de Shantung y en el Pacífico.

En 1915, el gobierno japonés presentó a China «las Veintinueve Peticiones». Además de demandar la transferencia de las concesiones alemanas a Japón, se incluían varias provisiones en las que se solicitaba el reconocimiento de los derechos especiales de Japón en ciertas regiones, como el sur de Manchuria. Las provisiones que suscitaron preocupación en Estados Unidos tenían que ver con las incursiones japonesas en China en asuntos políticos y financieros, así como aquellos relativos al ejército y a la policía. Finalmente, Japón retiró las últimas peticiones y China firmó el tratado.

Japón y Estados Unidos gozaron de buenas relaciones durante la mayor parte del periodo Meiji. En la guerra Japón contó con el apoyo de Estados Unidos, que aceptó el control japonés sobre Corea pero que se mostraba inquieto por el asunto de los emigrantes japoneses en el país. En la década de 1890, el flujo de emigrantes a Hawai y California fue creciendo progresivamente hasta el punto de que, en el año 1900, Hawai contaba ya con 61.000 emigrantes japoneses y California con 24.000. Antes de 1907, Estados Unidos ya había recibido directamente de Japón 39.531 japoneses, a los que hay que sumar los 32.855 procedentes de Hawai. Esta situación despertó fervientes sentimientos antijaponeses, sobre todo en California. La prensa se hizo eco de la amenaza del «Peligro Amarillo» y la Liga de Exclusión Asiática no escatimó en esfuerzos para expulsar del país a los emigrantes asiáticos. En 1906, las autoridades educativas de San Francisco decidieron segregar a los alumnos asiáticos en las escuelas públicas. Esta medida se dirigía principalmente contra los niños japoneses, pues los escolares chinos ya estaban aislados del resto. De acuerdo con las autoridades, esto era necesario «para que los niños blancos no se vieran afectados por el contacto con alumnos de raza mongola». En 1908, el presidente Theodore Roosevelt convenció al gobierno japonés para firmar un «pacto entre caballeros» que limitaba el flujo de emigrantes nipones a Estados Unidos. Pero la oposición a los japoneses no cesó y San

Francisco fue testigo de varios disturbios. En 1913 California aprobó la Ley de los Inmigrantes y la Tierra, que prohibía a los extranjeros tener tierras en propiedad. En 1922, el Tribunal Supremo negó a los japoneses la posibilidad de convertirse en ciudadanos americanos, y en 1924 el Congreso aprobó una ley de emigración que no permitía la entrada al país a cualquier individuo que no pudiera optar a la ciudadanía.

Al mismo tiempo, ambos gobiernos iniciaron un conflicto de intereses por China. Japón quería que Estados Unidos reconociera los «intereses supremos de Japón en China», pero tan sólo consiguió el acuerdo de Lansing-Ishii (1917), por el que Estados Unidos reconocía los intereses especiales de Japón en China pero reafirmaba la integridad territorial de China y la «Política de Puertas Abiertas» de este país, que prohibía establecer competencias especiales.

El otro asunto que suscitó preocupación en Estados Unidos fue la presencia japonesa en Siberia tras la Revolución Bolchevique de Rusia. En respuesta a las peticiones francesa y británica, Estados Unidos envió soldados a Siberia para ayudar a las tropas checas, que se vieron acosadas por los bolcheviques cuando cruzaban Siberia de regreso a Europa. Japón respondió inmediatamente a la petición de ayudar a los checos y envió veintidós mil hombres a Siberia. Estados Unidos desplazó un contingente menor, de tan sólo siete mil hombres, pero retiró a sus soldados a principios de 1920, una vez que las tropas checas fueron repatriadas. Sin embargo, las tropas japonesas habían alcanzado Irkutsk y el gobierno nipón no dio la orden de retirarlas hasta finales de 1922, cuando el gobierno soviético ya estaba consolidando su autoridad en toda Rusia. Japón se hizo pronto a la idea de la presencia de una nueva autoridad rusa en Asia Oriental, para finalmente reconocer al gobierno soviético en 1925.

La Conferencia de Paz de París de 1919 aprobó el control japonés de las posesiones alemanas de la península de Shandong y de las islas del Pacífico. Sin embargo, Japón no consi-

En 1915, el gobierno japonés presentó a China «las Veintuna Peticiones». Además de demandar la transferencia de las concesiones alemanas a Japón, se incluían varias provisiones en las que se solicitaba el reconocimiento de los derechos especiales de Japón en ciertas regiones, como el sur de Manchuria. Las provisiones que suscitaron preocupación en Estados Unidos tenían que ver con las incursiones japonesas en China en asuntos políticos y financieros, así como aquellos relativos al ejército y a la policía. Finalmente, Japón retiró las últimas peticiones y China firmó el tratado.

Japón y Estados Unidos gozaron de buenas relaciones durante la mayor parte del período Meiji. En la guerra Japón contó con el apoyo de Estados Unidos, que aceptó el control japonés sobre Corea pero que se mostraba inquieto por el asunto de los emigrantes japoneses en el país. En la década de 1890, el flujo de emigrantes a Hawai y California fue creciendo progresivamente hasta el punto de que, en el año 1900, Hawai contaba ya con 61.000 emigrantes japoneses y California con 24.000. Antes de 1907, Estados Unidos ya había recibido directamente de Japón 39.531 japoneses, a los que hay que sumar los 32.855 procedentes de Hawai. Esta situación despertó fervientes sentimientos antijaponeses, sobre todo en California. La prensa se hizo eco de la amenaza del «Peligro Amarillo» y la Liga de Exclusión Asiática no escatimó en esfuerzos para expulsar del país a los emigrantes asiáticos. En 1906, las autoridades educativas de San Francisco decidieron segregar a los alumnos asiáticos en las escuelas públicas. Esta medida se dirigía principalmente contra los niños japoneses, pues los escolares chinos ya estaban aislados del resto. De acuerdo con las autoridades, esto era necesario «para que los niños blancos no se vieran afectados por el contacto con alumnos de raza mongola»¹. En 1908, el presidente Theodore Roosevelt convenció al gobierno japonés para firmar un «pacto entre caballeros» que limitaba el flujo de emigrantes nipones a Estados Unidos. Pero la oposición a los japoneses no cesó y San

Francisco fue testigo de varios disturbios. En 1913 California aprobó la Ley de los Inmigrantes y la Tierra, que prohibía a los extranjeros tener tierras en propiedad. En 1922, el Tribunal Supremo negó a los japoneses la posibilidad de convertirse en ciudadanos americanos, y en 1924 el Congreso aprobó una ley de emigración que no permitía la entrada al país a cualquier individuo que no pudiera optar a la ciudadanía.

Al mismo tiempo, ambos gobiernos iniciaron un conflicto de intereses por China. Japón quería que Estados Unidos reconociera los «intereses supremos de Japón en China», pero tan sólo consiguió el acuerdo de Lansing-Ishii (1917), por el que Estados Unidos reconocía los intereses especiales de Japón en China pero reafirmaba la integridad territorial de China y la «Política de Puertas Abiertas» de este país, que prohibía establecer competencias especiales.

El otro asunto que suscitó preocupación en Estados Unidos fue la presencia japonesa en Siberia tras la Revolución Bolchevique de Rusia. En respuesta a las peticiones francesa y británica, Estados Unidos envió soldados a Siberia para ayudar a las tropas checas, que se vieron acosadas por los bolcheviques cuando cruzaban Siberia de regreso a Europa. Japón respondió inmediatamente a la petición de ayudar a los checos y envió veintidós mil hombres a Siberia. Estados Unidos desplazó un contingente menor, de tan sólo siete mil hombres, pero retiró a sus soldados a principios de 1920, una vez que las tropas checas fueron repatriadas. Sin embargo, las tropas japonesas habían alcanzado Irkutsk y el gobierno nipón no dio la orden de retirarlas hasta finales de 1922, cuando el gobierno soviético ya estaba consolidando su autoridad en toda Rusia. Japón se hizo pronto a la idea de la presencia de una nueva autoridad rusa en Asia Oriental, para finalmente reconocer al gobierno soviético en 1925.

La Conferencia de Paz de París de 1919 aprobó el control japonés de las posesiones alemanas de la península de Shandong y de las islas del Pacífico. Sin embargo, Japón no consi-

guió incluir una cláusula de igualdad racial en el pacto de la Liga de Naciones. Tras la conferencia, las relaciones entre Japón y las grandes potencias permanecieron relativamente tranquilas. Los artífices de la política exterior, como Shidehara Kijūrō (1872-1951), trataron por lo general de obtener la cooperación internacional. En los años 1921 y 1922 Japón participó en la Conferencia de Washington, que concluyó con la firma del Tratado de las Cuatro Potencias del Pacífico y del Tratado Naval de las Cinco Potencias.

En el primero de estos tratados, Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y Japón se comprometieron a respetar los derechos de los signatarios en la región del Océano Pacífico, así como a zanjar todas las disputas en una conferencia entre las cuatro potencias. Los signatarios del segundo tratado fueron Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Italia y Japón. Este tratado otorgaba una proporción de 5, 5, 3, 1,75 y 1,75 del tonelaje naval máximo para Estados Unidos, Gran Bretaña, Japón, Francia e Italia, respectivamente. Además, aseguraba el mantenimiento del *statu quo* en las fortificaciones y bases navales del Pacífico.

La conferencia dio por cerrado también el Tratado de las Nueve Potencias. Los signatarios, los cinco países antes mencionados más China, Bélgica, Países Bajos y Portugal, se comprometían a respetar «la soberanía, independencia e integridad territorial y administrativa de China», así como a apoyar la Política de Puertas Abiertas para asegurar a todas las potencias igualdad de oportunidades comerciales en China. La política de cooperación internacional continuó hasta finales de la década de 1920; en 1928, el gobierno derechista del general Tanaka Giichi (1882-1962) firmó el Pacto de Kellogg-Briand, por el que se proscribía la guerra.

La decisión de la Conferencia de París de otorgar a Japón las concesiones alemanas en China dio lugar al Movimiento del Cuatro de Mayo y provocó múltiples protestas populares en contra del imperialismo japonés. En la Conferencia de

Washington se alcanzó un acuerdo entre Japón y China por el que el primero accedía a devolver las posesiones alemanas en la península de Shantung, a cambio de que China le permitiera mantener el control de la línea ferroviaria en la Península durante quince años más. Las relaciones chino-japonesas, sin embargo, fueron cada vez más tensas a causa de la intervención de las autoridades niponas en los asuntos políticos chinos durante la década de 1920, una época de rivalidades entre los «señores de la guerra» por conseguir el poder. Japón, que había arrebatado a Rusia el control del Ferrocarril de Manchuria del Sur al finalizar la guerra ruso-japonesa, intentaba ahora adentrarse en el resto de Manchuria y en el norte de China. Además, una huelga contra los fabricantes de la industria textil japonesa en Shanghai concluyó en una auténtica matanza, lo que avivó más aún los sentimientos antinipones.

La anexión japonesa de Corea vino acompañada de un gobierno militar en ese país y una explotación económica en forma de expropiación de la tierra cultivable y un control absoluto del mercado comercial e industrial. Aproximadamente el cincuenta por ciento del arroz coreano era enviado directamente a Japón. El consumo de arroz en Corea se redujo a la mitad y los habitantes de este país se vieron obligados a consumir rijo importado de Manchuria. Las autoridades japonesas reprinieron sin reserva cualquier signo de protesta por parte de los coreanos en contra de la ocupación: una manifestación en 1919 provocó casi dos mil bajas y múltiples detenciones.

Evolución de la política interior

Hacia finales de la era Meiji los antiguos oligarcas ya no participaban directamente en los asuntos de Estado. De los dos principales dirigentes Meiji, Yamagata, aunque en la sombra,

era quien realmente ostentaba el poder y elegía en la mayoría de los casos al cabeza del gobierno (Itō había fallecido en 1909). Los partidos políticos ya eran parte del engranaje del proceso político y del orden establecido, aunque los líderes habían olvidado el antiguo afán de lucha por «los derechos del pueblo». Los dos partidos políticos más importantes, el Seiyūkai y el Kenseitō (sucesores del Partido Liberal y del Partido Progresista), ahora se componían básicamente de burócratas, periodistas y hombres de negocios. Los partidos tenían un estrecho vínculo con los dos mayores monopolios industriales y financieros del país, Mitsui y Mitsubishi, de los que obtenían apoyo. En 1918, los partidos políticos estaban ya tan consolidados que Yamagata tuvo que acceder a los deseos de Hara Takashi (1856-1921), líder del Seiyūkai, de crear un gobierno de partido.

Hara era, en esencia, un conservador que defendía la política de «enriquecer y reforzar» la nación. Su objetivo primordial no era el de trabajar en pro de la democracia japonesa; de ahí que mostrara resistencia a aprobar el sufragio universal para los varones. Sin embargo, accedió a reducir la cuota necesaria para ejercer el derecho a voto, que pasó de diez a tres yenes. Así pues, el número de votantes se incrementó del 2,6 por ciento de la población hasta alcanzar el doble de esta cifra. Se negó a complacer las peticiones de los líderes laboristas para revisar la Ley de Regulación de la Política, que limitaba las actividades sindicalistas, e hizo lo posible por eliminar a los grupos izquierdistas, como la Liga Socialista. Fue Hara quien dio la orden de enviar fuerzas japonesas a Siberia. En noviembre de 1921, Hara fue asesinado por un joven fanático que, según manifestó posteriormente, deseaba hacerse famoso e iniciar una serie de cambios revolucionarios. Hara abrió, pues, la nómina de primeros ministros asesinados en el país. A su muerte, se sucedió toda una serie de gobiernos que no eran de partido. Después del fallecimiento de Yamagata en 1922, la función

de elegir al primer ministro pasó a manos del Príncipe Saionji, convirtiéndose así en el único componente de la *genrō*, el principal consejero del Emperador.

Pero la catástrofe que asoló a la nación en 1923 no fue de tipo político. El terrible terremoto que sacudió la región de Kantō el 1 de septiembre convirtió a Tokio en un infierno. El fuego, que destruyó toda la ciudad, acabó con la vida de más de cien mil personas y provocó más de medio millón de heridos, con un total de casi setecientas mil casas destruidas. Pero lo más pernicioso de este desastre fue el rumor que acusaba a los coreanos residentes de haber provocado el incendio y de cometer toda clase de delitos. La histeria con la que reaccionó la masa desembocó en ataques a los coreanos y la muerte de cientos de ellos. Las estadísticas no oficiales calcularon en 2.613 el número de víctimas, al que hay que sumar 160 chinos que también resultaron muertos. Las autoridades detuvieron o mandaron ejecutar a los líderes sindicalistas y socialistas, entre los cuales se encontraba el famoso anarquista Ōsugi Sakae (véase pág. 175).

Los ataques injustificados a este grupo de población incitaron al joven Namba Taisuke, con influencias sindicalistas y anarquistas, a intentar asesinar al regente imperial Hirohito. Le disparó con una pistola pero erró el tiro, por lo que acabó detenido y ejecutado. Este incidente aumentó la vigilancia contra aquellos sospechosos de «mentalidad peligrosa» y reforzó los sentimientos nacionalistas de derechas. El ministro de Justicia y futuro primer ministro, Hiranuma Kiichi (1867-1952), organizó la Kokuhonsha (Sociedad del Fundamento Nacional) con la intención de reforzar el espíritu nacionalista.

Aunque los partidos políticos seguían envueltos en rencillas entre ellos, en 1924 los partidos litigantes obtuvieron la mayoría en la Asamblea y cooperaron con el líder del Kenseikai, Katō Kōmei (1860-1926), cuando éste recibió la petición de Saionji de constituir un gabinete y formar, realmente, el primer gobierno de partido. De hecho, a partir de este

momento, y hasta 1932, uno de los dos partidos mayoritarios sería el encargado de formar gobierno. El camino democrático recibió un nuevo impulso bajo el gobierno de Katō cuando, en marzo de 1925, se instauró el sufragio universal masculino, por el cual se garantizaba el derecho al voto a todos los varones mayores de veinticinco años, excluidos los indigentes. Pero la contrapartida a la adopción del sufragio universal masculino llegó con la puesta en vigor de la Ley de Conservación de la Paz, destinada a acabar con la «mentalidad peligrosa». Estaba concebida específicamente para combatir a los comunistas y anarquistas, así como a aquellos partidarios de acciones revolucionarias. El plan del gobierno para aprobar una ley que garantizara el derecho de los trabajadores a organizarse en sindicatos e ir a la huelga se vio obstaculizado por poderosos intereses comerciales; no obstante, se eliminó el artículo de la Ley de Regulación de la Policía que prohibía las actividades sindicales.

En 1927 el líder del Seiyūkai, el general Tanaka Giichi (1864-1929), se convirtió en primer ministro. Aunque era el jefe de un partido de gobierno, sus creencias más básicas y su política no diferían del nacionalismo militante de derechas, que empezaba a ganar adeptos. El gobierno de partido continuó, en teoría, hasta 1932, pero en realidad fue el gobierno de Tanaka, más que la continuación de la «democracia Taishō», el que marcó el comienzo del «fascismo» Shōwa. Como veremos en el siguiente capítulo, Tanaka adoptó una política beligerante hacia China e inició acciones muy duras para suprimir la «mentalidad peligrosa».

Los movimientos socialista y comunista

Tal y como mencionamos anteriormente, el asunto de la Gran Traición frenó los movimientos políticos de izquierdas, pero la Revolución Bolchevique de 1917 dio nuevo im-

pulso a los círculos socialistas y comunistas de Japón. El gobierno se dispuso a acabar con cualquier actividad abierta del ala izquierdista. Las mujeres que habían formado la Sociedad de la Ola Roja y que se manifestaron el 1 de mayo acabaron detenidas. Los comunistas, en secreto, organizaron un partido en 1922, pero el gobierno detuvo a sus líderes en 1923 y, un año después, el partido quedó disuelto.

El movimiento anarquista se había debilitado tras las ejecuciones de Kōtoku Shūsui y Kanno Sugako. Entre los anarquistas supervivientes en activo se encontraba Ōsugi Sakae (1885-1923), que se declaraba socialista, anarquista y cristiano. Ōsugi se mostraba contrario a los movimientos organizados y sostenía que: «Lo que más me fascina son las acciones ciegas de los hombres, la explosión natural del espíritu. Se necesita libertad de pensamiento, libertad de acción y libertad de impulsos»². Continuó con su tarea de propagar el anarquismo junto a Itō Noe (1895-1923), una feminista radical. Las autoridades le tenían fichado como encubridor de «ideas peligrosas», por lo que durante el Gran Terremoto de 1923 la policía militar procedió a su detención y a la de Itō, para posteriormente asesinarlos junto al sobrino de Ōsugi, que contaba tan sólo con seis años de edad.

Los socialistas comenzaron por organizar su propio partido político en 1906, pero el gobierno lo prohibió al año siguiente. En 1920 constituyeron la Liga Socialista Japonesa, que contó nuevamente con la prohibición gubernamental. Los socialistas se escindieron entonces en dos ramas: los procomunistas y los socialistas de tendencia derechista. En 1925 organizaron el Partido Social del Pueblo (Shakai Minshu-tō), que entró en contacto con la Federación Japonesa del Trabajo (Sōdōmei). En 1932 evolucionó en lo que sería el Partido Socialdemócrata (Shakai-Taishū-tō) y cooperó con el gobierno, que se mostraba cada vez más cerca de posturas militaristas e imperialistas.

Los comunistas japoneses no estaban dispuestos a apoyar el sistema parlamentario burgués ni el movimiento a favor del sufragio universal, pues creían que sólo serviría para reforzar el capitalismo. El Comintern, presidido por Bukharin, alentó a los comunistas japoneses para que apoyaran el movimiento en favor del sufragio universal y lucharan por la revolución democrática para acabar con el sistema imperial. En 1926 los comunistas más jóvenes intentaron reavivar el partido, que se había disuelto dos años antes. El grupo estuvo dirigido inicialmente por Fukumoto Kazuō (1894-1983), partidario de purgar el partido de socialistas y miembros pasajeros y limitar la militancia a los auténticos pensadores marxistas. El Comintern soviético condenó a Fukumoto por su interés en la «intelligentsia» y la falta de preocupación por los campesinos y los obreros.

Aunque los comunistas no constituían un grupo unido y carecían de una amplia base de apoyo, el gobierno Tanaka lanzó una campaña en su contra. En marzo de 1928, se sucedieron en toda la nación redadas nocturnas que desembocaron en la detención de más de mil doscientas personas. Al año siguiente se produjo un nuevo arresto masivo de más de setecientos comunistas o simpatizantes del movimiento comunista. Los detenidos recibieron un trato brutal: les asestaron golpes, puñaladas, les colgaron boca abajo o les estrangulaban. Entre ellos se encontraba Kobayashi Takiji (1903-1933), autor de novelas críticas sobre la explotación obrera como *El absentista* y *El barco conservero*, esta última una descripción de las terribles condiciones en las que tenían que trabajar los tripulantes de los barcos de pesca y los conserveros. Tras ser detenido y liberado, sufrió un segundo arresto en 1933 por afiliarse al Partido Comunista. El tortuoso interrogatorio al que fue sometido tras esta nueva detención provocó su muerte.

La persecución a los comunistas continuó hasta la década de 1930, pero el movimiento comunista vivió presionado has-

ta después de la Segunda Guerra Mundial. Muchos de ellos acabaron encarcelados y se les obligó a renegar de su afiliación. Unos pocos, como Tokuda Kyūichi (1894-1953), se negaron a renegar del comunismo y permanecieron en prisión hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial. Uno de los líderes del movimiento, Nozaka Sanzō (1892-1993), huyó a China y colaboró con los comunistas chinos durante la década de 1930 y los años de la guerra. El marxismo también tuvo sus seguidores en la comunidad académica, y eran muchos los profesores y estudiantes interesados en la ideología marxista. Pero también esta comunidad se vio afectada por la purga de «pensadores peligrosos»: se encarceló a muchos estudiantes y algunos profesores destacados fueron despedidos.

Los humanistas cristianos actuaron como importantes propulsores de las reformas sociales. Ajenos a revoluciones políticas o sociales, defendían las reformas de carácter humano. Entre los primeros reformistas cristianos estaba Uchimura Kanzō, que había cursado estudios en el Seminario Teológico de Harvard. Siendo profesor de la primera Escuela Superior de Tokio, se negó a hacer la reverencia ante el Edicto Imperial de Educación y fue despedido. Continuó propagando los conceptos cristianos a través de sus escritos y apoyó la guerra chino-japonesa por considerarla una «guerra justa», pero estaba en contra de la guerra ruso-japonesa. También asumió un papel activo en la campaña contra las minas de cobre Ashio, compañía a la que acusó en 1901 de contaminar los ríos y los campos. Otro reformista cristiano fue Kagawa Toyohiko (1888-1960), un defensor de las reformas agrarias e industriales que dedicó buena parte de su tiempo a ayudar a los habitantes de los barrios más pobres y marginados. Por su labor reformista de cristiano comprometido Yamamuro Gumpei, el fundador del Ejército de Salvación japonés, le comparó con san Francisco de Asís, mientras que otros consideraban que estaba a la altura de Albert Schweitzer.

Entre los movimientos reformistas que nacieron en los años Taisho se encontraban también los *burakumin*, o grupos sociales considerados básicamente marginados. La división Tokugawa de estas personas en «sucias» (*eta*) y «no humanas» estaba prohibida por ley, pero bajo el sistema legal Meiji pasaron a ser «nuevos plebeyos», con lo que continuó su discriminación legal, social, política y económica. Aun viviendo confinados en guetos, el gobierno no dejaba de intervenir y violar sus derechos: así, en 1919 obligó a toda la comunidad *burakumin* a trasladarse porque sus viviendas daban a una zona donde se suponía que podía estar enterrado el mítico emperador Jimmu. En 1922, las autoridades incendiaron un poblado *burakumin* por considerarlo un foco de criminales, aunque el verdadero motivo era su localización, próximo a la línea de ferrocarril por donde iba a pasar el tren que transportaba a los miembros de la familia real. Como en los años feudales, a los *burakumin* se les trataba de una forma humillante y degradante. Se les negaba el acceso a trabajos dignos y sólo podían dedicarse a las labores de inferior categoría, por lo que, hasta bien entrado el siglo XX, siguieron siendo una clase extremadamente pobre, pues, además, los matrimonios entre clases eran prácticamente inexistentes. Este grupo padecía también la discriminación de los guardianes de los santuarios sintoístas y de los templos budistas: en 1859, cuando un joven *burakumin* intentó entrar a un santuario sintoísta, fue golpeado hasta la muerte. Aunque debían realizar el servicio militar obligatorio, no tenían la posibilidad de ascender más allá del rango de soldado raso.

Los niños estaban influenciados por los prejuicios paternos, por lo que los escolares *burakumin* tenían que soportar continuamente un trato discriminatorio por parte de sus compañeros de escuela. Tal y como recordaba una mujer: «No puedo olvidar la discriminación que sufrí en la escuela. A menudo otros niños me decían "apártate, que apesta", o

«esa niña es de tal poblado» y no me dejaban participar en sus actividades». Otra mujer relataba: «Cuando iba a la escuela me obligaban a sentarme en la última fila de la clase, completamente sola... El primer día, cuando volvía a casa, un chico salió corriendo detrás de mí y me increpó: "Eh, tú, desde mañana no puedes volver a esta escuela... Si vuelves la contaminarás". Luego empezó a tirarme piedras. Esta situación se repitió muchas veces»³.

Mujeres militantes

Los movimientos a favor de la «civilización y la ilustración» y de los derechos del pueblo no consiguieron mejorar el *status* de las mujeres. Algunas decidieron formar parte activa de los movimientos populistas desde un principio, como Fukuda Hideko (1867-1920), que participó en las actividades por la defensa de los derechos del pueblo y de la mujer. Pero desilusionada con los miembros del partido de política liberal, decidió unirse al incipiente partido socialista. Luchó por sus creencias y escribió artículos para periódicos liberales y socialistas en los que reclamaba una mejora de las condiciones de trabajo en las fábricas textiles, mayor justicia en el sistema familiar y defensa de los derechos de la mujer en general. Se opuso a la guerra ruso-japonesa y se enfrentó a la compañía minera Ashio por contaminar un río que era esencial para los granjeros que vivían corriente abajo. El fracaso del movimiento hizo que Fukuda acabara sus días pobre y desilusionada. Profundamente decepcionada con los numerosos hombres con los que había trabajado, manifestó: «Los hombres no valen nada. Se les compra fácilmente con títulos nobiliarios y medallas. En este sentido, las mujeres son más de fiar. Entre nosotras no hay estúpidas que se pavonean orgullosas tintineando las medallas que cuelgan de su cuello»⁴.

Dentro de los grupos socialistas y anarquistas surgieron unas cuantas mujeres que desempeñaron un papel determinante. La más destacada fue la ya mencionada Kanno Sugako (veanse págs. 163-164). La ejecución de Kanno y su grupo detuvo temporalmente el movimiento radical, pero no por ello cesó la lucha por los derechos de la mujer. En 1911 Hiratsuka Raichō (1886-1971) organizó la Seitōsha (Sociedad Intelectual), que brindaba a las escritoras la oportunidad de publicar, si bien su objetivo principal era luchar por los derechos de la mujer. Hiratsuka dijo: «La Seitōsha será un instrumento para expresar el pensamiento, la literatura y la perfección moral de la mujer», calificando su posición como de «nueva mujer»: «Soy una Nueva Mujer, cada día anhelo convertirme en una Mujer Nueva, cada día me esfuerzo por ser una Mujer Nueva, el sol es en verdad siempre nuevo. Yo soy el sol». El primer número de la publicación incluía una poesía de Yosano Akiko, autora de las siguientes palabras: «Se acerca el día en que la montaña se moverá... Las montañas han permanecido dormidas sólo temporalmente. En la Antigüedad las montañas, envueltas en llamas, se desplazaban... Todas las mujeres que estaban dormidas se han despertado y empiezan a moverse»⁵.

Los artículos de la publicación se fueron volviendo cada vez más radicales. Hiratsuka no era partidaria del extremismo político y social, por lo que en 1915 cedió su cargo de directora a una joven radical, Itō Noe, de apenas veinte años. Itō había empezado escribiendo para la publicación cuando tenía diecisiete años y defendía aquellos derechos feministas contrarios a las fórmulas convencionales sobre propiedad, prudencia, conformismo y modestia. Al hacerse cargo del periódico, dejó claro que su política sería «sin reglas, sin un plan establecido, sin principios, sin defender causa alguna». Se mostraba contraria a la convención japonesa que enseñaba a las mujeres a aceptar su miserable destino y protestaba: «No hay nadie más detestable que las educadoras japonesas,

obstinadas y estrechas de mente. Con su limitada perspectiva, sus prejuicios, su ignorancia y superficialidad, ¿cómo se puede esperar de ellas que sean buenas educadoras?»⁶. Admiraba a Emma Goldman, afirmaba su individualidad, y creía que el orden existente debía ser cambiado para hacer reinar la justicia, por lo que criticaba a otras feministas que intentaban hacer reformas a partir de los sistemas ya existentes. Se unió al anarquista radical Ōsugi Sakae y colaboró con él defendiendo posturas extremistas y trabajando con los sindicalistas del sector de la industria de Tokio. En 1923, como dijimos antes (pág. 175), la policía acabó con su vida.

Otra mujer de ideas radicales y mentalidad independiente fue Kaneko Fumiko (1903-1926). Tras pasar su infancia en Corea regresó a Japón, donde entró en contacto con el anarquista coreano Pak Yeol (1902-1974). Después del Gran Terremoto, cuando la histeria anti-coreana estaba en su punto álgido, fueron detenidos y acusados de conspirar para asesinar al Emperador. En realidad no habían tramado dicha conspiración, pero durante el interrogatorio Kaneko no tuvo reparos en decir que creía que el sistema imperial era una entidad totalmente inútil y que el Emperador no era mejor que cualquier otra persona, por lo que había que acabar con el sistema. Y declaró: «La razón por la que niego la necesidad del sistema imperial nace de mi creencia en que todos los seres humanos son iguales»⁷. Aunque ajenos a cualquier trama para derrocar al Emperador, fueron condenados a muerte. En el último minuto, las autoridades le informaron de que, gracias a la benevolencia del Emperador, la sentencia a muerte se había permutado por la de cadena perpetua, pero ella se negó a aceptarlo, rasgó el certificado y, a continuación, se ahorcó.

En los años Taishō se formaron algunos grupos de estudio de tono socialista. En 1920 se creó la Federación Socialista Japonesa (Nihon Shakaiishugi Dōmei), pero las mujeres no pudieron participar en su organización porque el Regla-

mento de Seguridad Policial no permitía a las mujeres formar parte de organizaciones políticas. En consecuencia, en 1921 un grupo de mujeres fundó una organización socialista femenina llamada la Sociedad de la Ola Roja (Sekirankai). El manifiesto de la sociedad decía así: «La Sekirankai es una organización de mujeres embarcadas en una empresa que busca destruir la sociedad capitalista y crear una sociedad socialista. La sociedad capitalista nos convierte en esclavos en nuestra propia casa y nos oprime como esclavos a sueldo fuera de ella, convierte a muchas de nuestras hermanas en prostitutas y transforma a nuestros [padres, hijos, y hermanos] en carne de cañón... Las mujeres que aman la justicia y la moralidad se adhieren al movimiento socialista»⁸. El primero de mayo de 1921 organizaron una manifestación y muchas de ellas terminaron detenidas. Debido a la opresión política y al creciente desencanto, la sociedad no tardó en dispersarse y sólo unas pocas mujeres continuaron luchando por la causa. En la década de 1930, cuando Japón inició su expansión militarista en el continente, aquellos que se mostraban contrarios al sistema fueron silenciados por el fervor nacionalista.

Las mujeres de las ciudades solían militar más activamente en los movimientos reformistas que en el caso de las mujeres de las áreas rurales, pero durante los años Taishō se produjeron también disturbios promovidos por los arrendatarios. La lucha más encarnizada tuvo lugar en una aldea de la prefectura de Niigata en 1922. Se organizó un sindicato de arrendatarios que solicitaba un veinte por ciento de reducción en la renta. Uno de los grandes terratenientes se presentó con la policía y expulsó a los arrendatarios por la fuerza, tras lo cual fueron detenidos. Una mujer cuyo marido se había llevado la policía declaró: «La policía echaba tinta roja sobre los sospechosos y los detenía, atando a los árboles a algunos de ellos... Oí que a mi marido se lo habían llevado a la comisaría de Katsuzuka, adonde acudí, pero no

me permitieron verlo. No puedo describir lo mal que lo pasé después de su detención [fue puesto en libertad en 1927]. Al año siguiente, fue de nuevo detenido en los arrestos masivos del 15 de marzo y, a partir de entonces, los vecinos empezaron a mostrarse recelosos y no querían tener ninguna relación con nosotros, nadie se acercaba por nuestra casa»⁹.

Algunas de las primeras mujeres que lucharon por sus derechos, especialmente por los políticos, no se unieron a los radicales, sino que intentaron obtener concesiones cooperando con las autoridades dentro del sistema. En 1924, cuando el movimiento a favor del sufragio universal iba ganando más apoyos, decidieron fundar la Liga por la Consecución de los Derechos Políticos de la Mujer, pero sus esfuerzos fueron en vano ya que, en 1925, el sufragio fue concedido sólo a los hombres. A medida que Japón se acercaba a posiciones cada vez más militaristas e imperialistas, las organizaciones de mujeres tuvieron que soportar una fuerte presión. En 1941, cuando pasaron a agruparse en la Gran Organización de Mujeres Japonesas, muchas de sus dirigentes colaboraron en las iniciativas nacionalistas del gobierno.

Vida intelectual y cultural

Los años Taishō suponen un giro hacia la modernidad en las zonas urbanas, que mostraron un especial interés en las costumbres y la cultura popular de Occidente. Las películas, la música, la ropa, la comida y la bebida, los bailes y los deportes como el béisbol, el tenis o el rugby gozaron de una cálida acogida entre los hombres y mujeres jóvenes y modernos, conocidos como *mo-bo* y *mo-ga* ('chicos y chicas modernos'), a la vanguardia de la cultura del jazz. Las últimas tecnologías comenzaban a transformar los centros urbanos con tranvías eléctricos, automóviles, luces de neón, radios y teléfonos.

Mientras los habitantes de la ciudad vivían rodeados de modernidad y la juventud adoptaba una nueva imagen más acorde con los tiempos, la forma de vida de las comunidades rurales no se vio tan afectada por este cambio y siguió aferrada a las costumbres tradicionales. De esta forma, las diferencias ya existentes entre el Japón urbano y el rural se hicieron más acusadas. Para el «urbanita», los campesinos «atrasados» eran criaturas miserables. Un aspirante a escritor que visitó una aldea del norte escribió: «No hay nadie más pobre que un campesino... Están más negros que sus sucias paredes y llevan una vida gris y sin alegría, parecida a la de los insectos que se arrastran por el suelo y sobreviven lamiendo el polvo... Se puede ver la clase de gente que son simplemente mirándoles a la cara... Es muy fácil reconocer a un campesino: Se le puede distinguir por su innoble rostro»¹⁰. El desprecio que los habitantes de las ciudades mostraban por los humildes campesinos era recíproco entre los campesinos que tenían cierto grado de conciencia política. Un agricultor llamado Shibuya Teisuke anotó en su diario en 1926: «Ah, Tokio, eres una máquina de matar que chupa la sangre de los campesinos en nombre de la civilización urbana y capitalista... La gente de cultura disfruta de las glorias de la vida cuando los que producen los bienes esenciales para la vida humana tienen que vivir [en la miseria]»¹¹.

Mientras que los campesinos tenían que trabajar muchas horas, los urbanitas podían disfrutar de la cultura y de la literatura, ya que durante la era Taishō el número de libros, revistas, periódicos y acontecimientos culturales creció espectacularmente. Los habitantes de la ciudad solían ser más cultos que los campesinos, que, en el mejor de los casos, llegaban a cursar los seis años de educación obligatoria, mientras los jóvenes de las ciudades tenían la posibilidad de asistir a la escuela secundaria y, a veces, a la universidad. El número de escuelas superiores había aumentado considerablemente, y en 1925 existían ya 34 universidades, 29 escuelas superiores

y 84 escuelas de formación profesional. El número de escuelas de educación secundaria se incrementó notablemente desde comienzos de siglo. En 1924 había 491 escuelas de enseñanza media para chicos y 576 para chicas. Una vez implantada la educación básica obligatoria, creció el nivel de alfabetización del país. Esto significaba que había un gran público lector ávido de consumir libros, revistas y periódicos.

La tirada de los periódicos más importantes superaba el millón de ejemplares, al tiempo que ganaban lectores otras publicaciones serias y también populares. Los puestos de periódicos y librerías comenzaron a llenarse de revistas semanales y mensuales. Entre los editores de prensa, Noma Seiji (1878-1938) se convirtió en la figura más importante, pues sus publicaciones llegaban a todas las edades y segmentos de la sociedad. Sus nueve revistas incluían artículos e historias de carácter didáctico o de entretenimiento, llegando a poner en circulación un total de seis millones de ejemplares en 1930. Este hombre atribuía su éxito al hecho de que publicaba artículos «que iban siempre un paso por detrás de la época»; en otras palabras, su intención no era la de guiar al público, sino la de despertar los sentimientos más conmovedores latentes en su interior. Fue así como en la época Taishō las páginas se llenaban de historias de amor romántico y relatos de valientes samuráis, mientras que en los militaristas años 30 el interés se concentró en los personajes heroicos y patrióticos del presente y del pasado.

Las revistas de Noma no incluían literatura seria porque sus lectores sólo buscaban entretenerse. Los periódicos también publicaban novelas populares por entregas diarias, algunas de ellas muy largas: *El paso del Gran Bodhisattva*, la historia de un espadachín ciego y nihilista cuyo karma vagaba luchando para que el bien venciera al mal, era dos veces más larga que *Guerra y Paz*, de Tolstoi. A pesar de que Yoshikawa Eiji (1892-1962) sólo había cursado la educación básica, se convirtió en el escritor más popular de mediados

de siglo. Sus historias narraban las proezas de heroicos espadachines como Miyamoto Musashi, el John Wayne del mundo samurái, aunque también escribió relatos históricos tales como la historia del clan Taira. Yoshiya Nobuko (1896-1973), precursora de Danielle Steel, escribió un ingente número de historias románticas para mujeres.

Por lo general, los escritores serios no tenían cabida en los periódicos populares, aunque la mayoría se hizo con un buen número de lectores. En 1910, un grupo de jóvenes de clase alta con aspiraciones constituyó un círculo literario llamado Escuela del Abedul Blanco. Según manifestó uno de sus miembros, el sentido de la vida era estar en armonía con la «voluntad de la humanidad». Existe un nexo común entre el espíritu del individuo y el espíritu de la humanidad. El artista tiene «un corazón que baila con la naturaleza y la humanidad». Esto llevó a algunos escritores a realizar un giro interior hacia su vida y producir lo que se llegó a conocer con el nombre de novela «Yo». El objetivo de este tipo de novela era conseguir que el corazón del escritor y el del lector se abrazaran mutuamente¹².

Entre los escritores pertenecientes a este círculo estaba Arishima Takeo (1878-1923), que había estudiado en las universidades americanas de Harvard y Harvard. Aunque influido por el humanismo cristiano y el socialismo, al no pertenecer a la clase obrera creía que no estaba capacitado para entrometerse en la vida del proletariado. Su humanismo, sin embargo, le llevó a regalar a sus arrendatarios la granja que poseía en Hokkaido, de 405 hectáreas de extensión. Su sensación de impotencia social le hizo caer en una especie de desesperación nihilista. Llegó a la conclusión de que hay tres etapas en la vida humana: la habitual, la intelectual y la instintiva. La verdadera libertad hay que encontrarla en la fase instintiva. Al tratar de encontrar en el amor el significado último de la existencia, acabó suicidándose junto con una periodista. La heroína de su obra maestra, *Aque-*

lla mujer, «es totalmente distinta a cualquier otra heroína de la literatura japonesa moderna, pues es una mujer con fuerza de voluntad y decidida en sus acciones, aunque caprichosa y dotada de intensa vitalidad»¹³. Arishima era un gran defensor de la liberación de la mujer. Creía que las mujeres no debían conformarse simplemente con conseguir el derecho a participar en la vida cultural del momento, pues aceptar esa situación cultural significaba capitular al gusto masculino. Los genios femeninos deben nacer entre ellas mismas.¹⁴

Bajo la influencia de Natsume Sōseki, otro grupo de escritores fundó una revista literaria llamada *Shin Shichō* (Tendencias del nuevo pensamiento). El miembro más brillante de este círculo fue Akutagawa Ryūnosuke (1892-1927), cuya obra se ha calificado de encarnación «del más puro intelecto y refinamiento». Aunque tenía una visión pesimista de la vida, satirizaba sobre las debilidades humanas en tono de humor. Creía que los acontecimientos inesperados siempre impedían a la gente alcanzar la felicidad, tal y como se refleja en su obra *El biombo del infierno* (*Jigokumon*), en la cual un artista recibe el encargo de su señor de pintar en un biombo una escena del infierno. Para poder pintar dicha escena con el máximo realismo, consiguió que su señor lo dispusiera todo para quemar a una mujer en una carreta. Al llegar al lugar para pintar la escena, descubrió que la mujer encadenada a la carreta en llamas era su propia hija, por lo que terminó su trabajo y se suicidó. Akutagawa se fue volviendo cada vez más pesimista y se sentía atraído por la muerte, por lo que decidió poner fin a su vida. Éstas fueron las palabras que dejó escritas a sus hijos: «No olvidéis que la vida es una batalla que lleva a la muerte. Si salís derrotados de esta batalla, suicidaros, como ha hecho vuestro padre»¹⁵. Su *Rashōmon*, una historia medieval en tono subjetivo sobre cuatro relatos de violación y muerte violenta, fue llevada al cine por el director Kurosawa Akira, que la convirtió en una película de éxito internacional.

Otro destacado escritor de esta escuela fue Tanizaki Jun'ichirō (1886-1965), cuya carrera literaria se prolongó hasta después de 1945. Al igual que sus colegas, se mostraba contrario al naturalismo y, más que fijarse en detalles concretos, se concentró en la evocación de estados de ánimo y ambientes. Así aconsejaba a los futuros escritores: «No intentéis ser demasiado claros, dejad lagunas en el significado... somos partidarios de mantener una fina hoja de papel entre el hecho y el objeto, por un lado, y las palabras que le dan expresión, por otro. En la mansión de la literatura, yo pondría los aleros muy bajos y las paredes de color oscuro. Y empujaría hacia las sombras del fondo aquello que se muestra muy evidente»¹⁶. Tanizaki veneraba la belleza femenina y pensaba que los hombres eran simplemente abono para alimentarla. Recibió la influencia de los escritores occidentales, pero al mismo tiempo estaba imbuido de la cultura tradicional japonesa. En *Hay quien prefiere las ortigas* trató el conflicto de la atracción mutua que se produce entre Occidente y las costumbres y cultura tradicionales.

Otro escritor cuya obra se hizo famosa en Occidente fue Kawabata Yasunari (1899-1972), ganador del Premio Nobel de Literatura en 1968. E. G. Seidensticker, traductor de muchas de sus obras, compara la calidad lírica de su estilo con la de los maestros haiku: «El haiku busca despertar rápidamente la conciencia por lo bello juntando dos términos opuestos o incongruentes. Es así como el haiku clásico funde tan peculiarmente movimiento y quietud. Del mismo modo, Kawabata se apoya mucho en la mezcla de sensaciones»¹⁷. En su discurso de entrega del Premio Nobel, Kawabata habló de la cultura japonesa y de su fusión con la naturaleza. Al referirse a un poema escrito por un monje del siglo XIII, comentó: «Viendo la luna, él mismo se transforma en luna, y la luna vista por él se transforma en él. Se funde con la naturaleza, se hace uno con ella»¹⁸. Tanizaki y Kawabata continuaron con su actividad literaria durante los años Shōwa (1926-1989).

En las décadas de 1920 y 1930 salieron también a la luz varias mujeres escritoras, como es el caso de Uno Chiyo (1907-1996). Aunque no se involucró en temas sociales, como hicieron algunas de sus compañeras de los años de la preguerra, compuso novelas a partir de distintas personalidades que iba encontrando a su paso. Un crítico literario dijo de Uno: «Dejando de lado los convencionalismos, el momento y el lugar, inventó una especie de mundo de fantasía novelística en el que las palabras parecen estar vivas gracias a su propia fuerza»¹⁹. Otra famosa escritora fue Enchi Fumiko (1905-1986), que alcanzó su momento de máxima creación en los años de la posguerra. En una de sus mejores obras, Enchi describe la vida de las mujeres Meiji que sufrieron con nobleza e ingenio la opresión del sistema paternalista familiar. Cuando llegó a anciana, la heroína «de repente se dio cuenta de la futilidad de esa vida, en cierto modo artificial, en la que había derrochado tanta energía y sabiduría»²⁰.

Durante los años Taishō, cuando socialistas y comunistas luchaban enérgicamente por la clase trabajadora, surgieron varios escritores de literatura proletaria. *Tsuchi* (Tierra), escrito en 1910 por Nagatsuka Takashi (1879-1915), antes de la era Taishō, describe la dura vida de los campesinos. En 1921, nació la revista literaria dedicada a la literatura proletaria *Tane Maku Hito* (Sembradores de semillas), pero no consiguió prosperar ni como publicación ni como medio para apoyar los intereses de la clase obrera. Un destacado escritor proletario fue el ya mencionado Kobayashi Takiji. Entre las mujeres escritoras que abrazaron el marxismo estaba Miyamoto Yuriko (1899-1951), afiliada al Partido Comunista desde 1931 y casada con uno de sus dirigentes. A finales de la década de 1930 fue encarcelada, pero consiguió la libertad debido a su frágil estado de salud. Su primera novela, *Nobuko*, un relato semiautobiográfico de su vida en América, apareció a mediados de la década de 1920. Sin embargo, sus

obras más importantes fueron publicadas en los años de posguerra.

La popularidad de los escritores más relevantes llevó a los editores a publicar extensas colecciones de obras literarias. En 1926, seiscientos mil lectores pagaron una señal por adelantado para recibir una colección literaria en treinta y seis volúmenes. En 1927, un editor empezó a publicar obras famosas en edición de bolsillo.

Pero no fueron los autores literarios los únicos que escribieron piezas intelectuales serias. Tras el interés mostrado por los primeros pensadores Meiji en el liberalismo inglés y francés, el idealismo alemán se convirtió en la filosofía más buscada por los intelectuales del entorno académico. El exponente más importante de esta escuela de pensamiento fue Nishida Kitarō (1870-1945), influido por las filosofías hegeliana y neokantiana pero también un estudioso del budismo Zen. Se propuso formular una filosofía que combinara elementos religiosos con la ciencia racional. En *Indagación del bien* (Gedisa, 1995) intentó definir la realidad como experiencia «pura» o «directa», el estado anteriormente inmediato al momento en que se separa el sujeto del objeto. En una obra posterior define la realidad como «el lugar de la nada», donde existen sujeto y objeto y donde se establece la consciencia misma. Aquí «se percibe la forma de la informalidad y el sonido de la insonoridad»²¹.

La apertura a la ciencia occidental durante el período Meiji animó a un número cada vez mayor de estudiosos a interesarse por la ciencia y, como resultado, los científicos japoneses empezaron a hacer notables descubrimientos. Entre los pioneros podemos citar a Kitazato Shibasaburō (1852-1931), que descubrió el bacilo de la peste bubónica en 1894 y también consiguió aislar el bacilo de la disenteria y el tétanos, además de preparar una antitoxina para la difteria. El bacteriólogo Noguchi Hideyo (1876-1928) descubrió la causa de la sífilis y de la fiebre amarilla y encontró un tra-

tamiento para combatirlas. Otros estudiosos contribuyeron con sus investigaciones a los estudios atómicos, la sismología y la farmacología.

Avances socio-económicos

La segunda fase del moderno crecimiento económico, de acuerdo con la división de Rosovsky y Ohkawa, abarca de 1906 a 1952. Esta etapa se divide, a su vez, en dos fases: 1906-1930 y 1930-1952. Durante el primer estadio, el reciente sector industrial-comercial creció rápidamente gracias a la fabricación de armas durante la guerra ruso-japonesa y al acceso a nuevos mercados tras la adquisición de colonias. Entre 1925 y 1929 el volumen de manufacturas se multiplicó por tres con respecto a la producción durante el período 1910-1914. El tradicional sector agrario no creció con tanta rapidez, incrementándose tan sólo a un ritmo del dos o del tres por ciento anual.

Los últimos años fueron testigos de un importante aumento en la producción de confección textil, metales, maquinaria, productos químicos, cerámica, electricidad y gas. El número de fábricas dotadas de maquinaria eléctrica se multiplicó por cinco entre 1909 y 1929. El número de obreros en las fábricas pasó de un millón a casi 2,4 millones en 1929, sin mencionar a los millones de obreros que trabajaban en pequeños talleres. No obstante, el porcentaje de trabajadores dedicados a las actividades primarias, como la agricultura, la pesca y la minería, siguió siendo elevado: en 1880 era del 81 por ciento y, a pesar del gradual declive, este sector aún representaba el 51,1 por ciento del total de los trabajadores en 1930.

El nivel de vida no mejoró de forma significativa. Los salarios y las condiciones de trabajo siguieron siendo pobres, especialmente en las plantas textiles, donde las mujeres, jó-

venes y adultas, constituyan la mano de obra. Los esfuerzos por organizar sindicatos para mejorar la dura situación de los trabajadores se encontraron, tal y como dijimos, con la oposición del gobierno y de los grandes empresarios. Los habitantes de las ciudades experimentaron alguna mejora en su nivel de vida, pero las comodidades de la vida moderna, como la electricidad, tardaron en llegar a las zonas rurales. Las diferencias entre la comunidad urbana y la rural continuaron creciendo desde los primeros años Meiji. En 1874, Fukuzawa Yukichi se quejaba de que el gobierno «se lleva los frutos del trabajo del campo para hacer flores para Tokio. Los puentes de acero relucen en la capital... pero en el campo los de madera están tan podridos que nadie puede cruzarlos»²². A los empobrecidos aldeanos les parecía que los habitantes de la ciudad llevaban una vida de lujo. A finales de siglo, el jornal medio diario de un agricultor arrendatario medio era de aproximadamente quince sen (0,15 yen), el de un tejedor varón era de treinta sen y el de una tejedora, de diecinueve sen, mientras que un obrero urbano ganaba en torno a 33 sen al día. Un sondeo realizado por el gobierno a mediados de la década de 1920 muestra cómo los ingresos totales de una familia de agricultores constituían el setenta por ciento de lo que percibía un sólo oficinista y el 95 por ciento del salario de un obrero urbano. Sin embargo, este último tenía que pagarse la comida, por lo que su situación no era mejor que la de los agricultores, que consumían sus propios productos. Con todo, la calidad de la alimentación de los habitantes de las zonas rurales no había mejorado mucho desde la era Tokugawa. Su dieta se componía básicamente de arroz, cereales, verduras y pescado. El consumo diario de calorías pasó de 2.100 en la década de 1870 a aproximadamente 2.300 en la era Taishō. Tampoco la sanidad experimentó una mejora significativa. En la década de 1920, el índice de mortalidad infantil superaba las cien muertes por cada mil niños nacidos vivos, en claro con-

traste con las cuatro muertes de 1996. El índice de mortalidad en 1920 era de veinticinco por cada mil personas, mientras que en 1993 era de ocho por mil. La esperanza de vida entre 1921-1925 descendió a 42,06 años de edad, en comparación con los 43,97 del periodo 1899-1903 y los 44,25 años de 1909-1913, y en claro contraste con el año 1997, en el que superaba los ochenta años de edad. La principal causa del alto índice de mortandad eran los frecuentes brotes de epidemias. En 1886, por ejemplo, murieron 108.400 personas a causa de un brote de cólera, y las epidemias no cesarían de azotar a la población durante los años Taishō.

En líneas generales, las condiciones de vida de la clase trabajadora, tanto rural como urbana, no mejoraron de forma sustancial. ¿Quién se estaba beneficiando, pues, de la enorme expansión económica que tuvo lugar en la primera fase del segundo período del moderno crecimiento económico? Las familias de agricultores y de obreros urbanos constituían el 84 por ciento de las familias japonesas en 1930, pero percibían solamente el cincuenta por ciento del presupuesto interno del país. En un nivel superior, alrededor de veinticuatro mil familias (0,0019 por ciento del total de familias del país) percibían ingresos que superaban los diez mil yenes, o lo que es lo mismo, el diez por ciento de los ingresos de la nación. En lo alto de la pirámide, diecinueve familias tenían unos ingresos superiores al millón de yenes. En la base, 2.232 millones de familias ingresaban doscientos yenes, cuando no menos, al año.

La concentración de la riqueza por unas cuantas familias significaba que el control comercial e industrial de la economía estaba en manos de un puñado de gigantescas corporaciones que constituían los *zaibatsu*, es decir, los grandes monopolios financieros e industriales. Aunque dentro de esta categoría de gigantes económicos se incluían alrededor de una docena de compañías, cuatro de ellas ocuparon las primeras posiciones: Mitsui, Mitsubishi, Sumitomo y Yasuda.

A diferencia de las complejas corporaciones occidentales, estos gigantescos *trusts* estaban en manos de familias que extendían su actividad a diversas áreas. La mayor de estas compañías, la Mitsui, tenía intereses en el comercio, la banca, la minería, la madera, la confección textil, la construcción naviera, el azúcar, los metales, la maquinaria y muchas otras actividades económicas. La corporación Mitsubishi controlaba hacia 1940 el veinticinco por ciento de los astilleros y del transporte marítimo de la nación, el quince por ciento de carbón y metales, el dieciséis por ciento de los préstamos bancarios, el cincuenta por ciento de los molinos de harina, el 59 por ciento de la industria del vidrio, el 35 por ciento del azúcar y el quince por ciento de la industria del algodón. Nadie ostentaba el monopolio exclusivo en ningún sector, pero el reducido grupo de los *zaibatsu* tenía en sus manos prácticamente toda la actividad económica del país.

Estas enormes corporaciones mantenían una estrecha vinculación con el gobierno y los líderes políticos. Mitsui y Mitsubishi patrocinaron y financiaron las campañas de los dos principales partidos de la preguerra, el Seiyūkai y el Minseitō. Desde comienzos de la era Meiji, cuando empezaron a despuntar las grandes casas comerciales, existía una relación personal directa entre las cuatro grandes firmas y los dirigentes del gobierno, que no tomaron ninguna medida para restringir la ambición monopolística de los *zaibatsu*. De hecho, eran parte integral del proyecto de construir «una nación rica y un ejército poderoso», ya que la expansión política y militar en el extranjero vino pareja al control de mercados y recursos ejercido por los *zaibatsu*.

El sector agrario también sufrió la concentración de riqueza a manos de unos pocos terratenientes adinerados. La desaparición del sistema feudal de posesión de la tierra durante la era Meiji no puso fin a la concentración de propiedades por parte de los poderosos latifundistas. En 1935 el 4,7 por ciento de la tierra cultivada pertenecía a 3.415 pro-

pietarios, mientras que el 56 por ciento estaba en manos de 4.765.000 familias de agricultores. El arrendamiento de tierras siguió creciendo desde principios de la era Meiji: en 1910, los arrendatarios cultivaban ya el 45 por ciento de la tierra, en tanto que el 39 por ciento de los labradores carecía de propiedad alguna.

7. Rumbo a la guerra

Los dos años de gobierno Tanaka (1927-1929) pueden considerarse el fin de la era de la incipiente democracia y de los prolegómenos del militarismo y de la guerra. En los años Taishō se sucedieron breves reinados de tendencia liberal encabezados por los líderes del partido, pero Tanaka empezó por adoptar medidas enérgicas contra los que albergaban «ideas peligrosas», es decir, comunistas y simpatizantes de este partido. En asuntos externos, la estrategia de agresión contra China comenzó con una confrontación con las jóvenes fuerzas nacionalistas de Chiang Kai-shek. Cuando en mayo de 1928 éstas llegaron a Tsinan, en la península de Shantung, Tanaka envió a sus soldados para impedir el paso a las fuerzas chinas. La campaña se saldó con miles de heridos y muertos entre los chinos allí residentes.

A medida que las fuerzas nacionalistas avanzaban hacia el norte, los líderes japoneses comenzaron a mostrar su preocupación por Manchuria, que había pasado a formar parte de la esfera de influencia japonesa tras la guerra ruso-japonesa. En el verano de 1927, Tanaka se reunió con mandos del ejército y dirigentes del Ministerio de Asuntos Exteriores para discutir qué política adoptar con China. Los interven-

cionistas, que sostenían que Manchuria era el «bote salvavidas» de Japón, fueron reprimidos provisionalmente. El jefe militar de Manchuria, Zhang Zuolin, había cooperado con el ejército Kwangtung japonés en aquella región. En junio de 1928, cuando las fuerzas nacionalistas se aproximaban a Manchuria, Zhang Zuolin, que tenía sus tropas destacadas en Pekín, decidió retirarse a Manchuria, pero en el camino de regreso fue asesinado por miembros del ejército Kwangtung, que hicieron volar el tren en el que viajaba. Su objetivo era hacer desaparecer a Zhang y ampliar el dominio japonés sobre Manchuria. Tanaka no estaba de acuerdo con sobrepasar los límites legalmente establecidos. A Zhang le sucedió su hijo Zhang Xue-liang, que prometió lealtad a Chiang Kai-shek. Esta postura incitó a los oficiales del ejército Kwangtung a diseñar un plan para someter Manchuria bajo control japonés.

Tanaka fue obligado a dimitir de su cargo por mentir al Emperador acerca de los responsables de la muerte de Zhang. En julio de 1929 le sucedió Hamaguchi Yūkō (1870-1931), presidente del otro partido mayoritario, el Minseitō. La primera tarea con la que se encontró Hamaguchi fue la de hacer frente a las dificultades económicas que derivaron de la crisis bancaria de principios de 1927. Muchos bancos pequeños y medianos tuvieron que cerrar, circunstancia que favoreció a los grandes bancos, que pasaron a asumir el control financiero. Algo parecido ocurrió en el sector de las manufacturas: las pequeñas empresas desaparecieron y las grandes compañías aprovecharon para ampliar su control monopolístico. Con el fin de afrontar la crisis económica, Tanaka trató de estimular la economía mediante una subida del gasto militar e intensificando la explotación de las colonias, pero ninguna de estas medidas resolvió los problemas económicos de la nación. Además, las exportaciones cayeron en picado, por lo que muy pronto Japón se vio afectado por la Gran Depresión que sacudía al mundo entero. Se pro-

dujo un acusado descenso tanto de las exportaciones de seda a Estados Unidos como de las prendas de algodón y otros artículos a China y a otros países asiáticos. De hecho, entre 1929 y 1931 las exportaciones japonesas descendieron en torno al cincuenta por ciento.

Como resultado, el campesinado y la clase trabajadora se vieron afectados por problemas sociales que contribuyeron a intensificar las críticas contra el sistema y contra los partidos políticos, que tenían importantes intereses comerciales. El gobierno ya había conseguido, en cierto modo, acallar a los movimientos izquierdistas, pero ahora el ataque al sistema procedía de los partidos de la derecha. Fue así como los gobiernos de partido que sucedieron a Tanaka tuvieron que hacer frente a una creciente hostilidad e insatisfacción por parte de los sectores de la derecha y de los militaristas.

El primer ministro Hamaguchi intentó atajar la crisis económica mediante la implantación de medidas de ahorro, que resultaron infructuosas. Mientras el gobierno intentaba resolver la crisis tuvo que soportar, además, las acusaciones de la oposición derechista, que criticaba la política exterior de cooperación internacional seguida a partir de la Conferencia de Washington de 1921. Las críticas se centraban fundamentalmente en Shidehara Kijuro (1872-1951), responsable de esta cooperación internacional y ministro de Asuntos Exteriores en distintos gabinetes durante la década de 1920. Tanaka continuó esta política y firmó el Pacto Kellogg-Briand de 1928: se mantuvo la limitación de armamento naval aprobada en la Conferencia de Washington y, a principios de 1930, las potencias involucradas se reunieron en Londres para negociar la reducción de buques de guerra y adjuntar esta nueva decisión a los acuerdos firmados en Washington sobre acorazados. Concluidas las negociaciones, Japón aceptó una proporción de 10/10/6 (Estados Unidos/Gran Bretaña/Japón) en cruceros pesados y otra de 10/10/7 en destructores. Por lo que

respecta a los submarinos, Japón obtuvo el mismo número que Estados Unidos.

Los altos mandos de la armada se opusieron a este acuerdo, pues exigían una proporción de 10/10/7 en cruceros y destructores. La oposición del Seiyūkai empezó a participar en el juego político y atacó al gobierno de Hamaguchi por firmar el acuerdo de Londres, pues consideraba que había violado el principio de independencia del mando supremo y que no tenía derecho a decidir por los generales navales en materia de defensa nacional. Estos líderes de partido estaban dando a los militaristas todos los motivos para desafiar a los gobiernos civiles de la década de 1930, durante la cual se convirtieron en blanco de asesinato los mandos militares de la armada que habían apoyado el acuerdo de Londres, entre los que se encontraban los almirantes Okada Keisuke y Suzuki Kantarō. La primera víctima fue el primer ministro Hamaguchi, que resultó herido de gravedad por un disparo recibido a finales de 1930. Dimitió de su cargo y murió poco después. Shidehara actuó de primer ministro en funciones antes de la muerte de Hamaguchi, pero no dejó de recibir constantes ataques por traición, pues decidió respetar el acuerdo de Londres.

Tras la dimisión de Hamaguchi en abril de 1931 asumió el poder Wakatsuki Reijirō (1866-1949), que había sido primer ministro en los años 1926-1927. Sufrió el acoso de los activistas de derechas, responsables de tramitar asesinatos. En septiembre tuvo que enfrentarse al Incidente de Manchuria, organizado por los oficiales japoneses de Kwangtung. Estas dificultades, sumadas a la disensión que existía en el partido, le obligaron a dimitir. Su sucesor fue Inukai Tsuyoshi (1855-1932), líder del Seiyūkai que, aunque desde el principio de su carrera había luchado por constituir un gobierno de partido, actuaba de forma demagógica y atacó al gobierno de Hamaguchi por firmar el acuerdo de Londres. Hostigado y arengado por los ultranacionalistas de derecha,

se convirtió igualmente en objetivo de asesinato. De este modo, Japón entró en una década en la que los principios ultranacionalistas, derechistas y militaristas gobernaron tanto la política interior como los asuntos exteriores. Algunos calificaron este movimiento de fascista, aunque sus paradigmas ideológicos y organizativos no se asemejaban al modelo europeo.

La aparición de los activistas nacionalistas radicales

En la década de 1930 se puso especial énfasis en defender el carácter sagrado del sistema imperial —que tiene su origen en la diosa Sol—, la inviolabilidad de la política nacional, la singularidad y la superioridad de la raza japonesa y de su historia, así como en «incluir bajo un mismo techo las cinco partes del mundo».

El origen de este tipo de mentalidad se remonta a los conceptos de los eruditos del Aprendizaje Nacional durante la era Tokugawa, aunque éstos no se caracterizaban por sus ideas chovinistas o «fascistas», como fue el caso de los ultranacionalistas de la década de 1930. La convicción de que Manchuria era importante para los intereses japoneses persistía desde la época de la guerra ruso-japonesa. Entre los grupos civiles que apoyaban la expansión japonesa en Manchuria y Mongolia se encontraba la Sociedad del Río Amur, fundada en 1901. Después de la guerra ruso-japonesa, Toyama Mitsuru (1855-1944) se proclamó líder de esta Sociedad y se convirtió en el gufa espiritual de los nacionalistas de derecha, partidarios de ampliar las fronteras japonesas hasta el río Amur. La crisis económica que azotó a la nación a finales de la década de 1920 hizo que los nacionalistas y los militaristas defendieran aún con más afán las incursiones en el continente. Los oficiales del ejército Kwangtung

destacados en Manchuria adoptaron una línea dura cuando se hizo evidente la posibilidad de que Chiang Kai-shek anexionara esta región al nuevo gobierno chino.

Los problemas internos alimentaron los sentimientos «fascistas» de aquellos que, desde posturas antiliberales, se enfrentaron al gobierno. Entre estos ideólogos de derechas se encontraba Kita Ikki (1884-1937), que pasó de considerarse socialista a alabar la importancia del sistema imperial. Creía que era necesario derrocar al gobierno, controlado por una minoría privilegiada y por los *zaibatsu*, así como reestructurar por completo el sistema político. Sólo así se podría lograr la unión entre el Emperador y su pueblo. Defendía un socialismo nacionalista por el cual el Estado controlaba las empresas más importantes y ponía límites a la propiedad privada. En un principio se compadecía de China, a la que consideraba una víctima del imperialismo occidental, pero a medida que las relaciones chino-japonesas se volvieron más tensas como consecuencia de la militancia japonesa contra ese país, centró todos sus esfuerzos en la reconstrucción interna. Sus ideas fueron muy bien acogidas por algunos de los jóvenes mandos radicales del ejército, que orquestaron el tipo de golpe de Estado propugnado por Kita. Fue acusado de cómplice de aquellos militares que provocaron el Incidente del 26 de febrero de 1936 (véanse páginas 211-213) y, posteriormente, fue ejecutado.

Otro nacionalista radical fue Inoue Nisshō (1886-1967), artífice de algunas sociedades nacionalistas extremistas entre las que se incluye la Liga de la Hermandad de la Sangre, cuyo objetivo era asesinar a los trece principales líderes del gobierno. La pobreza y la dura vida de los campesinos, acuciada por la depresión económica, provocaron también el nacimiento de un grupo radical agrario. Entre los líderes de este grupo estaba Gondō Seikyō (1868-1938), defensor de una política de autooomía agraria y una economía basada en la agricultura. Afirmaba que, a finales del siglo XIX, la oli-

garquía formada por los burócratas, los *zaibatsu* y los militares se había hecho con el control de la sociedad, de forma que un pequeño grupo de capitalistas arrebató todos los frutos de la tierra. Otro activista radical fue Ōkawa Shūmei (1886-1957), implicado en numerosos intentos de asesinato durante la década de 1930 y fundador de muchas sociedades de tendencia derechista. En 1945 se le acusó de ser un criminal de guerra clase A, pero no fue condenado por razones de salud mental. La organización Kokuhnnsha, fundada por Hiranuma, que destacaba el carácter único y especial del sistema de gobierno japonés, contaba entre sus miembros con los máximos líderes de la esfera política, militar y del mundo de los negocios.

A finales de los años 20 y 30, jóvenes militares empezaron a organizarse en círculos políticos. Su oposición a la iniciativa de desarme promovida por los líderes de los gobiernos Taishō y los primeros gobernantes Shōwa provocó, en parte, la oposición militar a los dirigentes políticos de los años 20. Algunos jóvenes militares, muchos de ellos procedentes de las comunidades rurales, estaban furiosos con el gobierno porque éste apenas se molestaba en ayudar al empobrecido campesinado, mientras que los políticos y los más adinerados nadaaban en la abundancia. Uno de los militares implicados en el asesinato del primer ministro Inukai en 1932 declaró en el juicio lo siguiente: «Los *zaibatsu*, mostrando un total desprecio por los labradores, que viven azotados por la pobreza, son inmensamente ricos y persiguen únicamente su beneficio personal. Entretanto, los hijos de los maltrechos agricultores de las provincias del nordeste tienen que acudir a la escuela sin desayunar, y sus familias subsisten con patatas podridas»¹. Curiosamente, se había producido una convergencia entre los civiles de derechas y los militares activistas.

Aquellos preocupados por la aparente pérdida de poder militar en la vida política a raíz del fallecimiento, en 1922, del antiguo líder Yamagata empezaron a organizarse en

grupos para llevar a cabo sus objetivos. Eran muy críticos con los líderes del partido en el gobierno y con la indiferencia de los capitalistas ante la miseria de las masas empobrecidas. Llegaron a la conclusión de que eran necesarias reformas políticas radicales. Uno de estos grupos, el Issekikai (Sociedad de Una Noche), fue constituido en 1929 por militares de rango medio, muchos de los cuales, como Tōjō Hideki, llegaron a convertirse en líderes nacionales durante la década de 1930. Algunos militares fundaron en 1930 otra sociedad llamada Sakurakai (Sociedad del Cerezo), cuyo objetivo era derrocar al gobierno e instaurar un régimen militar. En su declaración de intenciones, este grupo condenaba la política de desarme que se estaba siguiendo en aquel momento y acusaba de corrupción a los líderes políticos. Afirmaba que éstos «han olvidado los principios básicos... descuidan los valores espirituales que son esenciales para la supremacía del pueblo Yamato... El torrente de corrupción política ha llegado al límite... Ahora, la espada venenosa de los degenerados políticos apunta a los militares, como quedó claramente demostrado en la controversia sobre los tratados de Londres... Es evidente que la espada de los políticos de partido, que fue utilizada contra la armada, pronto se usará para reducir el tamaño de nuestro ejército... De ahí que debemos... despertarnos y limpiar las entrañas de nuestros decadentes políticos»². Los «valores espirituales» que exaltaban estos militares tenían que ver con un concepto místico sobre la superioridad del carácter nacional japonés, la singularidad del carácter único del sistema de gobierno nacional y la santidad del sistema imperial, fuente de todos los valores.

Esta mentalidad coincidía con el modo de pensar de los civiles ultranacionalistas. Los militares daban más importancia a la expansión en el continente asiático que algunos civiles radicales, pero compartían con ellos sus creencias antidemocráticas y su interés por constituir un gobierno tota-

litaro. Su mentalidad nacionalista les acercaba cada vez más a las naciones antioccidentalistas, al mismo tiempo que mostraban su rechazo a la cultura occidental y al estilo de vida individualista de Occidente, amén de los intereses capitalistas occidentales que dominaban la economía japonesa. Defendían los valores agrarios tradicionales y un estilo de vida centrado en la familia. En cierto modo, la disputa entre los ultranacionalistas y los sectores más liberales y occidentalizados era un conflicto entre el Japón rural y el urbano, el antiguo Japón y el nuevo, el «niponismo» y el occidentalismo. Los ultranacionalistas creían que encarnaban los valores tradicionales y veían en la figura del Emperador la esencia de Japón, al mismo tiempo que creían que sus oponentes eran la representación de la decadencia impuesta por los egoístas valores occidentales.

Con el creciente auge del «niponismo», la corriente de pensamiento calificada de «mentalidad peligrosa» no quedó limitada al comunismo, sino que llegó a incluir también al liberalismo y a los intelectuales, en especial los eruditos que adoptaron conceptos liberales. Estos pasaron a ser el objetivo principal y perdieron sus puestos en las universidades. El «niponismo» fomentaba la santificación y glorificación del sistema imperial. Hacia finales de la era Meiji un catedrático de Derecho Constitucional de la Universidad de Tokio, Minobe Tatsukichi (1873-1948), postuló la llamada Teoría del Órgano referida al Emperador. Sostenía que el Emperador era un órgano del Estado; no estaba por encima de él ni era el Estado mismo. Al principio la teoría de Minobe no suscitó ninguna controversia, pero en la era ultranacionalista de los años 30 se interpretó como un ataque contra los políticos y pensadores nacionalistas, por lo que en 1935 fue acusado de «lesa majestad». Se condenó su teoría, se prohibieron sus libros y fue obligado a dimitir de su puesto en la Universidad de Tokio. El intento fallido de asesinato para acabar con su vida por parte de un nacionalista fanático es una muestra

más de la mentalidad japonesa «fascista» de los años 30. El ataque a Minobe y a la Teoría del Órgano, condenada por profanar el carácter nacional, suponía en realidad el final de la libertad de pensamiento y expresión. Presionado por los ultranacionalistas, el ministro de Educación promulgó los Fundamentos del Régimen Nacional (1937), en donde aseguraba que el Emperador descendía de la diosa Sol y era el manantial de la vida y moralidad del pueblo. Enfatizaba las virtudes de lealtad, patriotismo, amor filial, armonía, espíritu marcial y *bushidō*, al mismo tiempo que condenaba el individualismo occidental por considerarlo el origen de todos los movimientos indeseables, tales como la democracia, el socialismo y el comunismo.

Intentos de asesinato

Llevados por su sentido de la rectitud, muchos nacionalistas de derechas justificaban deshacerse de aquellos líderes que encarnaban posturas hostiles y obstaculizaban sus objetivos, pues para ellos se trataba de una defensa de los valores auténticos y de un acto de patriotismo. De ahí que, dentro de los círculos civiles y militares más extremistas, se tramaran varios asesinatos. En marzo de 1931, un grupo de conspiradores dio un golpe de Estado al gobierno y colocó al mando al general Ugaki Kazushige (1868-1956), pero la conspiración fracasó cuando Ugaki se negó a colaborar. Más adelante, en el mes de octubre, intentaron asesinar al primer ministro Wakatsuki y poner en su lugar a Araki Sadao (1877-1966), un general muy bien considerado entre los más radicales por tratarse de un defensor acérrimo del «niponismo» y del «estilo imperial» (*kōdō*). Araki, que por aquel entonces era inspector general de educación militar, puso fin a los planes de los conspiradores, pero en ninguno de los dos casos recibieron los culpables algún tipo de castigo.

La siguiente conspiración partió de la Liga de la Hermandad de la Sangre, que había elaborado una lista con los nombres de trece líderes a los que pensaba asesinar. A comienzos de 1932 acabó con la vida del ministro de Hacienda y del director de la corporación Mitsui. Inoue Nisshō fue condenado a quince años de cárcel por sus vínculos con los conspiradores, pero los miembros de la Liga siguieron adelante con sus planes. El siguiente paso contó con la colaboración de miembros de la armada. El objetivo principal era Inukai Tsuyoshi, por entonces primer ministro. Su asesinato fue planeado por radicales de derecha que deseaban «reformas» domésticas y por partidarios de una política exterior imperialista. En septiembre de 1931 los oficiales de la armada Kwangtung organizaron el llamado Incidente de Manchuria, involucrando a Japón en una política agresiva con el continente que desembocaría en una guerra de graves consecuencias. La guerra de Manchuria estalló durante el mandato de Wakatsuki. Inukai, líder en la oposición del partido Seiyūkai, criticó la servil política de cooperación internacional adoptada por el ministro de Asuntos Exteriores Shidehara. Sin embargo, en el momento de ocupar este cargo, el ministro se había mostrado dispuesto a frenar al ejército Kwangtung en Manchuria. Molestos por la postura de Inukai, los miembros más extremistas de la armada y del ejército unieron sus fuerzas a las de los radicales de las zonas rurales, que criticaban el sistema de poder ejercido por los políticos, los burócratas y los grandes empresarios. Decidieron, pues, acabar con la vida de las personalidades de mayor rango y atacar a las instituciones y centros clave, aunque su única víctima fue Inukai, al que asesinaron el 15 de mayo de 1932. Esta muerte significó un punto de inflexión en el movimiento japonés hacia el extremismo militarista, pues puso fin al gobierno de partido e impregnó de militarismo de derechas tanto la política exterior como la interna.

La extrema derecha en la política interior y exterior

A pesar de la actitud más combativa que el gobierno de Tanaka había adoptado hacia China, fue el Incidente de Manchuria el que llevó a Japón a participar en la Segunda Guerra Mundial. Se consideraba a Manchuria como una zona fundamental para la seguridad nacional de Japón, y esta idea pervivía entre los nacionalistas radicales desde la época de la guerra ruso-japonesa.

Los mandos del ejército Kwangtung y otros militares estaban decididos a evitar la unificación de Manchuria bajo el nuevo gobierno nacionalista. El jefe militar de Manchuria, Zhang Xue-liang, hijo de Zhang Zuo-lin, deseaba la cooperación del gobierno nacionalista. Así pues, los altos mandos del ejército Kwangtung, Ishiwara Kanji (1886-1949) e Itagaki Seishirō (1885-1948), con la colaboración de algunos destacados militares en Tokio, decidieron destituir a Zhang Xue-liang y someter a Manchuria al gobierno japonés.

Como primer paso de esta campaña los oficiales Kwangtung volaron una parte del Ferrocarril del Sur de Manchuria, en Mukden, y culparon de ello a las tropas chinas. Más adelante, trasladaron a sus soldados fuera de los límites del trazado del Ferrocarril del Sur de Manchuria. Cuando el primer ministro Wakatsuki decidió seguir el consejo del ministro de Asuntos Exteriores Shidehara de restringir las acciones militares, el General del Estado Mayor declaró que el gobierno no tenía autoridad para intervenir en este asunto, pues entraba dentro del ámbito de competencias del mando supremo, además de sostener que el Estado Mayor del Ejército de Tierra tenía derecho a tomar las decisiones militares que considerara oportunas. El gobierno chino no estaba en posición de actuar militarmente contra las fuerzas japonesas, pues se encontraba envuelto prácticamente en una guerra civil con los comunistas, por lo que solicitó ayuda a la

Liga de Naciones para detener la agresión japonesa. Después de cierta demora, el Consejo de la Liga aprobó una resolución instando a Japón a que retirara sus tropas. Pero el sentimiento de apoyo a la guerra en Japón se había disparado y los esfuerzos de Shidehara para negociar un acuerdo no encontraron respaldo alguno, por lo que decidió ceder en su empeño. Wakatsuki dimitió y pasó a ocupar su puesto Inukai, cuyo partido se había mostrado especialmente crítico con Shidehara.

Cuando Inukai se convirtió en primer ministro también llegó a la conclusión de que era necesario frenar al ejército. Tenía la esperanza de convencer al ejército Kwangtung para que se retirara a la zona del Ferrocarril del Sur de Manchuria e iniciara las negociaciones con el gobierno chino. Pero lejos de ver cumplidas sus expectativas, el ejército Kwangtung prosiguió su avance y tomó dos ciudades clave, Jinzhou y Harbin, para proseguir hacia el norte en dirección a la provincia de Amur. Las maniobras japonesas en Manchuria no fueron bien recibidas en China, por lo que, en enero de 1932, se produjo un enfrentamiento entre las fuerzas chinas y las tropas japonesas destacadas en la zona de concesión internacional de Shiangai. Los japoneses decidieron entonces bombardear desde el aire una de las zonas más pobladas de Shanghai. Esta ofensiva situó a la opinión internacional en contra de Japón y fortaleció la decisión china de proseguir la lucha. Inukai, aconsejado por el ministro de la Guerra Araki, envió dos divisiones del ejército a Shanghai. Las fuerzas japonesas expulsaron a las chinas y, a principios de mayo, se firmó un armisticio. Este incidente fomentó los sentimientos patrióticos en Japón, por lo que a Inukai le resultó imposible encontrar una solución negociada al conflicto. Con la opinión pública de su lado, en agosto de 1932 los oficiales del ejército Kwangtung fundaron el Estado títere de Manchukuo y sentaron en el trono a Puyi, anterior emperador Qing.

Los japoneses hicieron caso omiso a la petición inicial de la Liga para que cesara toda maniobra militar en Manchuria, por lo que aquella envió una comisión encabezada por Lord Lytton para analizar la situación. Estados Unidos, que no era miembro de la Liga, promulgó por su cuenta la llamada «doctrina de no reconocimiento» de acciones que violaran los derechos de otras naciones. La Comisión Lytton informó de que las intervenciones militares japonesas no eran legítimas y concluyó que el Estado de Manchukuo no nacía de un verdadero movimiento por la independencia. Exigió, pues, el establecimiento de un régimen autónomo bajo la soberanía china y la retirada de las tropas chinas y japonesas, no sin reconocer los derechos e intereses japoneses en Manchuria. Los japoneses calificaron el informe de inaceptable por lo que, tras su aprobación, la delegación nipona decidió retirarse. En marzo de 1933, Japón abandonó la Liga.

En esa época, el presidente del gobierno japonés era el almirante Saitō Makoto (1858-1936), sucesor de Inukai. Tras el asesinato de éste, el gobierno de partido llegó a su fin. Saionji, que ahora era consejero del Emperador, eligió a Saitō para ser primer ministro. Como moderado, Saitō contó con la aceptación de todas las facciones. Estaba destinado a ser el primero en su cargo en encabezar un «gobierno nacional unido», pero no era un líder fuerte y sucumbió a los deseos del ejército para que Japón no siguiera en la Liga, además de permitir que el ejército Kwangtung siguiera adentrándose en Mongolia hasta llegar al sur de la Gran Muralla. El ministro de la Guerra, el general Araki, impidió que las fuerzas Kwangtung siguieran avanzando hacia China hasta que, en mayo de 1933, se alcanzó un acuerdo con la firma de la Tregua de Tanggu: la provincia de Jehol se anexionó a Manchuria, el ejército Kwangtung obtuvo el control sobre el paso de Shanhaiguan, en la frontera entre China y Manchuria, y se creó una zona desmilitarizada al norte de Pekín.

Los nacionalistas del ala derecha, críticos con la postura moderada de Saitō, le obligaron a dimitir a mediados de 1934. Saionji se reunió con un círculo de asesores y eligieron a otro almirante, Okada Keisuke (1868-1952), para que sucediera a Saitō. Ante la creciente agitación nacionalista, el gobierno de Okada sucumbió a la presión de la derecha, accedió a las demandas expansionistas de la armada y, en 1935, revocó los acuerdos navales de Washington y Londres. Fue precisamente durante el gobierno de Okada cuando se iniciaron los ataques a la figura de Minobe.

Durante este período existían dos facciones enfrentadas dentro del ejército. Los principales defensores del ultranacionalismo eran los generales Araki Sadao y Mazaki Jinzaburō (1876-1956). Creían en la supremacía de los soldados japoneses, que estaban impregnados del «poder espiritual», del espíritu Yamato; es más, estos soldados eran objeto de admiración por parte de los militares que promulgaban la violencia para derribar el orden establecido. Araki y Mazaki, dos exponentes del estilo imperial (*Kōdō-ha*), fueron muy críticos con la Teoría del Órgano de Minobe. Otros generales no estaban a favor de los actos aislados de violencia para conseguir objetivos políticos. Su meta era la preparación militar mediante la modernización del ejército con tanques y aviones, sin depositar toda la confianza en la fuerza espiritual del soldado. Las futuras guerras iban a exigir la total movilización de los recursos de la nación, por lo que era indispensable una nueva planificación liderada por el control y la disciplina de los mandos centrales del ejército. Aquellos que compartían esta postura vinieron a ser conocidos con el apelativo de Escuela del Control (*Tōsei-ha*), que contaba con Nagata Tetsuzan (1884-1935) y el futuro primer ministro Tōjō Hideki (1884-1948) entre sus líderes. Las dos facciones no eran grupos organizados formalmente, sino que se componían básicamente de oficiales que compartían opiniones y objetivos similares: unos haciendo especial hin-

capié en una preparación militar práctica a las órdenes de un mando disciplinado; otros, defendiendo la violencia.

La polémica entre las dos facciones afloró a mediados de 1935, cuando el general Hayashi Senjurū (1876-1943), ministro de la Guerra del gabinete de Okada, destituyó al general Mazaki de su puesto de inspector general de educación militar, uno de los tres cargos más altos dentro del ejército junto con el de ministro de la Guerra y jefe del alto Estado Mayor del ejército. Mazaki había sido nombrado para ese cargo por el general Araki cuando éste era ministro de la Guerra. Los seguidores de Mazaki se sintieron ultrajados por su destitución, que interpretaron como una conspiración de Hayashi y Nagata, jefe de asuntos militares, para debilitar el *Kōdō-ha*. Culparon, sobre todo, a Nagata, al que mostraban un creciente resentimiento desde que, a finales de 1934, había destituido a los partidarios de Araki de los puestos clave del ejército, pues se descubrió una conspiración de los oficiales *Kōdō-ha* para asesinar a los principales hombres de Estado e implantar un gobierno militar. Fue entonces cuando un oficial *Kōdō-ha* decidió asesinar personalmente a Nagata, al que mató con una espada tras entrar en su despacho.

Los oficiales *Kōdō-ha* decidieron que éste era el momento apropiado para destituir a los altos cargos políticos. Los *Kōdō-ha* ensalzaron al asesinato de Nagata como un auténtico patriota. La condena de la Teoría del Órgano de Minobe y el movimiento de exaltación del carácter nacional iban situando al público a favor del «estilo imperial». Los oficiales *Kōdō-ha*, incluidos los despedidos por Nagata en el pasado, decidieron llevar su plan a la práctica. Contaban con el apoyo de Mazaki y otros generales, además de recibir la ayuda monetaria de los empresarios y políticos de la derecha. Estaba previsto destinar a Manchuria la Primera División, a la que estaban asignados muchos de los conspiradores, por lo que éstos, en la mañana del 26 de febrero de 1936, decidieron dar

un golpe de Estado antes de que la División partiera. Así, ordenaron a las tropas de la Primera División que ocuparan los edificios clave del gobierno y condujeron a algunos grupos de hombres a que asesinaran a importantes estadistas y oficiales del gobierno. Entre los objetivos se incluían el primer ministro Okada, el anterior primer ministro Saitō, el ministro de Hacienda Takahashi Korekiyo (1854-1936), el general Watanabe Jōtarō (1874-1936), que había sustituido a Mazaki como inspector general de educación militar, el gran chambelán Suzuki Kantarō (1867-1948) y el antiguo guardián del sello privado Makino Nobuaki (1861-1949). El general Saionji estaba también en la lista original, pero algunos insistieron para que su nombre quedara excluido. Tres figuras de la lista fueron asesinadas: Saitō, Takahashi y Watanabe. Los asesinos también creyeron que habían matado a Okada, pero por error asesinaron a su cuñado, al que confundieron con el propio Okada. Suzuki recibió varios disparos de bala pero consiguió sobrevivir y más adelante, al final de la Segunda Guerra Mundial, ocupó el cargo de primer ministro. Makino, por su parte, tuvo la fortuna de escapar con vida.

Los asesinos publicaron un manifiesto en el que se condenaba a los altos cargos del gobierno, a políticos y a algunos jefes militares por destruir el carácter nacional y provocar una crisis en el país. Invitaron al ministro de la Guerra, Kawashima Yoshiyuki (1878-1945), para que tomara el mando e implantara la Restauración Shōwa. Las opiniones de los generales estaban divididas acerca de cómo enfocar la situación. Kawashima se mostraba indeciso, mientras que Araki y Mazaki no estaban de acuerdo en sofocar a los rebeldes. De hecho, Mazaki quería que Kawashima convenciera al Emperador para que éste accediera a las peticiones de los insurgentes. Los oficiales del alto mando del ejército, a las órdenes de Ishiwara Kanji, uno de los cerebros del Incidente de Manchuria, exigían acallar a los insurrectos, pero esta decisión reposaba, en último término, en la figura del Emperador,

quien, reacio a llegar a un compromiso, los condenó por matar a sus consejeros más próximos. Se proclamó la ley marcial y se reclutaron hombres de los distritos más alejados. Ante la fuerte oposición, los rebeldes decidieron rendirse. Dos de sus oficiales se suicidaron, mientras que los mandos fueron juzgados a puerta cerrada. Diecinueve fueron condenados a muerte y ejecutados. Aunque Kita no participó de forma decisiva en la rebelión, se le consideraba responsable de haber influido en los rebeldes, por lo que fue juzgado por un tribunal militar y ejecutado. Mazaki, que había mantenido relaciones más estrechas con ellos que el propio Kita, quedó absuelto.

Tras el intento de golpe de Estado, los mandos del ejército expulsaron a los oficiales y generales que, en cierto modo, había tenido relación con el *Kōdō-ha*. Los generales Araki y Mazaki pasaron a la reserva pero, para evitar que aquellos que no estaban en activo tuvieran la posibilidad de ocupar el cargo de ministro de la Guerra, se revisaron las leyes militares para que sólo los generales y almirantes en servicio activo pudieran ser elegidos para ese cargo. Yamagata había ya aprobado esta ley en 1900, pero en 1913 volvió a cambiarse, de forma que los generales y almirantes que no estaban en servicio activo podían ser elegidos ministros de la Guerra o de la Armada.

Los mandos que quedaron a cargo del ejército tras el intento golpista no eran simplemente oficiales *Tōsei-ha* enfrentados a los *Kōdō-ha*, sino que también se oponían a cualquier manifestación de violencia por razones de exaltación ideológica. El mando del ejército quedó en manos de un grupo de oficiales a favor de un orden centralizado y disciplinado. Aunque no se oponían a la intervención militar en asuntos de ámbito político, no dejaban que las decisiones políticas se realizaran fuera del marco legal. De hecho, la posición del ejército en la esfera política se vio fortalecida gracias a los activistas del 26 de febrero, pues hizo que los líde-

res políticos se mostraran cautelosos antes de enfrentarse con el ejército de forma abierta y vehemente. La influencia de los militares en el gobierno no tardó, pues, en dejarse ver. Los mandos tenían ahora el derecho de veto en cualquier gabinete porque controlaban la designación del cargo de ministro de la Guerra. El nombramiento de primer ministro era requisito para formar gabinete, por lo que estaban en posición de bloquear la formación del gabinete elegido por el primer ministro si no estaban de acuerdo con los miembros que éste había designado.

El ejército hizo uso de su poder inmediatamente después del intento golpista, cuando Hirota Kōki (1878-1948) fue elegido por el Emperador para formar el gabinete que sucediera al asesinado Saitō. El general Terauchi Hisaichi (1879-1946), el candidato propuesto por los militares para el cargo de ministro de la Guerra, impidió a Hirota formar un gabinete con miembros de tendencias liberales, que no contaban con su aprobación. Entre los descartados se encontraba Yoshida Shigeru (1878-1967), que llegaría a convertirse en un importante líder político durante los años de la posguerra. Su exclusión se produjo no sólo por ser yerno de Makino, sino también por sus críticas a las intervenciones militares realizadas en Manchuria.

Tras asumir su cargo, el gobierno de Hirota expuso sus objetivos políticos en los «Principios Fundamentales del Régimen Nacional». El primero de estos objetivos era consolidar la posición del imperio japonés en Asia Oriental; el segundo, el avance en la región del mar del Sur. Mantenía una posición moderada con respecto a China; de hecho, adoptaba una postura bastante más defensiva hacia la Rusia Soviética. Fue la armada la propulsora de la política que debía seguirse en el mar del Sur, marcada por el objetivo de conseguir acceso a los depósitos de petróleo del sureste de Asia. La intención era alcanzar estos objetivos por medios pacíficos, pero los acontecimientos subsiguientes no pudieron evitar

la invasión de China y el estallido de la guerra del Pacífico. De ahí que el Tribunal Militar Internacional constituido tras la guerra sostuviera que Hirota había participado en los incidentes posteriores y lo juzgara y ejecutara como criminal de guerra de clase A.

Con todo, quien verdaderamente ostentaba el poder por entonces era el ejército, como quedó demostrado en su capacidad para aprobar o rechazar los gabinetes. Hirota fue obligado a dimitir cuando se negó a aceptar la petición que le hizo el ministro de la Guerra de disolver la Asamblea para deshacerse de un miembro de un partido político que criticaba al ejército. Cuando Saionji eligió al general Ugaki para que sucediera a Hirota como un medio para mantener el orden en el ejército, los militares más extremistas, encabezados por Ishiwara Kanji, presionaron a Ugaki negándose a proponer un ministro de la Guerra. Saionji buscó entonces el apoyo de otro general, Hayashi Senjurō (1876-1943), que había ocupado el cargo de ministro de la Guerra en los gabinetes de Saitō y Okada. Su gobierno duró sólo cuatro meses porque, en la elección de la Asamblea, los partidos de la oposición obtuvieron la mayoría y, enfrentado a una Asamblea hostil, Hayashi decidió dimitir.

Saionji convenció entonces al príncipe Konoe Fumimaro (1891-1945) para que aceptara ser primer ministro. Así, en junio de 1937 se convirtió en jefe del Gobierno. Konoe era descendiente de las cinco familias de regentes de la corte heiana y estaba bien considerado por todos los sectores de la sociedad. Tanto los partidos políticos como los militares y los empresarios dieron su aprobación. Saionji albergaba la esperanza de que Konoe le sucediera en un futuro como consejero mayor del Emperador, pues estaba considerado un moderado capaz de conciliar los grupos enfrentados y garantizar la estabilidad. Pero adoptó una línea bastante dura en asuntos de política exterior y se pronunció en contra de la política de cooperación internacional, llegando a

afirmar que Japón tenía que adoptar una línea exterior independiente: «Todas las naciones se han constituido en bloques. Japón también debe organizar su bloque para competir con ellas». Afirmaba que «las naciones pudientes» deben reconocer los derechos de «las no pudientes». También creía que el Emperador era demasiado liberal y excesivamente rígido en su postura con el ejército³. Su línea de pensamiento no difería de la del *Kōdō-ha*, por lo que nombró a Araki ministro de educación. La política dura adoptada en la esfera de las relaciones internacionales contribuyó al estallido de la guerra de China, que comenzó un mes después de que iniciara su mandato.

Las hostilidades militares hacia China se remontaban, sin duda, al Incidente de Manchuria, que orientó la economía japonesa hacia una mayor producción de material de defensa. Algunos de los que apoyaban la expansión en el continente destacaban la necesidad de encontrar una vía de salida para la creciente población japonesa. La solución al malestar económico, causado por la Gran Depresión, también se dejó ver en la expansión militar. Ya antes de que empezara la guerra de China (1937) los grandes grupos financieros e industriales, los *zaibatsu*, estaban dispuestos a cooperar con los militares para repartirse después los frutos del imperialismo. Como ya hemos visto, los miembros más extremistas del ejército eran hostiles a los grandes conglomerados capitalistas por la enorme desigualdad que creaban en el país. Algunos campesinos de las comunidades más maltratadas vivían al borde de la inanición. Los salarios de los trabajadores de las fábricas experimentaron un descenso en la primera mitad de la década de 1930, desde un índice 100 en 1931 al 87,8 en 1933 y al 75,7 en 1937. A pesar de esta situación, un empresario japonés que tenía una fábrica textil en China sostenía que los capitalistas japoneses no trataban a los obreros conflictivos con la suficiente dureza. Aseguraba que, en Shanghai, los que protestaban eran detenidos y

fusilados. Un ejecutivo del grupo Mitsui se quejaba de que a los obreros japoneses se les pagaba en exceso. En Manchuria los obreros sobrevivían con diez sen al día, mientras que los japoneses recibían cincuenta sen, por lo que creía que los trabajadores deberían recortar el gasto en alimentación, comiendo sólo arroz y tofu.

Los magnates, sin embargo, no necesitaron modificar su estilo de vida, ya que se beneficiaban de la expansión de la industria armamentística. Los líderes Kwangtung buscaron en un principio mantener al margen a las grandes compañías comerciales, pero para desarrollar la economía en Manchuria era necesaria la inversión de capital japonés. De este modo, antes de 1940 los intereses comerciales japoneses contaban ya con el 84,1 por ciento del capital total invertido en Manchuria, levantando la economía a costa de explotar despiadadamente a los obreros chinos, que percibían un tercio del salario que recibían los trabajadores japoneses.

Los dos grandes conglomerados del país, Mitsui y Mitsubishi, cooperaron con los militares y desarrollaron la industria armamentística. Como resultado, la industria pesada crecía ligada a otras creadas estratégicamente para la guerra. Como ya era habitual, las compañías *zaibatsu* siguieron dominando también en este sector. En la industria naviera, Mitsubishi llegó a producir el treinta por ciento del tonelaje total. También se dedicó a la construcción de aviones y empezó a producir el caza Zero, un avión que desempeñó un importante papel en la guerra del Pacífico. Mientras las grandes compañías prosperaban, las pequeñas y medianas empresas, dedicadas a la producción de artículos que no eran de primera necesidad, padecían la falta de materias primas, capital y mano de obra necesaria. Al mismo tiempo, la exportación se reducía cada vez más porque la Depresión obligó a muchos países a subir las tarifas. Ésta fue la práctica habitual en los mercados de Asia y África, controlados por las naciones occidentales. Por esta razón los militares exi-

glan la creación de su propio mercado imperial, lo que Konoe denominó el «bloque autónomo». La expansión económica en la segunda mitad de la segunda etapa del moderno crecimiento económico, el período comprendido entre 1931 y 1952, dependió en gran medida de la expansión militar.

Rumbo a la guerra del Pacífico

Los acontecimientos que condujeron a la guerra de China (a la que Japón denomina el «Incidente de China») se remontan a la incursión en Manchuria a principios de la década de 1930. Con el fin de crear un bloque autónomo, el gobierno japonés proclamó la «Doctrina Monroe Asiática». El gobierno chino, obviamente, se negó a reconocer a Manchukuo como Estado independiente, mientras el gobierno japonés no cesó en su intento de entablar relaciones amistosas entre China, Japón y Manchukuo, este último bajo control nipón. En 1935, el gobierno chino reanudó las relaciones diplomáticas con Japón, pero el ejército Kwangtung y la guarnición japonesa de Tianjin (destacada allí desde el incidente Bóxer) estaban dispuestos a anexionar a Japón todo el norte de China. A mediados de 1935, en señal de protesta por las manifestaciones contra Japón, el gobierno japonés instó al chino a acceder a su petición de que las tropas nacionalistas se retiraran de dos provincias al norte de Pekín: Hebei y Chahar. Los jefes del ejército japonés dirigieron entonces sus esfuerzos a reforzar el control que tenía sobre esa región, insistiendo en la creación de una zona autónoma. El gobierno nacionalista creó el Consejo Político de Hebei-Chahar, aunque este territorio no constituía una unidad política autónoma, sino que continuó siendo una unidad administrativa del gobierno nacionalista.

Cuando Hirota se convirtió en primer ministro formuló el Régimen Fundamental, que postulaba reforzar la posición

defensiva frente a la Unión Soviética. Siguiendo esta política, Hirota concluyó un Pacto Anti-Comintern con Alemania en 1936, que no era un pacto militar, sino que estaba destinado a combatir las actividades subversivas de la Internacional Comunista. Sin embargo, en el caso de que una de las partes se viera envuelta en un conflicto con la Unión Soviética, la otra parte no podría prestar ayuda a esta última. Italia también se unió al pacto, por lo que los países opuestos al fascismo tenían la impresión de que Japón se estaba aliando con los poderes fascistas.

La guerra contra China estalló un mes después de que Konoe asumiera el poder. Apparently, el origen del conflicto no pasó de ser un choque menor entre las tropas chinas y japonesas en el puente Marco Polo, a las afueras de Pekín, la noche del 7 de julio de 1937. Aunque en un principio el gobierno Konoe consideró que este incidente podría arreglarse *in situ*, los sectores más radicales del ejército quisieron utilizar este episodio para crear un Estado de China del Norte sometido al control japonés. El ministro de la Guerra, Sugiyama Hajime (1880-1945), propuso enviar más divisiones a China pero los que, como Ishiwara, estaban más preocupados por la Unión Soviética se opusieron a la idea de verse envueltos en un serio conflicto en China que podría convertirse en una larga guerra de desgaste. Algunos oficiales del Ministerio de Asuntos Exteriores intentaron convencer a su ministro Hirota de que se opusiera a despachar más tropas a China, pero Hirota estaba de acuerdo con los militares más radicales. Konoe se puso también del lado de la línea dura del ejército. Así, convocó una conferencia de prensa y culpó a los chinos de todos los problemas que había en el norte de China, al mismo tiempo que anunciaba un plan de movilización.

Lógicamente, el avance japonés puso en pie a la opinión pública china y el gobierno nacionalista se dispuso a reforzar su posición en el norte del país. La situación se vio agra-

vada por posteriores incidentes y escaramuzas. El episodio de Shanghai llevó a la armada, inicialmente partidaria de una política moderada, a exigir el envío de más tropas. El ejército, más preocupado por el norte de China que por la zona de Shanghai, a la que la armada incluía dentro de su esfera de acción, accedió de mala gana a enviar allí fuerzas adicionales. Hacia mediados de agosto las fuerzas japonesas y chinas empezaron a abrir fuego en Shanghai. El gobierno chino puso en marcha una política de movilización general y el japonés cesó en su empeño de hacer de este episodio un conflicto local y empezó a prepararse para una guerra general. Así fue como el incidente del puente Marco Polo se convirtió rápidamente en un conflicto de mayor entidad. La opinión pública en ambos países se caracterizó por un marcado fervor patriótico. La prensa japonesa alababa la postura del ejército y exigía el «castigo a China»⁴. Las fuerzas japonesas estaban mejor preparadas, ya que desde la era Meiji se habían hecho grandes esfuerzos al respecto. Por el contrario, China contaba con un gobierno nacional reciente, formado apenas en 1927, y desde entonces no había escatimado en enfrentamientos tanto con los jefes guerreros regionales como con las fuerzas comunistas, además de tener que entregar Manchuria a los japoneses y verse obligado a hacer concesiones en el norte de China. Por consiguiente, no fue capaz de hacer retroceder a las fuerzas niponas y, a finales de 1937, los japoneses ya controlaban China del Norte.

En el frente de Shanghai el ejército chino opuso una fuerte resistencia, pero en noviembre las fuerzas japonesas consiguieron expulsar a los soldados chinos. Fue entonces cuando el gobierno de Konoé dio permiso al ejército para atacar la capital china, Nanjing. A mediados de diciembre los japoneses tomaron Nanjing, cometiendo una de las más horribles atrocidades de la guerra. Las tropas arrasaron las calles matando indiscriminadamente a hombres, mujeres y niños. Rodeaban a los jóvenes en edad militar y les disparaban,

violaban a las mujeres y mataban a los soldados chinos que se habían rendido. Aunque las cifras relativas al número de víctimas varían, el juicio por los Crímenes de Guerra de Tokio concluyó que, en Nanjing y sus alrededores, se había acabado con la vida de más de doscientos mil civiles y prisioneros de guerra, en muchos casos de forma brutal. Con todo, el número de fallecidos no da una idea exacta del horrible sufrimiento que tuvieron que soportar las víctimas. Xia Shu-chi, una mujer que contaba con siete años de edad en aquel momento, relató su experiencia a un estudioso japonés en 1987, cincuenta años más tarde. Recordaba cómo entre veinte o treinta soldados japoneses irrumpieron en casa de su familia, mataron a su padre de un disparo y luego persiguieron a su madre, que intentaba huir con su pequeño bebé en brazos. La apresaron, la violaron y la asesinaron, mientras que al pequeño lo arrojaron al suelo y falleció. Ella, sus abuelos y dos hermanas se ocultaron en una habitación trasera, pero fueron descubiertos. A los abuelos los asesinaron a tiros, y a las dos hermanas mayores las mataron después de violarlas. La señorita Xia se ocultó en una cama, pero la atravesaron tres veces con una bayoneta. Acabaron con la vida de siete de los nueve miembros de la familia. Durante la entrevista, no dejaba de repetir: «¿Por qué tuvieron que matarlos?»⁵. El comandante general Matsui Iwane (1878-1948) y otros de sus hombres no hicieron nada para detener a sus tropas. Matsui fue ejecutado como criminal de guerra al finalizar la contienda.

Explicar las razones por las que las tropas japonesas se comportaron de una forma tan despiadada exigiría un análisis detallado de las costumbres tradicionales japonesas. Parte del entrenamiento militar integral consistía en inculcar el espíritu samurái e idealizar un tipo de comportamiento brutal. Hay que mencionar la absoluta sumisión a la autoridad y el tratamiento humillante a aquellos de menor rango que gobernaban la vida militar. La férrea disciplina castren-

se mantenía controlados a los soldados, pero ¿qué pasaba cuando se aflojaban los grilletes de esa disciplina? En la sociedad dominaba el respeto general por los fuertes y el desprecio por los débiles. Es posible que también influyera la constante estrechez de miras insular que caracterizaba a la sociedad japonesa. La gente se identificaba solamente con los miembros de su propio círculo o aldea, por lo que difícilmente se fomentaban sentimientos de compasión y preocupación por los demás. Tampoco se daba importancia a valores como la individualidad y la responsabilidad personal. Así pues, cuando las masas estallan violentamente, todos pueden llegar a ser parte de esas masas.

Al adoctrinar a los escolares con conceptos nacionalistas, lo que en realidad les inculcaba el gobierno era un sentimiento de orgullo y de superioridad por el hecho de haber nacido japonés. Nadie se molestaba en fomentar actitudes humanitarias hacia otros pueblos. Ignorando la gran deuda cultural que Japón había contraído con China, lo habitual desde la victoria de Japón en la guerra chino-japonesa de 1894-1895 era considerar a la China moderna como inferior. Las guerras llevan a cometer todo tipo de atrocidades; los soldados, cualquiera que sea su nacionalidad, pueden ser indiscriminadamente depravados. Los japoneses cometieron también otras atrocidades durante la campaña de China, pero las acaecidas en Nanjing fueron las más horribles y espeluznantes. Las autoridades militares hicieron poco por evitar o prohibir las barbaridades que tuvieron lugar en otros frentes; sólo en contadas ocasiones los comandantes generales controlaron a sus hombres. Es éste el caso del general Hata Shunroku (1879-1962), que condujo sus fuerzas contra Hangou, en la parte central de río Yangzi. Dio órdenes estrictas a sus tropas de no cometer ninguna atrocidad^o.

Los crímenes de Nanjing reforzaron el deseo chino de resistir la arremetida japonesa. El gobierno nacionalista soli-

citó ayuda a la Liga de Naciones, pero ésta se limitó a hacer una tibia declaración condenando la agresión. La reunión entre los signatarios del Tratado de las Nueve Potencias no arrojó ninguna conclusión. Sólo la Unión Soviética ayudó en cierto modo, pero tampoco este país estaba en posición de contribuir generosamente. En octubre de 1937 el presidente Roosevelt anunció la necesidad de que cesaran las hostilidades, aunque sin adoptar ninguna medida concreta. En noviembre algunos oficiales del ejército japonés, con el objetivo de iniciar un conflicto con Gran Bretaña y Estados Unidos, atacaron barcos cañoneros de bandera estadounidense y británica, pero el gobierno japonés pidió disculpas inmediatamente y pagó una indemnización.

Alemania, más preocupada por conseguir que Japón se aliara en contra de la Unión Soviética que por implicarse en el problema con China, se ofreció para mediar y poner fin al conflicto, pero las condiciones que imponían los japoneses eran demasiado severas. El gobierno chino rechazó inmediatamente estos términos, por lo que el gobierno japonés dio por concluidas las negociaciones. Konoe declaró que Japón no haría más tratos y que seguía adelante con la campaña para someter al gobierno chino. Los japoneses, que controlaban la región costera de norte a sur, penetraron por el interior hasta Hangou, a donde el gobierno chino había trasladado la capital tras la caída de Nanjing. Posteriormente, la capital se emplazó en Chongquing, más al interior, desde donde continuó la resistencia. Los japoneses fueron incapaces de adentrarse más aún hacia la zona montañosa, por lo que el conflicto se convirtió en una larga guerra de enfrentamientos en la que ambos bandos pagaron un alto precio en número de vidas perdidas en el frente, la mayoría muchachos y jóvenes campesinos. Los soldados japoneses estaban adoctrinados desde la escuela elemental para dar su vida por el Emperador. Y mientras los jóvenes varones de las familias más pobres se enfrentaban a la muerte, el Emperador y Ko-

noe, como suele ocurrir con todos los líderes políticos, estaban a salvo en Tokio.

En julio de 1938, mientras Japón seguía envuelto en un atolladero sin salida con China, algunos oficiales del ejército, preocupados por el poder soviético en Asia oriental, entraron en combate con las fuerzas soviéticas en Changkufen, lugar en donde convergen Siberia, Manchuria y Corea. Contrariamente a lo esperado, los japoneses no pudieron asestar un duro golpe al ejército soviético y sufrieron una contundente derrota, por lo que tuvieron que retirarse y aceptar un acuerdo negociado. Aun así, no convencidos de la superioridad de las fuerzas rusas, en mayo del año siguiente los mandos del ejército Kwangtung entraron nuevamente en combate con los rusos en Nomonhan, en la frontera entre Manchuria y Mongolia Exterior, que degeneró en un conflicto mucho mayor. Los japoneses lanzaron un ataque a gran escala contra las tropas soviéticas, al que estas últimas respondieron con una contraofensiva aún mayor mediante el uso de fuerzas motorizadas y con el apoyo de las fuerzas aéreas. Tras sufrir una contundente derrota el ejército Kwangtung solicitó refuerzos, pero tras la invasión de Polonia por Hitler ni el gobierno japonés ni el soviético, más preocupados ahora por el conflicto en Europa, quisieron verse envueltos en una guerra en el Lejano Oriente. Así pues, acordaron el cese de las hostilidades. Japón había concentrado en Nomonhan a 56.000 hombres, de los cuales 8.400 resultaron muertos y 8.766 heridos, mientras que las fuerzas mongolas y soviéticas sufrieron un total de nueve mil bajas entre muertos y heridos. La suposición japonesa de que las purgas de Stalin entre los altos mandos del ejército lo habían debilitado resultó ser totalmente ilusoria. Las relaciones entre los dos países siguieron siendo bastante tensas hasta abril de 1941, fecha en la que se firmó un pacto de neutralidad. Este acuerdo vino motivado principalmente porque las relaciones de Japón con Gran Bretaña y Estados Unidos se estaban

deteriorando, al mismo tiempo que las ya tensas relaciones de la Unión Soviética con Alemania se agravaban aún más y ninguna de las dos partes quería que la otra nación se aliara con su enemigo potencial.

Aumento de las tensiones internas y externas

Mientras se alargaba el conflicto con China y las relaciones con otras potencias se tornaban cada vez más ásperas, el gobierno japonés empezó a adoptar duras medidas para reforzar el control en los asuntos internos del país y asegurarse el apoyo popular a las iniciativas militares. En febrero de 1938, el gobierno de Kōmoe puso en marcha la Ley de Movilización Nacional para recaudar fondos y reunir recursos humanos que garantizaran la defensa nacional. Se apeló a todos los trabajadores para que se comprometieran con el esfuerzo de la nación. Los sindicatos fueron obligados a disolverse, pues no estaban al servicio del país, sino de los trabajadores. El gobierno endureció la censura y se mostró dispuesto a eliminar a todos los que albergaran ideas peligrosas, incluidos los intelectuales liberales. Los medios de comunicación se sometieron a un férreo control y se suprimieron todas las noticias desfavorables referentes a la campaña militar en China. Se prohibieron los libros catalogados como pacifistas y antimilitaristas, o bien que criticasen el Régimen Nacional, la corte imperial o la sacrosanta historia nacional. Finalmente, se revisaron los libros de texto para inculcar en los niños sentimientos militaristas y nacionalistas.

Al hacerse más intensa la mentalidad bélica, una atmósfera triste, gris y seria empezó a envolver a la sociedad japonesa. Las actividades «frívolas», al estilo occidental, de los *mo-bo* y los *mo-ga* prácticamente desaparecieron. Las canciones de amor de tono romántico dieron paso a patrióticos

himnos bélicos, al mismo tiempo que se rechazaba todo lo occidental. Se condeó el béisbol, que se había convertido en uno de los pasatiempos nacionales favoritos, y abuchearon a Babe Ruth, un ídolo para los aficionados a este deporte. Se instó a las mujeres a que dejaran de hacerse la permanente (algunas de las más patriotas incluso iban por la calle dando tijeretazos a las que llevaban el pelo rizado) o de vestirse al estilo occidental. En poco tiempo todos los hombres empezaron a vestirse con el «uniforme del pueblo», de color caqui, y las mujeres con sencillos pantalones.

La situación política empeoraba a medida que el conflicto con China seguía sin resolverse y las fricciones internacionales se intensificaban. Con la esperanza de acabar con el gobierno nacionalista chino, a principios de 1940 los japoneses crearon un gobierno títere encabezado por Wang Jingwei, al que convencieron para que abandonara el gobierno nacionalista. Sin embargo, esta decisión no tuvo ningún efecto en la resistencia china. Durante el mismo periodo, los nacionalistas más radicales iniciaron un movimiento dirigido a formar alianza con Alemania e Italia, pero poco antes de que Hitler invadiera Polonia éste acordó un tratado de no agresión con la Unión Soviética. Dicho acuerdo sorprendió a los defensores de la Alianza del Eje porque el propósito de la Alianza era, precisamente, contener a la Unión Soviética. Sin embargo, las victorias militares de Hitler en Europa reavivaron la necesidad de aliarse con las potencias del Eje. Los expansionistas estaban convencidos de que una alianza permitiría a Japón avanzar hacia el sureste de Asia y obtener el control de las colonias europeas de la zona. Así, en septiembre de 1940 el gobierno japonés, con Konoe a la cabeza, entró a formar parte de la Alianza del Eje, junto con Alemania e Italia.

Konoe había recuperado la presidencia del gobierno en julio de 1940 tras un intervalo de un año y medio. Su política, que contaba con el apoyo de los militaristas y de los ultranacionalistas, llevó a Japón directamente a la guerra del Pa-

cífico. Entre los miembros de su gabinete se encontraban el general Tōjō Hideki, ministro de la Guerra, y el ministro de Asuntos Exteriores Matsuoka Yōsuke (1880-1946), educado en Estados Unidos y artífice de la exclusión japonesa de la Liga de Naciones en 1933. Konoe y sus ministros formularon «Los Principios Fundamentales de la Política Básica Nacional», que promulgaban la creación de un nuevo orden en la Gran Asia Oriental basado en el supuesto pilar básico de la nación: «las cinco partes del mundo bajo un solo techo». Matsuoka explicó que esta declaración significaba el establecimiento del «ámbito de coprosperidad de la Gran Asia Oriental». Como medida preparatoria, los oficiales aseguraron que se hacía necesaria una reestructuración militar, resolver el conflicto con China, introducir reformas administrativas, planificar la economía y aplicar medidas educativas para reforzar los principios del sistema de gobierno nacional y eliminar los «pensamientos egoístas».

Esta declaración fue aceptada en una reunión celebrada a finales de julio entre el gabinete y el mando supremo del ejército. Los miembros también acordaron proseguir su avance hacia el Sudeste Asiático, recurriendo a las armas si fuera necesario. No sólo previeron que este avance encontraría la oposición militar británica, sino que también estuvieron de acuerdo en la necesidad de estar preparados para un posible conflicto con Estados Unidos; de allí la premura en acelerar los preparativos militares. Esta decisión de avanzar hacia el sur por la fuerza preparó el escenario para la guerra del Pacífico.

La marina fue más categórica que el ejército de tierra en la decisión de avanzar hacia el sur, pues le interesaba acceder a los yacimientos de petróleo del sureste de Asia. Este interés estaba motivado, en parte, por la derogación de Estados Unidos del tratado comercial el mes de enero anterior. El ejército de tierra, por su lado, estaba más preocupado por la posición de la Unión Soviética en el norte.

En el campo de la política, Konoe puso en marcha un plan de reestructuración para sustituir a todos los partidos políticos existentes por un partido único y unitario. Los militares más radicales se mostraron a favor de crear un partido de corte nazi que apuntalara el establecimiento de un «Estado de defensa nacional», es decir, un régimen militar. Muchos «reformistas» defendieron la creación de un partido sólido para construir un nuevo orden social. Los partidos existentes se disolvieron voluntariamente y se unieron al movimiento. En octubre de 1940 se formó la Asociación para el Apoyo del Régimen Imperial, con Konoe a la cabeza, pero debido a la divergencia de intereses de sus miembros y a la heterogeneidad del grupo, la organización no consiguió funcionar como un verdadero partido político efectivo y se transformó en un simple instrumento para ayudar al pueblo a revivir el «espíritu Yamato».

El avance hacia el Sureste Asiático había comenzado incluso antes de que el gobierno Konoe adoptara los «Principios Fundamentales». Para que China no pudiera recibir suministros a través de la Indochina francesa (Vietnam), el almirante Yonai, en nombre del gobierno japonés, solicitó al Gobernador General francés que permitiera a los observadores militares japoneses en Hanoi poner fin al envío de material bélico a China. Tras su derrota con Alemania, Francia no estaba en posición de enfrentarse a los japoneses y accedió a su petición en junio de 1940. Cuando el gobierno Konoe decidió avanzar hacia el sur, exigió a los franceses que le permitieran enviar tropas a Indochina. Francia no pudo negarse y las tropas japonesas ocuparon el norte de Indochina antes de finales de septiembre de 1940. Estados Unidos y Gran Bretaña se sintieron obligados a tomar represalias contra Japón. Así, los americanos establecieron un embargo sobre los envíos de hierro y acero viejos a Japón, mientras que Gran Bretaña decidió reabrir la carretera de Birmania, una ruta de entrada de suministros a China que había acordado cerrar en el pasado.

A Japón le interesaba sobre todo tener acceso a las Indias Orientales Holandesas (Indonesia) por su petróleo. Las negociaciones con las autoridades holandesas en Batavia se prolongaron desde septiembre de 1940 a junio de 1941 pero los holandeses, aliados con los británicos, no accedieron a la petición japonesa. Esta negativa reforzó el argumento de los militaristas nipones de la necesidad de recurrir a la fuerza para romper el llamado círculo ABCI (americano, británico, chino y holandés). A medida que la posibilidad de una confrontación con Estados Unidos y Gran Bretaña se hacía más cercana, el ministro Matsuoka decidió afianzar sus relaciones con la Unión Soviética. Puesto que ésta y Alemania habían acordado un pacto de neutralidad en agosto de 1939, Matsuoka esperaba incluir a la Unión Soviética en la Alianza del Eje. Así pues, en marzo de 1941 viajó a Alemania sólo para descubrir que las relaciones entre este país y la Unión Soviética se habían deteriorado. En lugar de reconciliarse con Rusia, los alemanes intentaron convencer a Japón para que atacara Singapur y, así, entrar en guerra con Gran Bretaña. Matsuoka abandonó su plan de constituir una cuádruple alianza militar y el 13 de abril, en el viaje de regreso a Japón, firmó un pacto de neutralidad con Rusia. Stalin le dijo: «Ahora Japón puede avanzar hacia el sur».

Dos meses después los alemanes lanzaron una ofensiva contra Rusia. Una vez concluido el pacto de neutralidad con la Unión Soviética, Matsuoka propuso a la junta de enlace del gabinete y al alto mando del ejército abandonar su plan de avanzar en el sur y unirse a Alemania en la guerra contra Rusia. La junta rechazó la propuesta de Matsuoka y siguió adelante con sus planes de expansión hacia el sur.

Nomura Kichisaburō, que era ministro de Asuntos Exteriores cuando, en enero de 1940, Estados Unidos hizo pública su decisión de derogar su tratado comercial, había planificado negociar un nuevo tratado, pero el gabinete fue disuelto y no tuvo tiempo de seguir adelante con su idea de

mejorar las relaciones americano-japonesas. A principios de 1941 fue elegido por Konoe embajador en Estados Unidos. Se propuso mantener una relación fluida entre las dos naciones e inició las conversaciones con Cordell Hull, secretario de Estado norteamericano. Este último planteó cuatro principios básicos: respeto por la integridad territorial, no interferir en los asuntos internos de otros países, igualdad de oportunidades y no alterar el *statu quo* en el Pacífico. Entre los asuntos específicos pendientes de resolución estaban la renovación del tratado comercial, la ocupación japonesa de China, la política nipona en el Sureste Asiático y la alianza con Alemania e Italia. En el transcurso de las conversaciones, que duraron de marzo a noviembre, la cuestión China resultó ser la más difícil de resolver. Estados Unidos insistía en que Japón debía retirarse de China, pero Japón se mostraba inflexible ante la posibilidad de una retirada total del país.

Durante las negociaciones, el gobierno japonés decidió seguir adelante con el plan de ocupar la parte sur de Indochina, a pesar de que Nomura había advertido de que dicha maniobra sería entendida como un paso previo a la invasión de Singapur y de las Indias Holandesas Orientales. A finales de julio, el gobierno japonés obligó al gobierno francés de Vichy a aceptar la ocupación japonesa del sur de Indochina. El gobierno norteamericano respondió congelando los haberes japoneses en Estados Unidos e imponiendo un embargo total a las importaciones del país asiático, excepto algodón y alimentos. Gran Bretaña y las Indias Orientales Holandesas hicieron lo propio. Esta medida supuso, en la práctica, un bloqueo económico total por parte de países de los que Japón dependía para sus importaciones. En 1939, el 66,4 por ciento de las importaciones japonesas procedía de regiones controladas económicamente por Estados Unidos y Gran Bretaña. Japón dependía en gran medida de Estados Unidos para obtener petróleo, un producto crucial para

su armada. En 1939, el 85 por ciento del petróleo de Japón procedía de Estados Unidos, una cantidad que descendería, en 1940, al ochenta por ciento. Sin la principal fuente de petróleo, las reservas de la armada japonesa no durarían más de dos años, o un año y medio si Japón entraba en una guerra a gran escala. Esto hizo que los mandos de la armada, que hasta entonces se habían opuesto a un conflicto militar con Gran Bretaña y Estados Unidos, defendieran la propuesta de iniciar acciones militares para acceder a los campos petrolíferos de las Indias Orientales Holandesas. Eran conscientes de que esta decisión significaba la guerra con Estados Unidos y Gran Bretaña, pero si el bloqueo continuaba la armada quedaría inmovilizada. Japón sería como «un pez en un estanque al que le extraen el agua poco a poco»⁷.

La situación estaba alcanzando un punto crítico en el que la guerra entre los países del bando angloamericano y Japón parecía inevitable. Konoe acordó una reunión con el presidente Roosevelt para negociar un acuerdo, pero los mandos del ejército se negaron a aceptarlo a menos que Estados Unidos dejara de prestar ayuda a China, acatara el Pacto Tripartito y reanudara las relaciones comerciales con Japón. Con todo, Konoe decidió reunirse con Roosevelt. Antes de la celebración de este encuentro, el secretario Hull insistió en que Japón debía abandonar el Pacto del Eje y acceder a retirar a su ejército de China. El presidente Roosevelt se mostró de acuerdo con Hull, pero lo que la cumbre no se pudo celebrar. Roosevelt y Hull, entre otros, coincidían en que China no podía quedar abandonada y que Japón tenía que romper relaciones con Alemania, que estaba en guerra con Gran Bretaña y Rusia. Los japoneses, en especial los militaristas, estaban decididos a no marcharse de China después de las muchas bajas que habían sufrido y de haber convencido a su pueblo de que se trataba de una «guerra justa». Tōjō defendía que de ningún modo podía retirarse Japón de China «después de haber sacrificado tantas vidas

preciosas en el continente»⁶. El fracaso de Nomura y los negociadores, que no consiguieron hacer ningún progreso, instó a los jefes militares a iniciar los preparativos de una guerra con Estados Unidos y Gran Bretaña. Los mandos del ejército de tierra y de la armada acordaron que tomarían la decisión de ir a la guerra si antes de octubre no prosperaban las negociaciones, y así lo hicieron constar ante la asamblea de enlace entre el gabinete y el mando supremo. Los miembros de la asamblea dieron su aprobación el 6 de septiembre y elevaron la propuesta a la asamblea imperial, presidida por el Emperador.

En dicha asamblea, el Emperador mostró su preferencia por la vía diplomática antes de declarar la guerra. Los miembros estuvieron de acuerdo en continuar las negociaciones, pero expresaron también su decisión de no dejarse acobardar ante la posibilidad de entrar en guerra si Estados Unidos no aceptaba las condiciones de Japón, que incluían la petición de que Estados Unidos y Gran Bretaña no interfirieran en la resolución del Incidente de China; no prestaran ayuda al gobierno chino; no fijaran bases militares en Tailandia, las Indias Holandesas o China; y la obligación de reanudar las relaciones comerciales con Japón. Si se satisfacían estas condiciones, Japón prometía no utilizar la Indochina francesa como base de operaciones contra cualquier país vecino, garantizaría la neutralidad de Filipinas, no invocaría automáticamente el Pacto Tripartito si Estados Unidos entraba en la guerra europea y acataría el pacto de neutralidad con la Unión Soviética. Si para principios del mes de octubre las negociaciones hubieran resultado infructuosas, los preparativos para la guerra comenzarían de inmediato.

Konoe siguió intentando organizar un encuentro con el presidente Roosevelt. El embajador de Estados Unidos en Japón instó al gobierno americano a concertar una entrevista; de otro modo, caería el gobierno Konoe y se instauraría una dictadura militar. Pero el secretario de estado Hull insistía

en que el encuentro entre Roosevelt y Konoe no se celebraría a menos que se aceptaran los cuatro principios que él había propuesto anteriormente, y así lo hizo constar en una nota remitida a las autoridades japonesas el 2 de octubre. Los altos mandos del ejército apremiaban a Konoe para entrar en guerra, mientras que los mandos de la armada preferían retrasar una decisión que dependía, según ellos, del primer ministro. Incapaz de conseguir que la armada accediera a algunas concesiones, Konoe dimitió. El consejero de la corte Kido Kōichi (1889-1977) aconsejó al Emperador que escogiera como primer ministro al general Tōjō, porque creía que sólo él podría someter a los patrióticos mandos de la armada. El 18 de octubre Tōjō juró su nuevo cargo.

Tōjō convocó la asamblea de enlace para finales de octubre. Los oficiales del alto mando de la armada mantenían que era el momento de tomar la decisión de ir a la guerra y que deberían estar preparados para entrar en combate a principios de diciembre. Sin embargo, el ministro de Asuntos Exteriores, Tōgō Shigenori (1882-1950), les convenció de que era mejor continuar las negociaciones, a las que pondría fin el 13 de noviembre (fecha ampliada al 1 de diciembre) si éstas no prosperaban. La asamblea de enlace accedió a presentar propuestas favorables para Japón y exigió a Estados Unidos que aceptara la ocupación japonesa de algunas zonas de China, tales como China del Norte y la región interior de Mongolia. En el caso de que estas propuestas fueran rechazadas, se hacía necesario presentar un *modus vivendi* que, en esencia, afectaba al estado de cosas en el Sudeste Asiático y Pacífico sur en cuanto a despliegue militar se refiere. A cambio, se restablecerían las relaciones comerciales entre Japón y Estados Unidos y éstos no intervendrían en la resolución del conflicto chino-japonés. La asamblea imperial decidió que iría a la guerra a principios de diciembre si estas propuestas no producían el efecto deseado. Tal y como esperaban los más radicales, Estados Unidos rechazó las peticiones.

El secretario Hull sugirió que Estados Unidos presentara un *modus vivendi* propio para demorar la ruptura de las negociaciones, al menos durante tres meses. Según el presidente Roosevelt, esta propuesta implicaba cierta reapertura del comercio entre los dos países y la prohibición de que Japón enviara más tropas a Indochina, a la frontera de Manchuria o a cualquier otro lugar del sur. Igualmente, Japón no podría apelar al Pacto Tripartito en caso de que Estados Unidos se viera envuelto en la guerra europea y Estados Unidos fomentaría las buenas relaciones entre China y Japón. Sin embargo, Gran Bretaña y China se opusieron a este plan, que fue finalmente descartado.

El deseo del secretario Hull de demorar algunos meses el hipotético fracaso de las negociaciones respondía a la necesidad que tenía Estados Unidos de conseguir el tiempo mínimo necesario para prepararse para una posible confrontación militar. Esta postura contrastaba con la opinión de los militaristas japoneses, que se mostraban convencidos de que dicha demora sólo debilitaría la posición de Japón, resultado del embargo de petróleo.

Tras descartarse el *modus vivendi* original, las autoridades norteamericanas decidieron proponer su postura inicial. El 26 de noviembre, el secretario Hull entregó a los enviados japoneses una nota en la que se reafirmaba en los cuatro principios básicos, a los que añadía la retirada de todas las tropas japonesas de China e Indochina y el reconocimiento del gobierno nacionalista como el único gobierno legítimo de toda China, incluida Manchuria. Así pues, las negociaciones volvieron al punto de partida. El secretario Hull era consciente de que esta medida probablemente significaba entrar en guerra, y así lo comentó a Stimson, secretario de Guerra: «Yo ya me he lavado las manos con este asunto; ahora queda en tus manos y en las de Knox, el ejército y la armada»⁹.

La nota de Hull pasó por las manos de los líderes militares japoneses más radicales, que estaban dispuestos a ir a la gue-

rra en cuanto fracasaran las negociaciones. Los miembros de la asamblea de enlace estuvieron de acuerdo con Tōjō en que la nota de Hull era un ultimátum y acordaron entrar en guerra. La asamblea imperial, reunida el 1 de diciembre, ratificó la decisión y fijó la fecha del 8 de diciembre (día 7 en Estados Unidos) para atacar Pearl Harbor. La flota japonesa, a las órdenes del almirante Yamamoto Isoroku (1884-1943), partió de la base de las Kuriles el 26 de noviembre —el mismo día en que se envió la nota de Hull— y se dirigió a Hawái para organizar el ataque del 8 de diciembre. Yamamoto creía que la armada japonesa podía resultar victoriosa en una guerra corta, pero no era tan optimista si el conflicto se prolongaba en el tiempo. Así pues, su estrategia se basaba en una rápida victoria sobre la marina estadounidense mediante un ataque por sorpresa a Pearl Harbor.

Se decidió hacer la declaración de guerra en una fecha lo más cercana posible al comienzo del ataque, pero la embajada japonesa en Washington se retrasó en descifrar el mensaje y éste fue entregado al secretario de Estado una hora después de que las bombas empezaran a caer en Pearl Harbor. Comenzaba, así, la gran guerra del Pacífico.

La guerra del Pacífico y la derrota

El ataque sorpresa a la flota norteamericana en Pearl Harbor fue, desde la perspectiva japonesa, un completo éxito. Las incursiones aéreas habían hundido o dañado seriamente 18 navios norteamericanos, a los que hay que añadir cerca de 350 aviones que también resultaron dañados o destruidos. Los portaaviones se salvaron del ataque porque se encontraban en alta mar. Las bajas americanas ascendieron a 2.403 muertos y 1.178 heridos. Las pérdidas japonesas fueron menores: 29 aviones y alrededor de cien muertos. Las autoridades niponas consideraron estos resultados como una gran

victoria, si bien el historiador naval Samuel Eliot Morison pensaba que: «Desde un punto de vista estratégico, el ataque sorpresa a Pearl Harbor ha sido una estupidez... Tácticamente, se cometió el error de concentrarse en los barcos en vez de atacar las instalaciones permanentes y los depósitos de combustible. Como estrategia fue una idiotez. Por lo que respecta a las altas instancias políticas, resultó ser un desastre»¹⁰. Eso sí, consiguió despertar a la opinión pública americana de su mentalidad aislacionista y el país se movilizó de inmediato para prepararse para una guerra a gran escala.

Simultáneamente al ataque de Pearl Harbor, los japoneses acometieron contra Guam, la isla de Wake, Filipinas, Hong Kong y Malaya. En la campaña filipina los aviones japoneses destruyeron los aviones americanos situados en Clark Field, Manila, y también comenzaron campañas en Luzón y Mindanao. El general MacArthur se vio obligado a declarar Manila ciudad abierta y a retirarse a la península de Batán, preparando así el escenario para la infausta marcha de la muerte de Batán, cuando los japoneses apresaron a las fuerzas norteamericanas. El número de bajas resultante de aquella marcha fue de 2.300 norteamericanos y 29.000 soldados filipinos. El general MacArthur se retiró a Australia, dejando las tropas en Corregidor a las órdenes del general Wainwright, que se vio obligado a rendirse en mayo de 1942. La campaña de Filipinas había finalizado, aunque los filipinos continuaron con la guerrilla.

Guam, la isla de Wake y Hong Kong pasaron a manos japonesas a finales de diciembre de 1941. Japón se alió con Tailandia e inició una campaña al sur de la península de Malaca contra Singapur, capturando la ciudad el 15 de febrero de 1942. Anteriormente los japoneses ya habían destruido el acorazado *Prince of Wales* y el crucero *Repulse*, que vigilaban la ciudad. Tras la caída de Singapur, las tropas japonesas invadieron Birmania, que quedó bajo su control a mediados de mayo.

El objetivo más codiciado de toda la campaña eran las Indias Orientales Holandesas y sus depósitos de petróleo. Los holandeses no fueron capaces de resistir la presión japonesa y se rindieron a principios de marzo de 1942. La batalla para conseguir las Indias Holandesas implicaba el control marítimo de la región. La flota japonesa, tras salir victoriosa de una serie de confrontaciones en el mar de Java contra las fuerzas navales aliadas de Estados Unidos, Gran Bretaña y los Países Bajos, controlaba ya en abril el espacio marítimo del Pacífico suroccidental.

Una vez controlado el Sudeste Asiático y el Pacífico suroccidental más rápidamente de lo previsto, la asamblea de enlace, previendo la contraofensiva americana, propuso la creación de un perímetro de defensa. Los presagios no tardaron en cumplirse: el 18 de abril de 1942, el coronel James H. Doolittle atacó Tokio desde el aire con un escuadrón de aviones B-25 que despegaron desde un portaaviones. Aunque no se produjeron graves daños, este ataque demostró que las fuerzas japonesas de mar y tierra no eran invulnerables.

Tras los éxitos iniciales, los japoneses marcaron un perímetro defensivo en el Pacífico que se extendía desde las Islas Aleutianas, en el norte, pasando por el Pacífico central a lo largo del atolón de Midway hasta las Islas Salomón y Nueva Guinea, al sur. La primera batalla naval para defender este perímetro fue la batalla del Mar del Coral, el 8 de mayo de 1942. Fue la primera batalla naval de la historia en la que se combatió mayoritariamente con aviones que utilizaban los portaaviones como base de maniobras. Aunque ambas partes se proclamaron vencedoras, Japón no alcanzó su objetivo de tomar Port Moresby, en Nueva Guinea.

La siguiente batalla naval digna de mención, y la que realmente cambió el rumbo del conflicto en la guerra del Pacífico, fue la batalla de Midway, que tuvo lugar en junio de 1942. La flota japonesa, a las órdenes del almirante Yamamoto, se disponía a lanzar un ataque sorpresa sobre la base naval

americana de la isla de Midway. Pero los americanos habían descifrado el código japonés y estaban preparados para recibir el ataque. En la batalla del 4 de junio los portaaviones americanos, incluido el *Yorktown*, al que los japoneses creían haber hundido en la batalla del Mar del Coral, lanzaron aviones de bombardeo en picado. Los estadounidenses consiguieron hundir cuatro portaaviones japoneses y media docena de buques, así como destruir 332 aviones. Los americanos, en cambio, sólo perdieron un portaaviones, un destructor y 147 aviones. En vidas humanas el balance de pérdidas fue de 3.500 para los japoneses y 307 para los americanos. Entre las víctimas japonesas se incluían cien pilotos especializados de la armada, lo que redujo considerablemente el número de pilotos en comparación con Estados Unidos. Tras esta gran derrota Yamamoto retrocedió, aunque la noticia del desastre se ocultó al pueblo japonés.

Después de la batalla de Midway, Japón se vio obligado a actuar a la defensiva. Estados Unidos, a pesar de estar más centrado en la guerra europea y dedicar sus recursos militares básicamente a ese frente, logró, no obstante, empezar a romper el perímetro defensivo japonés. La campaña fue dirigida principalmente por la armada, que comenzó a recuperar las islas ocupadas por las fuerzas japonesas. En las batallas navales de las Islas Salomón, en agosto de 1942, ambas partes perdieron un número considerable de naves de combate, pero Estados Unidos pudo hacerse con el control naval y aéreo de esta región. Al mismo tiempo, se producía una dura batalla terrestre en Guadalcanal. Después de seis meses de campaña, los japoneses fueron obligados a abandonar la isla en febrero de 1943. Japón perdió 893 aviones y 2.362 soldados de las fuerzas aéreas en el medio año de combate de las Islas Salomón. Al año siguiente perdió 6.203 aviones y 4.824 aviadore, recursos de los que no podía permitirse prescindir. Al carecer de la capacidad productiva de Estados Unidos, cada vez le iba resultando más difícil reponer las

pérdidas. Sin embargo, Estados Unidos, a pesar de estar luchando en dos frentes al mismo tiempo, conseguía reemplazar de forma considerable su potencial aéreo y naval. Hacia el final de la guerra contaba con 40.893 aviones de primera línea y sesenta portaaviones.

Mientras tanto, continuaba la campaña para expulsar a las fuerzas japonesas de las Islas Salomón y Estados Unidos siguió causando cuantiosas pérdidas a la marina japonesa y a sus barcos de suministros. Una de las víctimas del poder aéreo estadounidense fue el almirante Yamamoto, que murió durante un vuelo a las Islas Salomón. A finales de 1943, Estados Unidos consiguió que los japoneses no pudieran enviar suministros y refuerzos a sus destacamentos en las Islas Salomón.

En mayo de 1943, Estados Unidos diseñó una triple estrategia ofensiva. La primera fase, que consistía en recuperar las islas aleutianas de Kiska y Attu, se cumplió con bastante rapidez. La segunda fase consistía en una ofensiva contra Nueva Guinea, las Célebes y las Sulu hasta llegar a Hong Kong. El general MacArthur dirigió esta campaña. Las fuerzas aliadas se hicieron con el control de las bases de Nueva Guinea que retenían los japoneses, aislando así a las tropas de este país hasta el final de la guerra. De los 140.000 hombres enviados a Nueva Guinea sólo trece mil sobrevivieron al final del conflicto. El general MacArthur continuó con su campaña de recuperar las Filipinas, que habían caído en manos japonesas.

La tercera fase consistía en una campaña naval en las islas del Pacífico central conducida por el almirante Chester Nimitz. El objetivo era causar el mayor daño posible a las fuerzas japonesas y al propio Japón. En la primera campaña, desarrollada en noviembre de 1943, las fuerzas norteamericanas capturaron Makin y Tarawa, en las Islas Gilbert. La batalla naval de Tarawa fue una de las más sangrientas de la guerra, con mil soldados americanos fallecidos y más de dos

mil heridos. La totalidad de los marinos japoneses (4.800) murió en la contienda. A continuación el almirante Nimitz, con su campaña en las Islas Marshall, capturó Kwajalein y Eniwetok a principios de febrero de 1944.

Mientras el frente del Pacífico seguía activo se reanudó la lucha en Birmania, ya que los japoneses intentaron bloquear la ruta de suministros americanos y británicos hacia China atacando Imphal, en Assam, en la primavera de 1944. Pero sorprendidos por un temprano monzón y con las líneas de suministros cortadas los japoneses tuvieron que retirarse, no sin sufrir graves pérdidas a manos de las fuerzas de avanzada indias y británicas. Durante este período, el general Joseph Stilwell y las fuerzas chinas lanzaron una ofensiva en el norte de Birmania, haciéndose con el control total de la ruta de suministro a China. Las fuerzas aliadas continuaron la ofensiva y, en mayo de 1945, retomaron Rangún. En la campaña de Birmania, que duró del otoño de 1944 a mayo de 1945, el número total de japoneses muertos, tanto los caídos en combate como los fallecidos a causa de epidemias e inanición, ascendía a doscientos mil hombres. La lucha en el interior de China durante la guerra del Pacífico no fue tan activa, aunque Japón tuvo que destacar allí a un millón de hombres que, ocasionalmente, se enfrentaron a los nacionalistas, al mismo tiempo que las guerrillas comunistas chinas acosaban a las tropas japonesas emplazadas en las aldeas del norte.

En junio de 1944, un inmenso contingente naval norteamericano formado por 535 navíos se dirigió a las Islas Marianas para atacar las islas de Guam, Tinian y Saipan, sometidas bajo control japonés. Tras un bombardeo masivo por mar y aire, los marines americanos desembarcaron en Saipan y aseguraron la cabeza de playa. La flota japonesa, a las órdenes del almirante Ozawa Jisaburō, lanzó una fuerte ofensiva contra Estados Unidos, pero los aviones japoneses fueron interceptados y derribados. Los submarinos ameri-

canos hundieron el buque insignia japonés y un portaaviones. Ozawa decidió retirarse al norte, pero el contingente norteamericano asestó un duro golpe a sus aviones y portaaviones, por lo que tuvo que huir a Okinawa con los únicos 35 portaaviones que aún conservaba.

En Saipan estalló una lucha feroz que se prolongó durante más de tres semanas. Las fuerzas japonesas resistieron hasta el amargo final, que acabó en cargas suicidas al grito de *Banzai!* Cuando el 9 de mayo de 1944 las fuerzas estadounidenses proclamaron la victoria, sólo sobrevivían mil de los 32.000 soldados japoneses. También fallecieron diez mil civiles, alentados por las tropas a suicidarse antes que a rendirse, tal y como hacían los soldados, adocotrados para no rendirse nunca ni tampoco convertirse en prisioneros de guerra¹¹: «Hombres, mujeres y niños se degollaban unos a otros, se ahogaban voluntariamente... Los padres aplastaban los cráneos de sus hijos en los acantilados y luego saltaban al vacío; los niños se lanzaban granadas de mano unos a otros»¹². Los estadounidenses también sufrieron muchas bajas, en concreto 3.426 muertos y 13.099 heridos.

Las tropas americanas tomaron Tinian usando, por primera vez, bombas napalm. El 10 de agosto de 1944 se recuperó Guam tras un combate que duró tres semanas. Para Japón, la pérdida de las Islas Marianas no significó simplemente la baja de un buen número de soldados, sino también la demostración de que Tokio era vulnerable. Estados Unidos tenía bases en Saipan y Tinian, desde donde podía atacar Tokio por aire. Guam se convirtió en una importante base naval para la flota del Pacífico. Los primeros ataques aéreos sobre Tokio tuvieron lugar el 24 de noviembre de 1944, y de Tinian despegaron los aviones que, en agosto de 1945, lanzarían las fatales bombas sobre Hiroshima y Nagasaki.

El rumbo desfavorable que estaba tomando la guerra impidió la permanencia de Tōjō en el poder. Al estallar la gue-

rra, cuando Japón celebraba una victoria tras otra, el pueblo estaba eufórico y Tōjō controlaba el panorama político, aunque no tenía las riendas de la planificación de la guerra, puesto que el alto mando del ejército insistía en la «independencia del mandu supremo». Además, seguía existiendo cierta rivalidad entre la armada y el ejército, por lo que ambos se negaban a colaborar y aunar esfuerzos. Con la esperanza de coordinar los movimientos, Tōjō asumió el cargo de jefe del alto Estado Mayor del ejército en febrero de 1944, pero el rumbo que habían tomado los acontecimientos llevó a algunos veteranos estadistas a buscar la forma de destituirle del cargo. La derrota de Saipan y la oposición de estos hombres de Estado y de los propios miembros de su gabinete obligaron a Tōjō a dimitir el 18 de julio de 1944.

Le sucedió el general Koiso Kuniaki (1880-1950), pero la guerra se tornaba cada vez peor para los japoneses. A Koiso le preocupaba la posibilidad de que la Unión Soviética entrara en guerra contra Japón e intentó que los soviéticos reafirmaran el pacto de neutralidad, pero fracasó en el intento. En noviembre de 1944, Stalin denunció a Japón por agresión y, en febrero de 1945, en Yalta, declaró la guerra a Japón tras la derrota de Alemania. En abril de 1945 el gobierno soviético anunció que no renovarían el pacto de neutralidad. Koiso también intentó iniciar negociaciones con el gobierno nacionalista chino para poner fin a la guerra, pero sus esfuerzos no prosperaron. Inmediatamente después de que las tropas norteamericanas aterrizaran en Okinawa, en abril de 1945, Koiso dimitió. Le sucedió el general jubilado Suzuki Kantarō, que había sido objetivo del ejército rebelde el 26 de febrero de 1936.

La caída de Saipan no fue el único mal presagio de las muchas desgracias que habrían de sufrir las fuerzas japonesas. En el frente del Pacífico suroccidental, el general MacArthur continuó su marcha para regresar a Filipinas y cumplir lo que había prometido: «Volveré». Junto con la flota, a las ór-

denes del almirante William F. Halsey, el general pudo romper los nexos japoneses con las Indias Orientales mediante ataques aéreos y submarinos a las bases y navíos de Japón. Más adelante, a mediados de octubre de 1944, se reunió a un importante contingente para atacar a las tropas aliadas en Leyte, Filipinas. La contundente batalla naval, que se prolongó durante cuatro días en el golfo de Leyte y en el estrecho de Zurriago, acarreó graves pérdidas de navíos de todo tipo y puso de relieve la limitada eficacia de la marina japonesa. En enero de 1945, las fuerzas norteamericanas aterrizaron en Luzón y, a primeros de marzo, tomaron Manila, pero alrededor de 170.000 soldados japoneses continuaron la resistencia a las órdenes del general Yamashita. Algunos huyeron a las montañas y otros, angustiados por el hambre, recurrieron incluso al canibalismo. Hacia finales de junio, los japoneses habían perdido más de 250.000 hombres a causa de las batallas, las enfermedades y el hambre. Las bajas de Estados Unidos ascendieron a 8.140 muertos y 29.557 heridos.

Mientras tanto, continuaba la batalla por capturar las islas clave más cercanas a Japón. La más famosa de ellas fue la batalla para hacerse con Iwo Jima, situada a medio camino entre Saipan y las islas japonesas. Tras continuados bombardeos, los marines norteamericanos desembarcaron en la isla el 19 de febrero de 1945, entablando una dura batalla que se prolongó durante un mes. Cuando los norteamericanos conquistaron los trece kilómetros cuadrados de la isla, habían dejado atrás 6.821 vidas y 19.000 heridos. Finalmente, toda la guarnición japonesa, compuesta por 22.500 hombres, falleció en combate. La base fue utilizada inmediatamente por los cazas americanos para escoltar los bombarderos B-29 a Japón.

Después de conquistar Saipan, los B-29 fueron enviados a Tokio para bombardear las principales industrias. Más adelante, los objetivos pasaron a ser los civiles de las grandes

ciudades, para así obligar al gobierno japonés a rendirse. A partir de marzo de 1945, las áreas con mayor densidad de población se convirtieron en el blanco de los bombardeos. El 9 de marzo, 334 bombarderos destruyeron una cuarta parte de Tokio, causando 83.793 muertos, 40.918 heridos y dejando un millón de personas sin hogar. Estos bombardeos no cesaron hasta el final del conflicto; de hecho, un total de 66 ciudades importantes fueron objeto de ataques por mar y aire. Aunque la fuerza aérea norteamericana dejó caer bombas sobre áreas residenciales civiles en todas sus incursiones, la sede del poder y del máximo responsable de la guerra, el palacio imperial, permaneció intacto.

La batalla final por tierra tuvo lugar en Okinawa. El 1 de abril de 1945 los marines norteamericanos desembarcaron y se enfrentaron a unos cien mil soldados atrincherados en la escarpada geografía del interior. La batalla se prolongó hasta junio, con las fuerzas japonesas decididas a luchar hasta el final. En la contienda murieron 110.000 soldados japoneses y milicianos de Okinawa reclutados por las autoridades japonesas. También perdieron la vida cien mil civiles de Okinawa, pues las tropas norteamericanas decidieron eliminar cualquier elemento «hostil» sin darse cuenta de que los habitantes de la isla también eran víctimas del colonialismo nipón. De hecho, los japoneses ejecutaron a ochocientos habitantes de la isla acusados de ser pro-americanos¹³.

Durante la campaña de Okinawa las confrontaciones navales y aéreas tuvieron lugar en la costa de Kyushu y en el mar Interior. Los japoneses lanzaban ataques «kamikaze» con aviones suicidas contra los navíos americanos, destruyendo y dañando de esta forma un buen número de barcos de guerra. Pero Estados Unidos derribó muchos de los aviones kamikaze y la marina americana también destruyó el gran acorazado *Yamato* y la mayoría de los destructores que lo escoltaban, diezmando así los últimos restos de la marina japonesa.

La larga guerra no sólo acabó con la armada japonesa y con la vida de cientos de miles de soldados de infantería, sino que las fuerzas aéreas y navales americanas también mutilaron la economía nipona, que dependía de los recursos del Sureste Asiático. Los recursos económicos japoneses eran minúsculos: menos de una octogésima parte del potencial con el que contaba Estados Unidos. Se calcula que en 1941 hubieran sido necesarios tres millones de toneladas métricas de cargo no militar para mantener una adecuada producción bélica, pero con la rapidez con la que Estados Unidos hundía navíos japoneses e interceptaba las rutas marinas, al final de la guerra esta cifra se había reducido a 1,56 millones de toneladas. Los submarinos americanos fueron especialmente eficaces a la hora de diezmar la flota mercante japonesa, lo que acarrió una escasez de materias primas básicas. El abastecimiento de hierro y acero viejos cayó de 4,468 millones de toneladas a 0,449. Más complicado aún fue el abastecimiento de crudo y petróleo refinado, que descendió de 48,89 millones de toneladas en 1941 a 4,946 millones en la primera mitad de 1945 y que fue, básicamente, lo que bloqueó a la armada japonesa. Otros recursos minerales eran igualmente escasos.

Desde el principio, la capacidad productiva de Estados Unidos fue bastante superior a la de Japón. La fabricación japonesa de aviones en el período 1941-1944 ascendió a un total de 58.822 unidades, en comparación con las 92.656 de Alemania, las 96.400 de Gran Bretaña y las 261.826 de Estados Unidos. El reclutamiento de obreros para trabajar en la industria militar dio como resultado una reducción de mano de obra especializada y un descenso de la productividad per cápita. Dada la escasez de materias primas, se produjo una caída generalizada de la producción de material bélico, así como de bienes de consumo. Por tanto, antes incluso de los continuos ataques aéreos, la economía japonesa se encontraba ya en una situación desesperada.

Con la presencia militar americana en Okinawa y ante el riesgo de una invasión al propio Japón, algunos líderes japoneses empezaron a considerar salidas para poner fin a la guerra. La rendición alemana del 7 de mayo de 1945 complicó aún más la situación. El gobierno Suzuki intentó conseguir que la Unión Soviética mediara entre Japón y las potencias aliadas para poner fin a la guerra con una rendición incondicional. Pero la Unión Soviética había acordado entrar en guerra contra Japón en Yalta, y el acuerdo fue ratificado en la reunión celebrada en Potsdam en julio. El día 26 de ese mismo mes los Estados Unidos, Gran Bretaña y China firmaron la Declaración de Potsdam, con la que invitaban a Japón a poner fin al conflicto con una rendición incondicional. Los términos de la Declaración exigían dejar sin autoridad a los responsables de la guerra, la ocupación de Japón, la limitación de la soberanía japonesa a las islas de Japón, el desarme total, penas para los criminales de guerra, una reforma política y restricciones para las industrias japonesas.

Los miembros del gabinete discutieron la Declaración, aunque ante el público Suzuki declaró que el gobierno no la tendría en cuenta. Estados Unidos interpretó esta actitud como un claro rechazo y el presidente Truman decidió hacer uso de la bomba atómica. En la mañana del 6 de agosto, el bombardero *Enola Gay* voló sobre Hiroshima y lanzó sobre el centro de la ciudad una bomba atómica con una fuerza de veinte mil toneladas de TNT. Una inmensa nube de humo en forma de seta ascendió al cielo mientras la ciudad se convertía en un infierno viviente. Un testigo recuerda: «Fue una visión horrible. Cientos de personas heridas que intentaban escapar a las montañas pasaron por nuestra casa... Sus caras y sus manos estaban quemadas e hinchadas, y las tiras de piel desprendidas de sus tejidos colgaban como los harapos de un espantapájaros». Las víctimas, tanto las que murieron en el acto como las que fallecieron después a causa de la ra-

diación, sumaron aproximadamente ciento cuarenta mil. Decenas de miles de japoneses sufrieron heridas y enfermedades por radiación. Tal y como observaba un médico: «Muchas personas que parecían estar sanas empezaron a morir tras experimentar síntomas tales como hemorragias vaginales o nasales, espantos, vómitos de sangre o hemorragias bajo la piel y los tejidos»¹⁴.

Pero ni siquiera los horribles estragos causados por la bomba consiguieron persuadir a los militaristas de poner fin al conflicto, pues insistían en que debían sacrificarse «cien millones». Pero antes de haber valorado en su justa medida el impacto de la explosión, la Unión Soviética, como había prometido, se unió a la guerra contra Japón el 8 de agosto y avanzó rápidamente hacia Manchuria. Esta decisión hizo que el Consejo Supremo recapacitara sobre el fin de la guerra aceptando los términos planteados en la Declaración de Potsdam, pero los militaristas insistieron en modificar las condiciones para que la imposición de los términos quedara en manos de Japón. Antes de que este asunto llegara a resolverse, el 9 de agosto cayó sobre Nagasaki una segunda bomba atómica. El Parque de la Paz de esta ciudad acoge un monumento en memoria por los 73.884 muertos, 74.909 heridos y 120.820 afectados por la radiación. Un médico de Nagasaki que acabó falleciendo a causa de los efectos de la radiación hizo el siguiente comentario sobre las terribles consecuencias de la bomba: «A quinientos metros de la explosión yacía una madre con el vientre reventado mientras su futuro hijo, unido aún por el cordón umbilical, se removía entre sus piernas. Había cadáveres con las entrañas abiertas, aún palpitando. A setecientos metros se veían cabezas brutalmente arrancadas de los cuerpos, cráneos rotos con sangre goteando por las orejas». Algunos de los que quedaron expuestos a la radiación atómica murieron por hemorragias en el plazo de una semana, pero otros que no habían estado tan expuestos no fallecieron inmediatamente: su-

eran duresas durante un tiempo y, al cabo de unas semanas, experimentaban agotamiento y fiebres altas, la piel se tornaba blanca, las úlceras les impedían comer y beber, les empezaron a aparecer puntos rojos en la piel que aumentaban de tamaño, la cantidad de linfocitos disminuía y, al cabo de diez días, morían¹³.

Incluso después de reconocer los terribles efectos de las bombas atómicas, los militaristas se negaron a cambiar su postura de mantener la lucha hasta que no sucumbieran los cien millones de japoneses. En consecuencia, el primer ministro Suzuki pidió al Emperador que fuera él quien tomara la decisión. El Emperador se puso del lado de aquellos que promulgaban la paz y aconsejó que se aceptaran los términos de los aliados. El gobierno japonés comunicó la aceptación de los términos de Potsdam con la condición de que no se pusieran en peligro los derechos del Emperador como gobernante soberano. Los aliados respondieron que permitirían continuar la institución imperial, pero que estaría sujeta a la autoridad del comandante supremo. Los jefes militares no estaban de acuerdo en que el Emperador quedara «sujeto» a la autoridad del comandante supremo, por lo que Suzuki recurrió de nuevo al Emperador, quien recomendó aceptar los términos de los aliados. Los mandos militares acataron su decisión, pero algunos oficiales fanáticos de rangos intermedios intentaron dar un golpe de Estado para eliminar a los «malignos consejeros» del Emperador. La conspiración fracasó porque los líderes militares no la apoyaron; al contrario, los altos mandos del ejército se hicieron el *hara-kiri*. En total se suicidaron alrededor de quinientos miembros del ejército y de la armada.

El 15 de agosto el Emperador anunció en un mensaje radiofónico su decisión de poner fin a la guerra. El 2 de septiembre los japoneses firmaron los términos de la rendición a bordo del acorazado *Missouri*. Así finalizó una guerra que costó a los pueblos de Asia y Japón tantas vidas humanas y

atroces sufrimientos. La agresión japonesa a China y a otros países asiáticos causó millones de muertos y heridos. Los cálculos de las Naciones Unidas apuntan que nueve millones de chinos murieron en la guerra contra Japón entre 1937 y 1945. El número de muertos en el Sureste Asiático por las acciones militares japonesas se calcula en varios millones, incluidas las personas asesinadas por las tropas y los fallecidos por trabajos forzados, inanición y enfermedades. Se cree que, tan sólo en Java, perdieron la vida tres millones de personas. El tratamiento brutal que se dio a los prisioneros de guerra y peones forzosos, a los que se obligaba a trabajar en el puente sobre el río Kwai, es harto conocido. En ese proyecto, que era parte de la construcción de un ferrocarril entre Tailandia y Birmania, perecieron catorce mil prisioneros de guerra y más de 33.000 trabajadores forzosos¹⁴. Corea, que se había convertido en colonia nipona en 1910, pagó un alto precio en la campaña militar japonesa: los coreanos fueron obligados a servir en el ejército y a trabajar en los campos de concentración, lo que provocó un total de 200.000 fallecidos. Entre las víctimas se cuentan miles de «mujeres de consuelo», a las que recluían para prestar servicios a las tropas.

Las bajas del ejército japonés desde el principio hasta el final de la guerra del Pacífico sumaron 1,14 millones de muertos (doscientos mil de los cuales murieron en ataques suicidas con gritos de ¡*Banzai!*!), mientras que las bajas de la armada ascendieron a 415.000. Es probable que el número de civiles muertos en esta guerra alcanzara los 650.000. Las víctimas de los ataques aéreos sobre Japón sumaron 393.000 muertos y 310.000 heridos. Un gran porcentaje de las instalaciones de las ciudades objetivo de estos ataques quedó destruido: por ejemplo, Tokio perdió el 57 por ciento de sus hogares. La desaparición de las plantas industriales redujo la producción industrial de Japón al 10 por ciento del nivel que había adquirido antes de la guerra.

Las altas instancias responsables de este conflicto nunca tuvieron en cuenta el sacrificio de tantas vidas japonesas ni el de los países que fueron objeto de su agresión, pues actuaban movidos tan sólo por la idea grandilocuente de someter «los ocho rincones del mundo» al poder imperial.

8. El reformismo de posguerra y la reconstrucción

La aceptación de la Declaración de Potsdam supuso dar la conformidad a la ocupación militar de las potencias aliadas, principalmente de Estados Unidos. El primer contingente de tropas llegó el 28 de agosto de 1945, dos días antes de que el comandante supremo de las Fuerzas Aliadas, el general MacArthur, hiciera su aparición. En teoría, la Comisión del Lejano Oriente, formada por los once países aliados, era la encargada de hacer el seguimiento de dicha ocupación, pero en realidad la última palabra dependía del gobierno estadounidense. El comandante supremo fue la máxima autoridad política de Japón durante el período de ocupación (que se prolongó hasta el 28 de abril de 1952), y tanto el Emperador como el gobierno japonés estaban subordinados a él. No obstante, el gobierno nipón era el encargado de poner en marcha las medidas de reforma necesarias, si bien los expertos en Washington eran quienes, de hecho, imponían su política, que estaba marcada por dos objetivos fundamentales: desmilitarizar y democratizar a Japón. El general MacArthur explicó en sus memorias sus fines políticos: «En primer lugar, destruir el poder militar y castigar a los criminales de guerra; forjar la estructura de un gobierno repre-

representativo, modernizar la Constitución, celebrar elecciones libres, favorecer la emancipación de las mujeres, liberar a los prisioneros políticos, libertar a los agricultores, garantizar una prensa libre y responsable, liberalizar la educación, descentralizar el poder político, separar a la Iglesia del Estado¹. La empresa era difícil, pero él y su equipo se pusieron en marcha para aplicar todas estas medidas.

El país que ahora gobernaba el general MacArthur era un completo caos, pues amplias zonas de las ciudades más importantes estaban devastadas y carecían de alimentos y de productos básicos. Sorprendentemente, el pueblo japonés se mostró complaciente y dispuesto a colaborar con las fuerzas de ocupación. El temor a que los radicales japoneses de la resistencia se suicidaran carecía de justificación. La gente, acostumbrada a obedecer a una autoridad superior, se sometió a los nuevos gobernantes. La actitud amistosa de las tropas norteamericanas también contribuyó, sin duda, a las relaciones relativamente armónicas que caracterizaron el periodo de ocupación, durante el cual el comandante supremo ayudó al pueblo importando alimentos para evitar muertes en masa por inanición.

El general se dispuso inmediatamente a ejecutar los puntos antes enumerados. La desmilitarización comenzó por desmovilizar a los 3,7 millones de soldados con los que contaba Japón y repatriar los 3,3 millones que estaban en el extranjero, además de destruir las instalaciones militares japonesas y sus equipamientos. La tarea de castigar a los líderes políticos por los crímenes de guerra corrió a cargo del Tribunal Militar Internacional para el Lejano Oriente, creado por las fuerzas aliadas.

El juicio a los principales responsables afectó a veintiocho criminales considerados de clase A por el Tribunal Militar, que fueron juzgados por sus «crímenes contra la paz» y a los que se consideraba un «círculo elitista criminal y militarista» que había dominado la política japonesa de 1928

a 1945. El juicio, presidido por once jueces de las potencias aliadas, comenzó el 3 de mayo de 1945 y se prolongó hasta abril de 1948. En noviembre de 1948 fueron condenados a morir en la horca siete altos mandos militares, entre ellos el general Tōjō. El único dirigente civil que murió ahorcado fue Hirota Koki, que ejerció el cargo de primer ministro de 1936 a 1937. El príncipe Konoe se suicidó cuando estaba a punto de ser detenido, por lo que no fue juzgado. Dieciséis de los acusados de crímenes de clase A fueron condenados a cadena perpetua, pero en 1957 les fue conmutada la pena. El veredicto del tribunal no contó con la aprobación de tres de los jueces; dos de ellos alegaban aspectos concretos y el juez indio Radhabinod Pal consideraba que los acusados eran inocentes de todos los cargos, ya que la agresión bélica no estaba tipificada como delito en el derecho internacional. Dos generales fueron considerados culpables de los hechos acaecidos en Filipinas y murieron ejecutados por un pelotón militar constituido por el general MacArthur en aquel país.

Alrededor de veinte militares de alta graduación, acusados de ser responsables de las atrocidades cometidas por las tropas, fueron juzgados como criminales de clase B y todos ellos resultaron absueltos. Los oficiales de menor graduación y los soldados acusados de cometer atrocidades fueron clasificados como criminales de clase C. A ellos les juzgaron las autoridades militares aliadas en el lugar donde habían cometido los delitos. De las 5.702 personas que fueron clasificadas como criminales de guerra de clases B y C, 920 fueron ejecutadas y otras muchas acabaron en la cárcel. Entre los condenados a muerte había 150 coreanos y 170 taiwaneses que habían sido reclutados por los japoneses².

Se planteó también la cuestión de juzgar al Emperador como criminal de guerra, pero los oficiales norteamericanos decidieron desestimarlos porque esta medida impediría a las fuerzas de ocupación desempeñar su función. El general MacArthur aseguró que, en ese caso, serían necesa-

rios un millón de hombres para mantener el orden militar en Japón.

Aparte de juzgar a los criminales de guerra, el comandante supremo decidió hacer una purga entre todos aquellos que habían ocupado cargos de responsabilidad o eran claros exponentes de militarismo y agresión. Así pues, todos los oficiales del ejército y de la armada, así como los altos funcionarios del gobierno y los principales dirigentes de la industria y del comercio, fueron destituidos. Al mismo tiempo, el comandante consiguió que el gobierno japonés liberase a todos los prisioneros políticos, incluidos los líderes del partido comunista, como Tokuda Kyuichi.

Para llevar a cabo las reformas políticas y establecer la democracia se abolió el Ministerio del Interior, que tenía autoridad sobre las fuerzas del orden y dirigía la política. La jurisdicción sobre la policía pasó a cargo de las autoridades locales y, además, se relajó el férreo control que el gobierno central ejercía sobre los gobiernos locales y las prefecturas. Los gobernadores de las prefecturas, que hasta entonces habían sido designados por el gobierno central, pasaron a ser elegidos democráticamente por los votantes de esas prefecturas.

Para proteger los derechos civiles del pueblo, el comandante supremo incluyó en la Constitución una Declaración de Derechos (véase pág. 258) y, en 1948, introdujo el concepto del *habeas corpus*, una ley que el general MacArthur consideraba una de las reformas más significativas de todas las que se habían puesto en marcha. Otro aspecto de importancia fue el avance en los derechos de las mujeres. En 1946 las mujeres obtuvieron el derecho al voto, y la edad para ejercerlo pasó de veinticinco a veinte años. El Código Civil garantizaba la igualdad de derechos para las mujeres y los hombres. Para promover las libertades, se legalizó la libertad de prensa y de expresión, lo que permitió a la prensa japonesa criticar las acciones del comandante supremo y po-

niendo a MacArthur en la incómoda posición de tener que censurar las declaraciones «irresponsables» de la prensa mientras insistía en la necesidad de «una prensa libre y responsable». La censura ejercida por el comandante se hacía patente en cualquier publicación o libro que presentara una imagen desfavorable de Estados Unidos: éste es el caso de *El camino del tabaco*, de Erskine Caldwell.

Las reformas más importantes correspondían al ámbito de la economía. El comandante resolvió la cuestión de las indemnizaciones que los japoneses tenían que pagar a los países víctimas de la agresión sin que Japón tuviera que abonar ingentes cantidades. La finalidad de esta medida era institucionalizar la libertad y la democracia en el sector económico, lo que significaba dismantelar los enormes conglomerados comerciales, los *zaibatsu*. Entre los grupos comerciales más relevantes destacaban Mitsui, Mitsubishi, Sumitomo y Yasuda, propietarios de enormes sociedades y de un total de 261 compañías subsidiarias. Finalmente, desaparecieron ochenta y tres de esas sociedades y los grupos Mitsui y Mitsubishi se disolvieron en 240 firmas independientes. Después de que el comandante supremo se retirara de Japón en 1952, las antiguas compañías *zaibatsu* empezaron a asociarse de nuevo, aunque esta vez de una forma menos rígida. La otra medida adoptada para impedir la excesiva concentración de poder económico fue la aprobación de la ley antimonopolio, que, sin embargo, no resultó eficaz a la hora de frenar la aparición de los grandes conglomerados, dado el gran número de lagunas que presentaba.

Otra de las grandes reformas económicas introducidas por el comandante supremo fue el programa de reforma de la tierra. A finales de la Segunda Guerra Mundial, el setenta por ciento de los granjeros era total o parcialmente arrendatarios. El cuarenta y seis por ciento de la tierra cultivada estaba arrendada, aunque no había grandes terratenientes. Eran tan sólo alrededor de dos mil los que llegaban a tener

en propiedad cuatrocientas hectáreas, mientras que la gran mayoría no poseía más de diez. En octubre de 1946 se aprobó la Ley de Reforma de la Tierra Cultivable. Se prohibió la tenencia de tierras si el propietario estaba ausente de ellas permanentemente; la extensión de terreno que podía poseer un residente en la comunidad quedó limitada a una hectárea; un agricultor en activo tenía derecho a poseer un máximo de tres hectáreas para su cultivo y una hectárea adicional para dejarla sin cultivar. El gobierno compró tierras a los terratenientes y se las revendió a los antiguos arrendatarios de modo que, en agosto de 1950, ya se habían adquirido a 2,34 millones de propietarios privados 1,88 millones de hectáreas de arrozales y terrazas cultivables, que posteriormente se vendieron a 4,75 millones de arrendatarios y pequeños agricultores. Como resultado, sólo el doce por ciento de la tierra cultivable quedó sujeto a renta, mientras que el número de grandes propietarios se redujo a un cinco por ciento aproximadamente. Las reformas de la tierra fueron las más famosas entre las introducidas por el comandante supremo, que acabó, de este modo, con una situación que históricamente habían venido soportando los arrendatarios, que apenas ganaban lo suficiente para alimentar a sus familias.

Las reformas laborales también estuvieron encauñadas a democratizar la economía y la sociedad. En diciembre de 1945 entró en vigor una ley de sindicatos por la que se garantizaba a todos los trabajadores de los sectores público y privado el derecho a organizarse, participar en una negociación colectiva e ir a la huelga. Sin embargo, en 1946 se aprobó otra ley que negaba a los empleados de la administración y de la seguridad pública el derecho a la huelga. En 1947 se aprobó la Ley de Regulación Laboral, que estipulaba las condiciones de trabajo y otorgaba beneficios a los trabajadores. Esta ley tenía una mayor cobertura que la Ley de Condiciones de Trabajo existente por entonces en Estados Unidos. Estas reformas impulsaron la aparición de

múltiples sindicatos y afiliados. En 1949, seis millones y medio de trabajadores de la industria estaban afiliados a 35.000 sindicatos.

Reformas educativas

La liberalización de la educación trajo consigo la supresión de los elementos militaristas y ultranacionalistas que habían caracterizado el plan de estudios anterior, así como la introducción de elementos democráticos: se acabó con la práctica de recitar el Decreto Imperial de Educación en las escuelas, se renovaron los libros de texto, se suprimió la asignatura de Educación Moral, se amplió la educación obligatoria de seis a nueve años y el control educativo dejó de hacerse de forma centralizada para pasar a manos de los comités (juntas) locales. El Ministerio de Educación dejó de editar los libros de texto que se utilizaban en las escuelas públicas; su aprobación pasó a depender de las juntas prefecturales, aunque el Ministerio de Educación continuó encargándose de su certificación. Con el fin de fomentar la educación superior, en 1949 se abrieron nuevos centros y universidades.

Los profesores obtuvieron el derecho a organizarse en sindicatos, como el Sindicato de Profesores de Japón, una organización nacional militante y activista. En el ámbito universitario, en 1948 se constituyó la Federación Nacional de Estudiantes, que se convirtió en una organización que luchaba por causas políticas.

La nueva Constitución

La reforma política más significativa introducida por el comandante supremo fue la redacción de una nueva Constitución. El objetivo era erradicar la soberanía de la que disfru-

taba el Emperador bajo la Constitución Meiji y depositarla en manos del pueblo. Los oficiales japoneses trabajaron en la revisión de la Constitución, pero finalmente el texto fue redactado por ayudantes del comandante siguiendo las directrices del gobierno estadounidense. La nueva Constitución, aprobada por la Asamblea en agosto de 1946, contemplaba la figura imperial simplemente como «un símbolo del Estado», pero la soberanía quedaba ahora en manos del pueblo. Éste elegiría a los miembros de las dos cámaras de la Asamblea, que se convertía en el máximo responsable del gabinete en sustitución del Emperador, al que la Constitución Meiji había concedido este privilegio. La nueva Carta Magna incluía muchas provisiones relativas a los derechos del pueblo: además de los derechos recogidos en la constitución estadounidense, la japonesa garantizaba el bienestar social y la igualdad entre marido y mujer, aparte de incluir una cláusula llamada de «no a la guerra». El artículo 9 decía así: «El pueblo japonés renuncia para siempre a la guerra como derecho soberano de la nación... nunca se mantendrán contingentes de tierra, mar y aire ni ningún otro potencial bélico». Esta cláusula puso más tarde a Estados Unidos en una posición incómoda, cuando las tensiones creadas por la Guerra Fría inclinaron a los norteamericanos a defender que Japón tuviera acceso a un rearme limitado, por lo que se aclaró que la «cláusula de no a la guerra» no excluía el mantenimiento de «fuerzas de autodefensa».

En línea con la liberalización de la sociedad, el sistema familiar, en el pasado sometido al férreo control del cabeza de familia, dejó de ser tan rígido. Se puso fin a la primogenitura y las hijas pasaron a gozar de los mismos derechos que los varones a la hora de heredar los bienes familiares. Como se mencionó anteriormente, la Constitución contemplaba también la igualdad de derechos para el marido y la mujer. Las mujeres de 16 años y los varones de 18 podían contraer matrimonio sin necesidad del consentimiento paterno. Los

prostíbulos públicos, un remanente de la antigua sociedad japonesa, se prohibieron tras la promulgación de la Ley Anti-prostitución de 1956. En 1949 se legalizó el aborto, por lo que el número de familias numerosas dejó de ser tan elevado.

Cambios políticos durante el gobierno del comandante supremo

Durante los años de la ocupación (1945-1952), el gobierno japonés puso en vigor las reformas iniciadas por el comandante supremo. El primer ejecutivo en aplicarlas estuvo encabezado por Shidehara (que había estado a favor de la cooperación internacional en la década de 1920). Ante la oposición de algunos miembros a realizar reformas tales como la adopción de una nueva Constitución, Shidehara disolvió la Asamblea. Con el advenimiento de la nueva era democrática, nacieron muchos partidos políticos. En las elecciones de abril de 1946, el Partido Progresista de Shidehara no consiguió la mayoría y Shidehara presentó su dimisión. Hatoyama Ichirō (1883-1959), líder del partido con mayor número de escaños en la Asamblea, el Partido Liberal, no fue autorizado por el comandante supremo por sus actividades políticas anteriores a la guerra, por lo que el nuevo jefe del gabinete fue Yoshida Shigeru, que siguió con las reformas iniciadas por MacArthur. Con la nueva Constitución prevista para entrar en vigor en mayo de 1947, el comandante supremo convocó elecciones. Esta vez fue el Partido Socialista quien obtuvo el mayor número de escaños, así que el presidente de este partido, en coalición con el nuevo Partido Democrático, formó un gobierno socialista, pero las disputas entre ambos acabaron con la coalición. El líder del Partido Democrático formó otro gobierno de coalición, pero también se vio obligado a dimitir en octubre de 1948 tras ser acusado de soborno y tráfico de influencias. Entonces se

nombró primer ministro al jefe de la nueva coalición de los partidos Liberal y Democrático, Yoshida, que estaba destinado a permanecer en el cargo hasta 1954, preparando así el camino para que el partido conservador dominara la escena política hasta 1994.

En cuanto tomó posesión del cargo, Yoshida disolvió la Asamblea y obtuvo mayoría absoluta en las siguientes elecciones, consiguiendo 264 escaños de los 466 posibles. Muchos de los miembros de su partido que ganaron escaños eran antiguos burócratas. Estas elecciones se consideran el nacimiento de un bloque de poder triagular formado por miembros del partido conservador, burócratas y grandes empresarios, que dominaría la escena japonesa hasta bien entrada la década de 1990.

Yoshida se concentró en mantener la estabilidad política y trabajar en la recuperación de la economía nacional. Algunas de las medidas que aplicó se vieron como un «revés» al curso de las reformas de la posguerra, lo que le enfrentó a los grupos izquierdistas, encabezados por los líderes comunistas. A mediados de la década de 1950 empezó a expulsar a los comunistas de los cargos gubernamentales: al estallar la guerra de Corea en junio de 1950, el comandante supremo consiguió que Yoshida hiciera una purga de líderes del Partido Comunista, que se vieron obligados a vivir en la clandestinidad. La guerra de Corea obligó a Estados Unidos a cambiar su postura inicial de evitar el resurgimiento del militarismo en Japón para hacer de este país un elemento importante del bloque anticomunista. Esta medida coincidió con la decisión de Estados Unidos de firmar un tratado de paz con Japón y poner fin a la ocupación.

El general MacArthur estaba a favor de acabar cuanto antes con la ocupación porque consideraba que, si se alargaba demasiado, podría tener un efecto adverso. John Foster Dulles inició los preparativos del Tratado de Paz a principios de 1950. En septiembre de 1951 todo estaba pre-

parado para que los países involucrados lo firmaran en San Francisco, ciudad convenida para celebrar la negociación. La Unión Soviética se negó a participar y China tampoco lo hizo porque Estados Unidos y Gran Bretaña no se pusieron de acuerdo en cuanto a qué gobierno invitar, el de Taiwán o el de la China comunista. Un total de cuarenta y ocho naciones firmaron el Tratado ese mismo día, en el que también se acordó un pacto de seguridad entre Japón y Estados Unidos. Este acuerdo permitía a Estados Unidos la presencia permanente de sus soldados en Japón para protegerlo de cualquier ataque externo. El tratado fue ratificado por la Asamblea japonesa en octubre de 1951, a pesar de la oposición de los partidos de izquierda. Su entrada en vigor se produjo en abril de 1952, poniendo así fin a una era de ocupación norteamericana que había producido en Japón cambios tan revolucionarios como la desmilitarización, la democratización, mayor libertad, una nueva Constitución y una declaración de derechos.

Evolución política tras la ocupación

Desde que Yoshida se convirtiera en primer ministro, los partidos conservadores dominaron prácticamente la situación política durante casi medio siglo. La Guerra Fría contribuyó al ascenso del conservadurismo por su postura anticomunista. La oposición de la izquierda a esta política se veía como una especie de partidismo a favor de los países comunistas, mientras que la política del «revés» perseguida por los conservadores estaba considerada como una estrategia para contrarrestar el comunismo. Entre las medidas adelantadas por Yoshida a favor del «revés» estaban frenar la influencia del comunismo en las escuelas públicas, promulgar una ley de actividades subversivas, centralizar la autoridad policial y crear una Reserva Nacional de Policía, un grupo de

fuerzas de seguridad que pronto se transformarían en fuerzas de autodefensa por tierra, mar y aire.

Enfrentado con sus colegas conservadores, Yoshida dimitió a finales de 1954. En 1955 los dos partidos conservadores más importantes se unieron para formar el Partido Democrático Liberal que, bajo el nombre de «Sistema 55», dominaron la escena política desde este momento hasta el año 1993.

En 1957, dos gabinetes después del constituido por Yoshida, fue nombrado primer ministro Kishi Nobusuke (1896-1987). Kishi había sido condenado a tres años de cárcel como criminal de guerra de clase A por sus actividades políticas antes de la guerra. Después de ser puesto en libertad y «admitido», reanudó la vida política y siguió la línea conservadora de Yoshida en los asuntos internos del país, aunque en la política exterior se mostraba a favor de mantener estrechos vínculos con Estados Unidos. El tema más controvertido al que se tuvo que enfrentar fue la revisión del Pacto de Seguridad Mutua, destinado a situar a Japón en igualdad de condiciones frente a Estados Unidos. La revisión final del Pacto garantizaba al país americano el uso permanente de las bases japonesas y, a su vez, Estados Unidos accedía a consultar a Japón antes de enviar al extranjero con fines militares las tropas estadounidenses destacadas en el país asiático. Este acuerdo se encontró con la feroz oposición de los grupos liberales e izquierdistas, que se quejaban de que este pacto incluiría a Japón dentro de una alianza contra los países comunistas. A finales de 1959 estudiantes, intelectuales, partidos políticos de izquierda y sindicatos convocaron importantes manifestaciones para protestar contra este tratado. Las manifestaciones continuaron hasta mediados de la década de 1960 y adquirieron un tono cada vez más antiamericano, por lo que hubo que suspender la ya programada visita del presidente Eisenhower.

Kishi consiguió a duras penas someter el tratado a revisión en la Asamblea, pero fue obligado a dimitir en julio de 1960.

Le sucedió Ikeda Hayato (1899-1965), que había ido ganando posiciones en la carrera burocrática. Su mayor logro fue la aceleración de la recuperación económica de Japón. El crecimiento económico japonés a partir de los años 60 repercutió en un mayor apoyo al partido conservador y debilitó a los partidos izquierdistas. Un cáncer de garganta le obligó a dimitir en 1964. Su sucesor fue Satō Eisuke (1901-1975), hermano de Kishi, que también había destacado como burócrata. Permaneció en el cargo durante casi ocho años, el mandato más largo en la historia del país en calidad de primer ministro. Continuó con la política de Ikeda de potenciar la economía y desempeñó un papel más activo en la política exterior. Visitó Estados Unidos y negoció la devolución de Okinawa y de las islas Bonin a Japón. Continuó también con la línea de oposición a la China comunista siguiendo las directrices de lo que, él creía, era la política estadounidense, pero vio mermado su prestigio cuando el presidente Nixon, sin previo aviso, cambió de postura y visitó China para entablar relaciones con Pekín.

A Satō le sucedió en 1972 otro ambicioso líder político: Tanaka Kakuei (1918-1993). Aunque sin educación superior, había amasado una gran fortuna en el negocio de la construcción y fue subiendo peldaños en la escalera política gracias a sus dotes manipuladoras en asuntos de «política monetaria», patronazgo y asignaciones «por provincias favoritas». El problema más grave al que tuvo que hacer frente durante su legislatura fue la crisis del petróleo de 1973. Japón importaba el 99,7 por ciento del petróleo que necesitaba, por lo que la crisis disparó la inflación y amenazó la prosperidad económica, que había sido la pauta desde la década de 1960. Sin embargo, la caída de Satō se produjo por los oscuros negocios financieros y políticos en los que estaba envuelto. Su mayor logro como primer ministro fue la introducción de la asistencia médica gratuita para los ancianos; de ahí que se considere a 1973 como el «año cero» de la sociedad del bienestar.

Incluso después de su dimisión, Tanaka continuó llevando las riendas del poder y se convirtió en una especie de «shogún en la sombra», a pesar de haber estado involucrado en el escandaloso soborno Lockheed de 1976, cuando se descubrió que altos oficiales del gobierno, incluido Tanaka, habían aceptado sobornos para facilitar la venta de aviones de pasajeros de la Lockheed Tristar a una compañía aérea japonesa.

Tras la dimisión de Tanaka accedieron al cargo varios representantes del Partido Democrático Liberal (PDL), la mayoría de los cuales prestó servicios sólo durante uno o dos años. El monopolio gubernamental del PDL desapareció cuando no consiguió obtener la mayoría en las elecciones a la Cámara Baja de 1993. Hosokawa Morihiro, nieto del príncipe Konoe, formó una coalición de partidos minoritarios y se convirtió en primer ministro. Le sucedió toda una serie de gobiernos de coalición hasta el año 1996, cuando Hashimoto Ryūtarō, líder del PDL, consiguió formar gobierno con el apoyo de los partidos minoritarios.

La supremacía del PDL a partir de 1955 se debió, en parte, al crecimiento económico, al apoyo de los grandes intereses comerciales y a los vínculos con los burócratas y con las comunidades agrarias, beneficiadas por el apoyo al precio del arroz y por los fuertes aranceles impuestos a la importación de productos agrícolas. Los frecuentes cambios de jefes de partido provocaron divisiones internas motivadas por intereses particulares y regionales. El éxito de los líderes de las distintas facciones dependía del dinero que podían dispensar a sus seguidores para poder ganar las elecciones. Así pues, se hizo muy importante la «política monetaria».

Los partidos de la oposición, como el socialista y el comunista, no contaron con mucho apoyo del público, en parte debido al crecimiento económico experimentado a partir de la década de los 60. Además, la escisión de los socialistas entre tendencias izquierdistas y derechistas no benefició la lucha contra el PDL. El partido socialista, llamado Partido De-

inocrático Social, contaba en 1963 con 144 escaños en la Cámara Baja; el número se mantuvo por encima de los cien durante los años 70 y 80, para descender a setenta escaños en 1993 y a solamente quince en 1996. Durante los primeros años de la posguerra, una etapa de graves dificultades económicas, y durante la etapa de mayor tensión de la Guerra Fría el Partido Comunista consiguió el apoyo de los sindicatos, de los estudiantes y de los intelectuales mediante la organización de huelgas y manifestaciones. Como éstas cuestionaban la autoridad del poder, el comandante supremo ordenó en mayo de 1950 la llamada Purga Roja, por lo que los líderes del partido tuvieron que esconderse hasta 1955, año en el que se levantó dicha «purga». Las manifestaciones contra el imperialismo americano y el monopolio capitalista japonés continuaron, pero sus ruidosas operaciones no lograron el apoyo del público general. Aunque habían conseguido treinta y seis escaños en la Asamblea de 1949, en las elecciones de 1952 no obtuvieron ni tan siquiera uno. En las posteriores elecciones, no obstante, se hicieron con varios escaños: el mayor número fue de treinta y ocho, en 1972, y en los años posteriores se mantuvieron entre veinte y treinta escaños. El colapso de la Unión Soviética en 1989 debilitó la posición del Partido Comunista en la escena política japonesa; en 1993 ya sólo contaban con trece escaños en la Cámara Baja. La recesión económica de los 90, sin embargo, permitió al partido obtener mayor apoyo popular. En los comicios a la Cámara Baja de 1996 se hizo con veintiséis de los quinientos escaños posibles, mientras que en las elecciones celebradas en 1998 para la Cámara Alta el partido obtuvo veintitrés de los 252 escaños. Aunque el Partido Comunista no obtuvo un gran triunfo en las elecciones nacionales, no fue así en los comicios locales de las grandes ciudades: en 1998 ocupaba más de cuatro mil escaños en los ayuntamientos de la nación, en comparación con los 3.600 con los que contaba el Partido Democrático Liberal.

Los burócratas desempeñaron un importante papel político, y no sólo por sus vínculos con el Partido Democrático Liberal; es más, desde la época Meiji siempre mantuvieron cierto poder. Para el pueblo, los funcionarios del gobierno eran la reencarnación del gobernante samurái feudal, los que verdaderamente ostentaban el poder. Los líderes políticos van y vienen, pero los burócratas permanecen atrincherados en las posiciones clave con cargos vitalicios. Situados en los diversos ministerios, ejercían su autoridad en todos los ámbitos de la vida, hasta en los aspectos más triviales. Hosokawa Morihiro, que fue primer ministro durante los años 1993-1994, se quejaba de que siendo gobernador de una prefectura tuvo que obtener el permiso del Ministerio de Transportes para desplazar diez metros una parada de autobús. Los burócratas más poderosos estaban en el Ministerio de Comercio Internacional e Industria (MCII) y en el Ministerio de Hacienda, pues juntos regulaban el rumbo de la economía del país. El MCII ejercía un férreo control sobre el comercio exterior, mientras que el Ministerio de Hacienda regulaba el mercado de valores. El fracaso de la «economía de burbuja» de mediados de la década de los 90 sacó a la luz operaciones financieras ilegales entre los burócratas ministeriales y las empresas de valores. Se descubrió que los burócratas, aparentemente incorruptibles, habían aceptado sobornos, por lo que muchos de ellos se suicidaron.

Desarrollo económico

El problema más grave al que se tuvo que enfrentar Japón al finalizar la guerra fue la crisis económica, que trajo consigo desempleo, inflación y escasez de recursos. En 1946, la producción industrial se situaba al 30,7 por ciento del nivel que había alcanzado en 1934 y 1936. El comandante supremo puso todo su empeño en recuperar la economía japonesa, y

para ello consiguió que el gobierno de los Estados Unidos invirtiera más de dos mil millones de dólares hasta el año 1951. Pero lo que realmente disparó la economía fue el estallido de la guerra de Corea, para la que Estados Unidos necesitaba ingentes partidas de material bélico. La producción industrial empezó a despuntar: si tomamos 1949 como índice 100, podríamos decir que en 1954 había alcanzado un índice 240.

Después de la retirada del comandante, el gobierno japonés empezó a relajar las leyes antimonopolio y resurgieron los antiguos conglomerados del círculo *zaibatsu*, ahora bajo el nombre de *keiretsu*, o grupos empresariales asociados. Existen *keiretsu* de tipo horizontal y vertical. Muchos de los antiguos conglomerados *zaibatsu* constituyeron los *keiretsu* horizontales, organizados alrededor de los grandes bancos o de compañías comerciales y las principales firmas industriales asociadas a ellas. Así resurgieron los conglomerados comerciales Mitsui y Mitsubishi. Los *keiretsu* horizontales incluían a los grandes gigantes industriales de la posguerra, como Toyota, Honda, Sony y Matsushita, así como a un entramado de empresas satélite que les suministraban las piezas y componentes necesarios. Por ejemplo, a mediados de la década de 1980 el setenta por ciento de los costes de producción de Nissan Motors era absorbido por los subcontratistas. En caso de recesión, las compañías principales reducían el pago a las subcontratas; de ahí que quebraran muchas empresas pequeñas mientras que las grandes compañías del *keiretsu* sobrevivían.

Al mismo tiempo, la política de «no interferencia» introducida por el comandante supremo se fue sustituyendo gradualmente por el viejo sistema de economía controlada, por el que el MCII y el Ministerio de Hacienda determinan el modelo de política económica. El estímulo proporcionado por la guerra de Corea, el crecimiento del comercio exterior, el incremento de la productividad agrícola, los bajos índices

de desempleo y el aumento del consumo dispararon lo que es conocido como el período de crecimiento económico de alta velocidad, que empezó en torno al año 1955. En la segunda mitad de los años 50 la economía crecía a un ritmo del 9,3 por ciento anual, pero en la década de los 60, bajo el mandato del primer ministro Ikeda y su plan de doblar cada año el índice de ingresos, el ritmo se disparó. El capital se invirtió en obras públicas, incluida la construcción del tren bala entre Tokio y Osaka. En 1964, el último año de mandato de Ikeda, el PNB creció un 13,9 por ciento. Las medidas de Ikeda fueron continuadas por sus sucesores y la economía no dejó de prosperar. El crecimiento fue especialmente espectacular entre 1965 y 1974, cuando se dobló la producción industrial, si bien más adelante experimentó un breve estancamiento por la crisis del petróleo de 1974-1975.

A lo largo de la década de los 60, el PNB creció a un ritmo del once por ciento anual, comparado con el cuatro por ciento de los Estados Unidos. En 1970 el PNB de Japón era el segundo más alto de los países capitalistas. El crecimiento fue especialmente significativo en la industria pesada y en el campo de la alta tecnología. La crisis del petróleo de 1974 desvió la producción de las industrias con alto consumo de combustible a las de alta tecnología, como las dedicadas a fabricar productos electrónicos. La recuperación de la crisis del petróleo supuso un crecimiento económico continuado. En concreto, la industria del automóvil se benefició de esta crisis porque los coches japoneses, más pequeños y de menor consumo, encontraron un enorme mercado en Estados Unidos sustituyendo a los coches americanos, que consumían más carburante. En 1950 Japón había fabricado solamente 1.593 coches, pero en 1990 la producción fue de 9.948.000 unidades. En 1990 el veinticinco por ciento de los coches japoneses, incluidos los que se fabricaban en Estados Unidos, se destinaron al mercado americano. Los productos japoneses de alta tecnología, como cámaras, televisores, reproduc-

tores de vídeo, relojes de cuarzo, ordenadores y sus componentes, semiconductores, maquinaria de precisión y similares, constituyeron también una parte importante de las exportaciones japonesas. La participación japonesa en el mercado internacional, que había sido inferior al cuatro por ciento en 1960, se situó en el ocho por ciento aproximadamente durante la década de los 80. Estados Unidos siguió siendo el principal socio comercial de Japón: en 1991, el 29,1 por ciento de las exportaciones japonesas tenían a Estados Unidos como destino, aunque hacia 1995 esta cifra había caído ligeramente, hasta el 27,3 por ciento. En 1995, el 22,4 por ciento de las importaciones japonesas procedían de Estados Unidos. La balanza comercial se fue inclinando progresivamente a favor de Japón, alcanzando los 59.300 millones de dólares en 1993 y descendiendo ligeramente a 45.500 millones antes de 1995. Con la expansión económica en otros países aumentaron también las inversiones, incluidas las efectuadas en Estados Unidos, aunque las más importantes tuvieron lugar en Asia. Se calcula que, a mediados de la década de los 90, entre el cuarenta y el sesenta por ciento de los fondos destinados a proyectos asiáticos procedían de Japón.

Este crecimiento económico, que se prolongaba desde la década de los 60, convirtió a Japón en el país con el Producto Nacional Bruto per cápita más alto de todo el mundo: 26.920 millones de dólares en 1991, comparado con los 22.560 millones del PNB de Estados Unidos. Con todo, en 1992 la economía japonesa entró en estado de recesión. El Producto Nacional Bruto, que había ido creciendo a un ritmo anual superior al diez por ciento durante el período de crecimiento económico de alta velocidad, cayó hasta un 0,4 por ciento en 1994, e incluso a índices inferiores durante los años siguientes³, alcanzando un -1,9 por ciento en 1998. La producción automovilística, que no dejó de descender desde 1990, estaba ya por debajo de los siete millones de unidades en 1995. Dos años más tarde los bancos, que habían con-

cedido demasiados créditos en extrañas condiciones, se encontraron con dificultades, pues habían hecho importantes inversiones en propiedades sobrevaloradas que, en 1998, habían perdido prácticamente el noventa por ciento de su valor. Las mejores propiedades en Tokio cayeron el diez por ciento del valor máximo que habían alcanzado. El gobierno, que tradicionalmente había actuado de sostén de los bancos en momentos difíciles, cambió su política durante la crisis bancaria de finales de los años 90 y dejó que algunos bancos se hundieran. La Bolsa, que había alcanzado un máximo de 39.000 yenes en el índice Nikkei en 1989, cayó a 15.000 yenes, e incluso a índices más bajos, a mediados de 1998, al mismo tiempo que una de las firmas de valores más consolidada, la Yamaichi Securities, quebraba en el otoño de 1997.

La recesión económica trajo consigo un aumento del desempleo, del 2,1 por ciento en 1990 hasta el 4,3 por ciento en junio de 1998. Muchas empresas se vieron obligadas a reducir personal ya que su número, desde el punto de vista occidental, era desorbitado. En los bancos, por ejemplo, «se podía ver tras los puestos de caja largas filas de mesas con empleados que, aparentemente, no tenían mucho que hacer»¹. La antigua tradición de conseguir un trabajo de por vida comenzó, en cierta manera, a desaparecer².

La agricultura

Con el rápido crecimiento del sector industrial, en los años de la posguerra se redujo el número de personas que trabajaban en el sector agrícola. En 1950, el 48,3 por ciento de la mano de obra se dedicaba a la agricultura, pero en 1994 la cifra ya había descendido al 5,2 por ciento. Los jóvenes abandonaban las aldeas para encontrar trabajo en las ciudades; de ahí que el 38,8 por ciento de los agricultores tuvieran más de 65 años de edad. En 1960, la agricultura representaba

el nueve por ciento del PNB, pero en 1994 bajó al 1,6 por ciento. El gobierno, atendiendo a los intereses de los distritos rurales, que solían apoyar su política conservadora, decidió adoptar ciertas medidas para ayudar a los agricultores tales como la adquisición del excedente de arroz. También impuso estrictas restricciones a la importación de productos agrícolas que competían con los japoneses, especialmente de arroz, de forma que los precios de los productos alimenticios fueran elevados. Sin embargo, en 1995 Japón comenzó a recibir manzanas procedentes del estado de Washington, consecuencia de la presión internacional para relajar las limitaciones a las importaciones de algunos productos. Aunque se respetaron las restricciones a las importaciones de arroz, se podía importar el equivalente al cuatro por ciento del total de la cosecha en Japón, cuota que se amplió al ocho por ciento en el año 2000. Por otro lado, la importación de productos no competitivos siguió siendo muy alta y Japón se convirtió, con la adquisición de maíz, soja, ternera y cerdo, en el mayor importador de productos agrícolas estadounidenses.

Razones del crecimiento económico

Existen múltiples teorías que intentan explicar el porqué de la expansión económica de Japón en el período de posguerra. La economía había ido creciendo desde los primeros años de la era Meiji: por ejemplo, entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial la producción total de manufacturas creció un seiscientos por ciento. No obstante, la economía japonesa se consideraba débil comparada con la de otras naciones industriales; es más, la producción japonesa en el sector de las altas tecnologías era poco representativa. Los principales productos para la exportación eran los artículos textiles, que se consideraban baratos y apropiados

para su venta en pequeñas tiendas. La situación cambió a partir de los años 60.

Una de las principales razones del rápido crecimiento económico en Japón fue la ayuda estadounidense destinada a levantar el país, gracias a la apertura de los mercados americanos a los productos japoneses y a la invitación a otros países no comunistas a seguir su ejemplo. Algunos atribuyen el mérito a la clase directiva que, siguiendo los consejos de W. Edwards Deming, se concentró en las nuevas tecnologías para aumentar la productividad y el control de calidad. Las grandes corporaciones hacían importantes inversiones en investigación y desarrollo. La tendencia japonesa al ahorro, unida al abandono del militarismo, favoreció la existencia de capital disponible para invertir. La directiva se mostró dispuesta a aceptar pequeños beneficios a corto plazo, mientras que los mandos intermedios no estaban sometidos a la constante presión de los accionistas que buscaban obtener de inmediato altos dividendos y beneficios. Así pues, optaron por la planificación de actividades y proyectos a largo plazo.

Las instituciones gubernamentales, como el Ministerio de Comercio Internacional e Industria, regularon estrictamente la actividad económica para impulsar el crecimiento. En concreto, se adoptaron las medidas más rigurosas para controlar las importaciones de productos que competían con los nacionales. La política general de ofrecer apoyo a los intereses comerciales está relacionada con los estrechos lazos personales existentes entre los oficiales del gobierno del MCI y del Ministerio de Hacienda, por un lado, y los grandes ejecutivos, por otro. Los dirigentes de las grandes corporaciones y los ministros constituían un círculo de tipo familiar, pues por lo general compartían un tipo de experiencias y de educación similares, ya que la mayoría se había licenciado en las universidades más prestigiosas. Los altos cargos burocráticos solían recibir favores especiales, que en Esta-

dos Unidos habrían sido considerados sobornos; así, en el momento de jubilarse, ocupaban puestos muy cómodos dentro de los grandes grupos comerciales.

Las relaciones entre directivos y empleados no eran tan ásperas como en Estados Unidos. En los años inmediatos a la posguerra reaparecieron los sindicatos, cuya actividad había estado prohibida en los años 30. Guiados por los líderes del Partido Comunista, unieron las demandas laborales a los objetivos políticos y organizaron numerosas huelgas. Sin embargo, la rapidez del crecimiento económico hizo que remitiera la militancia que había caracterizado a los sindicatos, pues se involucraron en una política de cooperación con las firmas comerciales e industriales para contribuir al crecimiento de la economía japonesa. Resurgió en los trabajadores el tradicional sentido de lealtad y solidaridad con los intereses del patrono. La práctica del empleo vitalicio, que siguió siendo habitual (sobre todo en los puestos altos e intermedios) hasta mediados de los años 90, contribuyó a este sentimiento de identidad y lealtad. Las asociaciones de trabajadores también son la empresa o están vinculadas a ella, por lo que los trabajadores se identificaban más con su empresa que con los obreros de otras compañías; de ahí que apenas se perdieran jornadas en disputas laborales. La ética tradicional en el trabajo siguió siendo considerable. Tal y como afirma un observador norteamericano, «el único factor responsable del éxito de Japón es la actitud de los japoneses hacia el trabajo»⁴. La garantía de un puesto fijo, salarios más elevados y compensaciones económicas, así como otros privilegios paternalistas que se acumulaban con el tiempo en las compañías principales, mantenían el sentido de lealtad entre los trabajadores.

Aparte de las grandes corporaciones punteras, existe un segundo grupo formado por empresas más pequeñas y negocios familiares. Las grandes empresas reducían los costes de producción subcontratando compañías satélites más pe-

queñas que se encargaban de la fabricación. Los obreros de estas empresas no disfrutaban de los mismos beneficios, pues su salario era más bajo, trabajaban más horas y contaban con peores condiciones. Aun así, en los lugares de trabajo más reducidos se mantenía un estrecho vínculo personal con el patrono y un fuerte sentido de la lealtad.

La costumbre del empleo vitalicio, que tanta seguridad proporcionaba a los empleados, permitía que los trabajadores «inútiles» pasaran desapercibidos, pues en épocas de expansión y prosperidad los aspectos más negativos tienden a obviarse. Sin embargo, con la recesión de comienzos de la década de los 90 el sistema empezó a perder fuerza y algunas empresas comenzaron a reducir personal y a promover la jubilación anticipada, o a transferir empleados a puestos de inferior categoría. Algunas compañías no tuvieron más remedio que cerrar sus plantas de producción.

La recesión de los 90 debilitó la imagen del directivo racional y profesional que había impulsado la economía japonesa, pues empezaron a descubrirse algunas prácticas que no pueden considerarse, precisamente, honestas. Por ejemplo, salieron a la luz pública los vínculos entre las bandas *yakuza* y los empresarios, como los casos de sobornos, ya que las grandes empresas financiaban en secreto a los *yakuza*. A este respecto hay que mencionar a la mayor empresa mundial de valores, Nomura Securities, responsable de sobornos y de manipular los precios de la Bolsa para beneficiar a sus clientes *yakuza*. Asimismo, el Banco Dai Ichi Kangyō extendió créditos ilícitos a grupos *yakuza*. La Nomura Securities contaba con una cartera de clientes particulares, incluidos políticos y burócratas, que gozaban de privilegios especiales, por lo que no dudaban en manipular la bolsa de valores para que los líderes políticos obtuvieran beneficios. Otro escándalo que salió a la luz en 1998 fue el de los sobornos a altos cargos del Ministerio de Hacienda y a los grandes bancos, lo que llevó a algunos al suicidio. Todos estos aconteci-

mientos pusieron de manifiesto las oscuras alianzas existentes entre políticos, burócratas y ejecutivos comerciales para satisfacer sus intereses particulares.

Las relaciones exteriores y el comercio

Los Estados Unidos

Desde el final de la guerra y el período de ocupación, Japón ha mantenido siempre una estrecha relación con Estados Unidos. En la década de 1950, los opositores al Pacto de Seguridad Mutua organizaron manifestaciones para protestar contra la decisión del gobierno de ponerse del lado americano en la Guerra Fría. Sin embargo, el crecimiento económico posterior, resultado de los vínculos con Estados Unidos, enfrió bastante este fervor antiamericano. A medida que las tensiones de la Guerra Fría y la confrontación ideológica se suavizaban, los temas relativos a las relaciones entre Estados Unidos y Japón se centraron en el desequilibrio comercial, intentando favorecer al país asiático.

Estados Unidos había abierto su mercado a Japón para ayudarle a recuperarse económicamente. El veloz crecimiento de la economía japonesa en los años 60 hizo evidente el desequilibrio comercial entre los dos países. En 1960 la balanza seguía estando a favor de Estados Unidos, pero ya en 1970 empezó a inclinarse a favor de Japón. En 1998, las exportaciones japonesas a Estados Unidos alcanzaron el 30,5 por ciento, mientras que las importaciones representaban el 23,9 por ciento del comercio total. El desequilibrio era de 51.500 millones de dólares, lo que representó una caída con respecto a los 59.300 millones de 1993. Los coches y los artículos electrónicos japoneses inundaron el mercado norteamericano. Los automóviles japoneses encontraron un mercado ya abierto tras la crisis del petróleo de 1973.

En 1983 se exportaron cerca de 2,4 millones de coches a Estados Unidos. Para frenar las crecientes importaciones de automóviles japoneses, en 1986 el gobierno nipón fijó aranceles de forma voluntaria, pero los fabricantes de coches japoneses empezaron a abrir plantas en Estados Unidos para evadir tales restricciones hasta el punto de que, en 1993, los fabricantes nipones habían copado aproximadamente un treinta por ciento del mercado.

Puesto que las exportaciones japonesas eran superiores a las importaciones, los países que mantenían relaciones comerciales con Japón presionaron para que éste pusiera en circulación el yen en el mercado internacional de divisas. Como resultado, en 1995 el yen ya había caído de 360 yenes por dólar a 100, e incluso a cifras inferiores, pero aun así no consiguió eliminar el desequilibrio en la balanza comercial con Estados Unidos y otros países. Tampoco lo hizo la ligera relajación que se aplicó a las restricciones a la importación. El fracaso de los fabricantes estadounidenses para abrirse camino en el mercado japonés no se debió simplemente a las estrictas leyes impuestas por el gobierno nipón; de hecho, los fabricantes americanos tampoco estaban dispuestos a adaptarse a las necesidades japonesas, tales como cambiar el volante al lado derecho del automóvil —los japoneses conducen por el carril izquierdo—, y habría que esperar a la década de los 90 para que los fabricantes comenzaran a introducir estos cambios.

Las relaciones de Japón con la Unión Soviética siguieron siendo bastante tensas en un principio, ya que la política exterior durante el periodo de la ocupación estuvo básicamente marcada por Estados Unidos. La Unión Soviética se negó a firmar el Tratado de Paz y aún quedaba por resolver la cuestión de la soberanía de las cuatro Islas Kuriles, situadas más al sur. En Yalta, Estados Unidos había accedido a devolver las Kuriles, ahora territorio japonés, a la Unión Soviética, pero el gobierno nipón mantenía que las cuatro islas su-

reñas no pertenecían a las Kuriles, sino que formaban parte de los Territorios Noreños de Japón. Las conversaciones posteriores entre los dos gobiernos no consiguieron resolver el conflicto de las islas ni se logró firmar un tratado de paz, pero a partir de mediados de los años 50 se reanudaron las relaciones diplomáticas y la Unión Soviética accedió a que Japón ingresara en las Naciones Unidas.

Las relaciones con China continuaron siendo delicadas porque, tras la victoria de los comunistas, el gobierno nacionalista huyó a Taiwán y proclamó ser el único gobierno legítimo de China. Japón, siguiendo el ejemplo político de Estados Unidos, reconoció también a este gobierno, apoyando así la política norteamericana de oponerse a que la República Popular de China ingresara en las Naciones Unidas. Pero las relaciones comerciales con la República Popular se reanudaron en la década de los 60: el súbito cambio de postura de los Estados Unidos hacia China tras la visita del presidente Nixon al país en 1971 desembocó en un viaje del presidente Tanaka a Pekín en 1972 y en la firma de un acuerdo para normalizar las relaciones. Aunque el tratado de paz no se firmó hasta 1978, no por ello el comercio entre ambos países dejó de prosperar, de modo que las inversiones japonesas en China fueron creciendo progresivamente. Con el restablecimiento de los contactos con la República Popular, en 1972 se rompieron las relaciones diplomáticas con Taiwán, aunque se firmó un tratado por el que se mantenían lazos económicos y culturales a través de organizaciones no gubernamentales.

El otro aspecto conflictivo en el área de las relaciones internacionales era Corea, que había sido colonizada por Japón en los años anteriores a la guerra. Básicamente, las relaciones con Corea estuvieron determinadas por la política estadounidense hacia ambas Coreas durante los años de la ocupación. El estallido de la guerra de Corea convirtió a Japón en una base norteamericana, lo que le permitió a los ja-

poneses beneficiarse de las adquisiciones de Estados Unidos. Los puntos que obstaculizaban el establecimiento de relaciones diplomáticas formales con Corea del Sur no se resolvieron hasta 1965 pero, una vez iniciadas, los contactos comerciales entre ambos países se tornaron cada vez más sólidos. Los esfuerzos por entablar relaciones comerciales con Corea del Norte han resultado infructuosos hasta el momento.

Las actividades japonesas durante los años de la guerra, tales como la explotación de la mano de obra, dejaron un amargo recuerdo en los países del sudeste asiático, pero Japón hizo todo lo posible por establecer vínculos económicos con estos países, hasta el punto de fomentar el comercio y realizar importantes inversiones. Con todo, los hombres de negocios japoneses fueron acusados de falta de sensibilidad y respeto por los pueblos del Sudeste Asiático, así como de mostrar poca consideración por su bienestar. Un sacerdote católico alemán observó que los japoneses «no parecen sentirse responsables por otros pueblos, a menos que éstos les reporten beneficios»⁷. Cuando los refugiados vietnamitas partieron en botes huyendo de los comunistas, Japón prácticamente les cerró las puertas, a diferencia de Estados Unidos y de otros países. Los gobernantes japoneses se han enfrentado a estas críticas contribuyendo en mayor medida a los programas de ayuda internacional; de hecho, muchos líderes políticos japoneses han visitado los países del Sudeste Asiático y han expresado su arrepentimiento por el proceder de sus antecesores.

Oriente Medio y Europa

Los contactos comerciales de Japón con Australia y los países del Oriente Medio crecieron paulatinamente. Japón intentaba mantener relaciones cordiales con Oriente Medio,

pues dependía en gran medida de su petróleo. Así, trataba de evitar en la medida de lo posible que se le relacionara con las actividades llevadas a cabo por Estados Unidos en la guerra del Golfo Pérsico de 1990-1991.

Las relaciones con los países europeos atravesaron buenos y malos momentos, debido sobre todo a la desigualdad en la balanza comercial. Los japoneses habían admirado desde siempre la cultura francesa, por lo que se sintieron descorazonados cuando la primera ministra Edith Cresson manifestó en 1991: «Los japoneses son unos amarillos bajitos que se pasan la noche entera maquinando la forma de fastidiar a los europeos y a los estadounidenses»⁸. Aunque Francia ha aplicado estrictas restricciones a las importaciones japonesas, Japón y Alemania mantienen importantes vínculos comerciales y relaciones políticas cordiales. Los lazos económicos con el Reino Unido también son estrechos, pues Japón ha realizado sustanciosas inversiones en Gran Bretaña. La corte imperial japonesa quiso hacer gala de su afecto por la realeza británica con la visita a Inglaterra que el emperador Hirohito realizó en 1971, y que repetiría en 1998 el emperador Akihito. Japón también mantiene importantes relaciones económicas con los Países Bajos y Suiza.

Condiciones sociales

Las reformas introducidas por el comandante supremo y el crecimiento económico experimentado a partir de la década de 1960 solucionaron muchos de los problemas sociales que existían antes de la guerra e impulsaron el nivel de vida. La renta per cápita, que era de aproximadamente 500 dólares en 1955, ascendió a 29.244 dólares en 1994, en comparación con los 20.382 dólares de Estados Unidos y los 13.366 dólares del Reino Unido. En 1935, la esperanza de vida para los hom-

bues era de 46,92 años y de 49,63 para las mujeres. En 1997 la cifra había aumentado a 77 y 83,6 años de edad, respectivamente. Como resultado, se incrementó el porcentaje de población mayor de 65 años, mientras que se producía un constante descenso de la población más joven, consecuencia del menor índice de nacimientos. En 1997, el número de habitantes con más de 65 años superaba al de aquellos menores de 15. En 1920, la tasa de nacimientos por cada mil habitantes era de 36,2, mientras que en 1997 era de sólo 9,5. El promedio de hijos por mujer en edad de gestar era de 4,54 en 1947, para pasar en 1997 a 1,39, menos del 2,1 necesario para mantener el nivel actual de población. Pero el bajo índice de mortalidad infantil (cuatro por mil en 1996), la mayor esperanza de vida y una mejor atención sanitaria contribuyeron al aumento de la población en los años de la posguerra. En 1950 Japón contaba con 83.586.000 habitantes, alcanzando en 1998 los 126.400.000. Las leyes de inmigración son aún muy estrictas, por lo que el aumento de población no responde, en ningún caso, a la llegada masiva de inmigrantes.

El nivel de vida se vio favorecido por el ambiente general de prosperidad: las familias disfrutaban de todo tipo de comodidades, tanto en la casa como en el trabajo, así como para disfrutar del tiempo libre. Cada año viajaban al extranjero más japoneses: de menos de medio millón en 1969 se pasó a 16,8 millones en 1997.

A pesar del aumento de la calidad de vida los problemas de masificación, la escasez de viviendas, la calidad de las instalaciones sanitarias —más pobres que en otros países industrializados— y la contaminación continuaron afectando a la población. La falta de espacio habitable provocó precios desorbitados en el sector inmobiliario de las grandes ciudades, especialmente en el área metropolitana de Tokio, donde se concentran cerca de treinta millones de personas, el 23,7 por ciento de la población total del país.

En 1996, vivían dentro de los límites de la ciudad de Tokio 7,8 millones de personas, lo que suponía una densidad de población de 20.531 por kilómetro cuadrado (en Nueva York, la densidad era de 14.815). En 1990, el precio de una vivienda familiar en Tokio superaba los 516.000 dólares, y se calcula que en las zonas residenciales de esta ciudad el precio era ochenta y nueve veces superior al de Nueva York. Antes de que el sobrevalorado mercado inmobiliario se derrumbara en la década de los 90, un metro cuadrado de espacio comercial en Tokio costaba 251.000 dólares (cifras de 1990). El alto precio de los productos hacía que muchos artículos estuvieran fuera del alcance de las clases menos privilegiadas: en 1996, medio kilo de filetes de ternera de primera calidad no costaba menos de cien dólares, mientras que el precio de un melón de primera rondaba los 150 dólares. La gasolina siguió siendo cara en comparación con los precios norteamericanos: 3,78 litros de combustible superaban los cuatro dólares.

El nivel de consumismo entre los más ricos era excesivo; se llegaron a pagar 104.000 dólares por un automóvil BMW o 22.900 dólares por un reloj de pulsera Swiss Corum. Algunos coleccionistas de arte potenciaron el mercado de las obras hasta alcanzar cifras desorbitadas. En una subasta celebrada en 1990, el *Retrato del Doctor Gachet*, de Van Gogh, salió a la venta en 2,5 millones de dólares y acabó en manos de un coleccionista japonés, que pagó por el mismo 82,5 millones. Cuando la burbuja estalló, la familia vendió por cincuenta millones de dólares un Renoir que había adquirido por 78,1 millones. Sin embargo, a pesar de la recesión de mediados de los 90, la venta de artículos de lujo no decayó; es más, mientras este tipo de ventas disminuía en otras partes de Asia, en Japón siguió creciendo. A mediados de 1998 las ventas de Tiffany & Company aumentaron en torno al treinta por ciento con respecto al mismo período del año anterior, mientras en el resto de

Asia caían un diez por ciento. El grupo Gucci abrió varias tiendas en Japón en 1998 con la esperanza de aumentar las ventas en medio del declive económico, ya que todavía había quien estaba dispuesto a pagar varios miles de dólares por un bolso⁹. En las primeras etapas de la expansión económica se detectaron bastantes problemas de contaminación, sobre todo de tipo químico. El caso más famoso fue el del vertido de mercurio a las aguas de la bahía Minamata, al noroeste de Kyushu, realizado por una planta química en 1953. La gente de la zona que consumió pescado en esa época sufrió enfermedades físicas graves, como parálisis y pérdida de visión. Otros casos de contaminación química obligaron al gobierno a aprobar en 1970 leyes anti-contaminación muy estrictas. También se establecieron normas muy severas en cuanto a la emisión de gases de los vehículos, pues los altos niveles de contaminación de algunas ciudades como Tokio convertían el aire en prácticamente irrespirable.

También se introdujeron otras medidas para asegurar la salud y el bienestar de los ciudadanos, de acuerdo a las provisiones constitucionales, en forma de atención social, prestaciones para los ancianos y necesitados y programas de salud pública y servicios médicos. Para aquellos que superaban la edad de setenta años el gobierno creó un seguro nacional de salud que cubría todos los gastos médicos, incluso cuando los gastos de cirugía superaban los treinta mil dólares, como es el caso de una operación a corazón abierto. La tradición de que la familia debía ocuparse de los miembros mayores aún persiste, aunque va perdiendo vigencia. En 1996, el 55 por ciento de las personas mayores de 65 años vivía con sus hijos, un número inferior al ochenta por ciento de 1970. No obstante, sigue siendo un porcentaje bastante más elevado que el que presentan otros países industrializados, como Estados Unidos, donde no alcanza el veinte por ciento.

Problemas sociales

El acelerado ritmo de trabajo, la superpoblación y las presiones sociales de la vida diaria provocaron el aumento de suicidios en los años de crecimiento económico, alcanzando niveles especialmente elevados entre los hombres mayores. La tasa de suicidios entre los varones de más de 65 años en 1998 era de 53,3 de cada cien mil, mientras que en el caso de los jóvenes entre 15 y 19 años la tasa era de 10,6. Algunos atribuyen este alto índice entre los hombres mayores a la falta de sentido que encuentran a la vida después de jubilarse. Es posible que también haya influido el hecho de que en la era de la alta tecnología, donde se vive a un ritmo trepidante, ya no se honra a los mayores como se hacía en el pasado.

La armonía social de Japón se vio ocasionalmente fragmentada por los movimientos de protesta que estallaron durante las décadas de los años 50 y 60. De vez en cuando se registran casos de delincuencia y violencia juvenil en las escuelas, incluso ataques a los profesores por parte de los estudiantes, pero por lo general la conducta de los escolares se ajusta al ideal de obediencia, decoro y conformidad. Los delitos cometidos en las calles son mínimos comparados con los de otras sociedades industrializadas. La gente puede pasear tranquilamente a altas horas de la noche sin temor a ser importunada. Existe un estricto control sobre las armas de fuego, por lo que no son frecuentes los delitos de este tipo: en 1991, tan sólo se hizo uso de armas de fuego en 74 asesinatos y veintidós atracos. En 1994 el índice de muertes por armas de fuego era de 0,05 por cien mil habitantes, comparado con el 14,24 de Estados Unidos. El consumo de drogas también se mantiene bajo; así, en 1991 se produjeron solamente 397 detenciones por consumo de narcóticos.

La imagen generalizada del japonés moral y honesto se vio enturbiada por la presencia de una organización mafio-

la, los *yakuza*, dedicada a actividades como el juego, el tráfico de drogas, la prostitución, la extorsión y el crimen organizado, además de llevar a cabo acciones violentas y delitos de menor entidad. En 1992, los miembros *yakuza* atracaron y atuchillaron al cineasta Itami Jūzō por haberles retratado de forma poco favorable en una de sus películas. Las organizaciones *yakuza* más importantes mantienen lazos con los grandes grupos empresariales, como los dedicados al negocio de la construcción. Como dijimos anteriormente, muchas empresas importantes han aportado dinero o concedido préstamos a estas bandas para evitarse problemas¹⁰. También muchos líderes políticos mantienen con ellos ciertos vínculos. Así, el antiguo primer ministro Kishi pagó en 1963 la fianza de un jefe *yakuza* acusado de asesinato. Otro primer ministro solicitó ayuda de los *yakuza* para reprimir una protesta pública contra su persona. Un escritor escribió: «Los *yakuza* están enraizados en prácticamente cada rincón de la sociedad japonesa. Aun así, políticos, burocratas y hombres de negocios continúan manteniendo una política de "no ver, no decir y no escuchar"»¹¹.

Otra plaga social que ha seguido azotando a la sociedad japonesa es la continua discriminación hacia los grupos minoritarios, como los *burakumin*, los ainu y los residentes coreanos. El trato discriminatorio hacia los *burakumin* se remonta prácticamente a la era premoderna, y hoy día aún son víctimas de la discriminación social y económica, a pesar de la aparente lucha por la igualdad. Las reformas de la posguerra pusieron fin a la práctica de inscribir a los *burakumin* en los registros de familia como «nuevos plebeyos», pero en algunos organismos privados aún pervive la costumbre de comprobar si un candidato a un puesto de trabajo o un pretendiente a matrimonio es *burakumin* o no. En el terreno laboral, las familias *burakumin* perciben ingresos por debajo de la media nacional, por lo que la Liga de Liberación Buraku no cesa de recibir denuncias por discriminación. En

octubre de 1991, una estudiante de educación secundaria se suicidó por la presión de su entorno para que no se casara con su novio, un *burakumin*¹². Durante una visita a Estados Unidos en 1991, un educador *burakumin* explicó lo siguiente: «Tenemos que soportar la discriminación en el trabajo, en la escuela y en el matrimonio... Tenemos diez veces más probabilidades de acabar viviendo de la beneficencia que el resto de la población... Como personas se nos ha vilipendiado, discriminado y apartado»¹³. En 1997, el número de *burakumin* oscilaba entre dos y tres millones.

Otro grupo minoritario objeto de discriminación desde la era Tokugawa hasta la actualidad son los ainu, o habitantes autóctonos de Hokkaido, cuyo número aproximado hoy día es de cincuenta mil. Durante la era Tokugawa un señor feudal del norte extendió su autoridad a Hokkaido y privó de sus derechos económicos a los ainu, que pasaron a vivir en un estado de semiesclavitud. El gobierno Meiji sometió a Hokkaido bajo su administración directa y dejó a los ainu sin sus tierras y sin autorización para cazar y pescar. Con el fin de «niponizar» a los ainu, el gobierno Meiji aprobó en 1899 la Ley de Protección de los Antiguos Aborígenes de Hokkaido, que siguió vigente hasta la década de 1990. Esta ley prohibía las antiguas prácticas ainu y obligaba a los niños a abandonar su idioma nativo y aprender japonés. En los años de la posguerra, los líderes ainu hicieron todo lo posible por conservar su cultura, su lengua y su forma de vida.

Otro colectivo que sigue siendo víctima de discriminación es la comunidad coreana, cuya presencia en Japón se remonta ya a varias generaciones. Tras haber sido colonizados, muchos coreanos fueron obligados a trabajar en las minas y en los proyectos de construcción gubernamentales, incluidas las iniciativas militares en otros países durante la guerra del Pacífico. Fue precisamente en este período cuando aproximadamente un millón de coreanos llegaron a Japón para trabajar en condiciones casi de esclavitud. Muchos

de ellos fueron destinados a las bases militares y alrededor de cien mil mujeres coreanas tuvieron que servir a las tropas en calidad de «mujeres de consuelo». Al acabar la guerra muchos regresaron a Corea pero, con todo, a mediados de la década de los 90 residían en Japón en torno a setecientos mil coreanos, a los que se le negaba la ciudadanía japonesa pese a haber nacido allí. Hasta 1992, se les tomaban las huellas dactilares como si de residentes extranjeros se tratara. Recientemente se ha abierto la posibilidad de obtener la ciudadanía japonesa, aunque para ello los requisitos sean muy estrictos, y aún existe discriminación laboral y oposición al matrimonio con ciudadanos japoneses. A pesar de que la bomba atómica de Hiroshima acabó con la vida de alrededor de veinte mil coreanos, aún no se ha conseguido la autorización para construir un monumento a las víctimas coreanas en el Parque de la Paz de la ciudad, sin contar los dos mil que fallecieron en la explosión de la bomba atómica de Nagasaki. Los aproximadamente 137.000 chinos que residen en Japón sufren una discriminación similar.

En cuanto a los prejuicios de la sociedad japonesa hacia los coreanos, un estadounidense que lleva mucho tiempo residiendo en Japón observó: «Ninguna minoría en el mundo (ninguna minoría que yo conozca) recibe un peor trato por parte de los japoneses que los coreanos y los chinos... está solapada en todas las esferas... es una condena total»¹⁴.

Durante el período de esplendor económico, las restricciones a la inmigración no fueron tan duras debido a la escasez de mano de obra, por lo que gente del sureste y sur de Asia pudo encontrar un empleo como trabajadores no especializados. Sin embargo, también creció el número de inmigrantes ilegales: miles de mujeres jóvenes, convencidas por las bandas *yakuza* para trasladarse a Japón con la promesa de encontrar un empleo atractivo, fueron obligadas a trabajar como prostitutas y a vivir en condiciones de auténtica cautividad.

Sorprendentemente, el lugar en el que se produjo cierto cambio con respecto a la actitud ante los extranjeros fue en las zonas rurales y comunidades agrícolas, donde generalmente el rechazo había sido más fuerte. Las jóvenes empezaron a huir en masa a las ciudades, pues preferían casarse con trabajadores urbanos, «alguien vestido de traje», que con un agricultor, lo que provocó la escasez de esposas disponibles para los jóvenes agricultores que se quedaron en las zonas rurales más desarrolladas. Como resultado, surgieron agencias matrimoniales que se dedicaban a traer mujeres del sur de Asia para casarlas, a veces contra su voluntad, con jóvenes granjeros de aldeas remotas. Si el prejuicio racial no es tan acusado en las zonas rurales, quizás empiece a disminuir también en las áreas cosmopolitas.

Los pobres de las ciudades

A pesar del crecimiento económico y el aumento general del nivel de vida, siguen existiendo barrios pobres y gente sin hogar. Estos últimos, que duermen encima de cartones en las calles, en estaciones de tren y metro o en albergues miserables para vagabundos, son perseguidos por las autoridades que, decididas a hacerlos desaparecer de las calles, destruyen cada cierto tiempo sus hogares de cartón. En todas las grandes ciudades como Tokio y Osaka se pueden encontrar barrios en los que acampan pobres y vagabundos. Las bandas *yakuza* acuden diariamente al distrito San'ya, en Tokio, con el fin de contratar obreros para la construcción. Cientos de ellos se ponen en fila cada mañana con la esperanza de resultar elegidos, pero muchos son viejos y están enfermos. Los organismos gubernamentales no prestan tanta ayuda a los necesitados que están sanos y tienen menos de 65 años, pero así y todo muchos se muestran reacios a vivir de la beneficencia porque lo consideran vergonzoso. La opi-

nión más extendida es que debe ser la familia, y no el gobierno, quien debe hacerse cargo de los ancianos, enfermos y necesitados por lo que, en 1994, la población que recibía ayuda de los servicios sociales no llegaba al uno por ciento, comparado con el cinco por ciento de los Estados Unidos¹³.

La posición de la mujer

La nueva Constitución establece la igualdad de sexos, pero en el ámbito social y económico las mujeres siguen estando en desventaja. Generalmente ocupan puestos de menor categoría, a los que corresponde también un menor salario, sin olvidar que un número importante suele trabajar media jornada o trabaja de forma temporal. Muchas mujeres firmaban contratos con las casas comerciales en calidad de «señoritas de oficina», cuyo deber principal era servir el té y realizar funciones de secretaria para los directivos masculinos. Aunque algunas de ellas continúan luchando por defender sus derechos, los puestos de mayor responsabilidad siguen siendo prácticamente inaccesibles. Al casarse, se esperaba que la mujer dejase de trabajar y cumpliera las funciones en el hogar de dócil esposa y ama de casa. En la década de los 80, a medida que la economía prosperaba y crecía la demanda de empleados para personal cualificado con educación superior, empezaron a abrirse más oportunidades para las mujeres pero, aun así, una encuesta de 1981 revela que el 45 por ciento de las compañías entrevistadas no ascendían a las mujeres a cargos de supervisión. En 1985 la Asamblea aprobó la Ley de Igualdad de Oportunidades en el Trabajo, aunque no contemplaba ninguna sanción para las empresas que no la cumplieran. No obstante, con la ayuda de la bonanza económica, esta ley abrió más puertas a las mujeres. En 1986 el 2,6 por ciento de los mandos intermedios en las empresas estaba ocupado por mujeres, un

porcentaje que ya había subido al 3,6 por ciento en 1993. En 1991, ocupaban el 8,2 por ciento de los cargos administrativos y directivos, en claro contraste con el 41,7 por ciento de Estados Unidos. En 1995, las mujeres que trabajaban a jornada completa percibían en torno al 60,2 por ciento del salario que cobraban los hombres por desempeñar la misma actividad. El porcentaje en 1985 había sido del 56,1 por ciento, mientras que en Estados Unidos las mujeres ganaban el setenta y cinco por ciento del salario que recibían los hombres.

A partir de la era Meiji muchas mujeres se incorporaron a la industria textil, pero con el declive de esta actividad durante los años de la posguerra la mayoría de los puestos de trabajo surgieron en las plantas de montaje de automóviles, en las industrias mecánicas y en las empresas de alta tecnología. En 1998, el 39,6 por ciento de los obreros de las grandes industrias eran mujeres. Aunque su presencia en las fábricas de automóviles no era muy común, muchas estaban empleadas en la industria electrónica. La recesión económica de comienzos de la década de los 90 acarreó un descenso del número de mujeres contratadas, especialmente en los puestos directivos. En 1992 Mitsubishi contrató a 213 hombres y tan sólo a cuatro mujeres, además de seguir una política de despidos que afectaba a las mujeres antes que a los hombres.

La mujer no ha conseguido logros significativos en la escena política desde la obtención del derecho al voto en 1946. En este año ocuparon 39 escaños en la Cámara Baja de la Asamblea, pero el número fue bajando en sucesivas legislaturas hasta quedar reducido en torno a los diez. En las elecciones de 1996 a la Cámara Baja, las mujeres lograron veintitrés de los quinientos escaños. Hasta 1989 ninguna mujer había conseguido un puesto en el gabinete. En ese año, Doi Takako se convirtió en la primera mujer en dirigir un partido político: el Partido Demócrata Social.

El mundo académico, tradicionalmente de dominio exclusivo de profesores varones, se ha abierto también a la mu-

jer. En 1980, la Universidad de Tokio contaba únicamente con una profesora. Tal y como mencionamos en páginas anteriores, la educación de la mujer no tenía la misma importancia que la masculina. En los años de la posguerra empezaron a matricularse en la universidad más mujeres, si bien la mayoría optaban únicamente por cursar diplomaturas. Así pues, aunque el número ha crecido progresivamente, hoy día no hay muchas mujeres en la vida profesional. Por ejemplo, de las catorce mil mujeres ingenieras de 1979 se pasó a las 62.000 de 1990.

La concepción tradicional de que el lugar de la mujer está en la casa aún persiste, aunque la mentalidad de las generaciones más jóvenes es más abierta e independiente y la idea de sacrificarse por el bien del esposo y de la familia ya no cobra tanta fuerza. Esto es evidente dado el creciente número de divorcios, pues uno de cada tres o cuatro matrimonios acaba en ruptura: en 1997, se divorciaron 222.635 parejas, en claro contraste con las 95.937 de 1970, lo que supone un promedio de 1,78 por cada mil habitantes, esto es, un incremento de más del 1,66 con respecto al año anterior. Los divorcios no se daban sólo entre los recién casados: el dieciséis por ciento de las rupturas de 1996 eran de parejas que llevaban casadas más de veinte años. La mayoría de las demandas de divorcio eran presentadas por las mujeres que, llevadas por un creciente sentido de la individualidad, se cansaron de la costumbre tradicional de tener que soportar las infidelidades del marido. Asimismo, a diferencia de los años de preguerra, en los que legalmente los hijos permanecían con la familia del marido, ahora las madres obtenían la custodia de sus hijos. A medida que el número de divorcios aumentaba, disminuía el de matrimonios. Las mujeres se casan más tarde, a una edad media próxima a los veintisiete años, y también tienen menos hijos. En la década de los 80 se realizaba un aborto por cada tres alumbramientos, una práctica que se legalizó en 1949. Aunque todavía son comu-

nes los matrimonios de conveniencia, la situación de las jóvenes esposas ha dejado de ser tan dura: el núcleo familiar ha crecido en importancia y el peso de hacerse cargo de todos los miembros de la familia ya no recae sólo en ella.

Evolución cultural e intelectual

El *weltanschauung* japonés de la preguerra se tambaleó tras la derrota en la Segunda Guerra Mundial. Al escuchar al Emperador anunciando la rendición de Japón el 15 de agosto de 1945, según el escritor Ōe Kenzaburō: «Los adultos estaban sentados alrededor de los aparatos de radio y lloraban. Los niños se reunían en la polvorienta calle y murmuraban su perplejidad. Pero lo que más nos sorprendió y decepcionó fue descubrir que el Emperador hablaba con voz humana... ¿Cómo podíamos creer que una augusta presencia con tanto poder se había convertido en una simple voz humana?»¹⁶. Todo se había venido abajo: el concepto de unicidad y superioridad, el sistema de valores, el modo de vida, el orden natural de las cosas; toda la construcción moral y psicológica era ahora una concha vacía. El único objetivo de la vida era la supervivencia física, encontrar un techo y lo suficiente para comer. La gente seguía obsesionada con las imágenes de los familiares muertos. Más adelante, el vacío cultural y moral fue cubierto por las costumbres y valores de las fuerzas de ocupación. Ahora las consignas eran el liberalismo, la democracia, la libertad y la igualdad. Así nació la nueva era de «ilustración y civilización».

Itami Jūzō, director de cine, recordaba: «Nos dijeron que toda la nación lucharía hasta la muerte. Pero un mes después de finalizar la guerra, de repente todo se convirtió en: «¡Banzai, democracia!»; «¡Banzai, MacArthur!». Las fuerzas estadounidenses eran tratadas como si fueran nuestros libertadores. Todo lo americano era digno de elogio»¹⁷. Los

jovenes en particular abrazaron de buen grado la cultura americana. Murakami Haruki, un escritor contemporáneo, recordaba que en la década de los 60 «la cultura americana estaba por aquel entonces en plena efervescencia, y yo vivía totalmente absorbido por su música, por sus programas de televisión, sus coches, su ropa, todo»¹⁸.

Este cambio no se reducía únicamente a la cultura popular; al contrario, en el ambiente académico los intelectuales serios podían ahora adentrarse en el estudio del conocimiento sin temor a la censura. Este alejamiento del esquema tradicional cultural e intelectual chocó a algunos críticos, que lo consideraron una forma de anarquismo. Un intelectual que regresó a Japón después de vivir varios años en Estados Unidos observó: «El cambio más significativo de los últimos años ha sido la aparición de una especie de anarquía social y psicológica... Antes de la Segunda Guerra Mundial mi generación tenía al Emperador, pero hoy día no hay nadie a quien puedan mirar con respeto los jóvenes japoneses. Falta una fuerza espiritual... hay una ausencia de propósito y de sentido»¹⁹. El concepto de jerarquía tradicional, que se hace evidente en la forma de hablar y en la conducta, no parece tener tanto apego entre la gente joven. Algunos creen que el sistema familiar se está «desintegrando, más deprisa en las áreas urbanas, más lentamente en las zonas rurales»²⁰. Los cambios en la legislación durante la posguerra contribuyeron a debilitar el núcleo familiar a la antigua usanza, y cada vez eran menos las jóvenes parejas que vivían con los padres, lo que a su vez facilitó el debilitamiento de los valores y actitudes tradicionales.

El aparente deterioro de las costumbres ha llevado a algunos a destacar la necesidad de volver a la defensa del «niponismo» y exaltar la unicidad de la cultura japonesa y del carácter nacional. Sin embargo, los valores y costumbres tradicionales no han desaparecido por completo. La generación de la preguerra aún los conserva, y los jóvenes defenso-

res de la cultura *pop* tampoco los han desechado por completo. Una encuesta realizada a finales de la década de 1980 indicaba que la piedad filial y el concepto de *on* ('obligación social y moral') seguían siendo valorados por la mayoría de la población. Una obra que apelaba al rechazo del comunismo y al retorno a la sencillez del viejn Japón se convirtió en el libro más vendido de 1993. Pero el consumismo siguió floreciendo, incluso ante la amenaza de la recesión. A diferencia de la antigua era autoritaria, la diversidad de elección sigue siendo una realidad.

Esta diversidad prevalece en la cultura popular y en la esfera intelectual con una plétora de periódicos, revistas mensuales y semanales, libros de ficción y de divulgación, películas, programas de televisión, emisiones de radio y cómics. En 1998 la tirada diaria de periódicos era de 53,67 millones, a la vez que se publicaban 65.513 libros y 3.271 revistas mensuales²¹. Las obras occidentales, tanto las populares como las propias de la esfera académica, se traducían para su inmediata publicación.

La lectura siguió contando con un amplio número de adeptos. Los escritores del período anterior a la guerra, como Tanizaki y Kawabata, tuvieron más éxito en los años de posguerra. Sus novelas fueron traducidas al inglés y alcanzaron fama mundial. Ibuse Masuji era prácticamente un desconocido en el extranjero hasta que se publicó en inglés su *Lluvia negra*, en la que describe el horror de los efectos de la bomba atómica de Hiroshima.

Los años de la posguerra fueron testigo del nacimiento de una generación de nuevos escritores, entre los que destaca Mishima Yukio (1925-1970), que cuenta con un buen número de obras traducidas al inglés. Según Donald Keene, una autoridad en literatura japonesa, Mishima es «el escritor con más talento y el que más alto ha llegado de toda la generación de la posguerra»²². Mishima ahondó en las costumbres y modos de la generación de la posguerra, en la sensación de

vacío y de desesperación. En *El pabellón de oro*, un acólito minusválido decide quemar el Pabellón Dorado, encarnación de la belleza absoluta, porque su presencia le recuerda su imperfección. «Si realmente hubiera belleza allí, significaría que mi propia existencia es algo ajeno a la belleza»²³. Aunque familiarizado con la civilización occidental, Mishima creía en los valores e instituciones tradicionales, incluido el Emperador, a quien veía como «la fuente moral y simbólica de la lealtad y la cultura»²⁴. Influido por las enseñanzas de Wang Yang-ming, creía que una persona debía actuar de acuerdo con sus convicciones. Por esa razón en noviembre de 1970, tras fracasar en su intento de provocar el levantamiento de las Fuerzas de Autodefensa, se hizo el *hara-kiri* al estilo clásico de los samuráis.

Otros autores recurrieron a sus experiencias de guerra como material para sus novelas. Noma Hiroshi luchó en Filipinas, pero por sus convicciones comunistas acabó recluido en una prisión militar. En su obra más importante, *La zona vacía*, describe las brutalidades de la vida castrense. Más tarde abandonó el marxismo para recibir al budismo, concretamente a la enseñanza de Shinran, que predicaba la salvación universal incluso para aquellos que cometían graves pecados. Noma creía que el budismo estaba arraigado en el cuerpo de los japoneses. Otro escritor que describió los horrores de la guerra es Ōoka Shōhei. Tras servir como soldado en Filipinas, fue capturado por los norteamericanos. Al acabar la guerra plasmó las calamidades que sufrieron los soldados en Leyte en su obra *Fuego en la llanura*, que narra las experiencias de un grupo de soldados que, tras fugarse, vagan por la selva en busca de comida y acaban matando a sus propios compañeros para alimentarse.

En los años de la posguerra, cuando las ataduras tradicionales ya no eran tan fuertes, muchos escritores trataron el problema de la alienación y de la búsqueda de sentido a la vida. Entre este grupo destaca Ōe Kenzaburō, cuyos perso-

najes buscan un significado a la vida en «el sexo, la violencia y el fanatismo político». En su *Un asunto personal*, el protagonista contempla la idea de matar a su hijo, que acaba de nacer con una grave lesión cerebral. Sin embargo, cambia de opinión y decide luchar para ayudarlo. La historia se basa parcialmente en su propia experiencia, pues su hijo nació con graves daños en el cerebro y, evidentemente, Ōe se identificó con el sufrimiento de su vástago. «Cualquier dolor que sintiera su hijo se lo comunicaba con sus manos entrelazadas, y sus cuerpos jamás dejaban de estremecerse de dolor al unísono»²⁵. En 1994 recibió el Premio Nobel. La Academia Sueca manifestó que Ōe «crea un mundo imaginario donde la vida y el mito se funden para formar el desconcertante escenario de las dificultades humanas de hoy en día»²⁶.

Un escritor de profundas creencias católicas es Endō Shūsaku (1923-1996), cuya novela más famosa, *Silencio*, trata de las persecuciones cristianas de principios del siglo xvii. A un jesuita le informan de que la tortuosa persecución de los conversos japoneses, a los que se ataba y colgaba boca abajo en un pozo, no cesaría hasta que él pisara la imagen de Cristo. Éste le habla y le pide que lo haga, a lo que el jesuita obedece. Un crítico occidental señaló que Endō «sigue siendo un católico convencido a pesar de sus dudas y su sentimiento de culpa, y que precisamente por sus sentimientos encontrados con respecto a Oriente y Occidente sigue siendo japonés de un modo profundo y misterioso»²⁷.

También las mujeres escritoras continuaron siendo protagonistas del panorama literario. Las escritoras de preguerra como Uno Chiyo (1897-1996) y Enchi Fumiko (1905-1986) no abandonaron su carrera literaria en estos años. Uno desafió a los convencionalismos sociales del Japón anterior a la guerra con sus muchas aventuras amorosas. En 1927 se cortó totalmente el pelo salvo un pequeño moño, un gesto radical que hizo que los niños de su vecindario, asustados, salieran corriendo cada vez que la veían. En su aclamada novela

de preguerra, *Confesiones de amor*, Uno escribió una historia semi-autobiográfica de amor frustrado. Su obra más conocida, *Ohan* (1957), traducida al inglés con el título de *The Old Woman, the Archer and the Wife* (La anciana, el arquero y la esposa), se basa parcialmente en la vida de un tendero, su esposa y la amante. Uno comentó que se había inspirado en tres modelos representativos: la fogosa geisha, la paciente esposa y el marido que no puede resistirse a la tentación. Donald Keene dice que *Ohan* «es una obra entretenida porque deja un gusto parecido al que producen las lecturas de Chikamatsu»²⁸.

La obra más importante de Enchi Fumiko, *Onnazaka* (traducida al inglés como *The Waiting Years* -Los años de espera-), escrita en 1957, describe la vida de una mujer Meiji que aguanta la opresión del sistema paternalista familiar con nobleza e ingenio. La heroína es una dócil y abnegada esposa que tiene que soportar la presencia en su propia casa de la amante de su marido, así como el romance de éste con su nuera. Ya anciana, llega a la conclusión de que el sacrificio de soportar a un marido egoísta y libertino por el bien de la familia no tenía ningún sentido. «De repente, se dio cuenta de la futilidad de esa vida, en cierto modo artificial, por la que había derrochado tanta energía y sabiduría»²⁹. Hayashi Fumiko (1903-1951) fue también una popular novelista durante los años anteriores a la guerra. Creció en el seno de una familia pobre de vendedores ambulantes. Durante la guerra, visitó la zona del conflicto para ayudar como voluntaria. Entre sus novelas de posguerra se encuentra *Bangiku* (*Crisantemos tardíos*), que cuenta la historia de una geisha y su antiguo amante. Donald Keene concluye lo siguiente: «De las innumerables historias que existen sobre las geishas... ninguna es tan auténtica como *Crisantemos tardíos*»³⁰.

Entre las mujeres escritoras que abrazaron el marxismo podemos citar a Miyamoto Yuriko (1899-1951). En 1918 acompañó a su padre a Nueva York y escribió *Nobuko*, don-

de narra su experiencia en esta ciudad, su matrimonio, el regreso a Japón y su posterior divorcio. La novela trata fundamentalmente de la liberación personal en una sociedad que espera que las mujeres renuncien a su individualidad. Miyamoto viajó a Rusia, se afilió al Partido Comunista en 1931, se casó con Miyamoto Kenji (jefe del Partido Comunista de la posguerra) y fue encarcelada a finales de la década de los 30. Su novela de posguerra más importante, *Banshū Heiya* (*Las llanuras de Banshū*), describe el sufrimiento del pueblo a causa de los militares japoneses.

Las escritoras más jóvenes no se centraron en la difícil situación de las mujeres sometidas a los imperativos tradicionales, sino que preferían hablar de la mujer de la nueva era, una mujer que puede decidir el rumbo que quiere dar a su vida. Las mujeres deben aprender a comunicar sus verdaderos sentimientos, afirma la joven escritora Tsushima Yuko. Las escritoras de épocas anteriores hablaban de mujeres que no expresaban sus auténticas emociones o que no querían ser independientes. Uno de los temas que trata en su obra es el del «carácter rígido que impera en las relaciones familiares»³¹.

El cine

La industria del cine comenzó a florecer en la década de 1920 como respuesta a un público ávido de películas japonesas y norteamericanas. Los cineastas nipones rodaban historias de corte romántico o hazañas de espadachines samurái y militares modernos. Los aficionados a las películas de Hollywood llenaron los cines hasta que estalló la guerra del Pacífico. Robert Taylor era tan famoso como Uehara Ken, una estrella del cine nipón. En los años de la posguerra, las películas japonesas empezaron a contar con el reconocimiento internacional. El director a quien se atribuye el mérito de haber despertado el interés de Occidente por las pelí-

culas japonesas es Kurosawa Akira (1910-1998), considerado uno de los grandes directores de todos los tiempos. La primera película con la que se hizo famoso internacionalmente fue *Rashōmon*, cuatro relatos contradictorios de violación y asesinato situados en la época medieval. De *Los siete samuráis*, o la historia de siete samuráis que defienden a un pequeño pueblo de los bandidos, se ha dicho que es «la mejor película japonesa que jamás se haya rodado». Kurosawa dijo: «Cuando veo las películas que he hecho, me da la impresión de que me preguntan: ¿Por qué los seres humanos no pueden ser felices?». Está considerado un maestro en la creación de escenas de increíble belleza sensorial³². Su actividad continuó hasta bien entrada la década de los 80 con la producción de películas como *Ran*, una adaptación de *El rey Lear*. Un crítico americano comentó de este largometraje que compite en calidad con «las grandes epopeyas de Sergei Eisenstein, de D. W. Griffith y de Abel Gance... Es la película de un hombre cuyo arte trasciende el momento y las modas»³³. Otros directores reconocidos también en Occidente son Mizoguchi Kenji y Ōtsu Yasujiro.

Finalizadas las dos décadas de la posguerra, la «edad de oro» del cine japonés perdió su lustre debido, sin duda, a la competencia de la televisión. No obstante, surgió una nueva generación de directores creativos que continuó produciendo películas de gran calidad. Entre ellos estaba Itanji Juzo, autor de películas satíricas como *Tampopo*, en la que retrata a una mujer dispuesta a convertirse en la mejor cocinera de sopa de fideos de Tokio. Para él, los japoneses no son víctimas estoicas y trágicas del destino, sino «unos invitados inconscientes y cómicamente falibles en una fiesta estupenda»³⁴. En 1992 murió a consecuencia de las puñaladas asestadas por una banda *yazuka*, a la que había parodiado en una de sus películas.

En 1997, el director Imamura Shōhei ganó el gran premio del Festival de Cannes por su película *Unagi* (*La anguila*).

Ésta fue la segunda vez que se le concedió el galardón; el primero lo había conseguido en 1983 por su película *Narayama-bushi-kō* (*La balada de Narayama*), basada en una leyenda según la cual durante la época feudal, en algunas regiones, se abandonaba a los ancianos en las montañas para que murieran allí. También rodó *Karayuki-san* (*Damas que marchan lejos*), una historia sobre las jóvenes que eran enviadas a otros países asiáticos para trabajar de prostitutas. Una joven directora, Kawase Narumi, ganó el premio al mejor director en el Festival de Cannes de 1997 por una película en la que mostraba cómo los habitantes de las aldeas de las zonas montañosas se veían obligados a abandonar sus hogares.

Arte y arquitectura

En los años de la posguerra se hicieron famosos varios arquitectos. Entre los primeros que gozaron de reconocimiento internacional estaba Tange Kenzō, que combina la tradicional composición de «pilar y dintel» con los estilos de los modernos arquitectos occidentales. Isozaki Arata ha dirigido muchos proyectos arquitectónicos en Estados Unidos y Europa, incluida la Villa Olímpica de Barcelona. En 1993 Maki Fumihiko ganó el Premio Pritzker de arquitectura, el equivalente al Nobel, y que dos años más tarde le sería concedido a Andō Tadao. Maki fue reconocido por «emplear la luz de forma magistral, convirtiéndola en una parte del diseño tan tangible como las paredes y los techos»³⁵. Andō, famoso por sus construcciones de cemento, destaca por prestar «una atención metódica a la forma, a la estructura, al espacio y a la geometría»³⁶.

El arte de la cerámica no dejó de florecer desde la Edad Media. Los ceramistas coreanos crearon un estilo único y distintivo que influyó en los diseñadores de tazas y cuencos

destinados especialmente a la ceremonia del té, una tradición que se conservó durante los años de la posguerra. Entre los ceramistas más conocidos destaca Hamada Shōji (1894-1978), discípulo del ceramista inglés Bernard Leach, que dijo de la obra del artista japonés: «Sus piezas se articulan como una hoja de roble, no esconden los huesos de la estructura; moldea las formas de modo intuitivo y todas sus piezas se apoyan con firmeza sobre la base»³⁷.

El grabado en láminas de madera, una práctica que se remonta a la era Tokugawa, continúa en la actualidad. Entre los artistas contemporáneos más importantes dentro de este campo se encuentra el budista Zen Munakata Shikō (1903-1975). La mayor parte de su obra incluye imágenes religiosas tradicionales, aunque algunas de sus creaciones se aproximan al impresionismo moderno. Sus grabados poseen una gran fuerza de diseño, movimiento de líneas y también tensión dramática. Otro artista que alcanzó gran popularidad fue Saitō Kiyoshi (1907-) caracterizado por su peculiar estilo al retratar paisajes nevados y templos y jardines budistas.

Cambios en la educación a partir de 1956

Las reformas introducidas por el comandante supremo con la finalidad de descentralizar el sistema educativo fueron revisadas gradualmente para permitir al gobierno central recuperar parte de su antigua autoridad en este campo. En 1956, las juntas escolares elegidas democráticamente se sustituyeron por miembros directivos designados por los alcaldes y los gobernadores de las prefecturas. El Ministerio de Educación reafirmó su autoridad sobre los planes de estudios y comenzó a autorizar los libros de texto que debían usarse en las escuelas públicas, además de establecer directrices claras para los profesores sobre qué debían enseñar y

cómo hacerlo. Al certificar los libros de texto, el Ministerio pretendía eliminar información o comentarios desfavorables para Japón. Uno de los casos más famosos es el del libro de historia escrito por el profesor Ienaga Saburō, que no contó con la autorización ministerial porque incluía datos como la masacre de Nanjing de 1937. Ienaga tardó veinte años en conseguir que los tribunales admitieran su caso.

La importancia que tradicionalmente se ha otorgado a la educación ha permitido que muchos jóvenes tengan acceso a la enseñanza universitaria. El éxito personal está ligado al hecho de estudiar en una institución prestigiosa; de ahí la competencia para ser admitido en los centros «de más renombre», pues se exige una dura preparación para superar las pruebas de ingreso en algunas universidades, como la de Tokio. Se otorga mucha importancia a memorizar contenidos, al mismo tiempo que no se tienen en consideración los modelos de enseñanza y aprendizaje poco convencionales. Un educador norteamericano observó que «el elemento que está ausente en casi todas las aulas japonesas es la búsqueda y la demostración de la chispa de la creatividad, la capacidad de innovación y la originalidad»³⁸.

La vida escolar de los estudiantes no sólo implicaba seguir estrictamente el sistema de aprendizaje establecido, sino también respetar las rígidas reglas y acatar una estricta disciplina que no descarta, incluso, el castigo físico. Sin embargo, en los últimos años los estudiantes de secundaria han comenzado a mostrar su oposición a este modelo de conducta. A partir de la década de los 80 empezaron a ser más comunes los casos de violencia e intimidación en las aulas, así como un aumento del absentismo escolar. En 1996 se registraron más de 10.500 casos de incidentes violentos en las escuelas, un 32 por ciento más que el año anterior. Si en las décadas de los años 50 y 60 los estudiantes universitarios habían adoptado una actitud militante por cuestiones políticas tales como el Pacto de Seguridad Mutua, ahora algunos

estudiantes también organizaban revueltas y manifestaciones para protestar por la actitud feudal de los profesores y responsables universitarios. Sin embargo, la institución académica no se vio alterada y, con la llegada de la era del rápido crecimiento económico, el activismo estudiantil empezó a perder fuerza, pues los estudiantes prefirieron concentrar sus esfuerzos en cómo triunfar dentro del mundo de los negocios.

Los últimos años del siglo xx

En cierto modo, el Japón del siglo xx es el reinado del emperador Hirohito (al que ahora se cita con el nombre de emperador Shōwa), pues nació en 1901 y murió en 1989. En 1921, se convirtió en regente del siempre enfermo emperador Taishō, para llegar a ser coronado Emperador en 1926. Su permanencia en el trono fue de sesenta y dos años, el reinado más largo de la historia de su país. Hirohito fue testigo del nacimiento de la democracia en la década de los años 20, del militarismo de los 30, de la guerra del Pacífico en los 40 y de la lucha por la democracia y la libertad después de la guerra. La imagen sacrosanta del Emperador montado en un caballo blanco pasó a ser, en los años de la posguerra, la de un símbolo nacional sin atractivo. Los soldados combatían y morían en su nombre, pero él nunca aceptó la responsabilidad por la guerra y los crímenes cometidos, ni tampoco fue juzgado por el Tribunal Militar Internacional. Aunque existieron voces críticas contra la institución imperial, no se produjo ninguna acción destinada a erradicarla, por lo que el pueblo aceptaba su presencia como parte integral de la nación y de su historia. Su muerte puede considerarse, en cierto modo, el final *de facto* del legado del militarismo, el imperialismo, el ultranacionalismo y el totalitarismo, unas prácticas con las que se identificaba, por lo que

su permanencia en el trono fue una especie de recordatorio de todos estos principios que durante tantos años gobernaron el *weltanschauung* japonés. A su muerte (1989), subió al trono el príncipe heredero Akihito, iniciándose así la era Heisei, símbolo del final del siglo xx y, por tanto, de la era Hirohito.

1. De los orígenes a la era heiana

1. Wada Atsumu sostiene que los orígenes de la monarquía hereditaria se remontan a Ingyō (comienzos del siglo v) o Yūryaku (mediados del siglo v), en *Taiki Nihon no Rekishi* (Historia Completa de Japón). Shōgakusan, Tokio, 1992, vol. 11, pág. 163. Sobre los coreanos y las clases gobernantes, véase Watanabe Mitsutoshi, *Tennō-ke no Toroishi* (Historia de la llegada de la familia imperial). Shin Jimbutsu Oraisha, Tokio, 1989, y Shiba Ryōtarō et al., eds., *Nihon no Chōsen Bunka* (Cultura coreana en Japón). Chuo Koronsha, Tokio, 1972.
2. Murasaki Shikibu, *The Tale of Genji* (Romance de Genji), traducción al inglés de Edward G. Seidensticker. Knopf, Nueva York, 1976, pág. 620.
3. W. G. Aston en Joseph Campbell, *The Mask of God: Oriental Mythology*. Viking, Nueva York, 1962, pág. 475.
4. *Manyōshū*, traducción al inglés de Nippon Gakujutsu Shinkōkai. Columbia University Press, Nueva York, 1965, pág. 142.
5. Shikibu, *The Tale of Genji*, pág. 581.
6. Ivan Morris, editor y traductor, *The Pillow book of Sei Shōnagon*, 2 vols. Columbia University Press, Nueva York, 1967, vol. I, pág. 258.

7. Citado en Earl Miner, *An Introduction to Japanese Court Poetry*. Stanford University Press, Stanford, CA, 1968, pág. 18.
8. Donald Keene, *Anthology of Japanese Literature*. Grove Press, Nueva York, 1955, pág. 196.

2. La época de la hegemonía samurái: 1185-1600

1. W. G. Aston, *A History of Japanese Literature*. Appleton, Nueva York, 1899, pág. 149.
2. William Barrett, ed., *Zen Buddhism: Selected Writings of D. T. Suzuki*. Doubleday, Garden City, Nueva York, 1956, pág. 61.
3. Philip Kapleau, *The Three Pillars of Zen*. Harper & Row, Nueva York, 1966, pág. 138.
4. Daisetsu T. Suzuki, *Zen and Japanese Culture*. Pantheon, Nueva York, 1959, pág. 78.
5. Donald Keene, ed., *Japanese Literature*. Grove Press, Nueva York, 1955, pág. 78.
6. Arthur Waley, *The No Plays of Japan*. Allen & Unwin, Londres, 1911, pág. 21.

3. El gobierno Tokugawa

1. Furushima Toshio, *Nihon Hōken Nōgyōshi* (Historia agrícola del Japón feudal). Shikai Shobo, Tokio, 1931, pág. 83.
2. Ienaga Saburō, *Nihon Dōtokuishi-shi* (Historia del pensamiento moral japonés). Iwanami, Tokio, 1951, pág. 120.
3. Howard Hibbett, *The Floating World in Japanese Fiction*. Grove Press, Nueva York, 1960, pág. 37.
4. Tsuchikata Tetsu, *Hi-sabetsuburaku no Tatakai* (La lucha de las aldeas discriminadas). Shinsensha, Tokio, 1973, páginas 11-12.
5. *Ibid.*, pág. 14.
6. Michael S. J. Cooper, ed., *They Came to Japan*. University of California Press, Berkeley, CA, 1965, pág. 62.
7. Donald Keene, trad., *The Major Plays of Chikamatsu*. Columbia University Press, Nueva York, 1961, pág. 76.

8. Basil H. Chamberlain, *Things Japanese*. Routledge & Kegan Paul, Londres, 1939, págs. 503-505.
9. Ienaga Saburō, *Nihon Dōtokuishi-shi*, págs. 143-147.
10. Kim Yil-men, *Nihon Jyosei Aishi* (Mujeres japonesas: historia de un sufrimiento). Gendaishi Shuppankai, Tokio, 1980, pág. 17 y ss.
11. Arnold Toynbee, «How to Change the World without War», *Saturday Review*, 12 de mayo de 1962, pág. 17.
12. Tsunoda, Ryūsaku et al., eds., *Sources of Japanese Tradition*. Columbia University Press, Nueva York, 1958, páginas 376-377.
13. Masao Maruyama, *Studies in the Intellectual History of Tokugawa Japan*. University of Tokyo Press, Tokio, 1974, pág. 162.
14. Nippon Gakujutsu Shinkokai, *Manyōshū*. Iwanami, Tokio, 1940, pág. 177.
15. Tsunoda, *Sources of Japanese Tradition*, pág. 596.
16. *Ibid.*, pág. 571.
17. Uchida Takeshi y Miyamoto Tsuneichi, eds., *Sugae Masumi Zeushū* (Obras escogidas de Sugae Masumi), 12 vols. Miraisha, Tokio, 1971-1978, vol. 1, págs. 274-275.
18. Maruyama, *Studies in the Intellectual History*, págs. 249-264.
19. Keene, *The Major Plays of Chikamatsu*, pág. 332.
20. Mitsui Takafusa, «Some Observations on Merchants», traducción de E. S. Crawcour, en *Transactions of the Asiatic Society of Japan*, vol. 8, págs. 103, 115.
21. Engelbert Kaempfer, *History of Japan*, 3 vols. Traducción inglesa de J. G. S. Schenckler. MacLehose, Glasgow, vol. 3, pág. 6.
22. Daisetsu T. Suzuki, *Zen and Japanese Culture*. Pantheon, Nueva York, 1959, págs. 225-227.
23. Donald Keene, *Japanese Literature*. Grove Press, Nueva York, 1955, págs. 39-41.
24. Faubion Bowers, *Japanese Theatre*. Hill & Wang, Nueva York, 1959, pág. 177.
25. Lawrence Binyon, *Painting in the Far East*. Dover, Nueva York, 1959, pág. 266.
26. Robert T. Paine y Alexander Soper, *The Art and Architecture of Japan*. Penguin, Baltimore, 1955, pág. 153.

27. Maruyama, *Studies in the Intellectual History*, pág. 124.
28. *The Complete Journal of Townsend Harris*. Charles E. Tuttle, Rutland, VT, 1959, págs. 538-543.
29. Maruyama, *Studies in the Intellectual History*, pág. 310.
30. *Ibid.*, pág. 360.

4. La implantación del régimen Meiji

1. Toyama Shigeaki, *Meiji Ishin to Tennō* (La Restauración Meiji y el Emperador). Iwanami, Tokio, 1991, págs. 91-95.
2. Arnold J. Toynbee, *Civilization on Trial and the World and the West*. Meridian Books, Nueva York, 1958, pág. 172.
3. Kunoda Ryusaku et al., eds., *Sources of Japanese Tradition*. Columbia University Press, Nueva York, 1958, págs. 376-377.
4. Kazushi Ohkawa y Henry Rosovsky, «A Century of Japanese Economic Growth», en William W. Lockwood, ed., *The State and Economic Enterprise in Japan*. Princeton University Press, Princeton, NJ, 1965, págs. 52-53.
5. Fukuji Sigetaka, *Kindai Nihon Jyoseishi* (Historia de la mujer japonesa moderna). Sekkasha, Tokio, 1963, págs. 33-34.
6. Inoue Kiyoshi, *Nihon Jyoseishi* (Historia de la mujer japonesa). Sanichi Shobo, Tokio, 1967, pág. 224.
7. Kaigo Tokiomi, ed., *Nihon Kyōkasho Taikei* (Gran compendio de libros de texto japoneses), 43 vols. Kodansha, Tokio, 1961-1967, vol. 2, pág. 498.

5. Los últimos años de la era Meiji

1. Donald Keene, *Dawn to the West*. Henry Holt, Nueva York, 1984, pág. 76.
2. Mitsuo Nakamura, *Modern Japanese Fiction, 1868-1926*. Kokusai Bunka Shinkokai, Tokio, 1968, 2ª parte, pág. 19.
3. Tatsuo Arima, *The Failure of Freedom*. Harvard University Press, Cambridge, MA, 1969, pág. 79.
4. Takasaka Masaaki, *Meiji Bunkashū* (Historia Cultural Meiji). Yoyosha, Tokio, 1955, vol. 4, págs. 436-437.
5. Keene, *Dawn to the West*, pág. 180.

6. Toki Yoshimaro, *Meiji Taishō-shi, Geijutsu-hen* (Historia Meiji-Taishō, las Artes). Asahi Shimbunsha, Tokio, 1931, pág. 199.
7. Harold G. Henderson, *An Introduction to Haiku*. Doubleday Anchor, Nueva York, 1958, pág. 181.
8. Yamamoto Shigemitsu, *Aa, Nomugi Tōge* (¡Ah, paso de Nonu-gil). Kadokawa, Tokio, 1977, pág. 328.
9. En Mikiso Hane, *Peasants, Rebels and Outcasts*. Pantheon, Nueva York, 1982, págs. 33-34.
10. *Ibid.*, pág. 18.
11. Morisaki Kazuo, *Makkura* (Oscuridad total). San'ichi Shobo, Tokio, 1977, pág. 161.
12. Chōsenjin Kyōsei Renkō Shinsō Chōsadan, ed., *Chōsenjin Kyōsei Renkō* (Reclutamiento obligatorio de los coreanos). Gendaishi Shuppankai, Tokio, 1974, págs. 191-195.
13. En Mikiso Hane, *Reflections on the Way to the Gallows*. University of California Press, Berkeley, CA, 1988, págs. 7-8.
14. Shizue Ishimoto, *Facing Two Ways. The Story of My Life*. Farrar & Rinehart, Nueva York, 1935, pág. 78.
15. Fukao Sumako, *Yosano Akiko*. Jimbutsu Oraisha, Tokio, 1968, págs. 85-86.
16. Véase Hane, *Reflections on the Way to the Gallows*, pág. 53.
17. *Ibid.*, págs. 56 y 63.
18. Sumiya Mikio, *Dai Nipponteikoku no Shiiren* (El crisol del Japón Imperial). Chūo Koronsha, Tokio, 1966, pág. 444.
19. Kakuzo Okakura, *The Awakening of Japan*. Japan Society, Nueva York, 1921, págs. 191-192.
20. E. H. Norman, *Japan's Emergence as a Modern State*. Institute of Pacific Relations, Nueva York, 1940, pág. 8.
21. Lafcadio Hearn, *Japan, an Attempt at Interpretation*. Macmillan, Nueva York, 1904, pág. 428.

6. Los años Taishō: el camino hacia la democracia

1. Bill Hosokawa, *Nisei: The Quiet American*. William Morrow and Co., 1969, pág. 86.
2. Masumi Junnosuke, *Nihon Seitōshiron* (Discurso sobre la historia de los partidos políticos japoneses), 4 vols. Tokyo

- Daigaku Shuppankai, Tokio, 1965-1968, vol. 4, págs. 142-143.
3. Personal de Buraku Kairō Dōmei, *Sabetsu no naka of ikite* (Viviendo en discriminación). Kaiho Shuppansha, Tokio, 1978, págs. 63-64 y 278.
 4. Cf. Mikiso Hane, *Reflections on the Way to the Gallows*. University of California Press, Berkeley, CA, 1988, pág. 29 y ss.
 5. *Ibid.*, págs. 20-21.
 6. *Ibid.*, págs. 22-23.
 7. *Ibid.*, pág. 124.
 8. *Ibid.*, págs. 126-127.
 9. *Ibid.*, págs. 209-210.
 10. Mikiso Hane, *Peasants, Rebels and Outcasts*. Pantheon, Nueva York, 1982, págs. 34-35.
 11. Shibuya Teikuse, *Nomin Aishi* (La triste historia del campesinado). Keiso Shobo, Tokio, 1970, págs. 264 y 440.
 12. Mitsuo Nakamura, *Modern Japanese Fiction, 1868-1926*. Chuo Koronsha, Tokio, 1966, 2ª parte, págs. 32-33.
 13. Donald Keene, *Dawn to the West*. Henry Holt, Nueva York, 1984, pág. 485.
 14. *Ibid.*, pág. 490.
 15. Kadokawa Genyoshi et al., eds., *Nihon Bungaku no Rekishi* (Historia de la literatura japonesa), 12 vols. Kadokawa Shoten, Tokio, 1967-1968, vol. II, págs. 199-215.
 16. Junichiro Tanizaki, *Some Prefer Nettles*, traducción al inglés de Edward G. Seidensticker. Knopf, Nueva York, 1955, pág. XV, y Junichiro Tanizaki, «In Praise of Shadow», en *Perspective of Japan*, suplemento del *Atlantic Monthly*, Nueva York, 1954, págs. 48-49.
 17. Yasunari Kawabata, *Snow Country*, traducción al inglés de Edward G. Seidensticker. Knopf, Nueva York, 1956, páginas 6-7.
 18. *Japan Report*, Consulado General de Japón en Nueva York, 31 de enero de 1969.
 19. Keene, *Dawn to the West*, pág. 1136.
 20. Enchi Fumiko, *Waiting Years*, traducción al inglés de Johu Bestor. Kodansha, Tokio, 1971, pág. 190.
 21. Cf. Toratarn Shimomura, «Nishida Kitaro and Some Aspects of His Philosophical Thought», en Kitaro Nishida,

A Study of Gool, traducción al inglés de V. H. Viglielmo. Ediciones del Gobierno Japonés, Tokio, 1960, págs. 191 y ss.

22. Kunio Yanagida, ed., *Japanese Culture in the Meiji Era*, vol. IV, traducción al inglés de Charles S. Terry. Toyo Bunko, Tokio, 1957, págs. 96-97.

7. Rumbo a la guerra

1. Masao Maruyama, *Thought and Behaviour in Modern Japanese Politics*. Oxford University Press, Londres, 1963, página 45.
2. Ōuchi Tsutomu, *Fasshizumu e no Michi* (Rumbo al fascismo). Chuo Koronsha, Tokio, 1967, pág. 297.
3. Shigeru Honjo, *Emperor Hirohito and his Chief Aide-de-camp: The Honjo Diary*, traducción al inglés de Mikiso Hane. Ediciones de la Universidad de Tokio, Tokio, 1982, págs. 37-38.
4. Ishii Itarō, *Gaikōkon no Isshō, Taichugoku Goikō no Kaisō* (Vida de un diplomático: recuerdos de la política exterior en China). Taiheiyō Shuppansha, Tokio, 1972, pág. 236 y ss.
5. Eguchi Keiichi, *Futaiso no Taisen* (Las dos grandes guerras), vol. 14 de una serie de 15 titulada *Taiei Nihon no Rekishi* (Esbozo de la historia japonesa). Shogakukan, Tokio, 1993, págs. 307-308.
6. Frank Dorn, *The Sino-Japanese War, 1937-41*. MacMillan, Nueva York, 1974, pág. 222.
7. Robert J. C. Butow, *Tojo and the Coming of the War*. Stanford University Press, Stanford, CA, 1961, pág. 245.
8. Hayashi Shigeru, *Taiheiyō Sensō* (La guerra del Pacífico). Chuo Koronsha, Tokio, 1967, págs. 240-241.
9. Herbert Feis, *The Road to Pearl Harbor*. Princeton University Press, Princeton, NJ, 1950, pág. 321.
10. Samuel Eliot Morison, *History of the United States Naval Operations in Second World War*, 15 volúmenes. Little Brown, Boston, 1983, vol. 3, pág. 132.
11. Un ejemplo de la filosofía del «no rendirse» lo constituye Yokoi Shōichi, que permaneció escondido en la selva de Guam durante veintisiete años después de acabar la guerra.

Otro oficial vivió en la selva filipina hasta 1974. *New York Times*, 26 de septiembre, 1997.

12. Morison, *History of the United States*, vol. 8, pág. 338.
13. Eguchi Keiichi, *Futatsu no Toisen*, pág. 431.
14. Michihiko Hachiya, *Hiroshima Diary: The Journal of a Japanese Physician*. University of North Carolina Press, Chapel Hill, NC, 1955, págs. 14-15 y 69.
15. Takashi Nagai, *The Bells of Nagasaki*, traducción inglesa de William Johnston. Kodansha, Tokio, 1974, págs. 64 y 90-91.
16. Eguchi Keiichi, *Futatsu no Toisen*, pág. 410.

8. El reformismo de posguerra y la reconstrucción

1. Douglas MacArthur, *Reminiscences*. McGraw Hill, Nueva York, 1964, págs. 282-283.
2. *Japan Times Weekly*, 22-28 de junio, 1998.
3. En 1993, Japón cambió la base estadística de PNB a PDB porque el primero incluye las inversiones en el extranjero, que eran elevadas. El segundo incluye solamente las actividades económicas internas. *Asahi Shimbun*, *Japan Almanac*, 1997, pág. 73. El PDB descendió a -0,7% en 1997, inferior al -0,5% de 1974. *Japan Times Weekly*, 22-28 de junio, 1998.
4. *Far Eastern Economic Review*, 16 de abril, 1998, pág. 61.
5. Las estadísticas económicas proceden principalmente de los datos publicados anualmente por *Nippon: A Chartered Survey of Japan*. Kokuseisha, Tokio; *Statistical Handbook of Japan*, Gabinete del Primer Ministro de Japón, Departamento de Estadística; *Japan Almanac*, *Asahi Shimbun*; *Facts and Figures of Japan*, Foreign Press; así como datos procedentes del *Far Eastern Economic Review*, *New York Times*, *Japan Times Weekly* y otras revistas y periódicos.
6. Jared Taylor, *Shadows of the Rising Sun*. Quill, Nueva York, 1983, pág. 171.
7. Ronald Bell, *The Japanese Experience*. Weatherhill, Nueva York, 1973, pág. 96.
8. *Japan Times Weekly*, *International Edition*, 8-14 de julio, 1991, pág. 1.
9. *New York Times*, 29 de octubre de 1998.

10. En 1997 fue detenido el presidente del Dai-Ichi Kangyō Bank, el cuarto banco más grande del mundo, acusado de haber concedido importantes créditos a los *yakuza*. *Japan Times Weekly*, 30 junio-6 julio, 1997.
11. *Japan Times Weekly*, 30 junio-6 julio, 1997.
12. *Buraku Liberation News*, Buraku Liberation Research Institute, Osaka, noviembre de 1977.
13. *Intersect Japan*, publicación mensual del Instituto PHP, mayo de 1991, págs. 25-26.
14. Donald Richie en Bell, *The Japanese Experience*, pág. 60.
15. *New York Times*, 10 de septiembre, 1996.
16. Ōe Kenzaburō, *Teach Us to Outgrow Our Madness*, traducción al inglés de John Nathan. Grove Press, Nueva York, 1977, págs. xiii-xiv.
17. Citado en Vincent Canby, «What's so Funny About Japan». *New York Times Magazine*, 18 de junio, 1989, pág. 26 y ss.
18. *New York Times*, Book Review, 27 de septiembre, 1992.
19. *Chicago Tribune*, 16 de junio, 1991.
20. Bell, *The Japanese Experience*, pág. 142.
21. *Japan Almanac*, año 2000, págs. 263-266.
22. Donald Keene, *Dawn to the West*. Henry Holt, Nueva York, 1984, pág. 1216.
23. *The Temple of the Golden Pavilion*, traducción al inglés de Ivan Morris. Charles E. Tuttle, Rutland, VT, 1959, pág. 27.
24. *New Yorker*, 12 de diciembre, 1970, pág. 40.
25. Ōe Kenzaburō, *Teach Us to Outgrow Our Madness*, pág. 186.
26. Yoshiko Yokochi Samuel, *The Life and the Works of Oe Kenzaburo*. University Microfilms International, Ann Arbor, MI, 1981, pág. 10.
27. A. N. Wilson, «Firmly Catholic and Firmly Japanese». *New York Times Book Review*, 21 de julio, 1985, pág. 21.
28. Keene, *Dawn to the West*, pág. 1136.
29. Enchi Fumiko, *The Waiting Years*, traducción al inglés de John Bester. Kodansha, Tokio, 1980, pág. 90.
30. Keene, *Dawn to the West*, pág. 1141.
31. Yukiko Tanaka y Elizabeth Hanson, eds., *This Kind of Woman*. Perigee Books, Nueva York, 1982, pág. 226.
32. Donald Richie, *Japanese Movies*. Oficina de Turismo de Japón, Tokio, 1961, pág. 161.

33. *New York Times*, 15 y 29 de diciembre, 1985.
34. Vincent Canby, «What's So Funny About Japan», pág. 26 y ss.
35. *Chicago Tribune*, 26 de abril, 1993.
36. Peter McGill, «Boxing Ando», en *Intersect*, noviembre de 1993, pág. 36.
37. Bernard Leach, *Hamada, Potter*. Kodansha, Tokio, 1975, pág. 125.
38. Benjamin C. Duke, *The Japanese School: Lessons for Industrial America*, Praeger, Nueva York, 1986, pág. 200.